



**José
Calasanz**

**Sacerdotes
para el
año 2000**

Sacerdotes para el año 2000

SACERDOTES PARA EL AÑO 2000

*La figura del sacerdote
en Juan Pablo II*

POR

J. CALASANZ

MADRID 1984

Este volumen se publica con la colaboración técnica de la
BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

Con licencia del Arzobispado de Madrid-Alcalá (18-XII-1984)

© José Calasanz. PP. Capuchinos. Uría, 7. Gijón
Depósito legal: M. 43.536-1984
ISBN 84-220-1173-5
Impreso en España. Printed in Spain

*Para Juan Pablo II, «mi señor»,
con la «obediencia y reverencia»,
con la amorosa fidelidad,
con el fraternal desvelo,
con la filial confianza,
con la absoluta disponibilidad,
con la inmensa gratitud,
con la plena sintonía
del hermano Francisco de Asís.*

*Para mi padre
que lloró de emoción
besando mis manos ungidas.
«Acuérdate, Señor, de tu siervo...»*

*Para mi madre
que me enseñó a venerar y a querer
a los ministros del Señor.
Va ya por sus Bodas de Diamante.
Guárdamela, Señor,
como a la pupila de tus ojos y mis ojos.*

*Para mis hermanos sacerdotes
con quienes he compartido
la mesa de la amistad
y el pan de los afanes pastorales
por los caminos de España.*

INDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO: Peregrino de Dios.....	11
I. LA VIDA SACERDOTAL	
Identidad sacerdotal.....	17
«Dios mío y mi todo».....	21
El «aggiornamento».....	24
No a la «desacralización».....	29
Sacerdocio «ministerial».....	33
«Ven y sígueme».....	39
¿Cómo llama el Señor?.....	39
Sinfonía en «Si» mayor.....	46
El largo aprendizaje.....	55
«El hombre de Dios».....	63
El proyecto de vida.....	71
«Yo os he elegido».....	87
La Sagrada Eucaristía.....	101
La Eucaristía: mesa y banquete.....	106
Vida eucarística del sacerdote.....	109
El celibato sacerdotal.....	113
II. APOSTOLADO	
La actividad pastoral.....	121
«Id por todo el mundo. Predicad el Evangelio a toda criatura...».....	137
«Creo en Jesucristo, su único Hijo...».....	138
«Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica».....	142
El hombre.....	153
«Redemptor hominis».....	163
Cristo, Redentor.....	168
Evangelización y sacramentalización.....	174
La confesión.....	177
La Eucaristía.....	189
El año 2000, a la vista.....	197
Integrismo, progresismo.....	200
«Yo, Francisco, el pequeño hermano vuestro...».....	209
Con María, la Madre.....	228
«Totus tuus».....	229
A Jesús por María.....	233

PROLOGO

PEREGRINO DE DIOS

Los dos discípulos caminan hacia la aldea de Emaús.

Se les ve pesarosos y llevan todavía sobre sus ojos el es-coror de las lágrimas. ¡Cuánto han llorado y sufrido en esa semana de pasión por la condena injusta de Cristo! Van pe-sarosos, pero animados, conversando sobre el tema más apasionante de su vida. Los sentimientos vagan y se disper-san en un complejo haz de turbaciones, dudas, penas, te-mores y esperanzas...

Comentaban y discutían con vehemencia.

De pronto, Jesús se les acercó y caminaba con ellos.

Pero sus ojos estaban como imposibilitados para recono-cerlo.

—¿De qué veníais hablando por el camino?

Ellos se detuvieron con el semblante triste. Fue Cleofás quien tomó la palabra para replicar:

—¿Vas a ser tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo sucedido allí estos días?

Jesús se hace el desentendido y pregunta con aparente curiosidad:

—¿Qué?

Y escucha el relato apasionado de su propia vida en la hora cumbre del viacrucis... Un hombre bueno, el mejor de los nacidos, Jesús el Nazareno, poderoso en obras y pala-bras ante Dios y ante el pueblo. Los sacerdotes y jefes del sanedrín —fantasmones de alma negra— lo condenaron en un proceso injusto y lo entregaron a la crucifixión... -

(Una oleada de emoción hacía su voz más dulce y más humana.)

—Nosotros esperábamos que El fuera el libertador de Is-rael.

—Verdad es que algunas mujeres de nuestro grupo nos

han alarmado: fueron de madrugada al sepulcro y, no habiendo encontrado su cuerpo, volvieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles que aseguran que El vive...

(En los ojos del discípulo brilla una luz de esperanza.)

El divino Peregrino corrige a los discípulos por su insensatez y dureza de corazón. No conocen los designios de Dios. Han permitido que su corazón se turbe ante la prueba «necesaria» de su persecución y de su muerte en cumplimiento de las Escrituras...

Cuando llegan a Emaús, el Peregrino hace además de seguir adelante. Pero los discípulos, que han aprendido la lección de Jesús sobre la hospitalidad y el amor fraterno, le «obligan» a pernoctar en su casa.

—Quédate con nosotros, que ya anochece.

Y, al partir el pan y compartir la mesa, descubren con sorpresa y gozo que el Peregrino es... JESÚS.

* * *

POR LOS CAMINOS del mundo cristiano van hoy apesadados los nuevos discípulos. Mientras caminan, discuten con animación sobre el tema urgente y vital de su identidad sacerdotal, del comportamiento del sacerdote, de su significado como ministerio, de su valor como «signo», de su misión como quehacer, de sus experiencias de cara al futuro...

Y en el calor de las discusiones se acerca el Peregrino de Dios, Juan Pablo II, y pregunta a los discípulos de esta hora: ¿De qué veníais hablando por el camino? Y ¿por qué estáis tristes?

Los discípulos relatan con apasionamiento la historia sacerdotal de nuestro tiempo. Ponen gran animación en sus palabras. Se nota en la voz, en el timbre del sentimiento, que el sacerdocio les duele en carne viva. Lo llevan dentro como una luminosa herida de amor y de pasión.

Pues ¿qué ha sucedido?

— Que la figura del sacerdote ha sufrido un doloroso y alarmante deterioro, que hemos asistido a una temible «crisis de identidad».

— Que se ha desvalorizado el sacerdocio ministerial rebajándolo a la categoría de un simple oficio, en una dimensión horizontal de función humana, de compromiso «temporal», de sociología, de inmanencia, de secularismo...

— Que se han difuminado las exigencias del compromiso sacerdotal con una creciente «laicización» en las formas de pensar y de vivir.

— Que el testimonio sacerdotal, al perder autenticidad, transparencia y espiritualidad, ha perdido también su irresistible eficacia.

— Que las ideas, las actitudes y el comportamiento en torno al grupo han creado —hacia dentro— un clima de confusión, de tensiones, de alarma y de tristeza.

— Que se ha resquebrajado en algunos la fidelidad al compromiso —jurado ante Dios, ante la conciencia, ante la Iglesia y ante el pueblo— y han venido los abandonos dolorosos...

Estamos tristes, buen papa Juan Pablo, por todo esto.

Bien es verdad que la crisis ha dado relieve al sacerdote ejemplar, culto y celoso que ha permanecido firme —y nos ha contagiado su firmeza— en las horas de prueba... Ha sido un proceso orquestado y dirigido con toda clase de sinuosidades, calumnias y atropellos contra los mejores. Han hecho mofa en la plaza pública y en los antros del sanedrín —¡como entonces!— contra hombres sin tacha, sacerdotes ejemplares y celosos, porque querían ser de una pieza, sin claudicaciones ni rebajas, sacerdotes.

Sacerdotes de cuerpo entero, a cuerpo limpio, sin calificativos empobrecedores. De verdad, hemos sufrido mucho. Ya estábamos un poco cansados, un poco abatidos, un poco tristes...

Y el Peregrino de Dios nos ha levantado el ánimo con su doctrina, con su voz, con su gesto, y nos ha entusiasmado con la vivencia transparente y gozosa de la propia identidad sacerdotal. Es una invitación a dar el testimonio que el mundo espera en esta hora crucial del mundo, a corto plazo, con urgencia y apremio, porque ya se van a oír en el reloj de la historia de la humanidad las campanadas del año 2000. Y la Iglesia —recuerda el Papa— «no puede retrasarse».

¿Por qué estáis tristes?

Y ha empezado a explicarnos por el camino, con seguridad, con equilibrio y con intrepidez, lo que esperan y exigen del sacerdote hoy, aquí y ahora: DIOS (Sagradas Escrituras); LA IGLESIA (Tradición y Magisterio); EL MUNDO (Signos de los tiempos); EL PUEBLO DE DIOS (*Sensus populi christiani*).

Es un apasionado visceral del sacerdocio, que ha impreso carácter en su alma, en su fisonomía, en su estilo, en su actividad increíble, siempre como hombre de Dios. Y ama a sus sacerdotes como a la pupila de sus ojos.

¡Atención, hermanos y amigos: Habla el papa Juan Pablo II...!

I. VIDA SACERDOTAL

IDENTIDAD SACERDOTAL

«Vuestra entrega debe ir marcada por este compromiso total. El 'sí' del sacerdote se da una vez por todas, aunque se renueva todos los días, y tiene su modelo en el 'sí' pronunciado por Cristo mismo» (cf. 2 Cor 1,18-19; Heb 10,7).

JUAN PABLO II, *Mensaje a los seminaristas de España, firmado en Valencia.*

¿Qué es el sacerdote para Juan Pablo II?

¿Qué caracteres tipifican su fisonomía como persona y en su proyección hacia los hermanos? ¿Cómo se realiza su destino personal en todo el ámbito de su vocación? ¿Cómo se realiza pastoralmente en su misión para responder de modo adecuado a las exigencias de Dios, de la Iglesia y del mundo?

¿Qué es, de verdad, la existencia sacerdotal?

Estos son los interrogantes cruciales en los que se decide el *ser o no ser* del sacerdote, se perfila con precisión su identidad y se enfrenta a su actividad específica, pisando ya los umbrales del año 2000.

La respuesta que da el Papa es de una sorprendente simplicidad.

Desde el punto de vista teórico, no hace más que profundizar en la doctrina suficientemente sabida y sabiamente guardada y transmitida por las fuentes de la Revelación y del Magisterio eclesial. La doctrina está ahí, como una veta riquísima de contenidos y valores que es necesario explotar a pleno rendimiento. El sacerdote de hoy no necesita más para santificarse y santificar, que es lo suyo.

La originalidad de Juan Pablo consiste en la transparencia, en la vitalidad, en el vigor, en la amorosa agresividad con que vive —e intenta hacer vivir— la existencia sacerdotal. Es un convencido y un apasionado del sacerdocio, que encarna en la intimidad del ser, para comunicarlo en expresiones vivas, en formas contagiosas de lealtad y de servicio.

Esta es la cuestión. El sacerdocio se convierte así en un

clima, en un talante, en un modo de ser. Es una idea-fuerza que transforma toda su energía en una vida santa que, en el proyecto de vida sacerdotal, incluye la respuesta a una llamada divina con plena dedicación a Dios y la total disponibilidad al servicio de los hermanos. En el sacerdote, vocación y destino se identifican en las profundidades del ser. Y lo aceptas con tanta decisión y entusiasmo, que si mil veces volvieras a nacer, mil veces volverías a consagrarte a Dios y al prójimo siendo sacerdote.

No debe existir ni una vacilación, ni la más leve duda sobre el destino sacerdotal, sobre la identidad del sacerdote.

El Papa conoce la trayectoria existencial del sacerdote, la situación de confusionismo e incluso de desconcierto sobre la razón de ser del sacerdocio. Como el Peregrino de Emaús, se le escapa un velado reproche:

«Tal vez en los últimos años —por lo menos en determinados ambientes— se ha discutido demasiado sobre el sacerdocio, sobre la identidad del sacerdote, sobre su valor en el mundo contemporáneo, etc., y, por el contrario, se ha orado muy poco. No ha habido bastante valor para realizar el mismo sacerdocio a través de la oración, para hacer eficaz su auténtico dinamismo evangélico, para confirmar la identidad sacerdotal. Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdocio; sin ella, el estilo se desfigura. La oración nos ayuda a encontrar siempre la luz que nos ha conducido desde el comienzo de nuestra vocación sacerdotal, y que sin cesar nos dirige, aunque alguna vez dé la impresión de perderse en la oscuridad. La oración nos permite convertirnos continuamente, permanecer en estado de constante tensión hacia Dios, que es indispensable si queremos conducir a los demás a El. La oración nos enseña a creer, a esperar, a amar, incluso cuando nos lo dificulta nuestra debilidad humana»¹.

En la misa celebrada en el estadio de Maracaná, Río de Janeiro, vuelve sobre el tema y expone la problemática en toda su complejidad: el sacerdote puede llegar a ser turbado por una dramática angustia interior, puede pasar por una crisis de fervor y de identidad. La única solución razonable para el sacerdote es una respuesta desde la fe:

¹ Carta *Novo incipiente*. A todos los sacerdotes de la Iglesia con motivo del Jueves Santo de 1979, n.10 p.135.

«¿Quién soy yo? ¿Qué se exige de mí? ¿Cuál es mi identidad? Es ésta la angustiada pregunta que más frecuentemente se plantea hoy el sacerdote, ciertamente expuesto a los contraataques de la crisis de transformación que sacude al mundo.

Vosotros, carísimos hijos, no sentís, ciertamente, la necesidad de haceros esas preguntas. La luz que hoy os invade os da una certeza casi sensible de lo que sois, de aquello para lo que estáis llamados. Pero puede suceder que encontréis mañana a hermanos en el sacerdocio que, en medio de incertidumbres, se pregunten sobre su propia identidad. Puede suceder que, adormecido y distante el primer fervor, lleguéis también vosotros un día a interrogaros. Por eso, yo quisiera proponeros algunas reflexiones sobre la verdadera fisonomía del sacerdote que sirviesen de poderosa ayuda para vuestra fidelidad sacerdotal.

Ciertamente, no encontraremos nuestra respuesta en las ciencias del comportamiento humano ni en las estadísticas socio-religiosas, pero sí en Cristo y en la fe. Interrogaremos humildemente al divino Maestro y le preguntaremos quiénes somos, cómo quiere El que seamos, cuál es, ante El, nuestra identidad»².

La comprensión de este destino y su encarnación entrañable en la vida convierte al sacerdote en un testimonio coherente, en un reclamo constante de Dios y de los valores del espíritu. Este testimonio orienta a los hombres hacia Dios, que constituye «la meta ineludible de vuestra parábola existencial». El sacerdote es, en virtud de su vocación, «centinela en las avanzadas de la humanidad en camino», «modelo» en vuestra oración y fatigas, en vuestra alegría y sufrimientos, en vuestros éxitos y pruebas. Es ya hora de recuperar la figura del sacerdote en su nitidez y grandeza:

«En estos años ha habido muchas discusiones sobre la naturaleza del presbiterado y sobre la función que cumple éste en la Iglesia. En consecuencia, no pocos sacerdotes han sufrido una 'crisis de identidad' que ha frenado su entrega. Es tiempo ya de volver a descubrir la grandeza del don que ha hecho Cristo a la Iglesia con la institución del sacerdocio ministerial. Sobre todo es tiempo

² *El sacerdote: hombre elegido por Jesucristo*. Misa en el estadio de Maracanã (Río de Janeiro, 2/VII/1980), p.254.

de recuperar el impulso generoso en la respuesta a su llamada y en la acogida de esta consigna de sus labios: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura* (Mc 16,15).

En efecto, ésta es la misión esencial del sacerdote. *Es el anunciador de la Palabra de Dios*, como resonó por último y de modo definitivo en Jesucristo. Es la palabra del amor de Dios a todos los hombres llamados por El a formar una sola familia, palabra que pide ser traducida en acciones concretas y también en instituciones sociales nuevas y mejores. Pero estas consecuencias sociales innovadoras no será de ordinario el sacerdote quien las saque, pues esta tarea constituye la misión propia de los laicos» (cf. *Lumen gentium* 31; *Apostolicam actuositatem* 7; *Ad gentes* 21) ³.

La misión del sacerdote es directa y expresamente espiritual. Es un consagrado a los intereses del Reino. Es un «enviado» a predicar el mensaje de salvación:

«Renunciar a la proclamación explícita del Evangelio para dedicarse a tareas socio-profesionales sería mutilar el ideal apostólico y sacerdotal. Añadiré que el servicio de los sacramentos forma siempre parte integrante del sacerdocio ministerial, y que los cristianos que lo solicitan tienen necesidad de ser escuchados, comprendidos, ilustrados sobre el verdadero sentido de su petición. No podría resignarse un sacerdote a convertirse en un funcionario autoritario y hastiado, olvidando que los sacramentos y todos los actos litúrgicos no sólo son signos eficaces de la fe, sino, tanto para quienes los dan como para los que los reciben, llamadas a orar y amar mejor» ⁴.

El papa Juan Pablo recuerda a los obispos, en Benín, el sentido estrictamente espiritual de su misión, en una visión amplia y exigente del ministerio:

«Permaneciendo siempre dentro de vuestra misión únicamente espiritual, manteneos, finalmente, muy atentos a los problemas humanos, morales, que tan agudamente se plantean en la sociedad actual, y formad a los laicos para

³ *Presentar la luz de Cristo a los hombres de ahora*. A sacerdotes y religiosos de Bolonia (18/IV/1982), p.153.

⁴ *El sacerdote*. A los sacerdotes, misioneros y religiosos en la catedral de Libreville, Gabón (17/II/1982), p.72.

que asuman su responsabilidad en este campo. Así se pondrá de manifiesto que los cristianos son los primeros a la hora de contribuir lealmente *al bien de la sociedad*, al servicio de la patria, sobre todo al desarrollo»⁵.

«DIOS MIO Y MI TODO»

Dios es el único valor absoluto para el sacerdote, la única razón de ser de su existencia y de su destino, la esencia y sustancia de su misión. El sacerdote es un «hombre para los demás» en virtud de su manera peculiar de ser un «hombre para Dios». Lo recuerda el Papa con energía en su mensaje de Río de Janeiro:

«Quede así bien claro que el servicio sacerdotal, si quiere permanecer fiel a sí mismo, es un servicio excelente y esencialmente espiritual. Que se acentúe esto hoy, contra las multiformes tendencias a secularizar el servicio del cura, reduciéndolo a una función meramente filantrópica. Su servicio no es el del médico, del asistente social, del político o del sindicalista. En ciertos casos, tal vez, el cura podrá prestar, de manera supletoria, esos servicios, y en el pasado los prestó de forma muy notable. Pero hoy esos servicios son realizados adecuadamente por otros miembros de la sociedad, mientras que nuestro servicio se especifica cada vez más claramente con un servicio espiritual. Es en el campo de las almas, de sus relaciones con Dios y de su relación interior con sus semejantes, donde el sacerdote tiene una función esencial que desempeñar. Es ahí donde debe realizar su asistencia a los hombres de nuestro tiempo. Ciertamente, siempre que las circunstancias lo exijan, no debe eximirse de prestar también una asistencia material mediante las obras de caridad y la defensa de la justicia. Pero, como he dicho, eso es, en definitiva, un servicio secundario que no debe jamás perder de vista el servicio principal, que es el de ayudar a las almas a descubrir al Padre, abrirse a El y amarlo sobre todas las cosas»⁶.

La inversión en la jerarquía de valores convierte al sacerdote en un desintegrado, en un entremetido en campos

⁵ Ibid., p.71.

⁶ En Maracanã, Río de Janeiro (2/VII/1980), p.255.

cuya competencia directa es de los laicos, con el riesgo de dolorosos incidentes, como prueba la experiencia del pasado:

«Así también, la palabra del mensaje evangélico confiada al sacerdote es palabra de perdón que libera de la alienación del pecado y vuelve a encender la esperanza en el corazón. No hay duda de que aquélla despliega acción lenitiva en las heridas que acaso dejó la culpa en la 'psique' de quien fue responsable; pero no habrá de ser el sacerdote quien se haga cargo de la específica terapia psicológica que trate de solucionar los traumas subsiguientes a experiencias equivocadas del pasado» (Advertencia del Santo Oficio del 15 de julio de 1961, 3...) ⁷

El sacerdote no es un técnico, ni un funcionario, ni un hábil administrador, ni un líder sindicalista. No debe, por tanto, comprometerse en tareas temporales que pueden poner en peligro su misión específica. Su mensaje puede destemplan la conciencia del hombre y decidirlo a la justicia, a la solidaridad, al desprendimiento. Pero *no debe dedicarse a la aplicación concreta* de la doctrina de la justicia social o al arreglo práctico de los problemas laborales:

«La palabra que anuncia el sacerdote alcanza la cumbre en el sacrificio eucarístico, en que el pan, que es el cuerpo de Cristo, 'se parte' y 'se da' a los hombres. ¿Quién no ve en este gesto una invitación clara a compartir todos los otros bienes que el Creador ha puesto en la 'mesa' de la tierra para los hombres, que son todos hijos suyos por igual? Y, sin embargo, la labor concreta para la distinción más equitativa entre individuos y naciones de los recursos disponibles es tarea que llama en causa, directamente, no al sacerdote, sino a los responsables de la vida económica y política en ámbito de la ciudad, la nación y el mundo entero» (*Lumen gentium* 36; *Apostolicam actuositatem* 14; *Gaudium et spes* 69) ⁸.

No se trata de la fuga cobarde de un compromiso concreto. El sacerdote tiene que evitar hasta la apariencia de parcialidad, y para ello no debe uncirse a ningún carro terreno. Si quiere actuar con plena libertad, no puede aliarse en ningún partido ni ser «parte en causa». El sacer-

⁷ En Bolonia (18/IV/1982), p.153.

⁸ Ibid.

dote tiene que ser siempre sacerdote y actuar siempre como sacerdote.

Sí, se ha discutido mucho.

Se ha discutido y polemizado en exceso. Hemos pasado por una especie de psicosis de planificación, de programación, de estructuración. Han proliferado las reuniones, semanas de estudio, sesiones de mentalización, *tests*, estadísticas. Se han sacado conclusiones... para «concienciar», para «poner a punto», para «estar al día»...

Pero «se ha orado muy poco».

Por eso, en lugar de confirmar la identidad en un dinamismo evangélico, el sacerdote se ha lanzado con imprudencia, a cuerpo descubierto, a peligrosas aventuras de innovación, de inmersión en ambientes mundanos, de desmantelamiento de las sólidas bases tradicionales, de cancelación de signos llenos de sentido y acreditados por la experiencia. Con el pretexto del *aggiornamento*, de los signos de los tiempos, el compromiso temporal y otras expresiones en boga, se han vertido en libros, conferencias, revistas y «encuentros» las más peregrinas ideas sobre el sacerdocio.

En la homilía a los peregrinos de Piacenza vuelve Juan Pablo II sobre el tema, apuntando hacia una justa jerarquía de valores. El tiempo invertido en reuniones para discutir, para analizar situaciones concretas, para programar... *también* puede ser bien empleado.

«Pero es necesario reafirmar que el tiempo más útil, el que da sentido y eficacia a las discusiones y a los proyectos, es el tiempo dedicado a la oración»⁹.

Como criterio para valorar los esfuerzos, apela el Papa a los frutos:

«Con calma y sentido común examinad siempre a qué conducen estos retiros y reuniones. ¿A una mayor intimidad con el Señor? ¿A una mayor fuerza y transparencia evangélica? ¿A un mayor amor fraternal? ¿A una mayor pobreza personal y comunitaria? ¿A compartir más lo que vosotros sois y tenéis con los más desheredados? ¿A un celo mayor en favor de la misión de la Iglesia? En ese caso, los medios elegidos eran seguros y fueron utilizados

⁹ *El ejemplo de la Santísima Virgen*. Homilía a peregrinos de Piacenza (2/VII/1979), p.261.

con seriedad. Si no fue así, entonces hay que cambiarlos antes que sea demasiado tarde»¹⁰.

EL «AGGIORNAMENTO»

El papa Juan Pablo, al revisar la etapa posconciliar, afirma que la crisis, con sus fenómenos de «contestación» y agudización del sentido crítico, ha servido para clarificar ideas y para afianzar verdades. Dice que esta etapa *negativa* ha llegado a su fin. Ahora hay que *comenzar* la etapa positiva de la verdadera renovación..., que es lo que intentaba el Concilio. Vamos, pues, con un notable retraso.

Esta etapa positiva se inaugura desde el sentido sobrenatural de la fe en Dios providente y de una confianza plena en su actuación a lo largo de la historia. Cristo ha prometido a los suyos una presencia viva en la historia hasta el fin del mundo.

En esta perspectiva de fe, como ministro de Cristo, la interpretación del *aggiornamento* y de los «signos de los tiempos» conduce a la verdadera renovación, que exige ser sacerdotes de una pieza, con una exigencia intrínseca de santidad. Los sacerdotes santos son la esperanza del futuro. La renovación entendida ambiguamente, como acomodación al espíritu mundano y al clima de secularización, no tiene sentido:

«Pero el 'estar al día' de cada uno —recalca el Papa— era una respuesta original al Evangelio, una respuesta particularmente necesaria para aquellos tiempos, era la respuesta de la santidad y del cielo. No existe otra regla fuera de ésta para 'estar al día' en nuestra vida y en la actividad sacerdotal, en nuestro tiempo y en la actualidad del mundo. Indudablemente, no pueden considerarse un adecuado 'estar al día' los diversos proyectos y ensayos de 'laicización' de la vida sacerdotal»¹¹.

Y matiza más todavía, al hablar del «carisma» de Pablo VI, que el *aggiornamento* es una invitación a la transformación espiritual de nuestro tiempo:

¹⁰ *Misión y fisonomía de las religiosas*. A las religiosas en el Carmelo de Kinshasa (3/V/1980), p.151.

¹¹ Carta *Novo incipiente* n.6 p.133.

«El sentido más profundo del *aggiornamento* es estrictamente evangélico: surge de la voluntad de servir, siguiendo a Cristo, de la voluntad de servir a Dios en los hombres, de servir al hombre. El servicio se identifica con la misión, descubierta de nuevo en la misión salvífica de Cristo»¹².

El *aggiornamento* es una palabra clave que define un estilo en la vida de la Iglesia desde el papa Juan XXIII. Ante los cambios y transformaciones de la sociedad moderna, el papa Juan hace una llamada urgente y optimista a la adaptación de formas y métodos de apostolado.

El *aggiornamento* es una llamada de atención a los sacerdotes y pastores para hacernos ver

«la oportunidad y la conveniencia de adaptar prudentemente y, al mismo tiempo, con valentía, a causa del cambio de la situación, los métodos y las formas, el lenguaje y el estilo, la táctica y la técnica de nuestra acción pastoral, para garantizar la real eficacia de la acción de la Iglesia».

El programa es amplio y arriesgado. No se trata de remiendos ni de afeites en la superficie. El cambio puede afectar al mismo modo de pensar, de actuar y de vivir. Dice Juan Pablo II en Bérghamo:

«Por tanto, es necesario ponerse al día *con cautelosa ponderación*, sin comprometer nunca lo que es y debe permanecer intangible, es decir, el patrimonio de la fe, la herencia de la tradición o la observancia de la disciplina eclesiástica. Pero *también se necesita valor*, innovando según las nuevas exigencias pastorales, buscando y probando métodos nuevos, poniendo en movimiento esa *inventiva* y esa *genialidad* que bien corresponde a la naturaleza de la pastoral, que no es una árida ciencia de mesa, sino ante todo y sobre todo es el arte que nos guía a acercarnos a las almas de nuestros hermanos. *Ars est artium regimen animarum*, nos recuerda San Gregorio en su *Regla pastoral* (PL 77,14).

He aquí, queridos hermanos, que esta misma palabra *aggiornamento* la repito ahora ante vosotros con la apertura de corazón del Papa vuestro paisano, confiando mu-

¹² *El carisma de Pablo VI*. Audiencia general (8/VIII/1979), p.276.

cho, como él, en vuestro celo, e indicándoos los posibles campos de aplicación hacia donde este esfuerzo de adaptación podrá dirigirse provechosamente: desde la catequesis parroquial, familiar, escolar, en orden a un anuncio intenso de la Palabra de Dios, hasta la administración ejemplar de los sacramentos; desde el cuidado preferencial de los pobres a la asistencia espiritual de los enfermos; de la necesaria presencia, también pública, en defensa de la vida, de la libertad, de la justicia y del trabajo, a la tutela concreta de quien en la vida, en la libertad, en el trabajo, en la justicia está amenazado»¹³.

En una una bella glosa al *Magnificat*, Juan Pablo II recomienda a los sacerdotes, religiosos y religiosas, en el santuario de Montenero, la vida interior y la puesta al día:

«Pero yo sé, amados sacerdotes de la diócesis, que, movidos por el celo de las almas y el interés pastoral de los fieles, tratáis de suplir la escasez del número con la multiplicación de vosotros mismos y la intensificación de las actividades. Sin embargo, y recordándoos las palabras del *Magnificat* que acabamos de meditar, estoy seguro de vuestra convicción personal de que la actividad exterior no debe producir menoscabo de la vida interior. Si no quiere ser bronce que resuena a hueco, el sacerdote sabe encontrar el tiempo necesario para la meditación y la oración. Logra encontrar también el tiempo necesario para ponerse al día, pues son muchos los problemas nuevos sobre los que ha de tener ideas claras y líneas de solución que sean correctas; y si no está al día, corre el riesgo de quedarse atrás, con perjuicio de la misma incidencia del trabajo pastoral»¹⁴.

En rigor, la puesta al día y la renovación interior son inseparables. Sin vida interior, el sacerdote está expuesto a todos los bandazos del sentimiento y de la agitación perturbadora:

«En realidad, no es posible renovación alguna, ni siquiera práctica, o sea, de vida y de estilo pastoral, si no se la refiere y se la cimienta sólidamente sobre los consti-

¹³ *Las exigencias de la vocación y su fecundidad apostólica*. A los sacerdotes, religiosos y seminaristas de Bérgamo (26/IV/1981), p.142.

¹⁴ *Las características del apostolado de la Iglesia*. A los sacerdotes, religiosos y religiosas en el santuario de Montenero (Livorno) (19/II/1982), p.117.

tutivos esenciales de la fe cristiana. Ninguna actividad, y mucho menos ningún activismo, puede presumir de cimentarse en sí; como ningún árbol puede vivir por pura fuerza endógena, sino que prospera sólo en la medida en que sus raíces ahondan en un terreno rico y fértil, o, como dice el Salmista, está saludablemente 'plantado a la vera del arroyo' (Sal 1,3). Este terreno fértil, esta agua vivificante, es para todos nosotros la constante contemplación del misterio central de la Revelación, objeto de la fe de la Iglesia...»¹⁵

Hay una clara incompatibilidad, un contrasentido, entre sacerdocio —expresión sustancialmente religiosa y sacra— y «laicización», que es desacerarizar. «Estar al día» implica jornadas intensivas de estudio, la valoración justa y la rehabilitación práctica de la oración como medio indispensable para ser hombre de Dios y hombre para los hombres; la adaptación inteligente a las diversas circunstancias del hombre histórico concreto, de la cultura, del ambiente y de otros factores condicionantes.

En plan mundano, «estar al día» es una rebaja que permite vivir confortablemente, a lo burgués, difuminando la fisonomía sacerdotal en una situación innoble de mediocridad y achatamiento. Es quizá lo que espera el mundo para desprestigiar y abandonar al sacerdote:

«Los que piden la laicización de la vida sacerdotal y aplauden sus diversas manifestaciones, nos abandonarán sin duda cuando sucumbamos a la tentación. Entonces dejaremos de ser necesarios y populares. Nuestra época está caracterizada por varias formas de 'manipulación' e 'instrumentalización' del hombre, pero no podemos ceder a ninguna de ellas. En definitiva, resultará siempre necesario a los hombres el sacerdote que es consciente del sentido pleno de su sacerdocio; el sacerdote que cree profundamente, que manifiesta con valentía su fe, que reza con fervor, que enseña con íntima convicción, que sirve, que pone en práctica en su vida el programa de las bienaventuranzas, que sabe amar desinteresadamente, que está cerca de todos, y especialmente de los más necesitados»¹⁶.

¹⁵ *Consejos a los sacerdotes*. Homilía en la celebración eucarística con sacerdotes y religiosos (30/IV/1982), p.162.

¹⁶ Carta *Novo incipiente* n.7 p.133.

La pastoral vocacional debe evitar por todos los medios la tentación de presentar un ideal rebajado, conforme a los criterios mundanos de influencia, prestigio, comodidad y mediocridad. Es una equivocación y un fraude. Hay que presentar el ideal en toda su grandeza, su riesgo, su heroísmo y su testimonio:

«Podrán tal vez desanimaros las dificultades reales para hacer llegar al mundo joven la invitación de la Iglesia. Pero ¡tened confianza! También la juventud de nuestro tiempo siente poderosamente la atracción hacia las alturas, hacia las cosas arduas, hacia los grandes ideales. No os ilusionéis con que la perspectiva de un sacerdocio menos austero en sus exigencias de sacrificio y renuncia—como, por ejemplo, en la disciplina del celibato eclesiástico— pueda aumentar el número de quienes pretendan comprometerse en el seguimiento de Cristo. Por el contrario, más bien es una mentalidad de fe vigorosa y consciente lo que falta, y se hace necesario crearla en nuestras comunidades. Allí donde el sacrificio cotidiano mantiene despierto el ideal evangélico y eleva a alto nivel el amor de Dios, las vocaciones continúan siendo numerosas. Lo confirma la situación religiosa en el mundo. Los países donde la Iglesia es perseguida son, paradójicamente, aquellos en que las vocaciones son más florecientes y algunas veces, incluso, más abundantes»¹⁷.

El ideal sacerdotal, expuesto con claridad y vivido con todas sus consecuencias de entrega, fidelidad y consagración, es capaz de suscitar admiración y entusiasmo y de contagiar la generosidad y el compromiso. Y, en último término, confiar siempre en los designios de Dios:

«Sería absurdo pensar que Dios ya no llama, en Portugal como en otras tierras, a jóvenes cristianos, capaces y generosos, para el ministerio sacerdotal o para la vida religiosa. Importa y es urgente saber convocar a esos jóvenes, proponiéndoles un ideal exigente pero claro, una identidad bien definida, un campo de acción capaz de impulsarles a la entrega de toda su vida. Los obispos, antes que nadie, deben asumir el compromiso de hacer llegar al mayor número posible de jóvenes cristianos la invitación de Cristo, y luego el compromiso, no menor, de proporcionarles un marco de formación, un apoyo a su

¹⁷ Misa en el estadio de Maracanã p.255.

ideal y una perspectiva para la dedicación de su vida tan estimulante, que ellos se dejen fascinar por ese ideal»¹⁸.

Los jóvenes rechazan lo inauténtico, lo sofisticado y lo facilón hasta por instinto. El ideal sacerdotal no admite las posiciones ambiguas ni las tergiversaciones de base. Y presentar un sacerdocio como una forma de vida placentera, sin sacrificio y sin cruz, es una adulteración indignante:

«Sin olvidar nunca un presupuesto básico —dice el Papa—: si presentamos ideales desvalorizados, son los propios jóvenes los primeros en rechazarlos, por no descubrir en ellos un marco en el que volcar toda su generosidad y ansia de entrega»¹⁹.

NO A LA «DESACRALIZACION»

La tentación de diluir el ideal sacerdotal en tareas y funciones de tipo temporal es sutil y, en cierto modo, fascinante. Hay muchos intereses creados por medio que explican el interés por «deformar», difamar y desprestigiar la fisonomía del sacerdote. Y esta tergiversación no tiene siempre su origen en las fuerzas hostiles que amenazan desde fuera. El Papa lamenta con amarga tristeza que quienes debilitan y alteran a la Iglesia con doctrinas confusas e ideologías ajenas «no son tanto sus enemigos de fuera cuanto algunos de sus hijos de dentro»:

«Quiero aludir a las propuestas que tienden a 'laicizar' el ministerio y la vida sacerdotal, a sustituir a los ministros 'sacramentales' por otros ministerios, juzgando que responden mejor a las exigencias pastorales de hoy, y también a privar a la vocación religiosa del carácter de testimonio profético del Reino, orientándolo exclusivamente hacia funciones de animación social o incluso de compromiso directamente político. Esta tentación afecta a la eclesiología, como se expresó lúcidamente el papa

¹⁸ *Guías del pueblo de Dios*. A la Conferencia episcopal (13/V/82), p.172.

¹⁹ *Vocaciones sacerdotales y religiosas*. A los obispos colombianos en visita *ad limina* (26/V/1979), p.263. *Oración por las vocaciones*. Mensaje ante la XVI Jornada Mundial (6/V/79). *Vocación sacerdotal*. En el seminario de Guadalajara (30/I/1979).

Pablo VI, el cual, hablando a la asamblea general de la Conferencia episcopal italiana sobre los problemas del sacerdocio ministerial, declaraba: 'En este punto, lo que nos aflige es la suposición, más o menos difundida en ciertas mentalidades, de que se pueda prescindir de la Iglesia tal como es, de su doctrina, de su constitución, de su origen histórico, evangélico y hagiográfico, y que se puede inventar y crear una nueva Iglesia según determinados esquemas ideológicos y sociológicos, también ellos mutables y no garantizados por exigencias intrínsecas'»²⁰.

Esta mentalidad, además de mezquina y triste, es radicalmente falsa. Sus representantes han sido desenmascarados por la juventud, que detecta con un sexto sentido la manipulación y el chantaje. Por eso, se han hecho innecesarios, impopulares y sospechosos ante la opinión pública, que quiere sacerdotes «de verdad», «a cuerpo limpio», y no tratantes de feria, economistas, políticos, granjeros o líderes de sindicatos. Vuelve a hablar el Papa con la experiencia que le han dado tantas «horas de vuelo»:

«Esta realidad que, a veces, parece oponer graves obstáculos a la penetración de una mentalidad cristiana, exige encontrar en vosotros no dirigentes sociales o hábiles administradores, sino auténticos guías espirituales que se esfuercen en orientar y mejorar el corazón de los fieles, para que, convertidos, vivan en el amor a Dios y al prójimo y se comprometan en la elevación y promoción del hombre...»²¹

Insiste con su habitual penetración psicológica el buen papa Juan Pablo II:

«No nos hagamos ilusiones de servir al Evangelio si cedemos a la tentación de 'diluir' nuestro carisma en un exagerado interés por los problemas temporales. No olvidemos que el sacerdote debe ser representante de los valores sobrenaturales, signo y artífice de unidad y fraternidad»²².

²⁰ *Las vocaciones, prueba y condición de la vitalidad de la Iglesia*. Homilía al Congreso Internacional de Vocaciones (10/V/81).

²¹ *Ibid.*

²² *Servicio a Cristo, Maestro, Sacerdote y Rey*. A los presbíteros y religiosos en Terni (19/III/1981), p.98.

La vida sacerdotal es distinta en todo el ámbito de la existencia de toda otra forma de vida. Distinta por su origen, por sus enfoques, por sus contenidos, por sus métodos, por sus metas. Considerada como una realidad simplemente humana es incomprensible. Escapa a los métodos de la observación y del tratamiento empírico, porque se desarrolla y llega a su plenitud en el misterio de la fe. La vocación es una llamada a seguir a Cristo en su destino de salvación, que pasa siempre por la cruz. Por eso no es comprendido por el mundo, que juzga la cruz como locura y escándalo. Por eso el mundo es radicalmente incompetente para decidir qué y cómo va a ser el sacerdote. El mundo no puede marcarnos el puesto en el terreno de juego, sencillamente porque no somos de su equipo.

Lo ha dicho con energía y claridad el Papa en Notre Dame:

«No es el mundo quien fija nuestra función, nuestro estatuto y nuestra identidad. Es Cristo Jesús, es la Iglesia. Cristo Jesús es quien nos ha elegido como sus amigos, para que demos fruto; El ha hecho de nosotros sus ministros: nosotros participamos en la misión del único Mediador, que es Cristo. La Iglesia, el Cuerpo de Cristo, es la que desde hace dos mil años manifiesta el lugar indispensable que ocupan en su seno los obispos, los sacerdotes y los diáconos»²³.

Cristo ha configurado al sacerdote con su sacerdocio y, en un voto impresionante de amor y confianza, le ha dado sus poderes y le ha hecho su representante y embajador ante el mundo. Es un don inmenso que tiene que ser aceptado, no con engreimiento por la grandeza de la gracia, sino con un sentido purísimo de exigencia personal y de ejemplarísimo comportamiento:

«La realidad tan sublime que lleváis en vosotros mismos, sellados por un carácter especial que os configura con Cristo Sacerdote, de manera que podéis actuar en su nombre (*Presbyterorum ordinis* 2), comporta la grandeza de la misión recibida y de la necesidad de adaptarse cada vez más a ella. Es necesario, ante el don del Señor, tener una clara y arraigada convicción sobre el propio ser de sacerdotes de Cristo, depositarios y administradores de

²³ *El sacerdocio ministerial*. Al clero, en Notre Dame (30/V/80), p.199.

los misterios de Dios, instrumentos de salvación para los hombres. Estas certezas de fe no permiten dudar de la propia identidad, ni andar titubeando sobre el valor de la propia vida, o vacilar en el camino emprendido»²⁴.

El mundo, en su configuración histórica —sistemas, ideologías, progreso técnico, civilización, humanismos y ambiente—, no está autorizado para decidir la identidad del sacerdote, porque excede en principio sus atribuciones. El hombre pertenece al mundo, aunque haya sido ordenado y ungido sacerdote. Pero *no pertenece efectivamente al mundo*.

Como dice el Papa en frase espléndida, es CRISTO «la razón de nuestra vida y nuestra fuerza».

Cristo es el inspirador de la vocación.

Cristo, gozosamente escuchado, es quien llama personalmente.

Cristo, apasionadamente amado, es quien explica la total consagración, el impetuoso y exigente celo, la entera libertad de espíritu, la audacia imperturbable, la bondad irresistible del sacerdote.

Únicamente Cristo tiene el poder de arrastrar a la divina y magnífica aventura del sacerdocio. Únicamente Cristo puede provocar la divina opción que madura en un «sí» permanente, entusiasta y nunca revocado.

Únicamente Cristo, apasionadamente amado, es el ideal válido que arrastra con fuerza y con entusiasmo a la juventud para seguir la llamada. Porque *Cristo es la razón suprema de la existencia sacerdotal*.

Es preciso proclamarlo a grito abierto, porque ha habido en ciertos ambientes cierto miedo a hablar directamente de Cristo, como si no tuviera ya poder de convocatoria. Contra todo tipo de inhibicionismo o de simple silencio ante Cristo, hay que gritar que sólo Cristo puede justificar la entrega de una vida. Sólo un amor fuerte, robusto, profundo, absorbente y entrañable a Cristo puede justificar la respuesta de una dedicación plena a Dios y a los hermanos. Sólo un amor personal tan intenso que duele y sangra en el espíritu explica la entera generosidad hasta el heroísmo del sí sacerdotal.

²⁴ En Terni p.97.

SACERDOCIO «MINISTERIAL»

«Habéis recibido una gracia o carisma (el de la vocación) que os conduce hacia la participación, por el sacramento del orden, en el ser, en el obrar y estilo de vida de Cristo Sacerdote, Buen Pastor, para prolongarlo en la Iglesia y en el mundo. Es una participación de su unción y misión sacerdotal y pastoral».

JUAN PABLO II, *Mensaje a los seminaristas de España, firmado en Valencia.*

Es un rasgo decisivo en la definición de la identidad sacerdotal.

El papa Juan Pablo dedica una atención especial, en su *Carta...* con motivo del Jueves Santo y en los «encuentros» con sus sacerdotes, a precisar en qué consiste el sacerdocio ministerial. Era, ciertamente, preciso salir al paso de determinadas teorías ambiguas que se filtraron hasta dentro del mismo clero, creando turbación en los ánimos y un espeso clima de confusión y malestar en el pueblo.

Con criterios apresurados, al margen del dogma y del magisterio, se intentó difuminar el sacerdocio jerárquico, nivelándolo, es decir, rebajándolo a la categoría de sacerdocio «común». Los cristianos son «pueblo sacerdotal», «todos somos sacerdotes»..., se dijo desde cátedras, revistas, tribunas orales.

Nada más confuso que la verdad a medias. La verdad «entera» es que el sacerdocio, del que participamos por medio del sacramento del orden, está relacionado explícitamente con el sacerdocio común de los fieles, es decir, de todos los bautizados, y, al mismo tiempo, se diferencia de éste

esencialmente y no sólo en grado.

El sacerdote no es un «delegado del pueblo», elegido democráticamente por sufragio popular. No es un «portavoz» parlamentario escogido para defender los «derechos del pueblo». No es un enlace sindical para las reivindicaciones

obreras. No es un líder político que arrastra a las masas. No es un funcionario ni un profesional con determinadas horas de consulta o despacho.

El sacerdote es un hombre

— llamado por Dios,

— ungido y consagrado por el sacramento del orden, que «imprime carácter» en el alma, y lo consagra de modo definitivo, indeleble y pleno a Dios y a las almas.

La ordenación imprime «carácter», que es un signo especial de Dios, algo así como una «herida luminosa» que no puede cicatrizar jamás y que, de cuando en cuando, va a sangrar copiosamente por amor y celo. Es una llamada especial en virtud de la cual «es tomado de entre los hombres, es instituido en favor de los hombres».

El sacerdocio común y el ministerial —el de los bautizados y el de los ordenados— se ordenan el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo. Pero es preciso insistir en su diferencia esencial y no sólo de grado ¹.

Se trata de funciones básicamente distintas.

El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza,

«forma y dirige al pueblo sacerdotal, realiza el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo de Dios».

El sacerdocio común, en virtud de su bautismo,

«concorre a la ofrenda de la Eucaristía, lo ejerce en la recepción de los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante» ².

El sacerdocio jerárquico es una gracia especial que denota una preferencia de amor. La vocación se convierte en la base de la identidad. El «llamado» participa de un modo misterioso, pero real, en la misión del mismo Cristo, decide su vida en la dirección salvífica del Redentor y presta un

¹ Carta *Novo incipiente* p.132.

² *Ibid.*

servicio «en una triple dimensión: es misión y función de profeta, sacerdote y rey»³.

Por la ordenación, el sacerdote se alista en la escuela del Buen Pastor con plena disponibilidad, con desvelada solicitud, con una dedicación *full-time* al pueblo. Con el riesgo de su propia vida si lo exige la fidelidad al servicio pastoral, porque el sacerdote se ha comprometido con todo su ser a la causa de Dios, con una absoluta entrega de sí mismo y de todos sus valores a Cristo, apasionadamente amado.

La consagración lo transforma interiormente con un fuego interior, como una llamarada que quema sin consumir. El sacerdocio se identifica con su destino. Por encima de toda adjetivación, el sacerdote será para siempre «sacerdote». Lo recuerda bellamente el Papa:

«Esa misión del sacerdocio no es un simple título jurídico. No consiste precisamente en un servicio eclesial prestado a la comunidad, delegado por ella y, por tanto, revocable por la misma comunidad o renunciable por libre decisión del 'funcionario'. Se trata, por el contrario, de una real e íntima transformación por la que pasó nuestro organismo sobrenatural gracias a una 'señal' divina, el 'carácter', que habilita para obrar *in persona Christi* (haciendo las veces de Cristo), y por eso os califica en relación a El como instrumentos vivos de su acción»⁴.

Podríamos presentar una extensa antología de textos. Escojo los que van a continuación por su precisión y expresividad.

El sacerdocio común se ejerce mediante el bautismo, que capacita para diversas funciones dentro del pueblo de Dios:

«En virtud de esta cualificación, cada uno de vosotros está llamado a presentarse a sí mismo como ofrenda generosa y agradable al Padre y a Cristo. Os corresponde dar a vuestra *participación eucarística* el mismo sentido que Cristo dio a su sacrificio. El no murió para desaparecer, sino para resucitar, a fin de que su palabra y su acción continúen, a fin de que la misión recibida del Padre se lleve a término con el poder del Espíritu. Sus miembros son llamados a la libertad según el Espíritu y a la

³ Ibid.

⁴ *Misa en el estadio de Maracanã* p.254.

iniciativa; el camino de la fe y de la unidad está abierto, están ya proclamadas las normas de la humanidad nueva. Cristo espera de su pueblo sacerdotal la valentía de avanzar y de lanzarse, por el camino de la caridad, a sufrir y también a morir, ciertamente como los mártires, pero creyendo como ellos en el éxito conseguido por medio del sacrificio»⁵.

La ordenación capacita al sacerdote para ejercer el ministerio con el poder de Cristo:

«Los sacerdotes, por el hecho de haber recibido el sacramento del orden, asumen en medio de vosotros el lugar de Cristo, Cabeza de su Iglesia; su sagrado ministerio es indispensable para significar que la fracción del pan realizada por ellos es un don recibido de Cristo, que sobrepasa radicalmente el poder de la asamblea; y es irremplazable para ligar válidamente la consagración eucarística al sacrificio de la cruz y a la cena (Carta *Dominicae cenae* 9). Por ello, procurad estar cada vez más dispuestos para acoger con respeto y reconocimiento este ministerio y rogar para que a la Iglesia nunca le falten sacerdotes, sacerdotes santos»⁶.

En su hermosa homilía del estadio de Maracanã precisa y distingue el Papa:

«Sabéis que la doctrina del sacerdocio común de los fieles, tan ampliamente desarrollada por el Concilio, ofreció al laicado la ocasión providencial de descubrir cada vez más la vocación de todo bautizado al apostolado y su necesario compromiso, activo y consciente, con la tarea de la Iglesia. De ello resultó un amplio y consolador florecimiento de iniciativas y de obras que constituyen una inestimable contribución para el anuncio del mensaje cristiano, tanto en tierras de misión como en países como el vuestro, donde se siente más agudamente la necesidad de suplir, con el auxilio de los laicos, la presencia del sacerdote.

Es algo consolador, y debemos ser los primeros en alegrarnos con esta colaboración del laicado y alentarla».

⁵ *La fracción del pan*. Mensaje al Congreso Eucarístico Internacional de Lourdes (21/VII/1981), p.183.

⁶ *Ibid.*

No obstante...

«Urge decir, mientras tanto, que nada de eso disminuye en modo alguno la importancia y la necesidad del ministerio sacerdotal, ni puede justificar un menor interés por las vocaciones eclesiásticas. Menos aún puede justificar el intento de trasladar a la asamblea o a la comunidad el poder que Cristo confirió exclusivamente a los ministros sagrados. El papel del sacerdote sigue siendo insustituible. Debemos, ciertamente, solicitar, de todos modos, la colaboración de los laicos. Pero, en la economía de la Redención, existen tareas y funciones —como la ofrenda del sacrificio eucarístico, el perdón de los pecados, el oficio del magisterio— que Cristo quiso ligar esencialmente al sacerdocio y en las cuales nadie nos podrá sustituir sin haber recibido las sagradas órdenes. Sin el ministerio sacerdotal, la vitalidad religiosa corre el riesgo de ver cortadas sus fuentes; la comunidad cristiana, de disgregarse, y la Iglesia, de secularizarse»⁷.

El Papa insiste en Cebú, Filipinas, sobre la radical diferencia entre las funciones del laico y las del ordenado:

«Con todo, una actitud que vea oposición o rivalidad entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio de los fieles no logra percibir el designio de Dios al instituir el sacramento de las sagradas órdenes dentro de su Iglesia. La constitución sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II, enseña claramente que 'aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo' (*Lumen gentium* 10). En el sacerdocio ministerial de las órdenes sagradas, Dios ha dejado en su Iglesia un signo visible por el cual el diálogo divino que Él ha iniciado —la palabra salvífica que invita a una respuesta de fe— está sacramentalmente y, por lo tanto, eficazmente representado. El sacerdocio es, pues, un sacramento cuya 'celebración' afecta a la Iglesia entera, y toda la Iglesia —laicos y clérigos igualmente— debe cuidar que tal 'celebración' no sea menoscabada a causa de un celo mal entendido o inadecuado por una multiplicación de *ministerios entendidos como una sustitución del sacerdocio ministerial*»⁸.

⁷ *Misa en el estadio de Maracaná* p.255.

⁸ *Llamados por Dios*. A los sacerdotes y seminaristas, en el Auditorio del Sagrado Corazón, Cebú, Filipinas (19/II/1981), p.60.

En un contexto eclesial, el sacerdocio es condición indispensable para una vida cristiana llena de empuje, de vigor y de entusiasmo. El sacerdote es necesario e insustituible. Lo afirma rotundamente Juan Pablo II en su homilía al Congreso Internacional de Vocaciones:

«Las vocaciones sacerdotales son comprobación y, al mismo tiempo, condición de la vitalidad de la Iglesia, ante todo porque esta vitalidad encuentra su *fuentes* incesante en la Eucaristía, como centro y vértice de toda evangelización y de la vida sacramental plena. De aquí brota la necesidad indispensable de la presencia del ministro ordenado, que está precisamente en disposición de celebrar la Eucaristía.

Y luego, ¿qué decir de los otros sacramentos mediante los cuales se alimenta la vida de la comunidad cristiana? Especialmente, ¿quién administraría el sacramento de la penitencia si faltase el sacerdote? Y este sacramento es el medio establecido por Cristo para la renovación del alma y para su integración activa en el contexto vital de la comunidad. ¿Quién atendería al servicio de la palabra? Y, sin embargo, en la economía actual de la salvación 'la fe es por la predicación, y la predicación, por la palabra de Cristo' (Rom 10,17)»⁹.

⁹ *Homilía al Congreso Internacional de Vocaciones* p.160.

«VEN Y SIGUEME»

«Es necesario, mis queridos hermanos y amados hijos, *meditar con el corazón* este diálogo entre Dios y el hombre para encontrar constantemente el entramado de vuestra vocación. Este diálogo ya se ha realizado en vosotros, que vais a recibir la ordenación sacerdotal. Y tendrá que continuar, ininterrumpido, durante toda vuestra existencia a través de la oración, sello distintivo de vuestra piedad sacerdotal».

JUAN PABLO II, *Homilía durante la ceremonia de ordenación sacerdotal celebrada en el paseo de la Alameda, de Valencia.*

La vocación es el contraste que marca la identidad.

Es, en su misma raíz, una gracia de Dios.

Es una «llamada» de Dios, que elige a quien quiere.

«Optar por el sacerdocio» no es, en puridad, otra cosa que responder a un «sígueme» que se impone a la conciencia, se va apoderando progresivamente de todos los planos del ser y exige una decisión voluntaria y responsable. La fenomenología de esta llamada «personal» se diversifica en un espectro plural y riquísimo que constituye la historia humana y sobrenatural de cada uno de los elegidos.

Se trata, por tanto, de una «opción» distinta por su origen, por su contenido y por sus complejas implicaciones a lo que se entiende vulgarmente por escoger cualquier otra carrera o profesión humana. La llamada personal de Cristo es indispensable para ser sacerdote, como se recuerda expresamente en la carta a los Hebreos:

«Nadie puede tomar por sí este honor sino el que es llamado por Dios» (Heb 5,4).

¿COMO LLAMA EL SEÑOR?

1. La vocación es cosa de Dios. Cristo toma siempre la iniciativa: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo

os he elegidos a vosotros...» Lo hace personalmente, con una franca invitación que requiere, de suyo, la respuesta inmediata. Dijo Jesús: «Sígueme». E inmediatamente, al momento, los apóstoles lo dejaron todo —redes, trabajo y familia— para seguirlo.

Si se pierde o se difumina la óptica teologal, es imposible captar la fisonomía propia de la vocación. Por encima de todas las circunstancias y los condicionamientos culturales, ambientales y socio-religiosos, debe quedar perfectamente claro que quien llama y toma siempre la iniciativa es Dios.

Por eso insiste tanto Juan Pa II. El sacerdote es un escogido, un seleccionado, un privilegiado del amor divino.

«¿Por quién? *Por el Padre*. No por los hombres, aunque 'de entre los hombres', y ciertamente también por obra de varios hombres: vuestros padres, vuestros coetáneos, vuestros educadores..., en particular quizá por obra de otros sacerdotes: muchos o sólo alguno, mediante quien se os reveló la voluntad divina...

Pero, en definitiva, siempre y exclusivamente: por el Padre. El Padre os entrega hoy a Cristo lo mismo que le entregó a aquellos primeros Doce, que estuvieron con El en la hora de la última cena»¹.

La teología de la llamada profundiza en lo más bello y arcano del destino sacerdotal y de su identidad específica:

«La historia de nuestro sacerdocio comienza por un llamamiento divino, como sucedió a los apóstoles. Al elegirlos, es manifiesta la intención de Jesús. Es El quien toma la iniciativa. El mismo lo hará notar: 'No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros' (Jn 15,16). Las sencillas y enternecedoras escenas que nos representan la llamada de cada discípulo revelan la actuación precisa de determinadas preferencias (cf. Lc 6,13), sobre las cuales es conveniente meditar»².

Juan Pablo hace en Fátima las mismas reflexiones bajo la mirada «maternalmente cariñosa de Nuestra Señora»:

«... no fuimos nosotros, ni nuestros padres, quienes tomamos la iniciativa al elegir ser creados, bautizados e in-

¹ *Sacerdotes de Cristo y de la Iglesia*. Homilía en la ordenación de 45 sacerdotes (15/VI/1980), p.227.

² *Misa en Maracanã* p.254.

corporados a su Iglesia. La iniciativa partió del 'amor fontal', Principio sin principio, de quien procede el Espíritu Santo por el Hijo; sí, fue iniciativa libérrima del amor de Dios Padre, que quiso derramar y no cesa de derramar su bondad, al habernos creado por su extraordinaria y misericordiosa benignidad y, luego, habernos llamado gratuitamente a compartir su vida y su gloria (cf. *Ad gentes* 2), en esta condición eclesial que es la nuestra. ¡Bendito sea Dios!»³

La gratuidad de la vocación y la iniciativa por parte de Dios son aspectos fundamentales de la existencia sacerdotal. Lo explica de nuevo el Papa en Nagasaki:

«Estas palabras... (*Yahveh me ha ungido*) son aplicables a cualquier sacerdote. Se aplican, pues, a vosotros. Quieren decir que en la raíz de toda vocación sacerdotal no se da una iniciativa humana y personal, con sus inevitables limitaciones humanas, sino una *iniciativa misteriosa por parte de Dios*.

Un sacerdote puede decir también que el Señor le ha ungido cuando, en la infancia o en la juventud, su corazón respondió a la llamada del Señor: 'Sígueme'. No siempre es fácil precisar este momento e identificar el acontecimiento que dio origen a la llamada: ¿el ejemplo de un sacerdote o de un amigo?; ¿la experiencia de un vacío que únicamente puede llenarse mediante un total servicio de Dios?; ¿un deseo de responder de manera perfecta y eficaz al sufrimiento material, moral o espiritual? Pero, en cualquier circunstancia, es Dios quien ha llamado. Le sea posible o no al sacerdote fijar el día en que señaló rumbo a su vida, respondiendo a la sugerencia del Señor —lo que el profeta Jeremías llama la seducción del Señor (cf. Jer 20,7)—, lo cierto es que será consciente de que Dios le ha llamado»⁴.

La «llamada» es cosa de Dios, es cuestión «reservada» a Dios, no sólo en su origen, sino en todo el ámbito del ser sacerdotal, de su destino y de toda su actividad. Por ello, sólo desde Dios tiene sentido y sólo desde Dios puede lle-

³ *A las personas consagradas a Dios*. A los sacerdotes y religiosos (13/V/1982), p.177.

⁴ *Qué significa ser sacerdote de Cristo*. Homilía en la ordenación de 15 sacerdotes en Nagasaki (25/II/1981), p.76.

garse a una comprensión intensa del misterioso don. Es una conclusión lógica de las premisas de fe:

«Ciertamente, no encontraremos nuestra respuesta en las ciencias del comportamiento humano ni en las estadísticas socio-religiosas, pero sí en Cristo y en la fe. Interrogaremos humildemente al divino Maestro y le preguntaremos quiénes somos, cómo quiere El que seamos, cuál es, ante El, nuestra identidad»⁵.

La «llamada» es un misterio, porque Dios sigue sus planes con unos planteamientos «incomprensibles» para la inteligencia humana. Y todo ello, para que el hombre tenga conciencia de su pequeñez y se rinda con humildad ante la sabiduría de Dios, que no busca la proporción lógica entre las personas y la empresa que intenta realizar. La empresa humana requiere una justa proporción entre los fines y las personas que los encarnan. Dios tiene otros criterios, como lo expuso con hondura escalofriante San Pablo: que Dios escoge lo débil para combatir a lo fuerte y que entre los primeros cristianos —aquella gente magnífica y alegre— no había gente «importante».

Lo dice con toda claridad Juan Pablo II. Y lo dice con una sinceridad humilde que impresiona y tonifica el espíritu:

«Y en este momento, tal vez añadiese —para ver-güenza mía—: el 'signo' es el Papa. Trasciende su persona, porque el Papa sólo le presta su propia expresión a El, a Jesucristo. Con esta imagen pretendo decir, con franqueza, cuán limitado me siento y, al mismo tiempo, responsable ante El, Cristo, y ante vosotros...»⁶

Dios reconoce nuestras limitaciones.

Dios nos hace reconocer nuestras propias limitaciones, no para infundir desánimo y derrotismo, sino para reavivar la esperanza. Porque lo único que quiere de nosotros es la plena disponibilidad y el buen corazón. Las cualidades del «sí» para el trabajo encomendado:

«ni seguridades materiales (cf. Mt 10,9);
ni capacidades personales (ib., v.20);

⁵ *Misa en Maracaná* p.254.

⁶ *A las personas consagradas a Dios*, en Fátima, p.177.

ni simples buenas voluntades (Jn 15,14); sino disponibilidad, que debe nacer de un corazón pobre, lleno de confianza en la fuerza de Dios (Mt 10,16), de temor y de valentía (ib., v.27). En fin, a 'sus' amigos les hablaba francamente y de lo que les interesaba»⁷.

El Evangelio, generalmente tan lacónico, anota la prontitud para desembarazarse de todo y seguir a Cristo. Cristo no quiere evasivas, ni treguas, ni huidas cobardes. Es intransigente con los pretextos humanos. Pero no coacciona al hombre a dar el paso decisivo, sino que es respetuoso con la libertad: «Si quieres». Es una invitación, no una orden, ni siquiera una intimidación:

«Nuestro llamamiento al sacerdocio, al señalar el momento más alto en el uso de nuestra libertad, provocó la grande e irrevocable opción de nuestra vida y, por tanto, la página más bella en la historia de nuestra experiencia humana»⁸.

2. El «sí» a la llamada del Señor convierte al hombre en un seleccionado, en un «segregado» del mundo, en un «consagrado» de por vida a la causa del Reino. En adelante, el sacerdote vive y actúa en el mundo, pero con la conciencia clara de ser pertenencia exclusiva de Dios, propiedad sagrada de Dios. En rigor, un expropiado voluntario del «yo» egoísta en favor de Cristo y de sus hermanos.

El nuevo «estado» no es un título jurídico o una prestación funcional, temporal y libre. Es una realidad profunda que «marca» su vida para siempre:

«El carácter sagrado le afecta de modo tan profundo que orienta integralmente todo su ser y su obrar hacia un destino sacerdotal. De modo que no queda en él ya nada de lo que pueda disponer como si no fuese sacerdote y, menos todavía, como si estuviese en contraste con tal dignidad. Aun cuando realiza acciones que, por su naturaleza, son de orden temporal, el sacerdote es siempre ministro de Dios. En él todo, incluso lo profano, debe convertirse en 'sacerdotalizado', como en Jesús, que siempre fue sacerdote, siempre actuó como sacerdote, en todas las manifestaciones de su vida»⁹.

⁷ Ibid.

⁸ *Misa en Maracaná* p.254.

⁹ Ibid.

El sacerdote queda «marcado» con el «carácter» para siempre.

El sacerdote sabe que su destino decide el rumbo de su vida por voluntad expresa de Dios y no puede ceder a las tentaciones de cansancio, infidelidad o abandono. Porque —habrá que repetirlo— todo el ámbito de la vocación sacerdotal es cosa de Dios. Lo afirma con enérgica voz el Papa en la catedral de Libreville:

«Si en un pasado que no está tan lejano se pudieron escribir páginas llenas de lirismo sobre la grandeza del sacerdote, hoy, a fuerza de decir que el sacerdote debe ser un hombre como los demás, se corre el peligro de relativizar el sacramento que ha recibido y de correr un velo sobre el carácter indeleble del que habla la teología tradicional, confirmada por los concilios de Trento y Vaticano II. En una perspectiva teológica auténtica, se es sacerdote para toda la vida o no se es, del mismo modo que se es bautizado o no se es. Únicamente los actos del ministerio están sometidos a la sucesión y al tiempo. Esta ha sido siempre la fe de la Iglesia católica y de las Iglesias orientales»¹⁰.

El compromiso del sacerdote es «irrevocable». Por ello, sería una cobardía ceder a las tentaciones «de una vida distinta» en situaciones de oscurecimiento de la fe o de simple cansancio. El sacerdote ha sido escogido por Dios para el pueblo, para explicar el mensaje de salvación y distribuir los sacramentos a sus hermanos, los fieles. Es una razón que interpela a la conciencia sacerdotal:

«Todas estas personas que vienen a recibir la luz y la fuerza de Dios constituyen comunidades humanas y cristianas, muy diversas sin duda, pero que tienen necesidad todas ellas de la fidelidad del sacerdote a su misión, a sus compromisos...

Pero la presencia de jóvenes, de adultos, de ancianos, de los que el sacerdote sabe que le necesitan y que confían en él, constituye una razón indudable, entre otras, para perseverar fiel a su misión»¹¹.

Es cuestión de lealtades. El sacerdote se ha comprometido con Cristo, con la Iglesia y con sus hermanos. Ha em-

¹⁰ *El sacerdote*. En la catedral de Libreville, p.172.

¹¹ *Ibid.*

peñado su palabra de honor y tiene que mantenerla en todas sus exigencias. La fidelidad es un elemento esencial dentro de la lógica de la ordenación: se es sacerdote «para siempre», «en todo», «para todo», «con todo el ser». No se puede renunciar al sacerdocio ni «abandonar», aunque las pruebas y los sacrificios nos lleven a la crucifixión. No puede olvidar el sacerdote que ha sido asociado con Cristo para la salvación de sus hermanos.

Por otra parte, tiene que superar las «pruebas» para dar ejemplo a quienes luchan por mantener su fidelidad en el matrimonio y en la familia.

Todo esto lo ha dicho Juan Pablo II en su carta *Novo in-cipiente*. Y lo ha recordado en hermosas reflexiones sobre la fidelidad en sus encuentros con los sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas en Valencia, poniendo como ejemplo a Nuestra Señora:

«Que la *Virgen fiel* os ayude a confirmar vuestros compromisos y a cumplirlos hasta el final en esta 'nueva etapa de la vida de la Iglesia', que 'exige de nosotros una fe particularmente consciente, profunda y responsable'» (*Redemptor hominis* 6).

SINFONIA EN «SI» MAYOR

«Comprended, pues, que la consagración que recibís os absorbe totalmente, os dedica radicalmente, hace de vosotros instrumentos vivos de la acción de Cristo en el mundo, prolongación de su misión para gloria del Padre».

JUAN PABLO II, *Homilía durante la ceremonia de ordenación sacerdotal celebrada en el paseo de la Alameda, de Valencia.*

El tema de la vocación es siempre el mismo:
El encuentro, infinitamente misericordioso, de Dios con el hombre, hambriento y sediento de Dios.

Este encuentro es «provocado» amorosamente por Dios, que toma siempre la iniciativa.

Es un encuentro «personal».

El elegido se siente personalmente llamado por Dios en lo íntimo de la conciencia. Es una voz, una presencia, una Persona que se adentran hasta lo más profundo de su ser.

Es CRISTO quien sale a mi encuentro,

me mira hacia adentro,

me mira a los ojos,

me llama por mi nombre con su timbre de voz inconfundible y me invita a seguirle: «VEN Y SÍGUEME».

Y el hombre «llamado», que se siente indigno, que sabe que no merece tan inmenso don, se fía de Dios, se confía a su misericordioso amor y, entre la gratitud y el asombro, toma una decisión «irrevocable». La más noble y bella opción de su vida:

«Señor, *fiat*: Cuenta conmigo».

«Te seguiré adondequiera que vayas».

Y regustando el inmenso don, rompe a cantar:

«*Magnificat anima mea Dominum...*

porque se ha fijado en la pequeñez de su esclavo...»

La vocación es ponerse en los brazos de Dios. Ha sido elegido, ungido, llamado, consagrado y enviado por Dios. Vive en un estado permanente de disponibilidad:

«Señor, ¿qué quieres que haga?»

—*Fiat.*

La vocación es un descubrimiento progresivo que se realiza únicamente desde el fondo de la existencia, a base de una serena y firme fidelidad y de experiencias acumuladas:

«Únicamente a través de largos años de fidelidad al don que vais a recibir es como llegaréis poco a poco a comprender cada vez mejor este acontecimiento y la maravilla que encierra. En efecto, toda una vida no es suficiente para comprender en su plenitud lo que significa ser sacerdotes de Cristo»¹.

Desde luego, para una «comprensión completa» de la vocación hay que partir siempre del amor singular con que Dios llama a una persona determinada, incluso antes de su existencia. Sólo desde el amor es posible descubrir la belleza y la singularidad de la existencia sacerdotal².

Comentando el pasaje de Isaías: «El espíritu del Señor, Yahveh, está sobre mí, pues Yahveh me ha ungido» (Is 61,1), insiste Juan Pablo II en la aplicación de estas palabras al sacerdote, a cualquier sacerdote:

«Quieren decir que, en la raíz de toda vocación sacerdotal, no se da una iniciativa humana y personal, con sus inevitables limitaciones humanas, sino *una iniciativa misteriosa por parte de Dios*»³.

¿Cómo, cuándo y en qué circunstancias llama el Señor?

«No siempre es fácil precisar este momento e identificar el acontecimiento que dio origen a esta llamada: ¿el ejemplo de un sacerdote o de un amigo?, ¿la experiencia de un vacío que únicamente puede llenarse mediante un total servicio de Dios?, ¿un deseo de responder de manera perfecta y eficaz al sufrimiento material, moral o es-

¹ *Qué significa ser sacerdote.* Homilía en Nagasaki, p.76.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

piritual? Pero, en cualquier circunstancia, es Dios quien ha llamado. Le sea posible o no al sacerdote fijar el día en que señaló rumbo a su vida, respondiendo a la sugerencia del Señor —lo que el profeta Jeremías llama la seducción del Señor (cf. Jer 20,7)—, lo cierto es que será consciente de que Dios le ha llamado»⁴.

La vocación es como una sinfonía: el tema es siempre el mismo, pero se va desarrollando con una variedad armónica de matizaciones y sugerencias. Dios elige, Dios llama. ¿Para qué?

«La respuesta nos la da en otro pasaje de la liturgia de hoy: ‘Vosotros sois la luz del mundo’ (Mt 5,14). Nos desconcierta, conscientes como somos de nuestra pequeñez y miseria, ver que estas palabras concretas están dirigidas a nosotros: ‘Vosotros sois la luz del mundo’. Los apóstoles debieron de quedarse asustados al oírlas. Lo mismo les ha ocurrido a miles de personas desde entonces. Y el Señor sabe que dice estas palabras a personas humanas, limitadas y pecadoras. Pero sabe también que deben ser luz, no por sus propias fuerzas, sino *reflejando y comunicando la luz recibida de El*, pues El mismo nos dice de sí: *Yo soy la luz del mundo* (Jn 8,12; 9,5)»⁵.

El sacerdote conoce la sublimidad de su misión y el riesgo que entraña:

«Vais a ser, como sacerdotes, ministros de la luz que brilla en el rostro de Cristo mediante la fe. Por consiguiente, vuestra misión consiste, primera y principalmente, en dedicaros a esa predicación, de la que nace la fe en quien la oye... Vuestro servicio fundamental es proclamar en medio de todos a Cristo como la Verdad y las verdades de la fe, alentar constantemente la fe, fortalecerla donde sea débil y defenderla frente a toda amenaza»⁶.

El reflejo de la luz del Señor consiste en dejarse invadir por Cristo para que El salve la desproporción entre la flaqueza del llamado y la sublimidad del ministerio:

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

⁶ Ibid.

«Todo sacerdote advierte que puede iluminar a los que están en tinieblas únicamente en la medida en que él mismo ha aceptado la luz del Maestro, Jesucristo. Sin embargo, se halla rodeado de peligrosa oscuridad y ya no es capaz de iluminar a otros cuando se aparta del único manantial de toda luz verdadera. Por tanto, mis queridos hijos, tenéis que *permanecer siempre unidos a Cristo* Sacerdote, escuchando asiduamente su palabra, celebrando sus misterios en la Eucaristía y mediante una profunda y constante amistad con El. La gente reconocerá vuestra comunión con Cristo en vuestra capacidad de ser luz verdadera para un mundo que con demasiada frecuencia se siente todo él en tinieblas»⁷.

Y concreta aún más la idea en el problema existencial de la fe:

«No es necesario afirmar que seréis mejores educadores en la fe en la medida *que vosotros mismos poseáis una fe* profundamente arraigada, madura, valiente y contagiosa... Tenéis que ser discípulos con una fe probada y madura, firmemente anclados en la palabra del Maestro y dispuestos para la lucha»⁸.

La vocación indica un «amor preferencial y consagrante» de Dios, que no abandona a quienes se dirigen a El con plena confianza. Pero este amor debe ser un testimonio creíble para el Pueblo de Dios:

«Sin embargo, mientras desarrolláis esta obra de acercamiento, es necesario que los hombres vean en vosotros los testigos creíbles del Amor divino y de un Reino que, habiéndose iniciado ya aquí abajo, se perfeccionará en la vida eterna»⁹.

El sacerdote debe adaptarse cada vez más a la conciencia de su misión:

«Es necesario, ante el don del Señor, tener una clara y arraigada convicción sobre el propio ser de sacerdotes de Cristo, depositarios y administradores de los misterios de Dios, instrumentos de salvación para los hombres.

⁷ Ibid.

⁸ Ibid.

⁹ *Servicio a Cristo, Maestro, Sacerdote y Rey*. En Terni, p.98.81.

Estas certezas de fe no permiten dudar de la propia identidad, ni andar titubeando sobre el valor de la propia vida, o vacilar ante el camino emprendido»¹⁰.

De este modo se evita la arbitrariedad y el confusio-
nismo:

«La experiencia personal de cada uno nos dice que nuestro gozo y el provecho de nuestra vida sacerdotal brotan de la aceptación plena de nuestra identidad sacerdotal. Debemos amar nuestra vocación y misión. Pero también todos deben ver que amamos nuestro sacerdocio. Vea vuestro pueblo que sois hombres de oración. Y vea que tratáis los divinos misterios con amor y respeto. Veán que vuestra entrega a la paz, la justicia y la verdad es sincera, incondicional, valiente. Veán todos que amáis a la Iglesia y tenéis un mismo pensamiento y corazón con ella. ¡Nos jugamos la *credibilidad de nuestro testimonio!*»¹¹

Porque el mundo tiene los ojos fijos en el hombre de Dios:

«Sí. Cada uno de los hombres tendrá derecho a *juzgaros según la verdad de vuestras palabras y de vuestras obras*, en el nombre de ese 'sentido de la fe', que se da a todo el Pueblo de Dios como fruto de la participación en la misión profética de Cristo»¹².

La vocación es una doble apertura:

«En rigor, la vocación sacerdotal no es otra cosa que el descubrimiento de ese eterno amor que atrae y llama, que puede llenar de gozo exhaustivo el corazón del elegido, abriéndolo al mismo tiempo hacia todos los hermanos y hermanas que la Providencia pondrá en el camino de su ministerio pastoral. Que cada ordenado descubra todavía más plenamente ese dulcísimo vínculo y se reafirme vigorosamente en él. Que crezca siempre el número de aquellos a quienes el amor eterno se revela en su propio corazón como el más grande, que sientan la llamada al servicio sacerdotal y la sigan sin volverse atrás»¹³.

¹⁰ Ibid.

¹¹ *Amar y obedecer a la Iglesia*. Al clero y religiosos en la catedral de Edimburgo (31/V/1982), p.215.

¹² *Sacerdotes de Cristo y de la Iglesia*. Homilía en la ordenación de 45 sacerdotes (15/VI/1980), p.228.

¹³ Ibid.

Quien llama es siempre, en definitiva, el mismo Dios.
Esta llamada se percibe en la Eucaristía:

«En efecto, el sacerdocio es una consagración a Dios en Jesucristo para 'servir... a la multitud' (Mc 10,45). Esa consagración es, como bien sabemos, un don sacramental indeleble, conferido por el obispo, signo y causa de la gracia.

Para poder comprender y vivir fielmente esa entrega es necesaria la ayuda de la gracia. Consecuentemente, un sacerdote o persona consagrada debe encontrar tiempo para estar a solas con Dios, oyendo lo que El tiene que decirle en silencio. Hay que ser, por ello, *almas de oración*, *almas de Eucaristía*»¹⁴.

El origen divino de la llamada es un hecho histórico y, por lo mismo, un punto de partida incuestionable:

«Para caminar con alegría y esperanza en nuestra vida sacerdotal es necesario que nos *remontemos a las fuentes*. No es el mundo quien fija nuestra función, nuestro estatuto y nuestra identidad. Es Cristo Jesús, es la Iglesia. Cristo Jesús es quien nos ha elegido como sus amigos, para que demos fruto; El ha hecho de nosotros sus ministros: nosotros participamos en la misión del único Mediador, que es Cristo. La Iglesia, el Cuerpo de Cristo, es quien desde hace dos mil años manifiesta el lugar indispensable que ocupan en su seno los obispos, los sacerdotes y los diáconos»¹⁵.

En el ejercicio de sus funciones, el sacerdote debe atenerse al sentido, a las normas y al pensamiento de Cristo sobre su ministerio:

«Es don. Es acto de confianza por parte de Cristo al llamarnos a ser 'dispensadores de los misterios de Dios' (1 Cor 4,1). Es configuración sacramental con Cristo Sumo Sacerdote».

«El sacerdocio no es algo que podamos realizar según nuestro gusto.

No podemos re-inventar su significado según nuestros puntos de vista personales.

¹⁴ Ibid.

¹⁵ *El sacerdocio ministerial*. En Notre Dame, p.199.

Lo que nos corresponde es ser leales con quien nos ha llamado»¹⁶.

Y este don exige reconocimiento y una justa valoración:

«En consecuencia, debemos ver la vocación sacerdotal antes que nada como don inefable de Dios, al que debemos estar abiertos con gran humildad y agradecimiento. Un don totalmente inmerecido que recibimos en favor de la Iglesia en función sobre todo de la Eucaristía, y lo debemos ejercer como servicio auténtico y humilde a la Iglesia, a los fieles»¹⁷.

El modo más bello de gratitud es el testimonio de los valores morales, de las virtudes sólidas y de lo eterno en el hombre:

«Entre los hombres de esta generación tan inmersa en *lo relativo*, vosotros debéis ser voces que hablan de *lo absoluto*. ¿Acaso no habéis echado, por así decir, todas vuestras riquezas en la balanza del mundo para hacer que ésta se incline felizmente hacia Dios y hacia los dones prometidos por El? Vuestra opción ha sido decisiva en vuestra vida; habéis optado por la generosidad y la entrega frente a la codicia y el cálculo; habéis elegido fijos del amor y de la gracia desafiando a cuantos os consideran por ello ingenuos e inútiles; habéis cifrado toda la esperanza en el reino de los cielos, cuando muchos en torno a vosotros se afanan por asegurarse una morada confortable en la tierra»¹⁸.

Y el de una vida coherente que se dispara como un dardo hacia Dios, descubierto y anunciado como razón de ser de la existencia:

«Ahora os toca ser *coherentes*, no obstante todas las dificultades. El destino espiritual de muchas almas está vinculado a vuestra fe y coherencia.

De este destino que se desenvuelve en el tiempo, pero que tiene por meta la eternidad, vosotros habéis de

¹⁶ En Edimburgo, p.215.

¹⁷ *El don del sacerdocio*. Con los alumnos del seminario mayor de Rolduc, Holanda (15/IV/1982), p.146.

¹⁸ *Presentar la luz de Cristo a los hombres de ahora*. A sacerdotes y religiosos en Bolonia (18/IV/1982), p.153.

ser el reclamo constante y testimoniar con la palabra, y más aún con la vida, la necesaria orientación hacia aquel que constituye la meta ineludible de vuestra parábola existencial. Vuestra vocación os sitúa cual centinelas en las avanzadas de la humanidad en camino; en vuestra oración y fatigas, en vuestra alegría y sufrimiento, en vuestros éxitos y pruebas, la humanidad ha de poder encontrar el modelo y anticipo de lo que está llamado a ser, no obstante sus rémoras y compromisos»¹⁹.

Pero para realizar esta tarea hay que ser sacerdotes con plena lealtad y con absoluta dedicación. Sacerdotes y sólo sacerdotes, sacerdotes y siempre sacerdotes:

«Esta misión del sacerdocio no es un simple título jurídico. No consiste precisamente en un servicio eclesial prestado a la comunidad, delegado por ella y, por tanto, revocable por la misma comunidad o renunciable por libre decisión del 'funcionario'. Se trata, por el contrario, de una real e íntima transformación por la que pasó vuestro organismo sobrenatural gracias a una 'señal' divina, el 'carácter', que os habilita para obrar *in persona Christi* (haciendo las veces de Cristo), y por eso os califica en relación a El como instrumentos vivos de su acción»²⁰.

El sacerdote es un segregado, un expropiado voluntario de su Señor:

«... no pertenece a este mundo, sino que se halla, de ahora en adelante, en un estado de exclusiva propiedad del Señor. El carácter sagrado le afecta de modo tan profundo que orienta integralmente todo su ser y su obrar hacia un destino sacerdotal. De modo que no queda en él ya nada de lo que pueda disponer como si no fuese sacerdote y, menos todavía, como si estuviese en contraste con tal dignidad. Aun cuando realiza acciones que, por su naturaleza, son de orden temporal, el sacerdote es siempre ministro de Dios. En él, todo, incluso lo profano, debe convertirse en 'sacerdotalizado', como en Jesús, que siempre fue sacerdote, siempre actuó como sacerdote, en todas las manifestaciones de su vida»²¹.

¹⁹ Ibid.

²⁰ *Misa en el estadio de Maracaná* p.254.

²¹ Ibid.

El destino sacerdotal tiene que manifestarse con decisión y valentía, sin dejar lugar a la mínima ambigüedad:

«¿Quién soy yo? ¿Qué se exige de mí? ¿Cuál es mi identidad? Es ésta la angustiada pregunta que más frecuentemente se plantea hoy el sacerdote, ciertamente expuesto a los contraataques de la crisis de transformación que sacude al mundo.

Vosotros, carísimos hijos, no sentís, ciertamente, la necesidad de haceros esas preguntas. La luz que hoy os invade os da una certeza casi sensible de lo que sois, de aquello para lo que estáis llamados. Pero puede suceder que encontréis mañana a hermanos en el sacerdocio que, en medio de incertidumbres, se pregunten sobre su propia identidad. Puede suceder que, adormecido y distante el primer fervor, llegéis vosotros también un día a interrogaros. Por eso, yo quisiera proponeros algunas reflexiones sobre la verdadera fisonomía del sacerdote que sirviesen de poderosa ayuda para vuestra fidelidad sacerdotal.

Ciertamente, no encontramos nuestra respuesta en las ciencias del comportamiento humano ni en las estadísticas socio-religiosas, pero sí en Cristo y en la fe. Interrogaremos humildemente al divino Maestro y le preguntaremos quiénes somos, cómo quiere El que seamos, cuál es, ante El, nuestra identidad»²².

Es volver a una idea de gran importancia para la definición del sacerdote: no es el mundo quien fija las funciones ni decide el estilo de vida sacerdotal. La ciencia es siempre marginal a la línea de la fe. Los caracteres identificantes del sacerdocio podrían resumirse, como lo hace el Papa en el estadio de Maracaná (Brasil), en los siguientes: es un llamado, es un consagrado, es un enviado.

En la llamada es Dios quien toma siempre la iniciativa: es Cristo quien elige:

«Una cosa es cierta: somos llamados por Cristo, por Dios. Lo que quiere decir que somos amados por Cristo, por Dios. ¿Pensamos en esto bastante? En realidad, la vocación al sacerdocio es una señal de predilección por parte de aquel que, escogiéndoos entre tantos hermanos, os llamó a participar, de un modo totalmente especial, de su amistad... provocó una opción grande e irrevocable...»²³

²² Ibid.

²³ Ibid.

EL LARGO APRENDIZAJE

«Esta tarea de preparación es la que ahora os ocupa, con la solícita ayuda de vuestros obispos, superiores y formadores. Se trata de un camino que requiere tiempo y una larga maduración, para transformarse en hombres nuevos que sepan responder a las exigencias de una nueva etapa de evangelización».

JUAN PABLO II, *Mensaje a los seminaristas de España, firmado en Valencia.*

La semilla selecta se ha enterrado en el seno de la tierra.

El proceso de germinación es lento: el grano de trigo tiene que morir para que brote la caña, blanquee la mies y madure la espiga. Contra todas las apariencias, hay un dinamismo entrañable que centuplica la vida y los frutos.

La preparación para el sacerdocio es larga, lenta y laboriosa. No caben las prisas ni la improvisación cuando se trata, en un propósito ambicioso, de la formación «integral» del hombre y, en nuestro caso, de la formación integral del sacerdote en una sociedad secularizada.

Juan Pablo II, experto en humanidad y Buen Pastor, se ha preocupado del tema con solicitud paterna y ha dictado directrices que conviene resaltar y tomar muy en serio en la práctica. El seminario —«institución benemérita en la vida eclesial»— es el responsable de la formación de los futuros sacerdotes. La formación para el sacerdocio capacita al hombre para el ejercicio del ministerio en, con y para la Iglesia.

Ha de ser, por tanto, una formación competente, puesta al día, en conformidad con los programas más exigentes...

a) *En el plano cultural y humanístico*, puesto que el sacerdote tiene que prestar un servicio a sus hermanos. Debe ser un experto en humanidad. La Iglesia quiere hoy sacerdotes santos y «cultos» para estar a tono en un mundo que tiende cada vez más a la especialización. Pero incluso la cultura y la ciencia tienen que llevar «la marca» de la casa, es decir, la «impostación», el enfoque, la inspiración, los contenidos, la expresión, el «aire»...

Volvemos siempre al mismo punto de partida: cualquier actividad técnica es radicalmente adjetiva, puesto que lo sustantivo y esencial es «ser» sacerdote. Que luego sea biólogo, profesor, deportista, científico, escritor o jardinero... es puro accidente. Sin embargo, si el quehacer o dedicación son constitutivos de la identidad, en tal caso el ejercicio se identifica con el ser y define la identidad. Pongamos, por ejemplo, la misión de ir y predicar el Evangelio.

El sacerdote debe ser un hombre culto de un modo pastoral, con un conocimiento sapiencial más que libresco, para poder adaptarse al medio y a las preocupaciones concretas del hombre que va a ser evangelizado.

Lo recuerda Juan Pablo II en Bolonia, centro clásico de irradiación cultural y humanística:

«Anunciar la Palabra», ésta es vuestra misión específica, muy queridos sacerdotes. Aquí está la raíz de vuestros desvelos diarios, aquí la fuente inagotable de vuestra alegría auténtica. Pero en cuanto ministros de la Palabra —y éste es el último pensamiento que os dejo—, debéis conocer el contenido del mensaje que se os ha confiado y la mentalidad de las personas a quienes va destinado. Ello quiere decir que debéis esforzaros por ser *hombres de cultura* y, sobre todo, *teólogos verdaderos*»¹.

La adaptación consiste en no quedar desfasados en cuanto a los sistemas pedagógicos ni anclados en estructuras de enseñanza que pertenecen al pasado. Y en saber captar las nuevas corrientes doctrinales, ideológicas, científicas para darles un sentido cristiano. El sacerdote debe estar capacitado para dar una respuesta válida a los nuevos interrogantes que surgen cada día en la conciencia del hombre contemporáneo:

«A vosotros corresponde el orgullo de ser fieles a esta tradición tan noble —habla a sacerdotes y religiosos en Bolonia—, ya sea cuidando la adecuación constante de las estructuras formadoras centrales y periféricas, ya sea dedicándoos personalmente a profundizar en la reflexión sobre la Palabra de Dios en el contexto de los interrogantes que surgen de la experiencia, lo cual constituye el alma de toda teología verdadera»².

¹ *En Bolonia* p.153.

² *Ibid.*

Hace falta un estudio concienzudo para transmitir el mensaje evangélico con fidelidad a las fuentes y con fidelidad a los hermanos. El hombre de hoy exige una formación profunda en intensidad y en extensión, y está dotado de un sentido crítico especial que no permite la frivolidad, el mariposeo o la vulgaridad en la comunicación del mensaje. Hay que dedicarse al estudio con seriedad, y esto forma parte del capítulo especial de la revisión de vida: «¿Cómo me preparo para predicar, cómo predico, cómo estudio para estar al día y no defraudar al pueblo fiel...?»

El Papa emplea unos términos enérgicos, pero justos, puesto que responden a una lamentable realidad. Hay que esforzarse para evitar el tópico, las frases hechas, el estilo anticuado. Justa lamentación: hay estilos de predicación que huelen a conserva y a papel amarillento de desván, sin jugo ni sustancia. Hay predicaciones insulsas y viejas. Y hay predicaciones de mariposeo mental.

«Gracias a este esfuerzo —prosigue el Papa— evitaréis ser *repetidores desvaídos de fórmulas justas en sí, pero que no han calado en la problemática del hombre de hoy*; o ser innovadores temerarios que saben percibir, sí, los humores del momento, pero no aciertan a evaluarlos con 'discernimiento' maduro (la 'diákrisis' de que habla San Pablo (1 Cor 12,10), a la luz del criterio supremo, que es y será siempre la Palabra de Dios. El riesgo de ser infantilmente 'zarandeados' por las olas y llevados aquí y allá por cualquier 'viento de doctrina' (Ef 4,14) no es algo que pertenece al pasado solamente, sino que embiste todas las épocas de la historia, sin excluir la nuestra»³.

b) El futuro sacerdote debe «especializarse» en las ciencias específicamente religiosas. Se le exige un estudio riguroso y tenaz de la Palabra de Dios, que debe asimilar en una reflexión personal profunda y en un amoroso contacto con Cristo. Más que un conocimiento técnico —imprescindible hoy día—, se requiere una experiencia vital para que la comunicación de la Palabra a sus hermanos esté impregnada de amor apasionado a Cristo. No basta conocer las asignaturas del curso teológico: Sagrada Escritura, Dogma, Moral, Historia de la Iglesia, Derecho canónico. El sacerdote estu-

³ Ibid.

día y ora para adquirir la sabiduría «cristiana», que se orienta, más que a conocer, a vivir y a enseñar a vivir el Evangelio, en toda su comprometedora integridad y con todas sus consecuencias.

Concluye Juan Pablo II:

«Por tanto, es necesario ‘aplicarse a la lección’ (1 Tim 4,13), reforzando el conocimiento de las Escrituras que pueden ‘instruir en orden a la salud por la fe en Jesucristo’ (2 Tim 3,15), y proclamar luego con fidelidad cuanto aquéllas proponen, sin limitar el anuncio a lo que es agradable a nuestro corazón, demasiado ‘endurecido’ acaso todavía, o a lo que se piensa encontrará aplauso o, por lo menos, acogida benévola en el ambiente. Porque también hoy como ayer y como siempre sigue siendo verdad que el Evangelio de la cruz es ‘escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas para los llamados... poder y sabiduría de Dios’⁴.

c) Hay que formar a los futuros sacerdotes con un sentido hondo de la Iglesia. Con un amor entrañable, que es veneración, adhesión cordial y ternura a la Iglesia «institucional», nuestra Santa Madre la Iglesia, tal como la proyectó y la fundó el divino Maestro. Con un amor entrañable, entusiasta y contagioso al Papa, que es el Cristo bueno en la tierra. La llamada misteriosa va cobrando volumen y perfil en la Iglesia, que le da el espaldarazo de su definitiva concreción y de su compromiso oficial. La Iglesia es quien garantiza autorizadamente la autenticidad de su vocación.

Este sentido de Iglesia se manifiesta en un amor apasionado, en una fidelidad robusta e inquebrantable a la doctrina y a la praxis eclesial. Sentir con la Iglesia es amarla más que a uno mismo, aceptar con amorosa docilidad sus enseñanzas y sus directrices, quemar la vida en servirla como ella quiere ser servida. Sentir con la Iglesia es aceptar y transmitir el Depósito revelado, la Tradición y el Magisterio en toda su integridad y con todas sus exigencias. Sentir con la Iglesia es esforzarse por vivir el sacerdocio en una plena identificación con Cristo, como santidad, como servicio, como entrega total.

⁴ Ibid.

El don del sacerdocio no es para engreimiento, orgullo o gratuidad personal. Es, ante todo, un don *para la Iglesia*:

«No separemos jamás nuestra vida y ministerio sacerdotales de la comunión plena y cordial con la Iglesia entera. Hermanos en el ministerio sacerdotal, ¿qué espera la Iglesia de vosotros? La Iglesia espera que vosotros y vuestros hermanos y hermanas religiosos sean los primeros en amarla, oír su voz y seguir sus directrices, de modo que la gente de nuestro tiempo sea servida eficazmente»⁵.

La misma afirmación se repite con diversos enfoques y matices. Dice Juan Pablo II a los sacerdotes, religiosas y religiosos en la catedral de Buenos Aires:

«Y siendo almas especialmente consagradas, hay que ser hombres y mujeres con gran sentido de la unión eclesial, que figura y realiza la Eucaristía. Viviendo unidos a un obispo *en y para* la Iglesia, *en y para* una Iglesia concreta, no somos autónomos o independientes, ni hablamos en nombre propio, ni nos representamos a nosotros mismos, sino que somos 'portadores de un misterio' (1 Tim 3,9) infinitamente superior a nosotros.

La garantía de este *carácter eclesial* de nuestra vida es la unión con el obispo y con el Papa. Tal unión, fiel y siempre renovada, puede a veces ser difícil e incluso comportar renunciaciones y sacrificios. Pero no dudéis en aceptar unas y otros cuando sea preciso. Es el 'precio', el 'rescate' (Mt 10,45) que el Señor os pide, por El y con El, por el bien de la 'multitud' y de vosotros mismos»⁶.

Hablando de la renovación de la vida religiosa, dice expresamente:

«La base de vuestros trabajos y de vuestros cambios de impresiones, lo habéis comprendido bien, es la relación profunda que existe entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. La misión de evangelizar la ha recibido la Iglesia en cuanto tal; la diversidad de ministerios debe contribuir a la realización de esta misión, imposible de cumplir fuera de la Iglesia: el encuentro con Jesucristo está ligado a la cualidad de la vida eclesial»⁷.

⁵ *En Edimburgo* p.215.

⁶ *Las personas consagradas a Dios*. A los sacerdotes, religiosas y religiosos en la catedral de Buenos Aires (11/VI/1982), p.227.

⁷ *Ibid.*

Una de las características específicas del *homo Dei* que deben fomentar los formadores de las vocaciones es el amor a la Iglesia:

«Sin embargo, quiero afirmar también aquí lo mucho que me interesa que la comunidad cristiana tenga sacerdotes sabios y santos, enamorados de Cristo, firmes en la doctrina católica, profundos en la vida interior, *amantes de la Iglesia*, formando un solo corazón y una sola alma con el propio obispo y con los otros presbíteros, llenos de celo por sus hermanos y hermanas»⁸.

La Iglesia es la encargada de orientar la vocación y recibir el compromiso por voluntad expresa de Cristo:

«No puede dejarse a la improvisación la formación de un sacerdote y de un religioso. Es la gracia de Dios la que inspira la vocación, y es la gracia de Dios la que hace al sacerdote y al religioso. Pero esa gracia es concedida en la Iglesia y para la Iglesia; corresponde, por tanto, a la Iglesia examinar y comprobar la autenticidad del llamamiento y acompañar su maduración hasta la meta de las órdenes y de los votos sagrados. Ahora bien: para la Iglesia, según su tradición y experiencia, todo esto no puede ser plenamente realizado sin una institución llamada con el nombre altamente significativo de seminario y otras análogas instituciones para la formación religiosa»⁹.

Así habla el Papa a los aspirantes al sacerdocio, a la vida religiosa y a los formadores en Porto Alegre. En el Carmelo de Lisieux dirá que el programa de vida santa y consagrada es «asumido, santificado, utilizado por Cristo para la redención del mundo»:

«Para que no tengáis ninguna duda a este respecto, la Iglesia —en el nombre mismo de Cristo— tomó posesión un día de toda vuestra capacidad de vivir y amar»¹⁰.

⁸ *La formación de los futuros sacerdotes y de los laicos*. A la Sagrada Congregación para la Educación Católica (26/III/81), p.112.

⁹ *Seguir generosamente a Cristo*. A los aspirantes al sacerdocio y a la vida religiosa, y a sus formadores, Porto Alegre (Brasil) (5/VII/1980), p.264.

¹⁰ *Vivir radicalmente la vocación*. A las religiosas contemplativas en el Carmelo de Lisieux (2/VI/1980), p.220.

La Iglesia es quien envía al quehacer específico del sacerdote, que es evangelizar y misionar:

«La Iglesia, depositaria de la Buena Nueva, así como no puede permanecer en silencio, *debe* también necesariamente *continuar enviando*, hoy no menos que en otros tiempos, apóstoles y misioneros que hablen a los hombres de la salvación trascendente y liberadora, encauzándoles, en plena fidelidad al Espíritu, al conocimiento de la verdad; apóstoles y misioneros que, con los sacramentos, comenzando por la 'puerta' del bautismo, los incorporen a Cristo en la comunión viva de su Cuerpo místico; y que, finalmente, les den a conocer el auténtico sentido de su dignidad de criaturas, modeladas a imagen de Dios, y les hagan comprender el verdadero sentido de su existencia en el mundo. Así es como la Iglesia opera eficazmente, para que se realice el plan salvífico de Dios» ¹¹.

La misión no es un título jurídico exclusivamente. Es, antes de nada, una cuestión de amor y de fidelidad cordial:

«Sólo así el sacerdote que acoge la vocación al ministerio está en condiciones de hacer de éste una elección de amor, por la que la Iglesia y las almas se convierten en su interés principal, y, con esa espiritualidad concreta, él se hace capaz de amar a la Iglesia universal y a aquella porción de ella que le está confiada con todo el arrojío de un esposo hacia su esposa. Un sacerdote al que le faltase alguna inserción en una comunidad eclesial, ciertamente no podría presentarse como modelo válido de vida ministerial, estando esencialmente inserta en el contexto concreto de las relaciones interpersonales de la misma comunidad» ¹².

La misión va entrañada en la llamada de Cristo y en el «sí» de la respuesta. Pero, histórica y teológicamente, se realiza en la Iglesia:

«Hemos recibido de Cristo una misión. Misión y comunión se reclaman mutuamente con una relación íntima, siendo ambas constitutivas del único misterio de la

¹¹ *Las misiones, necesarias*. Mensaje para el Domund 1980 (28/V/80), p.310.

¹² *El ministerio sacerdotal*. Homilía a los sacerdotes italianos (4/XI/1980), p.376.

Iglesia. 'El Verbo encarnado —habéis dicho con palabras incisivas en el documento *Comunión y comunidad*, publicado en octubre pasado—, al acoger a la Iglesia en la comunidad divina, la hace partícipe de la misión de salvación recibida del Padre, y en ella y por ella la realiza continuamente en la historia'»¹³.

Como modelo de fidelidad a este sentido de Iglesia —amor, defensa, servicio— presenta el papa Juan Pablo a Francisco de Asís, que provocó la renovación más extensa y profunda en la Iglesia con humildad, fervor y comprensión desde una vida dedicada con plenitud a la Iglesia¹⁴.

¹³ Ibid.

¹⁴ *La Iglesia en nuestro tiempo y el ejemplo de San Francisco*. A los obispos italianos en asamblea extraordinaria, en Asís (12/III/1982), p.102.

«EL HOMBRE DE DIOS»

«Llamados, consagrados, enviados. Esta triple dimensión explica y determina vuestra conducta y vuestro estilo de vida. Estáis 'puestos aparte', 'segregados', pero 'no separados' (*Presbyterorum ordinis* 3). Así os podéis dedicar plenamente a la obra que se os va a confiar; el servicio de vuestros hermanos».

JUAN PABLO II, *Homilía durante la ceremonia de ordenación sacerdotal celebrada en el paseo de la Alameda, de Valencia.*

El sacerdote es un hombre elegido por Dios, llamado por Dios, enviado por Dios, consagrado y ungido por Dios.

La vocación —llamada y respuesta— instaura una vida nueva, con un destino sacerdotal. El Apóstol abandona barca y redes —todo su mundo anterior— para seguir prontamente al Maestro. Es un ser enteramente «expropiado» que sigue a Cristo con radical disponibilidad. Dedicar su vida «a Dios y a los intereses y asuntos de Dios». Es un rasgo característico de la identidad al que da relieve San Pablo con una frase llena de contenido: «ad ea quae Dei sunt».

Es un hombre de Dios que trabaja para Dios en exclusiva, porque todo cuanto es y vale, en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, es «pertenencia» absoluta de Dios. *De Dios* es un genitivo posesivo que no tolera compartimientos ni partijas. Dios lo quiere todo, lo exige todo, porque tiene derecho a todo.

Por eso Dios «envía» al sacerdote a donde quiere, cuando quiere y como quiere. El sacerdote enviado actúa como *embajador de Cristo en la reconciliación del mundo con Dios*. Viaja siempre con las «credenciales» de Dios que acreditan su misión al servicio de las almas.

Como «consagrado» ha sido invadido por la presencia del Espíritu Santo, que es inspiración y fuerza, luz y lumbré, huracán y fuego. El apóstol es, en virtud de su consagración, «testigo de Jesús» por la proclamación del mensaje de salvación a toda criatura y por la ejemplaridad de su vida

santa, que ha de brillar ante el mundo como una antorcha. El testigo no es, por tanto, el simple espectador que presencia un acontecimiento «desde fuera». El «testigo de Jesús» es quien participa activamente en el suceso, lo vive experimentalmente, lo encarna y los transmite en sus palabras y con la vida.

Ser «hombre de Dios» significa también ser bueno a carta cabal. Lo que se contiene en la bella expresión popular como: «es una bellísima persona». Porque es de Dios, el sacerdote debe ser un hombre de gran personalidad humana: de buenos sentimientos, de buen carácter, veraz, desinteresado, integrador, comprensivo, abierto y de una honradez intachable. El discípulo del Hombre-Dios debe ser todo un hombre, con palabra de honor y una fidelidad inquebrantable a sus compromisos. Debe ser modelo de lealtad a Cristo y a sus hermanos los hombres.

El hombre de Dios está siempre «cercano» al corazón de los hombres.

Esta cercanía física y afectiva le hace comprensivo con su fragilidad y con sus problemas, paciente con sus defectos, solidario de sus penas y afanes. El sacerdote es un hombre escogido de entre los hombres y «constituido» a favor de los hombres en lo que mira a los intereses de Dios. Cuando vive su vocación con alegría y desprendimiento, con convicción y cordialidad, con corazón y belleza, sintoniza con el pueblo y el pueblo con él. Y la gente sencilla, que tiene un sexto sentido para captar la autenticidad y para «fichar» a las personas, exclama a su paso:

«Es un hombre de Dios».

«Es un santo».

«Solamente verle inspira confianza».

Por eso Juan Pablo II pide a San Francisco de Asís que nos dé a todos los sacerdotes un corazón «cercano» a los hombres de nuestro tiempo para «acercar a Cristo al mundo y a los problemas de hoy, y para darles, desde Cristo, una solución inspirada en el Evangelio».

En definitiva, el don del sacerdocio es un don «para» el pueblo de Dios:

«Este don del sacerdocio, no os olvidéis nunca de ello, es un prodigio que fue realizado *en vosotros*, pero no *para vosotros*. Lo fue *para la Iglesia*, lo que quiere de-

cir para que el mundo se salve. La dimensión sagrada del sacerdocio está totalmente ordenada a la dimensión apostólica: es decir, a la misión, al ministerio pastoral. 'Como me envió mi Padre, así os envío yo' (Jn 20,21)»¹.

El «hombre de Dios» se convierte así en *intèrprete* de la Palabra de Dios y «dispensador de los misterios divinos» ante el pueblo. Es también *representante*, ante Dios, del pueblo en todos sus componentes: los niños, los jóvenes, las familias, los trabajadores, los pobres, los humildes, los enfermos e incluso los distanciados y los enemigos.

El sacerdote es «hombre para los demás», pero sólo en virtud de su manera peculiar de ser «hombre para Dios». La eficacia de sus actividades apostólicas está en función de su intimidad con Cristo. Cuanto más parecido a Cristo, cuanto más cristificado, más eficacia en su misión. Esto exige una gran responsabilidad a la hora de *interpretar* y *representar* a Cristo.

Y el único camino válido para esta difícil empresa es amar a Cristo con apasionamiento.

La unión con Cristo, esa situación vital de «apasionamiento» que lleva a pensar en El, a hablar con El, a hablar de El, a sentirse en El, a volcarse en El, es totalmente necesaria para «ser» buen sacerdote. La intimidad entrañable con Cristo es absolutamente necesaria para el ejercicio del sacerdocio con intensidad, lealtad, celo y eficacia. En esta línea van las expresiones que identifican su ser y su misión. El sacerdote está siempre en función de Cristo:

— *Intèrprete*. El sacerdote no habla por cuenta propia, habla en nombre de Jesús, que lo ha enviado, de las cosas del Padre, con la misión de la Iglesia cuya doctrina debe enseñar y transmitir con integridad y fidelidad. Traduce para el pueblo en un lenguaje evangélico el mensaje de Cristo, según las necesidades históricas y culturales de su tiempo.

— *Representante*. Viene siempre, en nombre de Jesús, a proclamar la bondad, la benignidad, la misericordia, la necesidad de la conversión y a anunciar la Buena Noticia del reino. Representa la causa de Cristo. Para que esta «representación» sea creíble, el sacerdote debe estar «mentalizado» mediante la oración y el trato amoroso con el Señor:

¹ *El sacerdote: hombre elegido por Jesucristo*. Misa en el estadio de Maracanã, Río de Janeiro (2/VII/1980), p.254.

«Todo esto es posible solamente si el sacerdote es hombre de oración y de amor a la Eucaristía. En la oración de la liturgia de las horas en unión con la Iglesia, encontrará energía y alegría para el apostolado. En la sosegada oración ante el Santísimo renovará su consagración a Cristo Jesús y confirmará su permanente promesa del celibato sacerdotal. Invocando a María, Madre de Jesús, el sacerdote se sentirá animado en su generoso servicio a todos los hermanos y hermanas de Cristo en el mundo»².

— *Embajador de Cristo*. Con una misión específicamente espiritual, con unas órdenes muy concretas de «arriba» —del Padre de las luces— y siempre, siempre, siempre en su calidad de enviado: como sacerdote, como enviado por Cristo.

— *Ministro del Señor*. El sacerdote no es dueño ni del mensaje que predica ni del «modo» de proclamarlo. Es servidor fiel: no puede «re-inventar» ni hacer «re-lecturas» del Evangelio a su antojo. Tiene que someterse, con una adhesión gozosa y cordial, a las directrices y a las normas de la Iglesia a cuya causa sirve. No puede ir ni actuar «a su aire», con independencia de lo establecido por la jerarquía.

— *Dispensador de los misterios*. Para ejercer sus funciones sagradas con dignidad, el sacerdote tiene que sumergirse en el misterio. Tiene que purificar sus labios con carbones encendidos para transmitir la Palabra con santo respeto, con transparencia, con fidelidad y con calor. Tiene que transfigurarse al celebrar el santo sacrificio de la misa. Tiene que tener entrañas de padre para acoger al pecador que acude al confesonario en busca del perdón y de la reconciliación. Tiene que bautizar y celebrar los ritos del misterio con profunda concentración y con la emoción del primer día de su consagración. Y no debe olvidar una norma de oro: lo que se le pide al administrador es que sea fiel.

En este clima de fidelidad y gracia, nos dirigimos a la última etapa de la identidad sacerdotal, a la cumbre del sacerdocio, a definirlo, a comprenderlo y a vivirlo como «otro Cristo».

¿Qué significa?

² *El ministerio sacerdotal*. A los sacerdotes y seminaristas en Enugu, Nigeria (13/II/1982), p.60.

«La expresión 'Sacerdos, alter Christus', 'el sacerdote es otro Cristo', acuñada por la intuición del pueblo cristiano, no es un simple modo de hablar, una metáfora, sino una maravillosa, sorprendente y consoladora realidad»³.

El sacerdote es «otro Cristo»

- no en un plano paralelo,
 - no en el sentido de la filosofía del «como si»,
 - no en una mera dimensión jurídica,
 - no en simple sentido histórico,
 - no en un lenguaje metafórico.
- Sí, teologalmente, en una perspectiva cristocéntrica.
El pueblo creyente, con su especial captación intuitiva de las cosas de Dios, ha acertado en la diana del problema y en sus contenidos.
- Sí, el sacerdote es «otro Cristo»,
ya que actúa *in persona Christi*,
realiza como ministro los «actos de Cristo»,
distribuye los misterios de Cristo,
predica autorizadamente su palabra, que es un
«cuasi-sacramento»,
consagra la Eucaristía,
perdona los pecados,
testifica la venida del Reino «por Cristo, con El y en El», en su nombre, en vez de El, con su autoridad y con su propia misión.

El sacerdote representa significativamente a Cristo, interpreta el papel de Cristo y prolonga su misión salvadora, escogido personalmente por Cristo y enviado por Cristo «en» la Iglesia:

«Los sacerdotes participamos del sacerdocio de Cristo. Somos sus ministros, sus instrumentos. Pero es Cristo quien ofrece vida divina a la humanidad en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía (*Presbyterorum ordinis* 5). ¡Con qué cuidado, con qué amor debemos celebrar los sagrados misterios! La sacralidad de lo que tiene lugar en nuestras celebraciones litúrgicas no debe oscurecerse. Estas celebraciones deben ser una experien-

³ En el estadio de Maracanã p.254.

cia de oración y comunión eclesial para cuantos toman parte en ellas»⁴.

La transformación en Cristo se realiza, ya lo hemos afirmado y reiterado desde diversos ángulos de la identidad, con un dinamismo interior que constituye una maravillosa experiencia de conocimiento, de descubrimiento progresivo de Cristo en la intimidad de la oración y en las conquistas de la santidad:

«Merece la pena, hay que llegar al convencimiento total, vital, de la grandeza de la vocación y de sus exigencias santificadoras. Es una llamada al coraje»⁵.

Amar a Cristo es dejarse «apresar» por El:

- *hacer cautivo* el pensamiento para revestirse de El, de su mentalidad, de sus criterios, de su visión del mundo y del hombre;
- *sentir con Cristo* quiere decir, simplemente, «sintonizar» con El, *tener los mismos sentimientos* y reacciones de Jesús;
- *interpretar y representar* el papel de Cristo con fidelidad entrañable al protagonista, que es siempre Jesús;
- *desvivirse*, dejarse vivir por dentro y poder afirmar con entusiasmo y veracidad: «Mi vivir es Cristo».

Amar a Cristo es «situarse en El», «centrarse en El». Estar a gusto siempre con El, tan a gusto que se pasen las horas sin notarlo y que se sienta tristeza al tener que dejarlo.

Amar a Cristo es pasarse largas horas ante el sagrario porque su presencia ha llegado a invadir tu corazón, como una divina obsesión que te conmueve:

«El Maestro está aquí y te llama».

Amarlo es ponerte a su lado y decirle que cuente contigo, que no le abandonarás, porque si no es con El no te apatece ir a nadie, que estarás siempre con El porque «tiene palabras de vida eterna».

⁴ Ibid.

⁵ *Vocación sacerdotal*. En el seminario de Guadalajara (30/I/1979), p.47.

Por una gracia especial, hemos creído en el Amor, y Cristo es la persona que nos brinda el más bello y delicado amor y quiere ser correspondido por sus llamados. El sacerdote tiene que estar poseído por la presencia viva, por el recuerdo constante, por el amor exigente de Cristo. Tiene que sentir pena de dejarlo, aunque sea para ir a otro sitio por El, aunque sea en su nombre y por su causa.

Existe el peligro de sumergirse de tal modo en el trabajo del Señor, que se olvide al Señor del trabajo. Porque la excesiva actividad puede degenerar en activismo incontrolado, sin dedicar el debido tiempo a la «concentración», a la vida interior y a la oración. Y este peligro es «constante» hasta para los sacerdotes «celosos». Lo afirma el papa Juan Pablo II, y tenemos que reconocer que es así por experiencia personal. Después de etapas de excepcional dinamismo pastoral, el sacerdote busca el retiro y la «concentración» declarando humildemente: «vengo porque lo necesito».

Conviene recordar los principios fundamentales:

Sin Cristo no somos nada.

Sin Cristo no podemos nada.

La transformación es tan radical que significa un «trasvase» de los sentimientos, de la inteligencia y de la voluntad de Cristo a su sacerdote. El sacerdote «se reviste» de Cristo, no como un traje de cobertura exterior, sino desde dentro. Asimila vitalmente todos los rasgos de la personalidad de Cristo. El sacerdote se identifica con Cristo. Se trata

«de una real e íntima transformación por la que pasó vuestro organismo sobrenatural gracias a una 'señal' divina, el 'carácter', que os habilita para obrar *in persona Christi* (haciendo las veces de Cristo), y por eso os califica en relación a El como instrumentos vivos de su acción»⁶.

El sacerdote se dedica con ilusión y apasionamiento a «configurarse» con Cristo, «metiéndose en su piel» en un doblaje perfecto, haciéndose sentimiento, conciencia, pensamiento y vida de Cristo. Su vivir es Cristo. Reflexiona con toda razón Juan Pablo II:

⁶ En el estadio de Maracaná p.254.

«Jesús nos identifica de tal modo consigo en el ejercicio de los poderes que nos confirió, que nuestra personalidad es como si desapareciese delante de la suya, ya que es El quien actúa por medio de nosotros»⁷.

En su carta del Jueves Santo, escribe el Papa en forma de oración sobre el sacerdocio como un «nacimiento» del cuerpo y de la sangre del Redentor y afirma:

«Este dato primordial, que funda nuestra identidad, invita y estimula a todo bautizado que haya acogido la llamada al sacerdocio ministerial a conformarse, o mejor, a uniformarse cada vez más con Cristo, único y eterno Sacerdote, y a encontrar sólo en esta participación de El la verdadera razón de ser de nuestra propia vida»⁸.

El momento culminante de esta identificación es sentirte a ti mismo siendo «otro Cristo» cuando Jesús personalmente dice el misterio, celebra el sacramento, sangra en el sacrificio por todos los manantiales de su costado. Es el propio Jesús el que perdona, el que bautiza, el que consagra la Eucaristía. Y

«es el propio Cristo quien cuida a los enfermos, a los niños y a los pecadores, cuando les envuelve el amor y la solicitud pastoral de los ministros sagrados»⁹.

¡Es para estremecerse por la responsabilidad y por el gozo!

⁷ Ibid.

⁸ *Consejos a los sacerdotes* (30/IV/1982) p.162. *El sacerdote, ministro de los dones de Dios*. A los sacerdotes de la Iglesia con motivo del Jueves Santo (25/III/1982), p.122-124.

⁹ *En el estadio de Maracaná* p.254.

EL PROYECTO DE VIDA

«Fidelidad, en primer lugar, a Cristo. Su llamada es una declaración de amor. Vuestra respuesta es entrega, amistad, amor manifestado en la donación de la propia vida, como seguimiento definitivo y como participación permanente en su misión y en su consagración. Ser fiel a Cristo es proclamarlo como Señor resucitado, presente en la Iglesia y en el mundo, centro la creación y de la historia, razón de ser de nuestra propia existencia.

Ser fiel a Cristo es amarlo con toda el alma y con todo el corazón, de forma que ese amor sea la norma y el motor de todas nuestras acciones».

JUAN PABLO II, *Mensaje a los seminaristas de España, firmado en Valencia.*

Oyendo al Peregrino de Dios reflexionar en voz alta sobre la existencia sacerdotal y definir los rasgos básicos de su identidad, hemos sentido la sensación de un esponjamiento gozoso que serena el espíritu y remansa el corazón. Después de los momentos de intensa soledad, de inseguridad, de amargura, de persecución, de desamparo y de tristeza, los discípulos de Emaús han descubierto al Señor al compartir el pan. Después de los momentos de turbación y de pavor en que el oleaje espeso y embravecido cuarteaba la navecilla mientras Jesús dormía plácidamente, la mar gruesa se tornó en lago manso y sereno.

Allí estaba Jesús, aparentemente dormido.

Porque la verdad es que Dios vela. Dios siempre vela, aunque la navecilla del alma se cuarte y la mar gruesa rompa sobre el acantilado.

Allí estaba Jesús sonriendo y reprochando la menguada fe de los pescadores. Y con Jesús a bordo —compañero y timonel— amaina la tempestad, obedece el mar, y el sol de Dios pone de azul y rosa los cielos, las aguas, los ojos y los corazones. El pavor cede al asombro, a la alegría y a la esperanza.

Con Cristo a bordo —experto y fraternal timonel—, ser sacerdote es la cosa más seria, la cosa más grande, la cosa más bella del mundo. Y esto exige serlo con todas las consecuencias. Con toda la radicalidad del compromiso personal con Cristo, sellado con un sí irrevocable, renovado cada día con ímpetu y con entusiasmo. Hay que ser sacerdotes por los cuatro costados. Como afirma el Papa, con su gesto decisivo y caballeresco:

«Por la gracia de Dios
somos sacerdotes con todo nuestro ser» ¹.

Es un destino de amor preferencial. De amor y de misericordia.

Es el designio misericordioso y misterioso de Dios.

Es el proyecto de vida, concebido y propuesto por Dios:

«Su experiencia —se refiere Juan Pablo II a la realidad tan importante y significativa del martirio de Santa Inés— indica claramente que el Altísimo tiene un proyecto bastante misterioso, por cierto, que se ha de ir descubriendo con atención inteligente y que a veces choca con nuestras ópticas y planes; es un proyecto que exige tensión, fatiga, entrega y, a veces, también sufrimiento y lucha contra las tentaciones contrarias y las debilidades de nuestra naturaleza. Pero es un proyecto superior, divino, clarividente y salvífico para nosotros personalmente y para la humanidad. Es esencial captar ese «proyecto», aceptarlo y realizarlo con confianza y valentía, sacando diariamente fuerzas y alegría para ello del sacrificio de la misa, que prolonga en el tiempo el sacrificio del Calvario; y también de la comunión eucarística, que renueva a lo largo de los siglos la dulce intimidad de la última cena. Esto es lo que auguro a todos repitiéndolos las palabras del divino Maestro, a quien recibiremos dentro de poco: 'El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él' (Jn 6,56); 'permaneced en mí y yo en vosotros... El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto...' (Jn 15,4-5); 'permaneced en mi amor' (Jn 15,9).

Acoged todos con generosidad el proyecto de Dios sobre vosotros. Permaneced en su amor aspirando a ser

¹ *Cristo, Sacerdote de su sacrificio*. Homilía en la misa crismal, concelebrada el Jueves Santo (3/IV/1980), p.113.

sacerdotes cada vez más santos. En la vorágine de los sucesos humanos en que cada uno está llamado a amar a su hermanos y mejorar el mundo, la 'santidad' es de modo particular el proyecto divino sobre vuestra vida»².

¡Atención al texto!

Lo que llama el Papa una reflexión breve es, en rigor, una meditación densa, de profundísimo calado psicológico, que sacude las profundidades de la existencia sacerdotal.

Dios tiene una idea absolutamente clara de mí que se traduce en un proyecto personal irreplicable e intransferible. Y este pensamiento de amor espera una respuesta personal e inaplazable mediante la encarnación en mi vida. Dios ve con total claridad lo que yo tengo que ser, siguiendo con fidelidad las líneas maestras de su proyecto.

Es un proyecto «bastante misterioso» que se va descubriendo de un modo progresivo dejándose llevar por Dios con la docilidad y el candor del niño que camina orgulloso de la mano de su padre. Hay que confiar plenamente en la iniciativa de Dios y en las razones de Dios, que rebasan la capacidad del hombre y que resultan con frecuencia inasibles e incomprensibles. Hay que dar un «sí» sin condiciones a los planes de Dios y aceptar desde la fe las zonas de misterio, la estrategia original y desconcertante del buen Dios. Hay que firmar y rubricar con la propia sangre, en un voto de total confianza y entrega, el proyecto de Dios antes de conocer su contenido...

Es un proyecto que hay que ir descubriendo con atención inteligente, llevando bien abiertos los ojos de la fe para aceptar de Dios, como venidos de su mano, todos los acontecimientos que van engrosando la historia personal a través del tiempo.

El proyecto divino «choca a veces con nuestras ópticas y nuestros planes». ¡Qué profundidad y veracidad en el diagnóstico de Juan Pablo! El sacerdote, aun el honrado y fervoroso, es un hombre que mantiene sus raíces innumerables en el instinto y pone defensas en torno al propio yo. Tiende a planificar su vida y su actividad con criterios que le vienen dados por el ambiente, la cultura, el aprendizaje, los juicios de valor de su entorno histórico. Y es muy fácil que, con la

² *Vocación divina*. Homilía a los seminaristas del Almo Colegio Capránica (20/I/1982), p.28.

mejor voluntad, caiga en la tentación de planificar su vida espiritual, su apostolado, sus relaciones a la medida de su leal saber y entender, siempre limitados. Ha olvidado que es Dios quien toma siempre la iniciativa y que toma decisiones casi siempre originales, imprevisibles y desconcertantes.

Por eso mismo, el proyecto divino exige tensión, fatiga, entrega y lucha contra las tentaciones y las debilidades de nuestra naturaleza. No se trata de un esquema estático, de autosatisfacción por una vida que se conforma a las normas bien vistas en sociedad. Es una vivencia dinámica, apasionada y original que mantiene en tensión los sentidos corporales y las facultades del alma. Es una situación permanente y trabajosa de escucha, de consulta y de esfuerzo para clarificar y llevar a cabo los planes de Dios. Para rematar la obra de Dios hacen falta sudor y lágrimas, en una lucha a brazo partido contra la tentación y la flaqueza.

«Es esencial captar ese 'proyecto', aceptarlo y realizarlo con confianza y valentía...» El secreto del acierto es dar forma viva en la carne y el espíritu a la idea que Dios tiene sobre mí. Lo que en lenguaje llano se expresa así: llegar a ser de verdad lo que Dios quiere que yo sea. Que el proyecto de vida que mi Dios me ha confiado se haya realizado en plenitud de fidelidad y de amor.

Es esencial captar y realizar ese proyecto superior clarividente y salvífico, porque afecta «personalmente» al destino del sacerdote y porque condiciona el destino de las almas que se le han confiado. Es un pensamiento estremeedor que turba el espíritu y quita el sueño. El sacerdote que traiciona el proyecto de Dios no sólo provoca el fracaso personal en un punto esencial de su existencia y de su destino, sino que arrastra en su quiebra el destino de las almas «condicionadas» a su ministerio de salvación. Y esto es tremendo.

El modo concreto de aceptar y de realizar con plenitud y belleza el proyecto sacerdotal es vivirlo *en* y *desde* la santidad. No es fácil definir ni expresar los sentimientos que brotan de la intimidad del sacerdote que vive con pasión su sacerdocio en la doble dimensión de hombre de Dios y de hombre para sus hermanos los hombres.

Contando con la pluralidad y diversidad de los talentos, gracias y carismas con que Dios adorna y enriquece a su familia, el sacerdote ha de ser un hombre con personalidad de

adulto, noble de sentimientos, equilibrado, de buen carácter, bondadoso y cordial. El ser «hombre de Dios» es una exigencia de madurez personal. De cara a su ministerio, en función de los hombres para los que ha sido llamado, debe ser el prototipo de varias cualidades de suma trascendencia eclesial. Juan Pablo II se refiere concretamente a varias de estas cualidades en su homilía en el Pontificio Colegio Pío Brasileño de Roma:

Los sacerdotes deben ser:

- pastores cercanos a su pueblo por la sencillez, la comprensión y la apertura;
- pastores prudentes, valerosos, dotados de la *sapientia cordis* para orientar en los caminos de la vida, sobre todo en los momentos difíciles;
- pastores que sean verdaderos maestros, fieles al Magisterio y educadores del Pueblo de Dios en la fe, predicadores de la Palabra de Dios, para que no se cumpla lo que dice el libro de Samuel: «La Palabra del Señor era rara en aquel tiempo»;
- pastores que sean maestros de oración;
- pastores de vida santa: de fe sólida y contagiosa, de caridad radiante, de oración permanente, de pureza, bondad y mansedumbre, de corazón abierto para estar al lado, sobre todo, de los más pobres y necesitados, sin excluir a nadie de su solicitud de padres y pastores;
- pastores convencidos de su propia misión, alegres con su vocación, que encuentran su realización en el ministerio de que han sido investidos por la gracia y predilección del Señor ³.

El sacerdocio como forma de vida va conformando progresivamente el pensamiento, la sensibilidad, el orden del amor y hasta la expresión corporal. Por eso, cuando la vivencia sacerdotal es totalizante y absorbente, se traduce en un estilo de la máxima expresividad. Ser sacerdote con todo el ser exige vivir la propia vocación...

³ *Preparación intelectual y espiritual del sacerdote*. Homilía en el Pontificio colegio Pío Brasileño de Roma (17/I/1982), p.26.

Con fe. Con un formidable sentido de fe. Con una fe ardiente que alumbra, penetra y calienta, porque da llamarada y se convierte en brasa y fuego. Con una fe serena, pero robusta, que traslada montes y resiste todos los embates. Juan Pablo declara, con experiencia y realismo, que no es tarea fácil:

«No ignoro todo aquello que puede desanimar y quizás desmoronar a ciertos sacerdotes de hoy. Numerosos análisis y testimonios insisten en estas dificultades reales, que, aunque esta tarde no las enumere, tengo muy presentes en mi espíritu —en particular la escasez de vocaciones—. Y, sin embargo, os digo: estad contentos y orgullosos de ser sacerdotes»⁴.

Esta fe despliega gozosamente las alas de la esperanza en la Providencia que no falla jamás:

«La Iglesia no podrá nunca carecer de sacerdotes santos. Y esto tanto en situaciones de madurez religiosa, en que el pueblo asume con fidelidad sus compromisos de vida cristiana y de apostolado, como cuando se des-cristianiza. En el primer caso tienen 'más' necesidad de sacerdotes que sean plenamente sacerdotes, precisamente para la vitalidad de su vida cristiana. Y cuando falta la fe, tienen 'más' necesidad de sacerdotes que estén 'plenamente dedicados a dar testimonio de la plenitud del misterio de Cristo'»⁵.

Las «pruebas» de tipo personal y ambiental deben ser desafiadas y vencidas desde la perspectiva de la fe. Porque, a pesar de la «lista» de dificultades interiores y exteriores y de los motivos de inquietud, hay que seguir creyendo con más fuerza y esperando con más certeza. Es la invitación del Papa en Notre Dame:

«Se trata, por tanto, en primer lugar, de *una cuestión de fe*. ¿Acaso no creemos que Cristo nos ha santificado y enviado? ¿No creemos que El permanece con nosotros aunque llevemos este tesoro en vasijas frágiles y tengamos nosotros mismos necesidad de su misericordia, de la cual

⁴ *En Notre Dame* p.199.

⁵ *Ibid.*, p.200. .

somos ministros para los demás? ¿No creemos que El actúa por nosotros, al menos si realizamos su obra, y que El dará crecimiento a lo que nosotros hemos sembrado laboriosamente según el Espíritu? ¿Y no creemos que El concederá también el don de la vocación sacerdotal a todos aquellos que habrán de trabajar con nosotros y tomar el relevo, sobre todo si nosotros mismos sabemos reavivar el don que hemos recibido por la imposición de las manos? ¡Que Dios aumente nuestra fe!»⁶

De tejas abajo, considerado el problema desde una óptica horizontal, los interrogantes son angustiosos. Pero el sacerdote no puede olvidar la «otra cara» del problema para evitar las sacudidas de la turbación y del derrotismo. El sacerdote no puede permitir que se le escape la «otra cara»,

«porque viene de Dios y lleva al encuentro con Dios»⁷.

El sacerdocio es un «misterio» que hay que aceptar con una adhesión gozosa y cordial de la inteligencia y del corazón, en un clima de fe. Lo recuerda el Papa en la catedral de Libreville:

«Se nos pide a todos creer en el sacerdocio como creemos en el bautismo y en la Eucaristía. Y en este caso, ¿podremos agotar alguna vez la significación del bautismo: ser hecho hijo de Dios en el amor, morir al pecado con Cristo para resucitar a una vida nueva, venir a ser miembro cada vez mejor del Pueblo de Dios, vivir las bienaventuranzas en la esperanza? ¡Riqueza y profundidad del amor de Dios! Lo mismo ocurre con el sacerdocio. Alegrémonos si nos hace interrogarnos y si no nos satisface enteramente ninguna definición, porque su descubrimiento total jamás es perfecto. En todo caso, quiero subrayar que la primera fidelidad que se pide a un sacerdote —cualquiera que sea su género de vida y su apostolado— es la de continuar creyendo en su propio misterio, perseverar en la fe en este don de Dios que ha recibido y que puede verse atacado por la inevitable rutina y demás obstáculos»⁸.

⁶ Ibid., p.201.

⁷ *En Libreville-Gabón* p.71.

⁸ Ibid., p.71-72.

Con esperanza. Es un estilo de vida fundado en la certeza de que Cristo ha resucitado y que estará con nosotros para levantar el ánimo y para vencer todas las dificultades. Lo dice Juan Pablo, con hermosas palabras, en Kinshasa:

«Por esa razón, el sacerdote debe ser, siempre y en todo lugar, *un hombre de esperanza*. Es muy cierto que el mundo está transido de tensiones profundas, que muy a menudo engendran dificultades cuya solución inmediata nos sobrepasa. En tales circunstancias y en todo tiempo, es necesario que el sacerdote sepa ofrecer a sus hermanos, a través de las palabras y del ejemplo, motivos convincentes de esperanza. Y puede hacerlo porque sus certezas no están fundadas en opiniones humanas, sino en la roca sólida de la Palabra de Dios»⁹.

Con convicción. Es un punto básico en el «proyecto de vida» que hemos degustado despaciosamente al reflexionar sobre la fisonomía del sacerdote. El Papa lo ha dicho en Guadalupe, y ahora insiste sobre el tema en el Pontificio Colegio Mexicano en Roma:

«Este servicio alto y exigente no podrá ser prestado sin una clara y arraigada convicción de vuestra identidad como sacerdotes de Cristo, depositarios y administradores de los misterios de Dios, instrumentos de salvación para los hombres, testigos de un reino que se inicia en este mundo, pero que se completa en el más allá»¹⁰.

La conciencia del propio ser conlleva una exigencia de ejemplaridad y de coherencia en la vida:

«Es necesario, ante el don del Señor, tener una clara y arraigada convicción sobre el propio ser de sacerdotes de Cristo, depositarios y administradores de los misterios de Dios, instrumentos de salvación para los hombres. Estas certezas de fe no permiten dudar de la propia identidad, ni andar titubeando sobre el valor de la propia vida, o vacilar ante el camino emprendido»¹¹.

⁹ *En Kinshasa* p.158.

¹⁰ *Misión del sacerdote*. Al Pontificio Colegio Mexicano en Roma (13/XII/1979), p.471.

¹¹ En Terni, p.97. *Identidad del sacerdote*. Al clero de la región de Umbría, en Norcia (23/III/1980), p.101.

Con humildad. La humildad consiste en conocer el «sentido de las justas proporciones», en ser conscientes de que llevamos este tesoro en vasos de arcilla frágil y que el don inmenso del sacerdocio no es para engreírse o para dominar, sino para responsabilizarse y servir:

«La humildad: ¡He aquí el secreto para abrirse camino en los corazones! Nosotros no somos los dueños ni de la Palabra que anunciamos ni de las personas a las que se la anunciamos. Somos más bien los servidores de la una y de las otras, comprometidos por la gracia de Dios a hacernos 'todo para todos para salvarlos a todos' (1 Cor 9,22). Vivir esta convicción, sacando de ella las consecuencias en todo lo que se refiere al comportamiento cotidiano, significa hacer espacio en la propia existencia al Espíritu de Cristo y asegurar, además, a la propia acción las mejores posibilidades de incidir en el espíritu de la gente»¹².

Juan Pablo II vuelve sobre la misma idea en el «Sport Ground», de Kaduna —Nigeria—, dando relieve a la función de servicio que implica el ser sacerdote:

«Recordad también que Jesús dejó muy claro a sus discípulos que nunca debían ponerse por encima de sus hermanos ni tratar de imponer su autoridad. Como San Pablo, nosotros consideramos un privilegio ser llamados siervos de Cristo Jesús»¹³.

La actitud del sacerdote ante el don ha de ser de apertura, de gratitud y de humildad. Así lo recuerda el Papa a los alumnos del seminario mayor de Rolduc, Holanda:

«En consecuencia, debemos ver la vocación sacerdotal antes que nada como don inefable de Dios al que debemos estar abiertos con gran humildad y agradecimiento. Un don totalmente inmerecido que recibimos en favor de la Iglesia, en función sobre todo de la Eucaristía, y lo debemos ejercer como servicio auténtico y humilde a la Iglesia, a los fieles»¹⁴.

¹² *Dar razón de la fe a los hombres.* A los seminaristas de Toscana (26/I/1982), p.35.

¹³ *El sacerdote al servicio de Dios y de los hombres.* Homilía en el «Sport Ground», de Kaduna (Nigeria), durante la ordenación de 150 sacerdotes (14/II/1982), p.61.

¹⁴ *El don del sacerdocio.* En Rolduc, Holanda, p.146.

Con autenticidad. Lo cual significa sinceridad y responsabilidad ante Dios, ante la propia conciencia y ante los hombres, que gozan de un sentido especial para detectar lo verdadero y distinguirlo de lo inauténtico y forzado.

La autenticidad significa:

«Aceptar vuestra condición de sacerdotes para siempre y sin reservas, una condición con la que habéis soñado cuando erais jóvenes, a la que os habéis preparado con amor y habéis abrazado con entusiasmo el día en que el obispo y el *presbyterium* os impusieron las manos»¹⁵.

Con intensidad. Que quiere decir entrega apasionada, leal y entusiasta a la vocación, de modo que la vida sacerdotal tenga vitalidad, dinamismo, capacidad de quemarse por el prójimo:

«Intensidad no es otra cosa sino el fervor espiritual con que debéis vivir vuestra vocación ante aquellos y aquellas de quienes sois pastores... Es necesario recordároslo: la vitalidad y dinamismo apostólicos, la capacidad de entrega y la eficacia de estas comunidades y agrupaciones dependen en gran parte del valor humano y evangélico de que dé testimonio vuestra vida sacerdotal»¹⁶.

Con fidelidad. Podríamos definirla como una situación permanente de escucha, de consulta y de plegaria al buen Padre Dios, que ha predestinado y elegido al sacerdote para «conformarlo» a imagen de Cristo, el Señor. Una apertura dinámica y gozosa al «plan de Cristo» para captar, aceptar y realizar el proyecto de vida sacerdotal con una disponibilidad total, con un esfuerzo constante, con una dedicación plena. Esto supone tener ideas claras sobre la identidad de la propia existencia sacerdotal según la expresa voluntad de Cristo, que es quien fija el estatuto, las funciones y la misión. Si el sacerdote es un hombre «para» los hombres, tiene que entregarse en cuerpo y alma a la misión de evangelizar, elemento integral sustantivo de su ser de sacerdote. Sólo así será fiel al mandato:

«En vuestro esfuerzo por realizar vuestro cometido pastoral, sé que recordáis las palabras con que el Evange-

¹⁵ *El sacerdote, ministro de Dios.* A los consiliarios de Organizaciones Católicas Internacionales (13/XII/1979), p.469.

¹⁶ *Ibid.*

lio registra la llamada de los apóstoles: 'Y designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar' (Mc 3,14). Los dos aspectos de la vocación apostólica puede parecer que se excluyen mutuamente, pero no es así. Jesús quiere de nosotros tanto que estemos con El como que salgamos a predicar. Estamos destinados tanto a ser sus compañeros como a ser infatigables apóstoles»¹⁷.

No se trata de un programa de acción voluntario. Es un «destino», querido expresamente por Cristo como razón de ser de la vocación. Lo vuelve a confirmar el papa Juan Pablo II en Terni:

«Vosotros, queridos sacerdotes, en virtud de vuestro mismo ministerio, estáis obligados a vivir en medio de los hombres, a conocer como buenos pastores a las propias ovejas, a tratar de atraer también a las que no son de este redil, a fin de que también ellas oigan la voz de Cristo»¹⁸.

El Papa no se cansa de insistir en el compromiso de fidelidad —que ha de renovarse cada día— en el «empeño evangelizador». Recurre a todos los resortes del sentimiento, de la concurrencia y del tono de voz para persuadir y para estimular. Es un pensamiento que lleva «muy dentro del corazón»:

«El sacerdote, he dicho hace poco, citando la carta a los Hebreos, está tomado del pueblo y constituido en favor del pueblo (Heb 5,1). Debéis estar, pues, cercanos al pueblo, viviendo intensamente sus problemas cotidianos, especialmente cuando el pueblo sufre y se encuentra en situaciones difíciles...»¹⁹

Entre las cualidades que elogia Juan Pablo II en el clero de Bérgamo es que se trata de

«un clero selecto y celoso,
un clero bueno,
fiel y siempre cercano a su gente»²⁰.

¹⁷ *Unión con Dios y afanes pastorales*. Al Episcopado filipino y a otros obispos de Asia, en Villa S. Miguel, de Manila (17/II/1981), p.51.

¹⁸ *En Terni* p.98.

¹⁹ *En Norcia (Umbría)* p.102.

²⁰ *Las exigencias de la vocación y su fecundidad apostólica*. A los sacerdotes, religiosos y seminaristas de Bérgamo (26/IV/1981), p.141.

Este acercamiento al pueblo, en alas de la responsabilidad pastoral y del celo por las almas, es un dato integral y sustantivo de la identidad sacerdotal. Lo expresa bellamente el Papa en su discurso al clero de Turín:

«Tampoco faltan hoy nuevas posibilidades para emplear las propias energías apostólicas: hay por desgracia familias en crisis, drogados, violentos, extraviados en la mala vida. He aquí dónde se puede desarrollar en plenitud todo el dinamismo de la propia misión presbiteral, con la plena y alegre conciencia de la propia 'identidad': manifestando la amorosa solicitud de Cristo por todos los hermanos, dondequiera que vivan y sufran; sobre todo, por los más indigentes, ya que 'no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos' (Lc 5,31). Por esto, intentad siempre nuevos caminos de acercamiento a los hombres y a sus condiciones de vida: con fidelidad integral a todo lo que es esencial para vuestro presbiterado y, al mismo tiempo, con una gran elasticidad pastoral, que os haga sensibles y abiertos a las necesidades más urgentes de la hora que vivimos»²¹.

La fidelidad del llamado tiene un espacio fuerte, bello y entrañable en la Iglesia-Madre. No es sólo el acatamiento externo de las normas. Es, ante todo, una actitud amorosa, entusiasta, filial, cordial y contagiosa de compromiso con la Iglesia. Es una fidelidad «principalmente interna, profunda, alegre y sacrificada». Es un compromiso de amor que lleva a sentir con la Iglesia, a pensar con la Iglesia, a consultar las experiencias nuevas que exigen los tiempos con la Iglesia, a sentirse plenamente identificado con lo que cree, siente, piensa, predica y ama la Santa Madre Iglesia y a servirla siempre y en todo como ella quiere ser servida.

Lo ha dicho el papa Juan Pablo II en Madrid, entre aplausos, banderas, emoción y lágrimas contenidas:

«Hoy vivimos una de esas épocas —de grandes cambios y reformas— en que es necesario ofrecer al mundo el testimonio de vuestra fidelidad a la Iglesia».

«Tenéis que evitar todo lo que pueda hacer creer a los fieles que existe en la Iglesia un doble magisterio, el

²¹ *La identidad del sacerdote*. Discurso al clero, en Turín (13/IV/1980), p.120.

auténtico de la jerarquía y el de los teólogos y pensadores, o que las normas de la Iglesia han perdido hoy su vigor».

A los formadores de teología, a los directores de centros educativos y a los directores de publicaciones de información y formación les exhorta con energía:

«A través de estos medios, procurad educar integralmente, inculcar un profundo respeto y amor a la Iglesia y animar a una sincera adhesión a su magisterio. No seáis portadores de dudas o de 'ideologías', sino de 'certezas' de fe. El verdadero apóstol y evangelizador, declaraba mi predecesor Pablo VI, 'será aquel que, aun a costa de renuncias y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. No vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar. No rechaza nunca la verdad' (*Evangelii nuntiandi* 78)».

Y el papa Juan Pablo, que ha asombrado al mundo por la libertad y valentía con que se mueve en las posiciones de vanguardia de la pastoral, que predica constantemente la necesidad de métodos nuevos, de experiencias renovadoras y audaces, insiste por activa y por pasiva en la fidelidad a la Iglesia.

Y es que la fidelidad eclesial —el sentido hondo y gozoso de Iglesia— es el sello de Dios y la garantía del buen espíritu en todas las empresas apostólicas y en toda investigación seria:

«En la renovación de la vida consagrada que los nuevos tiempos están exigiendo hay que salvar la fidelidad al pensamiento y a las normas de la Iglesia; más concretamente, en el campo doctrinal y en materia litúrgica, evitando ciertas posturas críticas llenas de amargura, que oscurecen la verdad, desconciertan a los fieles y a las mismas personas consagradas. La fidelidad al magisterio no es freno para la recta investigación, sino condición necesaria de auténtico progreso de la verdadera doctrina»²².

²² *Grandeza de la vocación religiosa*. Encuentro con los religiosos y miembros de Institutos seculares en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, en Madrid (2/XI/1982).

Con celo. Es el presupuesto, la base y la consecuencia de la identidad realizada en santidad. El sacerdote tiene que sentir la divina impaciencia, la santa inquietud, el ímpetu del Espíritu que le impulsa a ir, a predicar, a evangelizar, a salvar a las almas hasta caer rendido por el esfuerzo y la fatiga, hasta quemar su vida y desgastarse por los hermanos. Es un compromiso que brota del amor apasionado a Cristo y de la gratitud por haber sido elegido pregonero y heraldo del Evangelio. El sacerdote celoso está totalmente disponible para cumplir su misión orgulloso de poder quemarse, desgastarse y complicarse la vida por Cristo:

«El celo, efectivamente, no es más que la profunda gratitud por el don, que se expresa en toda la vida y en el propio comportamiento. ¡Sed fervorosos! ¡No os concedáis reposo en el celo! La verdad interior de vuestro sacerdocio ministerial se irradie sobre los otros, en particular sobre los jóvenes, de modo que también ellos sigan vuestras huellas»²³.

En estos momentos magníficos y difíciles —¡qué difíciles!, anota Juan Pablo II—, el sacerdote contempla los inmensos campos de labor con las mieses maduras para la siega y oye voces innumerables y doloridas que lo llaman con apremio:

- los niños indefensos que tienen derecho a la vida y no verán la luz de este mundo por el «abominable crimen» del aborto;
- los niños hambrientos y abandonados que no conocerán a sus padres, víctimas del egoísmo y de las «estructuras de pecado»;
- la delincuencia juvenil, que presenta caracteres rayanos en tragedia, con fenómenos tan turbadores como la droga, el atraco a mano armada, el abandono del hogar, las violaciones, el resentimiento contra la familia y la sociedad;
- la promoción verdaderamente «humana» del hombre y, como consecuencia, la defensa de los derechos humanos;
- la evangélica y obligada dedicación preferente a los marginados sociales, a los enfermos, a los pobres, a

²³ *Sacerdotes de Cristo y de la Iglesia* p.227.

los obreros en paro, a los cinturones de la miseria que gritan su desamparo desde las chabolas del suburbio, a los minusválidos, a los que viven en condiciones penosas en la tercera edad...;

- la familia dispersa, intoxicada por doctrinas falsas de inspiración neopaganizante como el divorcio, la libertad de relaciones extramatrimoniales y el olvido de los deberes del propio estado, como la educación integral, humana y cristiana de los hijos;
- la sociedad permisiva, que ha olvidado los criterios objetivos de la ley natural y que va perdiendo peligrosamente la conciencia del bien y del mal.

Esta es una lista meramente indicativa de necesidades urgentes que abren una herida sangrante en el corazón del sacerdote abrasado por el celo. Son una llamada a la capacidad de disponibilidad y entrega del sacerdote convencido de su misión. Cito un texto estremecedor del Papa, en Notre Dame, que anima a mantener viva la «preocupación apostólica y misionera» de los sacerdotes:

«Muchos —de modo particularmente llamativo durante estos treinta y cinco últimos años— estuvieron dominados por la obsesión de anunciar el Evangelio al corazón del mundo, al corazón de la vida de nuestros contemporáneos, en todos los ambientes intelectuales, obreros, e incluso del «cuarto mundo», también a aquellos que están a menudo lejos de la Iglesia, a quienes un muro parecía incluso separar de ésta, y ello a través de toda clase de nuevos modos de acercamiento, de iniciativas ingeniosas y valientes, llegando incluso a compartir el trabajo y las condiciones de vida de los trabajadores en la perspectiva de la misión, en todo caso, casi siempre con medios pobres. Muchos —los capellanes, por ejemplo— están constantemente en la brecha para hacer frente a las necesidades espirituales de un mundo descristianizado, secularizado, agitado a menudo por nuevos emplazamientos culturales. Esta preocupación pastoral, pensada y llevada a cabo en unión con vuestros obispos, os honra: que prosiga y se purifique sin cesar. Tal es el deseo del Papa».

Y acaba este pasaje con una interpelación que quita el sueño:

«¿Cómo ser sacerdote sin compartir el celo del Buen Pastor?»²⁴

El celo por las almas que vigoriza y rejuvenece hasta físicamente es un don precioso que se debe a la intercesión maternal de María, que «acompaña, protege y sostiene» a sus hijos predilectos para transformar el mundo con el amor.

²⁴ *En Notre Dame* p.200.

«YO OS HE ELEGIDO»

«A ello responde vuestro *don total* al Señor. El don total, que es compromiso de santidad. Es la tarea interior de 'imitar lo que tratáis', como dice la exhortación del *Pontifical Romano* de las ordenaciones. Es la gracia y el compromiso de la imitación de Cristo, para reproducir en vuestro ministerio y conducta esa imagen grabada por el fuego del Espíritu. Imagen de Cristo, sacerdote y víctima, de redentor crucificado».

JUAN PABLO II, *Homilía durante la ceremonia de ordenación sacerdotal celebrada en el paseo de la Alameda, de Valencia.*

¿PARA QUE?

La razón de ser del sacerdote en todo el ámbito de su existencia —identidad personal, proyección pastoral, dimensión social— es la santidad. No se trata únicamente de una conveniencia, de un valor relativo para ejercer su ministerio con dignidad y decoro. Es un valor absoluto y, por lo mismo, necesario. La carencia de integridad de vida es un fraude y una frustración desde la misma conciencia sacerdotal, desde el «yo» intransferible, puesto que lo afecta en su misma raíz.

La santidad es un derecho y un deber en el «proyecto de vida» para el que ha sido llamado. La llamada de Dios no tiene pleno sentido hasta que se realiza en la santidad. No basta con ser «honrado», buena persona, un muchacho excelente. No es nada de esto si no es «santo». Si no lo es, «defrauda» al pueblo, por supuesto. Pero, anteriormente, «estafa» a Dios, decepciona a Cristo y «se traiciona» a sí mismo...

El *Itinerarium mentis in Deum* sacerdotal constituye una maravillosa aventura. La respuesta a la llamada no se realiza de un modo estático: se renueva, se hace original, entusiasta y comprometida, porque Dios llama a cada instante, incansablemente. Dios apremia, urge, no deja lugar al re-

poso. Es un reto a construir existencialmente el proyecto de vida, a encarnarlo, a darle nervio y musculatura, ropaje y emoción.

Como es lógico, este proceso supone un gran esfuerzo que mantiene en tensión los sentidos, las potencias, la imaginación, la intuición: el alma entera. Hay que combatir las exigencias descaradas del hombre carnal para frenarlo, domesticarlo y hacerlo instrumento útil al servicio del espíritu. Porque sin una mentalización para la ascesis, para la lucha, la mortificación y la cruz, la carne rebelde, enfermiza y frágil se echa a sestear plácidamente.

Por eso, el «proyecto de vida sacerdotal» se descubre en el camino, se ratifica en la «mesa» y adquiere pleno sentido en la cruz. Culmina en la santidad, pero empieza en la conversión. La conversión constituye una aventura apasionante, de maniobras conjuntas de Dios y del hombre. Dios planifica toda la operación, escoge el terreno de las prácticas, dirige los entrenamientos y exige un esfuerzo, que puede llegar hasta el agotamiento, para que el hombre se ponga «en forma» y rinda todo lo que Dios exija en cada circunstancia.

Dios tiene derecho a exigirlo todo porque lo ha dado todo.

Nobleza obliga. Amor, con amor se paga.

La conversión es una aventura personal, una experiencia personal irreplicable. Dios es siempre original y desconcertante. Sus planes son distintos de los del hombre y rebasan siempre al hombre, limitado, contingente e imperfecto. Por otra parte, Dios se vuelca en cada hombre con infinito amor, como si no existiera más que este hombre en el mundo. De aquí nace la variedad, la pluralidad, la riqueza y la belleza de las obras de Dios.

Por eso son tan hermosas las historias de los conversos.

Sin embargo, dentro de esta irrepetibilidad, la conversión tiene una estrategia, unos métodos y unas coordenadas. La conversión gira siempre en torno a Cristo, que descubre y explica el sentido total de la existencia.

Convertirse significa, ante todo:

«Captar el significado de Cristo en nuestra existencia humana y encarnarlo en nuestra vida»¹.

¹ *El sentido de la vida humana*. Homilía al Centro Italiano della Solidarietà (5/VIII/1979), p.274.

Desde esta perspectiva integradora, el hombre tiene que concentrarse en las profundidades de su ser y pronunciarse personalmente culpable, pecador y menesteroso. Y desde su conciencia de pecador, emprender el retorno a los brazos del Padre misericordioso:

«La conversión es un acto interior de especial profundidad, en el que el hombre no puede ser sustituido por nadie, por los otros, no puede hacerse reemplazar por la comunidad...; es necesario que en este acto se pronuncie el individuo mismo, con toda la profundidad de su conciencia, con todo el sentido de su culpabilidad y de su confianza en Dios, poniéndose ante El, como el salmista, para confesar: 'contra ti solo he pecado'»².

Dios, con el corazón abierto al abrazo. El hombre, con el corazón abierto al llanto y a la esperanza. La conversión es un derecho del hombre, declarado y promulgado por la misericordia de Dios. El hombre que se reconoce pecador va camino de la verdad y de la libertad:

«El derecho de la conversión corresponde a la verdad sobre el hombre. Corresponde también a la verdad interior del hombre. Lo que la Iglesia implora ardientemente (en particular durante la cuaresma) es también que el hombre *no permita sofocar en sí esta verdad sobre sí mismo* y no se prive de la propia verdad interior. *Que no se deje arrancar esta verdad* bajo la apariencia «de la libertad ilimitada». Que no pierda en sí el grito de la conciencia como voz de la Verdad, que lo supera, pero que, al mismo tiempo, decide de él: que lo hace hombre y decide de su humanidad.

La Iglesia ruega para que el hombre, cada uno de los hombres (en particular los jóvenes, pero también todo hombre) no cambie *la apariencia* de la libertad y la apariencia de la liberación *por la libertad verdadera* y por la liberación construida sobre la verdad, por la liberación en Jesucristo»³.

Juan Pablo II subraya con énfasis que el único camino para llegar a la verdad y a la libertad en todas sus formas y matices es Cristo. El hombre que se convierte en árbitro au-

² *Redemptor hominis* 20 p.90.

³ *Reconocer a Dios, Creador y Redentor del hombre*. Homilía a los universitarios de Roma (26/III/1981), p.114.

tónomo de su libertad, con independencia de las normas y del mismo Creador, sofoca la verdad sobre sí mismo y cambia la libertad verdadera por meras «apariencias». La libertad «ilimitada» es puramente «apariencia».

La única actitud razonable del espíritu es la humildad y la penitencia. El hombre honrado tiene que reconocer que es pecador —frágil caña agitada por todos los vientos— y que necesita cambiar urgentemente sus modos de ser y su comportamiento. Debe reconocer que necesita convertirse, cambiar, rehabilitarse:

«La Sagrada Escritura presenta *la vida del hombre en sus relaciones con Dios como una continua conversión interior*, en cuanto que Dios, en su infinito amor, llama al hombre a vivir en comunión con El. Pero el hombre es frágil, débil, pecador; por lo tanto, para ponerse en comunión con Dios tiene necesidad de una actitud de humildad y penitencia; debe orientarse hacia Dios, 'buscar el rostro de Dios' (Os 5,15; Sal 24,6); debe invertir el camino que lo lleva hacia el mal; cambiar el propio comportamiento ético; cambiar incluso concepciones y modos de pensar individuales, que estén en oposición a la voluntad y a la palabra de Dios»⁴.

Estamos penetrando en los centros neurálgicos del problema. La conversión afecta al sacerdote en las profundidades del ser. Es una metamorfosis «integral». Como el actuar sigue al ser, es la concepción del mundo y del propio ser, es la mentalidad lo que tiene que cambiar en un proceso riguroso de purificación y de ambientación en clave de Evangelio:

«Es necesario, ante todo, abandonar la mentalidad mundana y pagana.

Es necesario, después, cambiar la mentalidad mundana y terrestre en la mentalidad de Cristo.

Es necesario, finalmente, aceptar todo el mensaje de Cristo, sin reducciones de comodidad, y de vivir según su ejemplo»⁵.

El hombre tiene innumerables y profundas raíces en el instinto. Si no mantiene la guardia, tiende por naturaleza al

⁴ *La conversión interior*. Homilía en la parroquia de San Juan Bautista de los Florentinos, en Roma (8/III/1981), p.87.

⁵ *El sentido de la vida humana* p.274.

cultivo placentero de lo sensible que lo atrae con su fascinación. Está hecho de la arcilla de la tierra y siente la ley de gravedad que lo atrae hacia la materia: malas inclinaciones, visión hedonista de la vida, instalación en la comodidad y en la pereza. Desde una óptica meramente natural, el hombre puede formarse una mentalidad mundana y pagana. Es decir, puede estructurar su vida a base de criterios mundanos y de juicios de valor que no rebasan la razón natural, seriamente herida por el pecado original.

La primera exigencia de la conversión es «abandonar» la mentalidad mundana y pagana. Esta ruptura con el mundo anterior es imprescindible, pero insuficiente. A continuación, se impone la bella tarea del cambio a mejor: hay que cambiar la mentalidad profana por la mentalidad de Cristo, que consiste en ver el mundo, los acontecimientos, la propia existencia «desde Dios», con los ojos de Cristo, y enjuiciar y valorar la historia y el acontecer personal «desde Cristo». El sacerdote tiene que dejarse cautivar y «apresar» por el pensamiento de Cristo.

El final de este proceso es la «aceptación» incondicional de Cristo, con una acogida amorosa de su persona y con un compromiso leal con su mensaje. Y esto con un santo radicalismo evangélico: *toda* su persona, *todo* su mensaje, *todas* sus exigencias, *todo* el tiempo de la vida, *todos* los latidos del corazón.

Es un proceso temporal y psicológico. Los tres momentos de la conversión: abandono, cambio y aceptación, pueden entrecruzarse como las corrientes marinas en el fondo del alma.

«La conversión es un paso casi gradual, eficaz, continuo, del 'viejo' Adán al 'nuevo', que es Cristo...

El cristiano, fuerte con la fuerza que le viene de Cristo, se aleja cada vez más del pecado, de los pecados *concretos*, mortales o veniales, superando las malas inclinaciones, los vicios, *el pecado habitual*, y, al obrar así, hará cada vez más débil *el fomes* del pecado, esto es, la triste herencia de la desobediencia originaria. Esto ocurre en la medida en que abunda en nosotros cada vez más la gracia, don de Dios, concedido por los méritos *de* un solo hombre, Jesucristo» (Rom 5,15) ⁶.

⁶ *La conversión interior* p.87.

Pecado y gracia, hombre «viejo» y hombre «nuevo», hombre «carnal» y hombre «espiritual», resistencia y docilidad, alejamiento y retorno. Está declarada la guerra. El hombre triunfará en la medida en que esté unido a Cristo y fortalecido por Cristo. Queda así perfectamente aclarado que la conversión es un «don» de Dios. Sí, la conversión

«es un don de Dios, que el hombre debe pedir con ferviente oración y que nos ha merecido Cristo, 'nuevo Adán'»⁷.

Con el reflector de Dios —luz y salvación—, el hombre, el mundo, los hermanos se imponen a la conciencia del sacerdote con una luz nueva, en su más puro y profundo sentido teológico:

«La conversión es una iluminación especial, que nos hace ver de modo nuevo a Dios, a nosotros mismos y a nuestros hermanos. Así, de maneras diversas, Jesucristo se da a conocer a los distintos hombres y a las sociedades en el curso de los tiempos y en diversos lugares. Los que lo siguen lo hacen porque han encontrado en Él la luz y la salvación: 'El Señor es mi luz y mi salvación'»⁸.

La conversión es un retorno a la casa del Padre. Es el «re-encuentro» de las dos cosas más impresionantemente estremecedoras del mundo: del hombre, con sus lágrimas de dolor y de amor, y de Dios, con su infinito amor y misericordia. El hombre, frágil y pecador, es un hambriento insaciable de bondad y misericordia. Y vive inquieto, turbado y angustiado hasta que cae, con impetuoso llanto, en los brazos del Padre:

«La conversión consiste siempre *en descubrir su misericordia*, es decir, ese amor que es paciente y benigno a medida del Creador y Padre, el amor al que 'Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo' (2 Cor 1,3), es fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: hasta la cruz, hasta la muerte y resurrección de su Hijo. La conversión a Dios es siempre fruto del 'reencuentro' de ese Padre, rico en misericordia» (13)⁹.

⁷ Ibid.

⁸ *La luz de Cristo*. Homilía en la parroquia romana de Santa Gala (25/I/1981), p.27.

⁹ *Tiempo fuerte, tiempo santo*. Homilía en el Miércoles de Ceniza, en Santa Sabina (4/III/1981), p.84.

El pobre hombre, roto y andrajoso por el pecado, advina que el Padre le espera con los brazos abiertos, y, escuchando la llamada del corazón, rompe con su vida vergonzante y se encamina hacia la casa paterna. El Padre curará su corazón herido y hará una fiesta por haber recuperado al hijo perdido, porque el hijo, muerto a la gracia, ha resucitado a la vida en gracia. El reencuentro «transforma» por fuera y por dentro al pecador arrepentido:

«La conversión es fundamentalmente *un alejarse del* pecado y un dirigirse, un retornar al Dios viviente, al Dios de la Alianza. ‘Venid y volvamos a Yahveh; El desgarró, El nos curará; El hirió, El nos vendará» (Os 6,1); es la invitación del profeta Oseas, que insiste sobre el carácter interior de la auténtica conversión, que siempre debe estar inspirada y animada por *el amor y por el conocimiento* de Dios. Y el profeta Jeremías, el gran maestro de la religiosidad interior, anuncia de parte de Dios una extraordinaria transformación espiritual de los miembros del pueblo elegido: ‘Les daré un corazón capaz de conocerme, de saber que soy Yahveh; y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios, pues se convertirán a mí de todo corazón’ (Jer 24,7)»¹⁰.

En la base de toda decisión de retorno se dan cita la gracia de Dios, que está a la puerta y llama con fuertes aldabonazos o hace un gesto expresivo con sus ojos de Padre eterno, y el hombre, que siente una necesidad urgente de misericordia y perdón. El hombre tiene que «ponerse en forma» mediante la ejercitación de la humildad y de la confianza para «sintonizar» con Dios, siempre y en todo:

«Pues bien, ¿quién de nosotros puede decir en su corazón que no tiene necesidad de esa misericordia, que está en total sintonía con Dios, de forma que no necesita de El ninguna intervención purificadora? ¿Quién no tiene algo de que hacerse perdonar por El y por su paternal magnanimidad? O, dicho en términos evangélicos, ¿quién de nosotros podría arrojar la primera piedra (Jn 8,7) sin mancharse de presunción o de irresponsabilidad? Sólo Jesucristo habría podido hacerlo, pero renunció a ello con un incomparable gesto de perdón, es decir, de amor, que revela a un tiempo una ilimitada generosidad y una cons-

¹⁰ *La conversión interior*. En Roma, p.87.

tructiva confianza en el hombre. Todos los días deberíamos reavivar en nosotros tanto la invitación, humilde y gozosa, de la gracia reconciliadora de Dios como el sentido de nuestra deuda para con El, que nos ha ofrecido, 'de una vez para siempre', y continuamente nos vuelve a ofrecer con inmutable bondad, un perdón al que no tendríamos derecho, que nos restablece en la paz con El y con nosotros mismos, infundiéndonos una nueva alegría de vivir»¹¹.

Naturalmente, para «sintonizar» con Dios es necesario limpiar los ojos de las escamas de la sensualidad. Es necesario «neutralizar» los ruidos mundanales que, con su estrépito, interfieren la onda de Dios; limpiar el pensamiento de imágenes e ideas que perturban al hombre y le impiden la concentración y el ensimismamiento en el pensar y en el querer de Cristo. Hay que limpiar el corazón, arrancando de cuajo todo lo que impide que Cristo sea su dueño absoluto. Es decir, hay que aborrecer el pecado hasta preferir morir a pecar. Habrá que recordar de nuevo que, para llegar a esta madurez espiritual, es imprescindible la ayuda eficaz de lo alto:

«Esta maduración presupone el alejamiento del mal, la ruptura con el pecado, la extirpación de las malas disposiciones, la lucha, a veces dura, con las ocasiones de pecado, la superación de las pasiones: todo el gran trabajo interior, gracias al cual el hombre se aleja de todo lo que en él se opone a Dios y a su voluntad, y se acerca a la santidad cuya plenitud es Dios mismo.

La conversión es, pues, un movimiento *bipolar*: el hombre se aparta *del mal* para orientarse *hacia Dios*. Y precisamente por esto, en el camino de la conversión, se encuentra la vocación. Efectivamente, en la medida en que el hombre se dirige hacia Dios, encuentra la función que Dios le asigna en la vida. Esto se puede expresar todavía mejor: a medida que el hombre se dirige hacia Dios, descubre que su vida es *una misión que Dios le ha asignado*. Y la aceptación de esta misión significa una prueba de amor a Dios y a los hombres. Así el hombre 'se convierte' de modo nuevo en el que 'es'¹².

¹¹ *El mensaje de San Francisco*. Al pueblo de Asís (12/III/1982), p.108.

¹² *Dios llama a cada persona*. Homilía en la parroquia romana de Santa Teresa de Jesús (24/I/1982), p.32.

La reconquista de la autenticidad del ser —origen, vocación y destino— es una gracia «inmerecida». La actitud del sacerdote es colaborar con entusiasmo y gratitud para realizar los planes de Dios. Y esto exige hombres de temple, forjados en la lucha y en el trabajo paciente y esperanzado. Por tanto, la conversión

«comporta un continuo y paciente *trabajo sobre sí mismo*, trabajo que llega a los motivos escondidos y a los resortes ocultos del amor propio, de la sensualidad, del egoísmo.

A este trabajo, que requiere empeño y constancia, estamos llamados todos y cada uno, sin excepción, tanto a nivel personal como a nivel comunitario, a fin de que podamos ayudarnos mutuamente en el camino de la conversión, la cual es siempre fruto de 'volver a encontrar' a Dios Padre, rico en misericordia. 'El auténtico conocimiento de Dios —he escrito en mi segunda encíclica—, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo *ven* así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a El. Viven, pues, *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*' (*Dives in misericordia* 13)»¹³.

La conversión es un proceso dinámico de integración en los planes de Dios. Es una situación permanente de tensión, búsqueda, captación, acogida y esfuerzo por realizar la vocación con fidelidad y generosidad con-en-por Cristo. Todo el proceso se encierra en unas lealtades «incuestionables»: lealtad a la llamada que se traduce en un *fiat* mil veces ratificado. Para ello hay que «romper» con la vida mundana y con todo ese mundo complejo y empobrecedor que denominamos «pecado». La conversión exige una ruptura, «un *tras-ttrueque* fundamental que decide el cambio de dirección en la vida y en la conducta». Es la primera conversión, el paso de la vida pecaminosa a la vida en gracia.

Desde una perspectiva sacerdotal, el pecado es algo monstruoso.

¹³ *La conversión interior*. En Roma, p.88.

Lo realmente importante —y decisivo en el plano personal y en el testimonio eclesial— es la opción seria, entusiasta e irrevocable por la santidad. Es el apasionamiento por Cristo y por las almas que crea un clima contagioso de generosidad y entrega hasta detalles mínimos en apariencia, pero de enorme trascendencia espiritual.

Lo dice expresamente Juan Pablo II:

«Pero hay también *conversiones cotidianas* que aparentemente pasan casi inadvertidas y se refieren a problemas en apariencia pequeños, y, sin embargo, importantes para el desarrollo del alma humana...»¹⁴

La dinámica de la conversión exige una seria revisión de vida.

Hay que examinar a la luz de Dios las actitudes básicas y el comportamiento en la dirección de Dios, Creador, Salvador y Santificador; con referencia al prójimo que le ha sido espiritualmente encomendado y con relación a sí mismo. En rigor, la conversión

«nos hace reflexionar sobre nuestras relaciones con ‘nuestro Padre’ y restablece el orden que debe reinar entre hermanos y hermanas; ... nos hace corresponsables los unos de los otros, nos arranca de nuestros egoísmos, de nuestras pequeñeces, de nuestras mezquindades, de nuestro orgullo; nos aclara y nos hace comprender mejor que nosotros, a ejemplo de Cristo, debemos servir»¹⁵.

Y esta reflexión nos adentra en el misterio de la misión.

El sacerdote ha sido llamado y enviado «para servir». La vocación es una llamada hacia la apertura interior «hacia los hermanos», que son todos los hombres. La apertura a Cristo exige la apertura hacia el prójimo:

«Cada uno, pues, debe mirarse en los dos aspectos del destino de esta llamada. Cristo exige de mí una apertura hacia el otro. Pero ¿hacia qué otro? ¿Hacia el que está aquí, en este momento! No se puede ‘aplar’ esta llamada de Cristo a un momento indefinido, en el que aparecerá el mendigo ‘calificado’ y tenderá la mano»¹⁶.

¹⁴ *Dios llama a cada persona* p.31-32.

¹⁵ *Un tiempo de verdad*. Mensaje del Santo Padre para la cuaresma de 1981 (2/II/1981), p.41.

¹⁶ *Servir a los demás*. Audiencia general (4/IV/1979), p.124.

Desde este amor a Cristo y a los hermanos, el sacerdote tiene que responder de su autenticidad personal y de la calidad de su servicio. Y, para ello,

«penetrar en lo más íntimo de la conciencia, ir a la raíz del mismo ser del hombre y revisar a fondo la existencia sacerdotal, la vida espiritual, la actividad pastoral y preguntarse: ¿cómo soy, cómo vivo, cómo predico, cómo doy la catequesis, cómo estudio, cómo acojo al hermano, cómo trabajo, cómo amo?»¹⁷

La experiencia existencial de la conversión es apasionante. Es el mejor remedio contra la rutina, la mediocridad, la autosuficiencia, en engreimiento, la vulgaridad, la ramplonería y el achatamiento. La dinámica de la conversión es incompatible con la mal-configuración de la sensibilidad, de las actitudes y de la conducta. La conversión «destempla», pero no desanima; inquieta, pero estimula la esperanza.

La psicología del converso imprime un sello característico que podríamos llamar «apasionamiento»: se llora con vehemencia y coraje, se reza con una intensidad que transfigura el rostro; se habla de Cristo con vehemencia y pasión; se vive a Cristo con un entusiasmo que estimula y contagia.

El sacerdote debe ser siempre un apasionado de Cristo.

Y le sobran motivos si con espíritu de conversión reflexiona sobre la grandeza, la belleza y la responsabilidad de su vocación. En este sentido, amplio y gratificante, lúcido y optimista, la conversión significa:

- retornar a la gracia de la vocación,
- meditar la inmensa bondad y el amor infinito de Cristo, que nos ha dicho personalmente: «Sígueme»,
- estar en continua tensión de búsqueda, de descubrimiento, de aceptación y de realización de los designios de Dios,
- abrirse de par en par a Dios, que ilumina, esclarece, madura y exige de un modo apremiante e implacable el «sí» de la santidad,
- dar cuenta en cada momento de nuestro servicio, de nuestro celo, de nuestra fidelidad ante el

¹⁷ *El sacerdote en el misterio de Cristo*. Discurso a los párrocos y al clero secular y regular de Roma (2/III/1979), p.74.

- Señor de nuestros corazones para que seamos «ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios»,
- dar cuenta, también, de nuestras negligencias y pecados, de la cobardía, de la falta de esperanza, de fe, de pensar únicamente «de modo humano» y no «divino»,
 - buscar el perdón de nuevo y la fuerza de Dios en el sacramento de la reconciliación, y así volver a empezar siempre, a avanzar cada día, a dominarnos, a realizar conquistas espirituales y a dar alegremente, porque «Dios ama al que da con alegría»¹⁸.

¿Verdad que «arde nuestro corazón» con este programa que es un reto a la capacidad de disponibilidad y entrega a Dios y a los hermanos?

Es la divina aventura de la santidad, sin estación de término, hasta el abrazo gozoso con el Resucitado. Es la psicología del converso, siempre insatisfecho, siempre apasionado, siempre en tensión. Es la psicología del resucitado, divino impaciente, pletórico de ilusión, de originalidad, de entusiasmo, de coraje, de audacia, de creatividad. Es la divina impaciencia del fuego, de la sangre y del martirio. Es el desmesurado afán de Francisco por acometer empresas y ensayar experiencias nuevas a honra de su Señor y al servicio amoroso de la Iglesia.

El testigo de Cristo es un «caballero del Señor» que se hace más valiente ante la dificultad y el riesgo. Lo dice bellamente Juan Pablo:

«Como veis, se trata de un programa muy comprometido; bajo ciertos aspectos, podría decirse, desde luego, heroico; sin embargo, debemos presentarlo a nosotros y a los demás en toda su integridad, contando con la acción de la gracia, que puede dar a cada uno la generosidad de aceptar la responsabilidad de las propias acciones en perspectiva eterna y para bien de la sociedad»¹⁹.

«Contando con la gracia». Confiando en Dios. Sabiendo

¹⁸ Carta *Novo incipiente* n.10 p.135.

¹⁹ *El sacerdote en el misterio de Cristo* p.74.

por propia experiencia que Cristo vela y conduce la navicilla del alma, aunque se finja dormido para probar nuestra fe.

El «proyecto de vida sacerdotal» se realiza siempre —tanto a nivel personal como en su proyección a los diversos campos del apostolado— mediante la oración. Convertirse significa, en conclusión:

- permanecer siempre en oración, sin desfallecer; vigilar sobre sí mismo para no ser sorprendidos por la tentación, por la propia fragilidad, por los sentidos que rehúyen el recogimiento, por la dispersión hacia el exterior del alma.

Y por esta misma razón:

- debemos encontrar siempre tiempo para orar, y, en todo caso, si no lo encontramos por el exceso de ocupaciones pastorales, habría que «crearlo»²⁰.

Es una cuestión frontal y decisiva: Dios es el único valor absoluto de la existencia sacerdotal. La única equivocación sería es no ser santo. La mayor tristeza es no ser enteramente —hasta la entraña del propio ser— de Dios. La santidad es un compromiso irrevocable. Y para ser santos la oración es necesaria. Lo recuerda el Papa con insistencia:

«Mi invitación de hoy es una invitación a orar. Sólo en la oración podremos cumplir con los deberes de nuestro ministerio y responder a las esperanzas del mañana. Todas nuestras llamadas a la paz y a la reconciliación sólo tendrán eficacia por la oración»²¹.

El sacerdote que no recalca en la profundidad de su ser y de su conciencia es presa fácil del activismo, que lo descenra; con pretexto de las múltiples actividades apostólicas, de la prisa alocada que le urge y solicita de innumerables modos; del impacto de las realizaciones puramente temporales; del cansancio que desgasta su espíritu; del olvido peligroso de sí mismo. La vida apostólica supone a más corto o largo plazo el desgaste de muchas energías, y hay que con-

²⁰ *El Sacerdocio de Jesucristo*. A los sacerdotes, religiosos y religiosas, en *Maynooth* (1/X/1979), p.330.

²¹ *Ibid.*

tar siempre con las reservas necesarias para que el alma se mantenga sana y robusta.

La insistencia de Juan Pablo II en la dimensión personal del mismo apostolado es lógica desde estas premisas de fe y de psicología. El sacerdote tiene que predicar la conversión empezando por sí mismo, tiene que estar con Dios antes de esforzarse por llevar a los hombres a Dios, sin confundir la acción con la agitación o el nerviosismo:

«Pero recordad siempre que el primer campo de vuestro apostolado es vuestra vida personal. Aquí es donde, ante todo, el mensaje del Evangelio debe ser predicado y vivido. Vuestro primer deber apostólico es vuestra santificación. Ningún cambio en la vida religiosa tiene importancia alguna si no es también una conversión de vosotras mismas a Cristo. Ningún movimiento de vida religiosa tiene valor alguno si no es simultáneamente un movimiento hacia el interior, hacia el 'centro' profundo de vuestra existencia, donde Cristo tiene su morada. No es lo que importa lo que *hacéis*, sino lo que *sois* como mujeres consagradas al Señor»²².

Sin la unión con Cristo, el cambio no tiene importancia alguna.

Sin Cristo como «centro» del ser y del quehacer sacerdotal, los «movimientos» de vida religiosa no tienen valor alguno. El sacerdote tiene que ser un convencido de que sin Cristo no puede hacer absolutamente nada. La experiencia de los apóstoles es altamente significativa: han trabajado duro toda la noche y regresan a tierra con las redes vacías. Son pescadores expertos, conocen el mar, trabajan con todas sus fuerzas. Y nada. Las redes vacías. Pero cuando reman mar adentro y echan la red en nombre del Señor, la pesca es tan abundante que se rompen las redes y casi se hunden las barcas.

Hay que remar mar adentro, pero siempre con Cristo sentado en la barca...

²² Ibid. p.331.

LA SAGRADA EUCARISTIA*

«La Eucaristía se convierte así en el *misterio que debe plasmar interiormente vuestra existencia*. Por una parte, ofreceréis sacramentalmente el cuerpo y la sangre del Señor. Por otra, unidos a El —*in persona Christi*—, ofreceréis vuestras personas y vuestras vidas, para que, asumidas y como transformadas por la celebración del sacrificio eucarístico, sean exteriormente también transfiguradas con El, participando de las energías renovadoras de su resurrección».

JUAN PABLO II, *Homilía durante la ceremonia de ordenación sacerdotal celebrada en el paseo de la Alameda, de Valencia.*

El amor a la Eucaristía es, sin duda, el rasgo que define mejor la identidad del sacerdote.

Un amor fuerte, vigoroso, reverencial y apasionado.

Un amor inmenso que busca constantemente el encuentro personal con Jesús, que se traduce y se explaya en innumerables detalles exquisitos de la más bella y honda ternura.

Jesús es la divina obsesión del sacerdote.

Y este maravilloso y divino amor hace arder el corazón con los más puros y entrañables sentimientos:

- adoración,
- inmolación,
- gratitud,
- esperanza...

La Eucaristía es mesa y ara,
sacramento y sacrificio,
cena y cruz,
pan de vida y muerte redentora.

* Este capítulo quiere ser una glosa sencilla a la carta de Juan Pablo II *Dominicae cenae*. Todas las notas están sacadas de este hermosísimo documento, que es un canto inspirado a la Eucaristía.

La celebración de la Eucaristía transfigura al sacerdote hasta en la expresión corporal cuando se sienta a la mesa de la cena y renueva el misterio de la cruz. La Eucaristía, «sagrado banquete» y «memorial de la pasión del Señor», es la cima de la existencia sacerdotal, la nota suprema de su identidad, el más sublime quehacer. Lo dice Juan Pablo II en su carta *Dominicae cenae*:

«Esta es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido, efectivamente, en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que ella. No sin razón, las palabras 'Haced esto en conmemoración mía' son pronunciadas inmediatamente después de las palabras de la consagración eucarística, y nosotros las repetimos cada vez que celebramos el santo sacrificio»¹.

Haced esto...

Para corresponder al amor personal de Cristo, que rebasa todos los moldes humanos y llega hasta el extremo en la intensidad y hasta el fin en el tiempo. Para responder a un amor que es más fuerte y misterioso que la muerte, puesto que Jesús está con nosotros «realmente, verdaderamente, sustancialmente» presente hasta el fin de los tiempos.

Cristo Jesús es nuestra «Eucaristía»,

«es decir, nuestro agradecimiento, nuestra alabanza por habernos redimido con su muerte y hecho participantes de su vida inmortal mediante su resurrección»².

Haced esto...

Lo mismo que El hizo, en su conmemoración, en recuerdo suyo, en su memoria santa. Con sus mismas palabras, con su misma voz, con su mismo tono, con su misma intención, con su misma expresión.

El sacerdote se convierte en voz, sentimiento, gesto, milagro de Cristo. Sabe que actúa en nombre de Cristo, haciendo de instrumento del Señor, revistiéndose de Cristo, con su mandato expreso:

¹ JUAN PABLO II, *Enseñanzas al Pueblo de Dios 1980 (I-a)* p.22.

² *Ibid.*, p.24.

«El sacerdote ofrece el santo sacrificio *in persona Christi*, lo cual quiere decir más que ‘en nombre’, o también ‘en vez’ de Cristo. *In persona*: es decir, en la identificación específica, sacramental con el ‘sumo y eterno Sacerdote’, que es el autor y el sujeto principal de este su propio sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie. Solamente El, solamente Cristo, podía y puede ser siempre verdadera y efectiva *propitiatio pro peccatis nostris... sed etiam totius mundi*. Solamente su sacrificio, y ningún otro, podía y puede tener ‘fuerza propiciatoria’ ante Dios, ante la Trinidad, ante su trascendental santidad. La toma de conciencia de esta realidad arroja una cierta luz sobre el carácter y el significado del sacerdote-celebrante, que, *llevando a efecto el santo sacrificio y obrando ‘in persona Christi’*, es introducido e inserto, de modo sacramental (y al mismo tiempo inefable), en este estrictísimo *sacrum*, en el que, a su vez, asocia espiritualmente a todos los participantes en la asamblea eucarística»³.

Haced esto...

El carácter de *sacrum* de la Eucaristía no es un elemento periférico o añadido. Es la sustancia misma de la cena, tal como se expresa en las palabras mismas de la institución.

La Eucaristía es una acción «santa y sagrada», por la presencia misteriosa pero realísima de Cristo, que está presente y actúa personalmente como «el Santo de Dios», «ungido por el Espíritu Santo», «consagrado por el Padre» para dar libremente y recobrar su vida, como «Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza». Cristo Jesús es «el oferente y el ofrecido, el consagrante y el consagrado». El celebrante lo representa y actúa en nombre de Cristo, con su autoridad y con su mandato expreso: *Haced esto*.

El papa Juan Pablo lo explica con nitidez:

«El *sacrum* de la misa no es por tanto, una ‘sacralización’, es decir, una añadidura del hombre a la acción de Cristo en el cenáculo, ya que la cena del Jueves Santo fue un rito sagrado, liturgia primaria y constitutiva, con la que Cristo, comprometiéndose a dar la vida por nosotros, celebró sacramentalmente, El mismo, el misterio de su pasión y resurrección, corazón de toda misa»⁴.

³ Ibid., p.31-32.

⁴ Ibid., p.31.

Y precisa, a continuación:

«El *sacrum* de la misa es una sacralidad instituida por Cristo. Las palabras y la acción de todo sacerdote, a las que corresponde la participación consciente y activa de toda la asamblea eucarística, hacen eco a las de Jueves Santo»⁵.

Esta dimensión esencial de «acción santa y sagrada» exige un respeto profundo hacia el misterio sobrecogedor y «fascinante», una pureza exquisita de sentimientos, una gran rectitud de intención, la limpieza total del alma mediante el arrepentimiento y la confesión sacramental, y un apasionamiento amoroso, mezcla de sorpresa y de asombro, de gratitud y emoción. «Las cosas santas han de ser tratadas santamente». El sacerdote debe penetrar en el santuario para celebrar la santa misa impresionado por el misterio, transfigurado hasta físicamente, con gravedad, con ternura. Con tanta unción y santidad que nos recuerde a Cristo en la última cena.

Recolitur memoria passionis eius.

No es un simple recuerdo histórico.

Es la renovación viva y estremecedora de la pasión y muerte de Cristo en la cruz. La misa es la «renovación» mística e incruenta del sacrificio de la cruz, de valor infinito, porque es el mismo Cristo quien se ofrece como «hostia pura, hostia santa, hostia inmaculada».

Hay que recalcar en las profundidades del sacrificio de Cristo como adoración a Dios, como restitución a Dios, como propiciación por los pecados de los hombres, como la forma más rica y bella de acción de gracias. De este modo, la formación eucarística recobra toda su solidez y su eficacia.

Reflexionemos con el Papa:

«La Eucaristía es, por encima de todo, un sacrificio: sacrificio de la redención y al mismo tiempo sacrificio de la Nueva Alianza, como creemos y como claramente profesan las Iglesias orientales: 'El sacrificio actual —afirmó hace siglos la Iglesia griega— es como aquel que un día ofreció el unigénito Verbo encarnado; es ofrecido (hoy como entonces) por El, siendo el mismo y único sacrificio'. Por esto, y precisamente haciendo presente este sa-

⁵ Ibid., p.31.

crificio único de nuestra salvación, el hombre y el mundo son restituidos a Dios por medio de la novedad pascual de la redención. Esta restitución no puede faltar: es fundamento de la 'alianza nueva y eterna' de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Si llegase a faltar, se debería poner en tela de juicio bien sea la excelencia de la redención, que fue perfecta y definitiva, bien sea el valor sacrificial de la santa misa. Por tanto, la Eucaristía, siendo verdadero sacrificio, obra esa restitución a Dios»⁶.

Haced esto...

El sacerdote es el hombre de la Eucaristía.

La Eucaristía es su razón de ser, su quehacer, su misión específica, su destino, su compromiso.

Somos, en cierto sentido,

— *Por ella*. Nos creó el Señor en función de la Eucaristía, para consagrar el pan de vida y el cáliz de la salvación. Para distribuirla a los hermanos, hambrientos y sedientos de Dios. Somos el fruto amoroso de un pensamiento eucarístico de Dios.

— *Para ella*. La Eucaristía es la «principal y central razón de ser» de nuestro sacerdocio ministerial.

— *Responsables de ella*. Tenemos que cuidarla y responder de ella con reverencia sagrada. Tenemos que cuidarla y defenderla, con ternura y con apasionamiento, del olvido, de la indiferencia, de la frialdad, de la profanación, de la «instrumentalización». Tenemos que hacerla comprender y hacerla amar. Frente a los que encuentran duras las palabras de Cristo y lo abandonan, hay que proclamar a corazón abierto la presencia «verdadera, real y sustancial» del cuerpo y la sangre de Jesucristo bajo las especies del sacramento:

«Dios está aquí...»

«Señor, ¿a quién iríamos?

Tú tienes palabras de vida eterna».

Hay que defender el misterio sacro de la ambigüedad y el descreimiento:

«No admite ninguna imitación 'profana', que se convertiría muy fácilmente (si no incluso en norma) en una profanación. Esto hay que recordarlo siempre, y quizá

⁶ Ibid., p.33.

sobre todo en nuestro tiempo, en el que observamos una tendencia a borrar la distinción entre *sacrum* y *profanum*, dada la difundida tendencia general (al menos en algunos lugares) a la desacralización de todo»⁷.

LA EUCARISTIA: MESA Y BANQUETE

El *corpus* de Cristo es verdadera comida que alimenta, robustece y renueva el alma. La sangre de Cristo es verdadera bebida, como un manantial de agua viva que brota hasta la vida eterna. La comunión sacia el hambre de Dios, sacia la sed de Dios. La Eucaristía es la raíz y la cumbre de toda renovación auténtica.

Tomad y comed.

Tomad y bebed.

«En la comunión eucarística recibimos, pues, a Cristo, a Cristo mismo; y nuestra unión con El, que es don y gracia para cada uno, hace que nos asociemos en El a la unidad de su cuerpo, que es la Iglesia»⁸.

La Eucaristía debe ser «tema frecuente de nuestras reflexiones y de nuestra enseñanza». De este modo, el sacerdote va madurando su personalidad y afianzando su identidad, al mismo tiempo que su acción pastoral adquiere un renovado vigor y una eficacia siempre en ascenso. La enseñanza sobre la Eucaristía ha de ser de una fidelidad insobornable al Evangelio y a la voz autorizada del magisterio eclesial. La praxis es un terreno apto para la «creatividad» dentro de un sano pluralismo, pero tiene unos límites y unos condicionamientos:

1. Como punto de partida, una afirmación rotunda: el sacerdote celebrante no puede considerarse como propietario que «libremendispose del texto litúrgico y del sagrado rito como de un bien propio, de manera que pueda darle un estilo personal y arbitrario»⁹.

La singularidad y el efectismo no casan con el respeto a las normas establecidas y pueden llevar al límite vedado de

⁷ Ibid., p.32.

⁸ Ibid., p.26.

⁹ Ibid., p.42.

«cancelar las características esenciales de la celebración de la Eucaristía»¹⁰.

2. El sacerdote que preside la asamblea debe tener «un particular sentido del bien común de la Iglesia, que él mismo representa, pero al que debe subordinarse él mismo, según la recta disciplina de la fe». No puede «reinventar a su antojo» nuevas normas o nuevos usos que creen confusión o extrañeza en un pueblo fiel¹¹.

3. Debe quedar manifiesto que en la comunión eucarística recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo como verdadera comida y verdadera bebida «sacrificiales»: «Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros». «Este es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros».

No es, por tanto, una comida entre amigos en el sentido horizontal que lleva a estrechar los lazos puramente humanos de la amistad, sino un banquete «sacro»: «sacrum convivium in quo Christus sumitur».

Desde luego, la experiencia de la fraternidad debe ahondarse con la recepción de la Eucaristía, que hermana a los que se sientan a la mesa. Pero lo importante, ante todo, es recibir a Cristo, comer su cuerpo, beber su sangre.

«El misterio eucarístico, desgajado de su propia naturaleza sacrificial y sacramental, dejaría simplemente de ser tal»¹².

4. Hay que formar la conciencia de los fieles y prepararlos para recibir la santa comunión. Todos están invitados a la mesa del Señor, como en la parábola del banquete de bodas del Evangelio.

Hay católicos que no tienen conciencia de pecado grave y, sin embargo, no participan en la comunión eucarística.

Es una actitud de exagerada severidad.

En el fondo, obedece con frecuencia a un sentido de la propia indignidad. Pero abunda más una cierta «falta de disponibilidad interior —si puede llamarse así—, falta de ‘hambre’ y de ‘sed’ eucarísticas, detrás de la que se esconde también la falta de una adecuada sensibilidad y comprensión de la naturaleza del gran sacramento del amor»¹³.

¹⁰ Ibid., p.41-42.

¹¹ Ibid., p.42.

¹² Ibid., p.32.

¹³ Ibid., p.38.

El Papa se refiere, a continuación, a otro «fenómeno» de estos últimos años: las comuniones masivas. Todos se acercan a comulgar y apenas se confiesan unos pocos. Naturalmente, precisa el Papa, esto puede significar que los comulgantes no encuentran ningún impedimento de conciencia que les aleje de la comunión. Lo malo es que obedezca a una deformación de la mentalidad que desvirtúa el sentido sacrificial del banquete sagrado:

«Pero puede también esconderse aquí, al menos alguna vez, otra convicción: es decir, el considerar la misa sólo como un banquete, en el que se participa recibiendo el cuerpo de Cristo, para manifestar sobre todo la comunión fraterna. A estos motivos se pueden añadir fácilmente una cierta consideración humana y un simple 'conformismo' ¹⁴.

5. *La comunión en la mano* es una práctica que ha sido solicitada por algunas Conferencias episcopales y ha obtenido la aprobación de la Sede Apostólica.

Sin embargo,

- llegan voces sobre casos de faltas deplorables de respeto a las especies eucarísticas, faltas que gravan no sólo sobre las personas culpables de tal comportamiento, sino también sobre los pastores de la Iglesia que hayan sido menos vigilantes sobre el comportamiento de los fieles hacia la Eucaristía;
- a veces no se respeta la libre opción y voluntad de los que prefieren seguir comulgando en la boca.

No obstante, a pesar de los «dolorosos fenómenos antes mencionados», el papa Juan Pablo sabe distinguir los abusos y el buen uso:

«Escribiendo esto no quiero de ninguna manera referirme a las personas que, recibiendo al Señor Jesús en la mano, lo hacen con espíritu de profunda reverencia y devoción, en los países donde esta praxis ha sido autorizada» ¹⁵.

¹⁴ Ibid., p.38-39.

¹⁵ Ibid., p.40.

El sacerdote es el hombre de la Eucaristía.

Es decir, un convencido, un enamorado, un divino apasionado de la Eucaristía.

Y como el amor es comunicativo, tiende psicológicamente a expresarse en las formas más variadas de la devoción y del culto. El recuerdo de Cristo, la conmemoración de la cena, el sagrario impregnan todo el ser y el comportamiento sacerdotal. La Eucaristía es como el sol del compromiso evangélico en torno al cual gira estremecida la entera existencia sacerdotal. El sacerdote se emociona pensando en la presencia real, verdadera y sustancial de Cristo en la Eucaristía, no sólo durante la misa, sino en todo tiempo. Y oye en su interior una llamada misteriosa, pero real, concreta, insistente:

«El Maestro está aquí y te llama».

Y el sacerdote que se siente llamar por su nombre acude prontamente a presentarse ante su Señor, sin apremios de tiempo, sin escatimar el tiempo, porque tiene la experiencia personal de que el tiempo mejor empleado es el que se pasa en compañía del Maestro divino. Es el Dios cercano que «me amó y se entregó a la muerte por mí», que quiso ocultar su trascendencia bajo las humildes especies del pan y del vino para quedarse conmigo y enseñarme, con su ejemplo vivo, con hechos salvadores, la humildad, la entrega hasta el derramamiento de su sangre, la inmolación, la adoración en espíritu y en verdad. Vino a enseñarme a confiar en su infinito amor y a imitar el heroísmo —hasta la muerte— de su misericordioso amor. Vino a transformar mi ser humano con un amor semejante al suyo, descubriéndome su maravillosa misericordia.

Lo dice bellamente Juan Pablo II:

«El culto eucarístico no es tanto culto de la trascendencia inaccesible cuanto de la divina condescendencia, y es, a su vez, transformación misericordiosa y redentora del mundo en el corazón del hombre»¹⁶.

El Maestro está aquí y pregunta por ti.

¹⁶ Ibid., p.30.

Y le obligas a que se quede en tu casa —en el corazón del sacerdote hay siempre un sitio de honor— para que te explique las Sagradas Escrituras, mientras tu corazón arde como una llamarada. Para que te enseñe a bendecir y a partir el pan como sólo El sabe hacerlo con la palabra encendida, las manos divinizadas y el gesto transfigurado, de modo que desaparezcas tú para que el Pueblo de Dios vea a través de ti a su Señor.

El Maestro está aquí y te llama

Y el sacerdote acude prontamente a visitar al Señor sacramentado y se pasa largas horas ante Jesús...

- escuchando sus palabras de vida eterna,
- respondiendo con generosidad y gratitud a cada llamada interior,
- ofreciéndose con Cristo para consumir su vida como se consume la lámpara ante el sagrario: silenciosamente, amorosamente, eficazmente. Siendo luz para iluminar, sal para preservar y hacer sabrosa la vida cristiana, fuego para calentar los corazones, pregonero y testigo para proclamar el Evangelio de palabra y con el testimonio personal de vida,
- pidiendo luz y fortaleza para tomar decisiones que complican toda su vida y lo asocian al misterio de la cruz salvadora,
- renovando sus compromisos de fidelidad y de santidad,
- expiando sus pecados y los pecados de sus hermanos,
- estando, simplemente.

La conciencia viva de esta «llamada» del Maestro se convierte en una exigencia de constante renovación interior.

Decía un sacerdote santo: «Señor, que jamás me ‘acostumbre’ a decir la misa y a recibirte en la comunión».

Bien sabía el celoso sacerdote que la costumbre puede engendrar la rutina, el cansancio, la tibieza o el aburrimiento. Por eso oraba a Dios para no «acostumbrarse» a decir la misa y a comulgar, para celebrar la Eucaristía con la ilusión, el divino temblor, la novedad y la veneración de la

primera misa. Quería centrarse con todo su ser para hacer santamente las cosas santas, recordando con el poeta que

«el hacer las cosas bien
importa más que el hacerlas».

El Maestro está aquí y te llama

Hay que acudir, con prontitud y con gozo, para ponerse en sus manos con entera disponibilidad:

- a ver qué quiere,
- a ver qué trabajo nos encomienda,
- a ver qué proyectos tiene para su sacerdote,
- simplemente, a pasar un rato juntos, como se lleva entre amigos.

Cristo en la Eucaristía es el gran pedagogo del amor. Nos explica su «mandamiento nuevo» con palabras, con gestos, con hechos de vida. Cristo nos lo ha dado todo: su tiempo, su palabra, su doctrina, su compañía, su comprensión, su perdón, sus fatigas, sus lágrimas, su divino ejemplo. Pero nos enseña, ante todo, que amar es darse a sí mismo. Por eso, en la Eucaristía llega a la suprema exquisitez en amor, que es darse a sí mismo: «me amó y se entregó a la muerte por mí».

Lo expresa bellamente Juan Pablo II:

«Cada vez que participamos en ella (en la Eucaristía) de manera consciente, se abre en nuestra alma una dimensión real de aquel amor inescrutable que encierra en sí todo lo que Dios ha hecho por nosotros los hombres y que hace continuamente, según las palabras de Cristo: 'Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también'. Junto con ese don inefable y gratuito, que es la caridad revelada hasta el extremo en el sacrificio salvífico del Hijo de Dios —del que la Eucaristía es señal indeleble—, nace en nosotros una viva respuesta de amor. No sólo conocemos el amor, sino que nosotros mismos *comenzamos a amar*. Entramos, por así decirlo, en la vía del amor y progresamos en este camino. El amor que nace en nosotros de la Eucaristía se desarrolla gracias a ella, se profundiza, se refuerza.

El culto eucarístico es, pues, precisamente expresión de este amor, que es la característica auténtica y más profunda de la vocación cristiana. Este culto brota del

amor y sirve al amor, al cual todos somos llamados en Cristo Jesús»¹⁷.

El sacerdote que vive la experiencia de «hombre de la Eucaristía» expresa su devoción y su ternura al Santísimo Sacramento fomentando con entusiasmo todas las formas clásicas de la adoración y del culto. Juan Pablo cita expresamente las más conocidas:

- plegarias personales ante el Santísimo,
- horas de adoración,
- exposiciones breves, prolongadas, anuales (las cuarenta horas),
- bendiciones eucarísticas,
- procesiones eucarísticas,
- congresos eucarísticos y, con mención especial,
- la solemnidad del Corpus Christi, como acto de culto público tributado a Cristo presente en la Eucaristía.

El Papa afirma convencido que

«la animación y robustecimiento del culto eucarístico son una prueba de esa auténtica renovación que el Concilio se ha propuesto y de la que es el punto central»¹⁸.

Por eso grava la conciencia de los sacerdotes recordándoles que sobre ellos pesa la «responsabilidad por las ideas y las actitudes de los hermanos y hermanas», y que deben suscitar toda sana manifestación de culto hacia el Señor presente en la Eucaristía. La advertencia del Papa reviste especial dureza:

«Dios nos preserve de obrar diversamente, de debilitar aquel culto, desacostumbrándonos de varias manifestaciones y formas de culto eucarístico, en las que se expresa una tal vez *tradicional* pero sana piedad, y, sobre todo, aquel 'sentido de fe' que el Pueblo de Dios posee, como ha recordado el Concilio Vaticano II»¹⁹.

¹⁷ Ibid., p.27.

¹⁸ Ibid., p.25.

¹⁹ Ibid., p.43.

EL CELIBATO SACERDOTAL

«El alma de esta entrega es el amor.

Por el celibato no se renuncia al amor, a la facultad de vivir y significar el amor en la vida; el corazón y las facultades del sacerdote quedan impregnados con el amor de Cristo para ser en medio de los hermanos *el testigo de una caridad sin fronteras*».

JUAN PABLO II, *Homilía durante la ceremonia de la ordenación sacerdotal celebrada en el paseo de la Alameda, de Valencia.*

En su carta *Novo incipiente* —dirigida a todos los sacerdotes de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo de 1979—, Juan Pablo aborda expresamente el «problema» del celibato sacerdotal. Es un planteamiento preciso de horizontes abiertos que abarca desde los elementos antropológicos, sociológicos e históricos del tema hasta los aspectos específicos que configuran al sacerdote en su dimensión evangélica y eclesial.

«Tal reflexión se ha demostrado *necesaria*», afirma Juan Pablo II.

¿Por qué?

- Porque el celibato ha sido abiertamente «contestado» dentro de algunos sectores desacralizados como una «imposición» legal por parte de la Iglesia.
- Porque el espíritu «liberal» ha llevado a la crítica contra la «institución» hasta extremos realmente inaceptables por su falta de respeto y de mesura. Se ha dicho que el celibato es «inoportuno», que impide la realización de la persona, incluso que atenta a los derechos humanos del sacerdote y, en concreto, a su libertad.
- Porque se han difundido opiniones ambiguas sobre el celibato al amparo de interpretaciones ex-

trañas al Evangelio, a la Tradición y al Magisterio eclesiástico.

- Porque se ha llegado a conclusiones dudosas, inspiradas en un relativismo temporalista, en franca oposición a los datos de la fe y a la experiencia multiseccular de la Iglesia.
- Porque se ha creado artificialmente un clima de confusionismo entre el pueblo creyente y un malestar peligroso en algunos sectores del mismo sacerdocio.
- Porque estas objeciones y críticas han llegado a turbar el alma de algunos sacerdotes en situaciones de pesimismo o cansancio.

¿Qué piensa Juan Pablo II de estas objeciones y críticas?

Con serenidad y firmeza afirma que este fenómeno de las objeciones, la crítica y la contestación no es nuevo. Carece de originalidad, puesto que es de ahora y de siempre. Lo que sucede ahora no es para «maravillarnos demasiado», aunque se ha intensificado notablemente en el período posconciliar. Sin embargo, da la impresión de que el fenómeno va perdiendo fuerza paulatinamente en algunas partes.

El juicio de valor del Papa es bien claro:

«Ninguno de los motivos con los que a veces se intenta 'convencernos' acerca de la inoportunidad del celibato corresponde a la verdad que la Iglesia proclama y que trata de realizar en la vida a través de un empeño concreto, al que se obligan los sacerdotes antes de la ordenación sagrada».

Estos motivos no son «convincentes», en primer lugar, porque se basan en interpretaciones que no encuentran cobertura en el mensaje revelado, ni en la auténtica tradición de la Iglesia, ni en su magisterio. Son criterios «extraños» a estas fuentes evangélicas y eclesiales lo que lleva consigo su intrínseca descalificación. Pero es que, por otra parte, fallan las mismas bases antropológicas de su argumentación:

«Criterios, añadamos, cuya exactitud y base 'antropológica' se revelan muy dudosos y de valor relativo».

La opinión, a menudo difundida, según la cual el celibato sacerdotal en la Iglesia católica sería simplemente una

institución impuesta por ley a todos los que reciben el sacramento del orden no responde a la realidad. Y esto lo sabemos todos. El ordenado sabe perfectamente lo que significa el celibato, y lo acepta «con plena conciencia y libertad» después de varios años de preparación, después de haberlo pensado mucho, después de haber reflexionado y orado mucho.

No es, por tanto, una decisión precipitada. Nace de la convicción profunda de que ha sido elegido por Cristo y del ideal maravilloso de entrega a Cristo, a la Iglesia y a los hermanos. La opción fundamental por Cristo, por la Iglesia, por los hermanos hombres es un «don», que significa un amor de preferencia, al cual responde el sacerdote con el «don de sí», que es un compromiso personal, «irrevocable» y para siempre. Y este compromiso total —para toda la vida— de vivir el celibato como «don» no sólo liga al sacerdote por la «ley» establecida por la Iglesia, sino también «en función de la responsabilidad personal».

Este es el gran valor de la decisión personal. Pensar o defender lo contrario es, según la expresión rotunda y diáfana de Juan Pablo II,

«fruto de un equívoco, por no decir de mala fe».

Es una decisión personal, hecha a conciencia y libremente.

Es un compromiso solemne con Cristo y con la Iglesia.

Es, en el fondo, una cuestión de «honor». Se trata aquí

«de mantener la palabra dada a Cristo y a la Iglesia»,

y el sacerdote debe tener siempre «palabra de caballero». Es decir, no debe volverse atrás ni retractarse de sus compromisos, porque ha dado palabra de caballero ante Dios y ante la Iglesia, siendo testigos presenciales el obispo, sus familiares, sus amigos y compañeros. Puede ser que, a lo largo del camino emprendido, surjan dificultades, tentaciones y horas bajas de cansancio y pesimismo. El sacerdote lleva este tesoro en «vaso de barro» y está expuesto a la tentación como cualquier cristiano. Son los momentos duros y difíciles de la «prueba», que van a demostrar qué clase de hombre es el sacerdote, qué grado de madurez posee, hasta dónde alcanza su capacidad de generosidad y de fidelidad.

Y como el sacerdote es frágil y está condicionado por sus limitaciones, como hombre que es, debe recurrir al Señor, que da la fortaleza y la gracia de perseverar mediante una oración humilde, constante y esperanzada. De este modo, la prueba robustece la fidelidad y vence todos los obstáculos y riesgos que la asaltan.

Por otra parte, los casados, que están sometidos a una prueba de fidelidad en su propio orden y estado, tienen derecho a esperar un testimonio de fidelidad hasta la muerte que les sirva de estímulo, ayuda y edificación. La historia y la experiencia nos hablan de numerosos sacerdotes que han superado las pruebas y han vivido santamente su sacerdocio con gran edificación del pueblo cristiano al que dedicaron su vida.

Queda, pues, bien claro que los motivos «temporalistas» que aducen los objetores y los críticos no son «convincientes». En realidad, el sacerdocio es un don misterioso que sólo puede descubrirse y comprenderse en un ambiente sobrenatural, en clave de fe, en la perspectiva luminosa de Dios presente. El sacerdocio obedece a un designio de Dios y a una llamada personal de Cristo, que es quien elige.

Este es el único motivo «convinciente».

El celibato es una opción fundamental concebida y realizada por inspiración divina: «Por el reino de los cielos».

Es un «signo escatológico», desde luego. Es un mundo en crisis de valores espirituales y morales, que margina o desprecia la trascendencia divina, que margina o niega a Dios. Es necesario presentar testigos convencidos y creíbles de la trascendencia, de la inmortalidad, del mundo futuro. En una sociedad instalada confortablemente en la materia y en los placeres sensibles, la renuncia a estas exigencias materiales supone un aldabonazo y un aviso.

Pero es que, además, el celibato tiene un gran sentido social en la situación histórica de hoy para el servicio del Pueblo de Dios. El don del sacerdocio se realiza en nosotros, pero no sólo «para nosotros». El sacerdote ha sido llamado «para los hombres», está en función de los hombres encomendados a su servicio. La empresa es tan compleja, tan urgentes, amplias y difíciles las tareas, que el sacerdote debe dedicar todo su tiempo, todos sus talentos, todo su esfuerzo a cumplir con un cometido que lo desborda.

El ser «hombre para los demás» significa un compromiso

«que os absorbe totalmente,
os dedica radicalmente,
hace de vosotros instrumentos vivos de la acción de
Cristo en el mundo, como prolongación de su misión
para gloria del Padre».

En este contexto se comprende perfectamente la exigencia del celibato, cuya alma es el amor, un amor universal que no conoce fronteras, un amor que no excluye a nadie, porque en el corazón del sacerdote caben todos los hombres y todos los pueblos del universo.

El sacerdote renuncia a la paternidad biológica y a formar un hogar,

- pero, con su donación de sí, con sus desvelos de buen pastor, adquiere una paternidad y una maternidad en el orden espiritual desde el momento en que engendra en el dolor hijos espirituales. Y esta paternidad cuasi maternal supera en intensidad y en número a la mera paternidad física;
- para cumplir con su misión de paternidad universal y las numerosas obligaciones pastorales asumidas en conciencia y en plena libertad, debe estar libre, con el corazón indiviso y sin otros deberes vinculantes y excluyentes de esposa, hijos, hogar...;
- el seguimiento de Cristo consiste en dejarlo todo y seguir sus pisadas.

En esta perspectiva cobran su más profundo sentido las palabras de Juan Pablo II, en la alameda de Valencia, profundizando en el celibato sacerdotal:

«No es una limitación ni una frustración. Es la expresión de una donación plena, de una consagración peculiar, de una disponibilidad absoluta. Al *don que Dios otorga* en el sacerdocio responde la *entrega del elegido* con todo su ser, con su corazón y con su cuerpo, con el significado esponsal que tiene, referido al amor de Cristo y a la entrega total a la comunidad de la Iglesia, el celibato sacerdotal.

El alma de esta entrega es *el amor*. Por el celibato no se renuncia al amor, a la facultad de vivir y significar el

amor en la vida; el corazón y las facultades del sacerdote quedan impregnados con el amor de Cristo para ser en medio de los hermanos el *testigo de una caridad pastoral sin fronteras*».

Nada tiene, pues, de extraño que la Iglesia quiera conservar el «tesoro» del celibato en su doctrina y en sus normas. Y esto no porque minusvalore el matrimonio y la vocación familiar, que es la primera en defender como algo sagrado, como un «misterio grande», que refiere San Pablo a Cristo y a la Iglesia. No por un desprecio maniqueo por el cuerpo humano y sus funciones. Sino porque el celibato es un valor de capital importancia. Sencillamente, porque es una característica propia de la fisonomía de la Iglesia latina, a la que ésta *debe mucho* y en la que *está decidida a perseverar*,

- a pesar de todas las dificultades, a las que una tal fidelidad podría estar expuesta,
- a pesar también de los síntomas diversos de debilidad y crisis de determinados sacerdotes.

Todos somos conscientes de que llevamos este tesoro «en vasos de barro»; no obstante, sabemos muy bien que es precisamente un «tesoro».

La reflexión de Juan Pablo II nos presenta el problema de un modo aún más maduro y motiva todavía más profundamente el sentido de la decisión de la Iglesia latina, «asumida desde hace siglos y a la que ha tratado de permanecer fiel, queriendo también en el futuro mantener esta fidelidad».

De este modo, nuestro sacerdocio —vinculado estrechamente al celibato en la tradición de nuestra Iglesia— debe ser *límpido y expresivo*.

II. APOSTOLADO

«Vuestro primer deber apostólico es vuestra santificación»

(en Maynooth, Irlanda).

«Si el fin de su ministerio es la santificación de los otros,
es evidente
que el sacerdote debe sentirse ungido
por un empeño de santidad personal»

(en Roma).

«Debéis proclamar el Evangelio
con vuestras vidas»

(en Manchester, Inglaterra).

«No podemos evangelizar a los demás
si antes
no estamos nosotros evangelizados»

(en el parque Eduardo VII).

LA ACTIVIDAD PASTORAL

«Como ministros de la palabra, en vuestra futura vida sacerdotal deberéis saber transmitir el Evangelio de forma que penetre a fondo en la inteligencia y en el corazón de vuestros creyentes, y que se encarne en toda cultura y situación humana personal y social».

JUAN PABLO II, *Mensaje a los seminaristas de España, firmado en Valencia.*

«Hay que prepararse para poder iluminar cristianamente las situaciones humanas de hoy, sobre todo en el campo de los derechos humanos fundamentales, de la familia, de la juventud, de los sectores sociológicos y culturales, etc., hasta llegar a impregnar con el Evangelio los centros neurálgicos de nuestra sociedad».

(*ibid.*).

Volvemos de nuevo a Emaús.

Los discípulos han reconocido a Jesús en la fracción del pan.

Y entonces —en aquel mismo momento— se levantaron y regresaron a Jerusalén... y refirieron lo que les había sucedido en el camino. No vacilaron un momento y se fueron a toda prisa, sin miedo a la noche cerrada, llena de estrellas. Su corazón ardía y volaba por el camino. Sentían la urgencia de comunicar la noticia de la resurrección.

El discípulo apasionado de Cristo siente la necesidad de comunicar la gran noticia, de gritarla con emoción desbordante, de compartirla con todo el mundo: ¡Jesús vive! ¡Cristo ha resucitado!

Los discípulos están locos de alegría.

Las pruebas de la resurrección son cada vez más abundantes. Se ha aparecido a Simón. Lo han dicho las mujeres que fueron al sepulcro. Lo ha explicado María Magdalena entre lágrimas de alegría. Lo ha pregonado el ángel en el

huerto. Y, para despejar toda duda, Cristo se hace presente en medio de ellos, les saluda con su voz inconfundible, les enseña sus manos y sus pies, come con ellos, les regala su paz: «La paz sea con vosotros».

Tomás, el incrédulo, siente cómo se esfuma su escepticismo con la aparición y el reproche de Cristo...

Se ha realizado una transformación radical en los amigos de Jesús. Han perdido todo el miedo de las horas dramáticas de persecución, que les había obligado a recluirse, a echar cerrojos por dentro, en una situación tensa de peligro y cautelas, a no abrir por miedo a una emboscada.

Y ahora... reina un alborozo incontenible.

No hacen más que hablar de Jesús. Comentan y saborean sus palabras. Se encuentran de nuevo protegidos por la presencia del Señor, que lo llena todo. Se sienten seguros y experimentan todo el poder salvador del acontecimiento. Sienten la necesidad de anunciar a pleno pulmón que Cristo ha resucitado.

Y empiezan a abrir puertas, a quitar cerrojos, a descuidar cautelas. La pasión por Cristo les hace valientes hasta la temeridad, santamente audaces hasta el reto, intrépidos hasta la santa vehemencia.

No les cabe la noticia en el corazón y tienen que desahogarse comunicándola, proclamando al pueblo, a los humildes, a los poderosos, a los nativos, a los forasteros: ¡CRISTO HA RESUCITADO!

No sirven las amenazas.

¿Quién puede poner diques al mar de ese entusiasmo que los ha «emborrachado» hasta el heroísmo? ¿Quién puede parar a estos hombres que se presentan llenos de santo orgullo ante el tribunal porque consideran un privilegio sufrir por Cristo?

La misión no es un dato geográfico, periférico, circunstancial, meramente adjetivo. Es una cuestión fundamental, de vida o muerte, en la que se decide el «ser o no ser» del sacerdote. *Ser enviado* es una nota esencial de la identidad sacerdotal. Es «su vocación, su fisonomía, su identidad».

El bello, venturoso y arriesgado itinerario que hemos recorrido con el papa Juan Pablo II por todos los paisajes de la existencia sacerdotal culmina en el ministerio, ejercido en conformidad con los planes de Dios y las normas de la Santa Madre Iglesia. El modo de ejercer el ministerio es un

signo expresivo de la calidad del alma sacerdotal. La forma de ser apóstol guarda una proporción exacta con la forma de ser sacerdote. Es, por tanto, un *test* de extraordinario valor en la revisión de vida para medir la temperatura de la fidelidad, del celo, del compromiso y de la santidad.

La actividad pastoral —el ejercicio del ministerio en todas sus formas— es un aspecto esencial de la vocación a la santidad. Es decir lisamente que, sin apostolado, sin una clara y convencida psicología de dedicación plena a la predicación de Cristo y su mensaje, la existencia sacerdotal quedaría en el aire. Porque «la razón de ser» del sacerdote son los hermanos encomendados, por misión expresa de Cristo, a su responsabilidad de buen pastor.

Lo dice Juan Pablo II, de modo tan insistente y tan bello, que nos vemos precisados a una selección de textos.

El ministerio, el «envío» para edificar el Pueblo de Dios, es un elemento esencial de la santidad del sacerdote:

«Podría parecer un aspecto 'exterior', ligado a la dimensión institucional de la Iglesia y, por consiguiente, poco significativo en cuanto se refiere a la santidad personal. Sin embargo, toda la enseñanza del Vaticano II, que, por otra parte, se remonta a las fuentes más genuinas de la eclesiología, sitúa también en ese aspecto el *proprium* de la santidad sacerdotal»¹.

El esfuerzo, el empeño, la capacidad de entrega en el ejercicio del ministerio dan la medida de su santidad:

«El sacerdote, ganado por el misterio de Cristo, está llamado para ganar a los demás para tal misterio: esta dimensión 'social' de su sacerdocio la vive dentro de las estructuras de la Iglesia-institución. El sacerdote no es sólo el hombre 'para los otros'; está llamado a ayudar 'a los otros' para que lleguen a ser una comunidad, esto es, a vivir el alcance social de su fe. De esta manera, el esfuerzo con el cual el sacerdote 'recoge' (no 'dispersa': cf. Mt 12,30), el empeño con que 'edifica' la Iglesia, viene a ser la medida de su santidad»².

Y es que en la base del mismo sacerdocio está su carácter de llamado «para los otros», es decir, de «enviado» para

¹ Discurso a los párrocos y al clero secular y regular de Roma (2/III/1979).

² Ibid.

prolongar la misión de Cristo. Lo recuerda Juan Pablo II en Maracaná con palabras esclarecedoras:

«Este don del sacerdocio, no os olvidéis nunca de ello, es un prodigio que fue realizado *en vosotros*, pero no *para vosotros*. Lo fue *para la Iglesia*, lo que quiere decir para que el mundo se salve. La dimensión sagrada del sacerdocio está totalmente ordenada a la dimensión apostólica: es decir, a la misión, al ministerio pastoral. ‘Como me envió mi Padre, así os envío yo’ (Jn 20,21).

El sacerdote es, por tanto, *un enviado*. Es ésta otra nota esencial de la identidad sacerdotal»³.

El sacerdote ha sido escogido «en función» de la comunidad y está ligado y comprometido por voluntad expresa de Cristo y por una decisión personal libre al servicio de la misma *de forma total e irrevocable*. Y ha sido enviado para ejercer una doble misión: de «intérprete» y de «representante» de Dios:

«Seréis intérpretes de la palabra de Dios, dispensadores de los misterios divinos (1 Cor 4,1; 2 Cor 6,4) ante el pueblo. Y seréis, ante Dios, los representantes del pueblo en todos sus componentes: los niños, los jóvenes, las familias, los trabajadores, los pobres, los humildes, los enfermos, e incluso los distanciados y los enemigos. Seréis su voz orante y suplicante, alegre y llorosa. Seréis su expiación»⁴.

El sacerdote no puede disponer de los dones del Señor con un sentido de apropiación personal. No es dueño, es un simple administrador. No puede disfrutarlos egoístamente o dispensarlos arbitrariamente, como si fueran suyos. Cristo es la luz del mundo. El sacerdote que recibe esa luz no puede apropiársela para ser él solo luminoso y transparente: tiene que «compartirla» con los demás, tiene que ser luz en el mundo, sin ceder al «susto» ni al asombro, sin temor a sus limitaciones y fragilidades. Porque no va a iluminar a los hombres con una luz propia, sino con la fuerza de Cristo, «reflejando y comunicando la luz recibida de El».

³ Misa en el estadio de Maracaná, Río de Janeiro (2/VII/1980).

⁴ Ibid.

De nuevo, el *test* significativo de la santidad:

«La gente reconocerá vuestra comunión con Cristo en vuestra capacidad de ser luz verdadera para un mundo que con demasiada frecuencia se siente todo él en tinieblas...»⁵

Los años transcurridos en el estudio, la disciplina, el recogimiento y la oración fueron un largo aprendizaje del Maestro para madurar la personalidad del sacerdote y para hacerlo instrumento apto en las manos del Señor. Para formarlo y ponerlo en forma a la hora de transmitir el mensaje redentor de la fe en Cristo y en su Iglesia. Lo recuerda el Papa en Nagasaki:

«Vais a ser, como sacerdotes, ministros de la luz que brilla en el rostro de Cristo mediante la fe. Por consiguiente, vuestra misión consiste, primera y principalmente, en dedicaros a esa predicación de la que nace la fe en quien la oye (cf. Rom 10,17). El Concilio Vaticano II define a los sacerdotes como 'educadores de la fe' (*Presbyterorum ordinis* 6). Vuestro servicio fundamental es proclamar en medio de todos a Cristo como la Verdad y las verdades de la fe, alentar constantemente la fe, fortalecerla donde sea débil y defenderla frente a toda amenaza»⁶.

Dentro de la jerarquía de los valores sacerdotales, la actividad apostólica es el fin específico, la nota esencial de la identidad, el modo concreto de realizar la personalidad. El sentido profundo de la llamada es «para» la misión, para predicar el Evangelio a toda criatura y por todo el mundo. Como nos ha recordado el Papa con frases tajantes, la dimensión sagrada del sacerdocio está «totalmente ordenada a la dimensión apostólica», el sacerdote está ligado a la comunidad, por voluntad expresa de Cristo, de «forma total e irrevocable». Para ser santo hace falta realizar este compromiso con fidelidad, con celo, con competencia, con la máxima responsabilidad.

Lo recuerda Juan Pablo II en Filadelfia:

«Esta responsabilidad quiere decir *profundizar en la comprensión del sacerdocio tal y como lo instituyó Cristo*,

⁵ Homilía en la ordenación de sacerdotes, en Nagasaki (25/II/1981).

⁶ Ibid.

como *El quiso que siguiera siendo siempre y tal como la Iglesia lo entiende y lo transmite*. Fidelidad al llamamiento al sacerdocio significa construir este sacerdocio en unión con el Pueblo de Dios a través de una vida de servicio *acorde con las prioridades apostólicas: concentrada 'en la oración y el ministerio de la Palabra'* (Act 6,4)»⁷.

Y reflexiona a continuación:

«Recordad que Jesús, al llamar a los Doce, los convocó a ser compañeros suyos precisamente para 'enviarlos a predicar la Buena Nueva'. El sacerdocio es misión y servicio, es 'ser enviados' por Jesús para prestar a su rebaño cuidados de pastor...

El ministerio sacerdotal es misionero en su mismo meollo; significa ser enviado para los otros al igual que Cristo, enviado del Padre por la causa del Evangelio, y ser enviado a evangelizar...

En la base y centro de su dinamismo, la evangelización contiene la proclamación clara de que la salvación está en Jesucristo, Hijo de Dios. Son su nombre, sus enseñanzas, su vida, sus promesas, su reino y su ministerio lo que proclamamos ante el mundo. Y la eficacia de nuestra proclamación y, por tanto, el verdadero éxito de nuestro sacerdocio dependen de nuestra fidelidad al Magisterio, a través del cual la Iglesia guarda 'el buen depósito de la virtud del Espíritu Santo que mora en nosotros' (2 Tim 1,14)»⁸.

Y concluye con un pensamiento para meditar:

«¿No hemos tocado aquí el meollo del asunto, es decir, nuestro celo por el sacerdocio mismo? Es inseparable de nuestro celo por servir al pueblo»⁹.

Y si son «inseparables», quiere decir que van siempre juntos.

Son las dos alas del vuelo por el cielo azul —horas de bonanza y triunfos humanos y pastorales— y por las montañas encrespadas, cubiertas de nubarrones —horas de decepción y de fracasos—. Si falta la intimidad con el Maes-

⁷ Homilía a los sacerdotes americanos en Filadelfia (4/X/1979).

⁸ Ibid.

⁹ Ibid.

tro, la actividad pastoral puede degenerar en activismo excesivamente humano, presa fácil del desánimo o del engreimiento, bien por falta de confianza en Dios, bien confiando demasiado en nuestros talentos y habilidades. Si falta la psicología de celo por el ministerio, la vida sacerdotal no tiene «la principal razón de ser».

Lo explica el Papa bellamente en Manila:

«En vuestro esfuerzo por realizar vuestro cometido pastoral sé que recordáis las palabras con las que el Evangelio registra la llamada de los apóstoles: 'Y designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar' (Mc 3,14). Los dos aspectos de la vocación apostólica puede parecer de se excluyen mutuamente, pero no es así. Jesús quiere de nosotros tanto que estemos con El como que salgamos a predicar. Estamos destinados tanto a ser sus compañeros y sus amigos como a ser infatigables apóstoles. En una palabra, *estamos llamados a la santidad*. No puede haber ministerio fructuoso *sin santidad de vida*, porque nuestro ministerio está modelado sobre el de nuestro Pastor soberano y Obispo de nuestras almas, Jesucristo» (1 Pe 5,4; 2,25) ¹⁰.

En esta hora «magnífica y dramática» de la humanidad, el campo de labranza es tan extenso y difícil, los problemas tan complejos y la mano de obra tan escasa, que recordamos con emoción y preocupación las palabras de Cristo: «La mies es mucha, y los obreros, pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies».

Es una clara y urgente invitación al celo, a la entrega total, a la entera disponibilidad a la causa del Evangelio. Es una llamada a la creatividad ensayando iniciativas nuevas y audaces para transmitir el Evangelio a toda criatura, en un mundo que tanto lo necesita. Es hora de un compromiso «irrevocable», con todas las consecuencias, de darse, desgastarse y quemarse por Cristo y por los hermanos.

No basta ya dedicarse al apostolado «a medio servicio» ni «a medio tiempo», como si fuéramos «empleados». La misión exige, por su misma naturaleza, todo el tiempo, todas las preocupaciones, todos los talentos, todas las iniciativas, toda la vida. La misión exige la salud, el sueño, el heroísmo. La mi-

¹⁰ Al Episcopado filipino y a otros obispos de Asia en Villa San Miguel, de Manila (17/II/1981).

sión exige almas de temple, inaccesibles al desaliento y a la fatiga. Es una idea que lleva Juan Pablo II «muy en el corazón».

Lo ha dicho en Roma:

«Debemos dar y ofrecer a los hombres de nuestro tiempo, a nuestros fieles, al pueblo de Roma, este testimonio con toda nuestra existencia humana, con todo nuestro ser.

El testimonio sacerdotal, el tuyo, queridísimo sacerdote, y el mío, comprometen a toda nuestra persona»¹¹.

Lo ha dicho en Santo Domingo:

«Pensemos frecuentemente que Dios no nos pide al llamarnos parte de nuestra persona, sino toda nuestra persona y energías vitales, para anunciar a los hombres la alegría y la paz de la nueva vida en Cristo y guiarlos a su encuentro»¹².

Lo ha dicho en Notre Dame:

«Hemos sido tomados de entre los hombres, y seguimos siendo los mismos, como pobres servidores, pero nuestra misión de sacerdotes del Nuevo Testamento es sublime e indispensable: es la misión de Cristo, el único Mediador y Santificador, hasta tal punto que exige una consagración total de nuestra vida y de nuestro ser»¹³.

Lo ha dicho, con especial intensidad, en Maracaná:

«El carácter sagrado le afecta de modo tan profundo que orienta integralmente todo su ser y su obrar hacia un destino sacerdotal. De modo que no queda en él ya nada de lo que pueda disponer como si no fuese sacerdote, y, menos todavía, como si estuviese en contraste con tal dignidad»¹⁴.

Y lo ha dicho, de un modo bellissimo y definitivo, en España. Renunciando con pena a seguirle por el mundo, transcribimos el texto de Valencia:

¹¹ Discurso al clero de Roma (9/XI/1978).

¹² Homilía al clero, religiosos y seminaristas en la catedral de Santo Domingo (26/I/1979).

¹³ Al clero francés, en Notre Dame, de París (30/V/1980).

¹⁴ *En Maracaná* (2/VII/1980).

«Comprended, pues, que la consagración que recibís os absorbe totalmente, os *dedica* radicalmente, hace de vosotros instrumentos vivos de la acción de Cristo en el mundo, prolongación de su misión para gloria del Padre»¹⁵.

La actividad apostólica es una nota «esencial» de la santidad del sacerdote. Sencillamente, porque ha sido llamado para «ir» por el mundo y «predicar el Evangelio a toda criatura». No se trata de un quehacer más o menos provechoso, más o menos significativo de su personalidad. Es su razón de ser.

Para que no quede la menor duda, el Papa se explaya sobre el tema en la alameda de Valencia:

«El servicio a los hombres no es una dimensión distinta de vuestro sacerdocio: es la consecuencia de vuestra consagración.

Ejerced vuestras tareas ministeriales como otros tantos actos de vuestra consagración, convencidos de que todas ellas se resumen en una: reunir la comunidad que os será confiada en la alabanza de Dios Padre, por Jesucristo y en el Espíritu, para que sea la Iglesia de Cristo sacramento de salvación...»¹⁶

Las formas concretas de la santidad, en sus múltiples cometidos, sustancialmente unidos al ministerio, son siempre las mismas en la historia de la salvación, desde sus raíces: por una parte, la intimidad amorosa con el Maestro. Y, al mismo tiempo, como una plenitud de la identidad realizada, el quehacer apostólico, que no es más que la expresión vital del «ser» apostólico:

«Si se pregunta cuáles son los elementos que caracterizan la santidad a la que está llamado el sacerdote —los elementos que constituyen, por decirlo así, lo específico del sacerdote—, es legítimo descubrirlos en dos aspectos estrechamente complementarios, que se formulan así:

a) hombre totalmente poseído por el ministerio de Cristo; b) hombre que edifica de un modo muy particular la comunidad del pueblo de Dios»¹⁷.

¹⁵ Homilía durante la ceremonia de la ordenación sacerdotal, en el paseo de la Alameda, de Valencia (8/XI/1982).

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *En Roma* (2/III/1979).

La actividad pastoral es el *proprium* de la santidad sacerdotal. La vocación es una «singular solicitud» por la salvación del prójimo que «caracteriza» la fisonomía del sacerdote y da sentido a la propia vida. La santidad se realiza «sólo a través» de la solicitud pastoral. El texto es impresionante por su contenido y por sus sugerencias:

«Estas palabras, ¿no nos dicen tal vez que nuestra vocación es una singular *solicitud por la salvación de nuestro prójimo*? ¿Que esta solicitud es una particular *razón de ser* de nuestra vida sacerdotal?

¿Que precisamente ella le da sentido, y que sólo a través de ella podemos encontrar el pleno sentido de nuestra propia vida, de nuestra perfección y de nuestra santidad?»¹⁸

¡Qué horizontes tan luminosos para el apóstol!

La vida sacerdotal presenta una figura irreconocible —en el fondo, una frustración dolorosa— sin la solicitud pastoral, sin la psicología evangélica del celo y de la entrega en cuerpo y alma a la misión. Pero resulta, a la vez, que el sacerdote encuentra el sentido pleno de su vida, la perfección y la santidad «a través» de la actividad apostólica y del celo por las almas.

Este enfoque, además de luminoso, es fecundo y esperanzador. La actividad pastoral constituye un elemento básico en la propia formación del apóstol y en su enriquecimiento espiritual. El ejercicio del ministerio no sólo transforma a los evangelizados con una llamada a la conversión y a la vida en gracia, en seguimiento de Cristo. Es, al mismo tiempo, un camino de santidad para el evangelizador. Es una idea creadora:

«Nos formamos *para* desarrollar la actividad sacerdotal, y nos formamos *a través* de la actividad sacerdotal. En este campo debemos tener una auténtica sana ambición»¹⁹.

El Papa vuelve de nuevo sobre el tema en Filadelfia:

«La experiencia vivida de sacerdotes de todas las generaciones les ha llevado a descubrir en la propia vida y

¹⁸ Carta *Novo incipiente*, con motivo del Jueves Santo de 1979.

¹⁹ *En Roma* (2/III/1979).

ministerio la centralidad absoluta de su unión personal con Jesús, el hecho de ser compañeros suyos»²⁰.

Este planteamiento es menos usual, pero encierra una virtualidad enorme que esponja el corazón del apóstol, muy sensibilizado, por lo general, a los «riesgos» de la acción pastoral. En el fondo, es fácil llegar a una dicotomía, cuando no a una contraposición, entre vida espiritual y ministerio, como si la acción hiciera peligrar la unión con Dios. Todo lo contrario, hay que llegar a la integración armónica entre oración y apostolado, entre la acción y la contemplación.

Ciertamente, el ejercicio del ministerio es el modo concreto de realizar la misión, cuyo programa y exigencias se han visto a plena luz en la intimidad con Dios. Y no tiene por qué ser menos intensa esta intimidad cuando se realiza que cuando se planifica. Es también un dato de experiencia sacerdotal: en el púlpito, en el confesonario, en la convivencia con la gente sencilla de los pueblos se siente con una intensidad extraordinaria lo que significa realmente «ser sacerdote» y lo que el pueblo de Dios «espera» de sus ministros, que es, en definitiva, lo que el mismo Dios quiere y tiene derecho a exigir. Es, por tanto, una consecuencia lógica dentro de las perspectivas de la fe: la práctica del apostolado forma y madura al propio apóstol.

Para que el apostolado sea camino de perfección y práctica de la santidad hay que ejercerlo en un ambiente profundo de fe, con una purísima rectitud de intención renovada cada día, con una confianza absoluta en la ayuda de Dios, con una fidelidad entrañable al designio salvífico del Señor y con ideas muy claras sobre la propia identidad.

Lo expone bellamente Juan Pablo II en su carta *Novo incipiente*:

«Nuestra actividad pastoral exige que estemos cerca de los hombres y sus problemas, tanto personales y familiares como sociales, pero exige también que estemos cerca de estos problemas *como sacerdotes*. Sólo entonces, en el ámbito de todos esos problemas, somos nosotros mismos. Si, por lo tanto, servimos verdaderamente a estos problemas humanos, a veces muy difíciles, entonces conservamos nuestra identidad y somos de veras fieles a

²⁰ En *Filadelfia* (4/X/1979).

nuestra vocación. Debemos buscar con gran perspicacia, junto con todos los hombres, la verdad y la justicia, cuya dimensión verdadera y definitiva sólo la podemos encontrar en el Evangelio, más aún, en Cristo mismo. Nuestra tarea es la de servir *a la verdad y a la justicia* en las dimensiones de la 'temporalidad' humana, pero *siempre dentro de una perspectiva que sea la de la salvación eterna*. Esta tiene en cuenta las conquistas temporales del espíritu humano en el ámbito del conocimiento y de la moral, como ha recordado admirablemente el Concilio Vaticano II, pero no se identifica con ellas y, en realidad, las supera...»²¹

Se trata, como se ve, de una «exigencia» de la propia misión. De un mandato expreso de Cristo: hay que ir por todo el mundo y predicar el Evangelio a todas las naciones. El sacerdote con psicología de responsabilidad y celo se siente urgido en todo momento a «buscar» a los hermanos, a acercarse afectiva y efectivamente a ellos, porque ha sido escogido por el Señor «precisamente para esto».

Juan Pablo II quiere un nuevo «relanzamiento» de las actividades pastorales y exhorta a los sacerdotes a emprender iniciativas, a buscar caminos nuevos de acercamiento, a trabajar duro, sin dejarse arredrar ni abatir por las dificultades ni los fracasos:

«Trabajad, hijos queridísimos, sin dejaros abatir por las dificultades y fracasos. Aprovechad la experiencia para poner a punto nuevas iniciativas, para buscar nuevos caminos por los que caminar hacia los hombres, nuestros hermanos, y llevarles la 'Palabra que salva'. Palabra de la que tienen también hambre quizá sin saberlo. El sacerdote como pastor debe siempre imitar a Cristo, Pastor que busca.

Esta búsqueda llevada a cabo junto con el Buen Pastor, de un modo desinteresado y con frecuencia sacrificado, confiere a su sacerdocio aquel auténtico perfil, esencial tanto desde el punto de vista de su personalidad sacerdotal como desde un punto de vista simplemente humano, que se impone a la consideración y a la estima de cuantos lo rodean»²².

Naturalmente, este perfil esencial del sacerdote está so-

²¹ *Novo incipiente.*

²² *En Roma.*

metido a serias pruebas en nuestro tiempo. Los análisis de Juan Pablo II sobre el mundo en este momento crucial de su historia son profundos y realistas:

- estamos en una sociedad desacralizada,
- nuestra época se caracteriza por un eclipse progresivo de lo sagrado y por eliminación sistemática de los valores religiosos,
- otra nota característica de nuestro tiempo son las variadas formas de «manipulación» e «instrumentalización» del hombre,
- se está eliminando peligrosamente el sentido y la conciencia de pecado,
- hay un ambiente de permisivismo moral que contradice los fundamentos básicos de la visión cristiana de la vida,
- el hedonismo ha entrado a saco en la juventud, en la familia y en la sociedad,
- la violencia, la carrera de armamentos, el odio crean un ambiente irrespirable de amenaza y destrucción.

Este mundo —el hombre histórico de esta hora, con sus problemas, conflictos, miedos, desorientación, desacralización y paganismo exacerbado— es el campo de misión del sacerdote. Es «enviado» expresamente a esta sociedad de la técnica, del progreso, del consumo, que busca «angustiosamente» a Dios, aunque no lo sepa. Y en esta sociedad, el papel del sacerdote es difícil, pero insustituible. Misión sublime, pero arriesgada y dolorosa, porque el sacerdote «no es de este mundo» y, sin embargo, tiene que estar en el mundo.

Lo ha dicho Juan Pablo II en Maracaná:

«Prudentes, pero confiados, viviréis entre los hombres para compartir sus angustias y esperanzas, para alentarles en sus esfuerzos de liberación y de justicia. No os dejéis, sin embargo, poseer por el mundo ni por su príncipe, el maligno (cf. Jn 17,14-15). No os acomodéis a las opiniones y a los gustos de este mundo, como exhorta San Pablo: *Nolite conformari huic saeculo* (Rom 12,1-2). Por el contrario, ajustad vuestra personalidad, con sus aspiraciones, a la línea de la voluntad de Dios»²³.

²³ En Maracaná.

Esta «cercanía», que lleva a compartir la angustiosa situación del pueblo encomendado, es una nota específica del verdadero apóstol que debe realizarse «siempre» en calidad de tal apóstol, cuya misión es esencialmente espiritual. Vuelve a insistir el Papa en Terni:

«Vosotros, queridos sacerdotes, en virtud de vuestro ministerio, estáis obligados a vivir en medio de los hombres, a conocer como buenos pastores a las propias ovejas, a tratar de atraer también a las que no son de este redil, a fin de que también ellas oigan la voz de Cristo (*Presbyterorum ordinis* 3). Sin embargo, mientras desarrolláis esta obra de acercamiento, es necesario que los hombres vean en vosotros los testigos creíbles del Amor divino y de un Reino que, habiéndose iniciado aquí abajo, se perfeccionará en la vida eterna»²⁴.

En Turín hace Juan Pablo II un caluroso elogio a la tradición pastoral de la ciudad y a sus dotes de generosidad, abnegación e incansable celo pastoral, y a su «encarnación» en el pueblo. Y luego invita a proseguir esta tradición de apostolado inteligente y fecundo:

«Por esto, intentad siempre nuevos caminos de acercamiento a los hombres y a sus condiciones de vida: con fidelidad integral a todo lo que es esencial para vuestro presbiterado y, al mismo tiempo, con una gran elasticidad pastoral, que os haga sensibles y abiertos a las necesidades más urgentes de la hora que vivimos»²⁵.

La tarea que le espera al sacerdote en el mundo es difícil y comprometida, como un reto a su capacidad de iluminar, orientar, transformar y cristianizar no sólo al hombre, sino también las mismas estructuras «por dentro». Porque, en definitiva, lo que se cuestiona es el tipo de sociedad cristiana con su maravillosa arquitectura bíblica, teológica, metafísica y humanística para sustituirla por otro «modelo» de sociedad, en la que quedan descartados los valores espirituales y morales a los que el cristiano no puede renunciar jamás.

²⁴ A los presbíteros y religiosos, en Terni (19/III/1981).

²⁵ Discurso al clero, en Turín (13/IV/1980).

En esta perspectiva, las palabras de Juan Pablo II en Asís tienen un contenido estremecedor:

«Ahora bien, la base para cumplir esta tarea de animación, de fermento evangélico, de inspiración cristiana, es precisamente una activa presencia en los diversos momentos y estructuras de la vida social. Esta presencia dinámica e iluminada debemos saberla contraponer en la práctica, con acción humilde y serena, pero clara y decidida, a los programas que desearían eliminar dicha presencia y mantener la Iglesia 'ausente', desvaneciendo su influjo inspirador»²⁶.

En estos momentos «cruciales», el papa Juan Pablo II ha hablado con claridad y decisión para defender los derechos de Dios y los derechos humanos. No basta con sentirnos orgullosos de su fidelidad, de su valor y de su compromiso. Tenemos que imitarlo para no «traicionar» nuestra misión.

El verdadero apóstol de Cristo, con psicología de celo y de responsabilidad, posee siempre una santa inquietud que le lleva a formas creativas para su actividad apostólica. Es un hombre abierto a todos los problemas, a todas las situaciones, a todos los aires puros de evangelización. Y es precisamente en las situaciones más dramáticas donde despliega las alas de su preocupación por las almas.

Hermosísimo el pasaje de Juan Pablo II en Manchester:

«Debéis profundizar diariamente vuestra amistad con Cristo. *Debéis también aprender a compartir las esperanzas y las alegrías, el dolor y las frustraciones de la gente que se os ha confiado.* Transmitidles el mensaje salvífico de la reconciliación de Cristo. Visitad a vuestros parroquianos en sus hogares. Esto ha constituido una enorme fuerza en la Iglesia de Inglaterra. Es una práctica pastoral que no debéis infravalorar. Y no olvidéis a quienes especialmente lo necesitan, particularmente a los encarcelados y sus familias. En el Evangelio, Cristo se identifica con los presos cuando dice: 'Estuve preso y me visitasteis'. Y daos cuenta que no especifica si son inocentes o culpables. Como representantes de Cristo que sois, ninguno puede ser excluido de vuestro amor pastoral»²⁷.

²⁶ A los obispos italianos, en asamblea extraordinaria, en Asís (12/III/1982).

²⁷ Homilía en la ordenación de sacerdotes en el Heaton Park, Manchester (31/V/1982).

Dentro del corazón del sacerdote caben todos los hombres, pero de un modo especial los más necesitados, los marginados, los pecadores. De aquí la opción preferente, mil veces ratificada en los textos de Juan Pablo II, por los pobres, los predilectos del Señor. Pero sin exclusivismos, sin radicalismos, sin demagogia:

«El alma que vive en contacto habitual con Dios y se mueve dentro del ardiente rayo de su amor, sabe defenderse con facilidad de la tentación de particularismo y antítesis que crean el riesgo de dolorosas divisiones; sabe interpretar a la justa luz del Evangelio las opciones por los más pobres y por cada una de las víctimas del egoísmo humano, sin ceder a radicalismos sociopolíticos, que a la larga se manifiestan inoportunos, contraproducentes»²⁸.

²⁸ Discurso a los sacerdotes y religiosos en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe (27/I/1979).

«ID POR TODO EL MUNDO, PREDICAD EL EVANGELIO A TODA CRIATURA...»

El anuncio del Evangelio, la transmisión íntegra del depósito revelado, la vigilancia por la pureza de la doctrina tal como ha sido recibida y predicada por el Magisterio es el deber «primero e insustituible» de toda actividad pastoral. El papa Juan Pablo II lo expone con toda claridad, citando un pasaje de la *Evangelii nuntiandi*:

«El Evangelio que nos ha sido encomendado es también palabra de verdad. Una verdad que nos hace libres y que es la única que procura la paz del corazón: esto es lo que la gente va buscando cuando anunciamos la Buena Nueva. La verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo... El predicador del Evangelio será aquel que, aun a costa de renunciaciones y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. No vende ni disimula jamás la verdad por el deseo de agradar a los hombres, de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar... Pastores del Pueblo de Dios: nuestro servicio pastoral nos pide que guardemos, defendamos y comuniquemos la verdad, sin reparar en sacrificios»¹.

Por fidelidad y coherencia, hay que presentar el mensaje del Evangelio a cuerpo limpio, en su integridad intocable, con todas sus exigencias, sin miedo a la impopularidad, a los malos entendidos, a la reticencia. Sin miedo al escándalo. El Evangelio no es negociable...

Y el Evangelio es CRISTO, el Hijo de Dios vivo.

El apóstol de hoy debe presentar al mundo una CRISTOLOGÍA transparente, que precise con absoluta fidelidad y claridad los datos de la fe tal como aparecen en la Revelación, en la Tradición y en el Magisterio de la Iglesia. La labor de la teología será consistente y «creadora» si se desarrolla en plena co-

¹ Discurso de apertura de la III Conferencia general del Episcopado latino-americano, en Puebla (28/I/1980).

muni3n con estas fuentes y en la medida de su absoluta fidelidad a las verdades inmutables del credo. Sin un sentimiento profundo de Iglesia, la «libertad» de los te3logos corre el riesgo de convertirse en venta, subasta o saldos de la verdad. Vender, disimular, paliar la verdad por deseo, aunque sea subconsciente, de notoriedad, novedad o *snobismo* es una actitud incompatible con el Evangelio.

La transmisi3n transparente de la cristolog3a exige la presentaci3n 3ntegra desde la anunciaci3n, la encarnaci3n del Verbo, la redenci3n, la pasi3n, la crucifixi3n, la Eucarist3a...

«CREO EN JESUCRISTO, SU UNICO HIJO...»

Evangelizar es proclamar a Cristo, Hijo de Dios vivo, verdadero Dios y verdadero hombre. La divinidad de Cristo es «incuestionable». La humanidad de Cristo no puede recortarse ni difuminarse. La historia de la redenci3n nos exige un planteamiento met3dico, en virtud del cual la figura de Cristo se va esclareciendo y agigantando en los cap3tulos siguientes.

El Redentor del hombre aparece en toda su admirable grandeza cuando conocemos «qu3en es» y «c3mo actúa». Por eso su figura se va descubriendo progresivamente al tratar de la eclesiolog3a y del hombre redimido. Porque, en rigor, Cristo sigue presente, hasta el fin de los tiempos, en su palabra de vida eterna y en los sacramentos, que prolongan de un modo misterioso, pero real, la obra de la santidad y de la salvaci3n.

Lo ha recordado Juan Pablo II en Filadelfia:

«En la base y centro de su dinamismo, la evangelizaci3n contiene la proclamaci3n clara de que la salvaci3n est3 en Jesucristo, Hijo de Dios. Son su nombre, sus enseanzas, su vida, sus promesas, su reino y su ministerio lo que proclamamos ante el mundo. Y la eficacia de nuestra proclamaci3n y, por tanto, el verdadero 3xito de nuestro sacerdocio dependen de nuestra fidelidad al Magisterio, a trav3s del cual la Iglesia guarda 'el buen dep3sito por la virtud del Esp3ritu Santo que mora en nosotros' (2 Tim 1,14)»².

² Homil3a a los sacerdotes americanos, en Filadelfia (4/X/1979).

El anuncio del Evangelio debe ser una confesión de Cristo con un estilo diáfano que descarte toda ambigüedad: Cristo es el Hijo de Dios vivo. Y esta fe debe predicarla «a todos los hombres, sin distinción alguna de nación, cultura, raza, tiempo, edad o condición». Toda la problemática doctrinal y pastoral, todos los contenidos del dogma y la moral, todos los enfoques, todos los sistemas, todas las iniciativas tienen que partir de esta verdad y de este hecho que transforman el rostro de la historia y del hombre: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

Jesucristo es el eje central y el contenido esencial de toda evangelización. De esta convicción «profunda, sentida, vivida» nace la proclamación del Evangelio a toda criatura con el pregón renovador de que Cristo es Dios, el Hijo de Dios vivo.

Por ello,

«cualquier silencio, olvido, mutilación o inadecuada acentuación de la integridad del misterio de Jesucristo que se aparte de la fe de la Iglesia no puede ser contenido válido de evangelización»³.

No se puede silenciar la divinidad de Cristo. No se puede incurrir de hecho en formas de interpretación reñidas con la fe de la Iglesia. Cristo no es solamente un profeta, un anunciador del Reino y del amor de Dios. Cristo es Dios.

Y porque es verdadero Dios —y solamente por esa razón fundamental— suscita en nosotros no sólo la admiración y el asombro, sino lo que es definitivo: suscita el seguimiento y el compromiso de dedicarle toda la vida. Hay que presentar a Cristo tal como es, como el Hijo de Dios vivo y como hijo de la Virgen María por el misterio de la Encarnación.

Sólo Cristo puede «cautivar los pensamientos» y arrastrar los corazones. Sólo Cristo puede convertir, santificar y salvar. Los frutos de esta evangelización son inmensos, no sólo en el plano personal, sino en la transformación «social» del mundo entero. Juan Pablo II saca conclusiones estremecedoras y esperanzadoras:

³ *En Puebla.*

«Del conocimiento de esta verdad dependerá el vigor de la fe de millones de hombres. Dependerá también el valor de su adhesión a la Iglesia y de su presencia activa de cristianos en el mundo. De este conocimiento derivarán opciones, valores, actitudes y comportamientos capaces de orientar y definir nuestra vida cristiana y de crear hombres nuevos y luego una humanidad nueva por la conversión de la conciencia individual y social»⁴.

Desde esta perspectiva hay que abordar el fenómeno de las «relecturas» del Evangelio, que, además de carecer de originalidad —«no es nuevo»—, pueden crear un clima espeso de confusión en el pueblo fiel. Las «relecturas» son el «resultado de especulaciones teóricas más bien que de auténtica meditación de la palabra de Dios y de un verdadero compromiso evangélico»⁵.

Son «hipótesis brillantes quizás, pero frágiles e inconsistentes». En el fondo, suponen un empobrecimiento y una falsificación tanto desde el punto de vista pastoral como desde una consideración verdaderamente científica. Hay que rechazar de plano estas «relecturas» para volver a la lectura auténtica y enriquecedora, a la profesión de fe de los apóstoles, transmitida en toda su pureza por el Magisterio infalible: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

Hay que descartar —por fidelidad a la coherencia, por simple sentido de honradez evangélica— una imagen deformada hasta la caricatura que pretende convertir a Cristo

- en un «profeta», un anunciador del Reino y del amor de Dios, exclusivamente;
- en un «comprometido» político, como luchador contra la dominación romana y contra los poderes;
- en un «implicado» en la lucha de clases, incluso.

Juan Pablo II descalifica estas «relecturas» con gesto enérgico:

«Esta concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no se compagina con la catequesis de la Iglesia. Confundiendo el pretexto insidioso de los acusadores de Jesús con la actitud de Jesús mismo —bien diferente—, se aduce como causa de

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

su muerte el desenlace de un conflicto político y se calla la voluntad de entrega del Señor y aun la conciencia de su misión redentora»⁶.

El Papa vuelve sobre la misma idea para refutar a quienes «con una actitud de crítica fácil» desprecian la labor auténticamente pastoral de sacerdotes y seglares para reducir el Evangelio a una doctrina más de índole «humanitaria», que puede servir de coartada para evadirse de los problemas humanos y sociales de nuestro tiempo...

Sin llegar a esta descarada falsificación de las «relecturas» heterodoxas, podemos caer con cierta facilidad en la tentación de «debilitar» la presencia de Jesús por falta de sintonía con El, por una tendencia casi instintiva a modos de ver excesivamente mundanos o por precipitadas valoraciones de eficacia pastoral. Es una especie de miedo a presentar a Jesús tal como es, como si ya no tuviera una capacidad infinita para arrastrar al pueblo. Es una equivocación lamentable y triste.

Lo recuerda el papa Juan Pablo II en Santo Domingo:

«En alguna ocasión hablamos quizá de El amparados en alguna premisa cambiante o en datos de sabor sociológico, político, psicológico, lingüístico, en vez de hacer derivar los criterios básicos de nuestra vida y actividad de un Evangelio vivido con integridad, con gozo, con la confianza y esperanza inmensas que encierra la cruz de Cristo»⁷.

El sacerdote debe sentirse urgido de hablar de Cristo.

Es una necesidad del corazón que contagia y hace vibrar al pueblo de Dios. Cristo tendrá siempre una capacidad de conversión y de renovación espiritual incomparable. Por eso vibra con tanta intensidad y con tanta emoción el auditorio cuando se le dice, *con palabra sencilla, pero con corazón maravilloso*, quién es Cristo.

La reflexión de Juan Pablo II es certera y revulsiva:

«¿Por qué nuestro testimonio resulta a veces vano? Porque presentamos a un Jesús sin toda la fuerza seduc-

⁶ Ibid.

⁷ Homilía al clero, religiosos y seminaristas en la catedral de Santo Domingo (26/I/1979).

tora que su persona ofrece; sin hacer patentes las riquezas del ideal sublime que su seguimiento comporta; porque no siempre llegamos a mostrar una convicción hecha vida acerca del valor estupendo de nuestra entrega a la causa eclesial que servimos»⁸.

«CREO EN LA IGLESIA, QUE ES UNA, SANTA,
CATOLICA Y APOSTOLICA»

Creo en la Iglesia, tal como la fundó el divino Maestro. Creo en todo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia. La amo tal como es: el «hoy» presente y santificador de Cristo. Y en esta fe y este amor quiero vivir y morir santamente. Me siento santamente orgulloso de ser hijo fiel de la Iglesia. Quiero aceptar y cumplir sus normas con la adhesión total del entendimiento y con plena y cordial sintonía de vida. Prometo obediencia y reverencia al Papa, el Cristo bueno en la tierra, en el sentido, con el alcance y todas las consecuencias que quería el Pobrecillo de Asís.

Y creo en la Iglesia y amo a la Iglesia:

- porque la Iglesia es Cristo «hoy»;
- porque me da a Cristo, el Hijo de Dios vivo;
- porque me da su palabra, su cuerpo y su sangre en las dos mesas: el Evangelio y la Eucaristía;
- porque en su seno fui hecho hijo de Dios por el bautismo, testigo de Cristo por la confirmación;
- porque de ella recibo la reconciliación con Dios, Padre misericordioso, en el sacramento del perdón;
- porque he tenido el alto e inmerecido honor de ser llamado para servirla, representarla y proclamarla como ministro suyo;
- porque es mi Santa Madre.

La Iglesia nace de la respuesta de fe que damos a Cristo. Y ¿qué es la Iglesia?

Juan Pablo II nos da algunas definiciones, llenas de matices expresivos, y nos recuerda otras de gran solera tradicional:

«El Señor la instituyó como comunidad de vida, de caridad, de verdad (LG 9) y como cuerpo, 'pleroma' y

⁸ Ibid.

sacramento de Cristo, en quien habita toda la plenitud de la divinidad (LG 7)»⁹.

En Valencia hace una reflexión más descriptiva:

«La Iglesia no es una realidad meramente humana, sino el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo, el Templo del Espíritu Santo, el 'sacramento universal de salvación' (*Ad gentes* 1). La fidelidad a Cristo se prolonga en la fidelidad a la Iglesia, en la que Cristo vive, se hace presente, se acerca a todos los hermanos y se comunica al mundo.

La fidelidad a la Iglesia equivale a aceptarla en toda su integridad carismática e institucional, como 'misterio' o expresión del amor de Dios, que cautiva el corazón de los amigos de Cristo. La Iglesia peregrina está constituida por signos pobres que pueden producir escándalo a los hombres de poca fe; pero para todo buen cristiano, y más para vosotros, lo importante es descubrir en ella a Cristo resucitado, que está presente y actúa a través de estos signos eclesiales»¹⁰.

Todos estos elementos están sintetizados en la definición de la *Lumen gentium*, que cita el Papa en Puebla:

«La Iglesia es 'congregación de quienes, creyendo en Cristo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz'»¹¹,

que viene a coincidir con la que aprendimos de niños en la catequesis: «La Iglesia es la congregación de los fieles cristianos, cuya cabeza visible es el Papa».

La Iglesia tiene su origen en Cristo. Jesús es quien en realidad forma a la familia espiritual, quien congrega a sus hijos y los convoca en la unidad y en la fraternidad.

Esta Iglesia actúa en nombre de Cristo,
prolonga la misión de Cristo,
ejerce las funciones de Cristo,
en un «hoy» sagrado, inspirado por la fe y el amor...

⁹ Discurso de apertura de la III Conferencia general del Episcopado latino-americano, en Puebla (28/I/1980).

¹⁰ Mensaje a los seminaristas de España, firmado en Valencia (8/XI/1982).

¹¹ *En Puebla*.

La Iglesia congrega a los fieles

- para pregonar la Buena Nueva, el Evangelio,
- para dar culto a Dios,
- para recibir los sacramentos,
- para dar testimonio de vida,
- para compartir la fe,
- para «instaurar» un mundo nuevo en Cristo,
- para conseguir la vida eterna.

Como cabeza visible de esta Iglesia está el Papa, que es el Vicario de Cristo en la tierra, el Buen Cristo de la tierra, por voluntad expresa del mismo Jesús.

Esta Iglesia, en la mente de Cristo, es «católica»:

- se predica a toda criatura,
- se extiende por el mundo entero,
- convoca a todos los hombres.

Es «congregación» de fieles y, por tanto,

- es una «sociedad visible», no desangelada, desencarnada o puramente interior y espiritualista,
- ha sido fundada por Cristo, como una «institución» con estructura «jerárquica»,
- con una autoridad y unos poderes, aunque éstos sean siempre un «servicio» al Pueblo de Dios,
- con las funciones sacerdotales de Cristo,
- con poderes divinos para «atar y desatar»,
- con atribuciones propias para legislar y sancionar las leyes.

Cristo estará siempre presente en su Iglesia, hasta el fin de los tiempos. La asistencia de Jesús y de su Espíritu garantizan la fidelidad y la vitalidad perennes de la Iglesia. En virtud de esta asistencia divina, la Iglesia es infalible en sus cometidos específicos de conservar la fe, de confirmar en la fe a los hermanos, de guardar el sagrado depósito de la Verdad, de dirigir a los hombres a la santidad.

Esta Iglesia es nuestra Madre y constituye un «misterio» de salvación. Es un legítimo orgullo, pero comporta graves y altísimas exigencias. Hay que «sentir con la Iglesia», tener una conciencia clara de Iglesia, adherirse con fidelidad y gozo a sus enseñanzas, seguir con amorosa lealtad sus normas, defender con valor sus derechos, trabajar por hacerla cada día más hermosa, presentarla más auténtica y más bella con nuestro testimonio de santidad. Ciertamente,

sin una eclesiología bien cimentada «no hay garantía de una acción evangelizadora seria y vigorosa».

Juan Pablo II medita sobre el tema, en voz alta, en Puebla:

«Primero, porque evangelizar es la misión esencial, la vocación propia, la identidad más profunda de la Iglesia, a su vez evangelizada (EN 14-15; LG 5). Enviada por el Señor, ella envía, a su vez, a los evangelizadores a predicar, 'no a sí mismos, sus ideas personales, sino un evangelio del que ni ella ni ellos son dueños y propietarios absolutos para disponer de él a su gusto' (EN 15).

Segundo, porque 'evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial, un acto de la Iglesia' (EN 60), que está sujeta no al poder discrecional de criterios y perspectivas individualistas, sino de la comunión con la Iglesia y sus pastores. Por eso una visión correcta de la Iglesia es fase indispensable para una justa visión de la evangelización»¹².

En Cristo Jesús, el Hijo de Dios vivo que tiene «palabras de vida eterna», encuentra la Iglesia la base auténtica de su misión, al servicio de Cristo y de los hermanos. Y esta misión universal no admite tergiversaciones, ni reduccionismos subjetivos en cuyo fondo es fácil descubrir «conocidos condicionamientos ideológicos». La Iglesia, sin ser del mundo, tiene que ejercer su misión dentro del mundo como luz y sal, como fermento y como testimonio. Su mensaje va dirigido al hombre integral: de aquí su influjo en la vida espiritual y en la vida social en este momento tan delicado de la historia humana.

Por mandato de Cristo,

«la Iglesia prolonga y continúa el advenio de Cristo, *la presencia de Cristo entre los hombres*. Los continúa y los extiende. Los difunde con todos los medios a su alcance, sin vacilaciones, sin temores, sin dilaciones. Esta es su vocación, su fisonomía, su identidad. Y la identidad de los cristianos está precisamente en prolongar la obra del Salvador entre sus hermanos los hombres. Para continuar en el mundo esta presencia suya, Cristo ha confiado a la Iglesia la misión de colaborar con El:

— Mediante la santificación de las almas, transmitiendo

¹² Ibid.

la gracia que El ha traído al mundo desde el seno del Padre;

- mediante la Palabra, con la que ella continúa proclamando al mundo el 'alegre anuncio' de la salvación a través de los contactos, del diálogo y, sobre todo, de la evangelización;
- mediante el testimonio de la vida de sus miembros en el despliegue orgánico de todos los estados de vida, que como la levadura impregnan la masa inmensa de la sociedad»¹³.

Junto a esta misión específica de impostación espiritual, la Iglesia de hoy tiene una particular sensibilidad «histórica» y se preocupa intensamente por todos los problemas auténticamente humanos. Debe existir una justa proporción entre la «verticalidad» y la «horizontalidad»: no hay «horizontalidad» auténticamente evangélica sin la «verticalidad», y viceversa.

En este sentido, el programa de Juan Pablo II es tan ambicioso, tan gigantesco, que ha causado la admiración del mundo, aun de los no creyentes. En el umbral de este programa de acción figura una «declaración» de base:

Ningún campo, ninguna parte de la familia humana es extraña a la Iglesia; ninguna le resulta indiferente, desde el momento en que el Verbo de Dios se ha hecho hombre, entrando como miembro, a todos los efectos, en la humanidad»¹⁴.

Por ello...

«se siente impulsada por el afán de llegar a todos los sectores representativos del mundo de hoy en la tierra: desde la convivencia internacional a la paz y cooperación entre los pueblos; desde la vida social y política a la familiar; desde los problemas del trabajo y la economía, de la cultura y del arte, a los medios de comunicación»¹⁵.

Por ello...

el Papa lleva consigo por todas partes «la conciencia de la *fraternidad universal* de todos los hombres, en cuyo

¹³ A los cardenales y Curia romana (23/XII/1981).

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Discurso a la Curia romana (28/VI/1980).

nombre deben sentirse unidos en torno a los grandes y difíciles problemas de *toda la familia humana*: paz, libertad, justicia, hambre, cultura y otros problemas...»¹⁶

Juan Pablo II tiene una conciencia tan clara de sus compromisos apostólicos, que uno se siente impresionado por lo avanzado y sólido de sus ideas, por la audacia de sus iniciativas. Sin miedo al riesgo, con santa intrepidez, con un desafío franco a todos los obstáculos, a todas las dificultades, ha iluminado con los criterios y valoraciones del Evangelio toda la problemática del mundo contemporáneo.

Y lo hace expresamente, según confesión personal, porque no quiere «traicionar» su misión. En esto, el Papa nos da un testimonio constante de insobornable fidelidad con su palabra y con su vida.

Lo dice con voz enérgica en su discurso al «Centro Femenino Italiano»:

«La Iglesia está profundamente convencida de que el acierto de una legislación se demuestra máximamente allí donde se asumen las defensas más enérgicas de los miembros más débiles e indefensos a partir del primer instante de vida. Por tanto, cualquier cesión en esta materia sólo puede dañar a la propia dignidad humana. Además, también en el respeto y en el amor hacia todos es preciso guardarse de las posiciones que comprometen a asentir a fuerzas ideológicas en contraste con la fe cristiana.

Entre los miembros más débiles de la sociedad están también los niños, los enfermos, los ancianos, los desempleados, los privados de cultura y, en general, todos los que están expuestos a explotaciones y atropellos varios. Cada iniciativa que emprendáis y realicéis en estos sectores es ciertamente digna de atención o de apoyo. Una cosa es cierta: hay una coherencia cristiana también en la vida pública; quien es cristiano lo debe ser siempre, a todos los niveles, sin indecisiones, sin cesiones; en los hechos y no sólo en el nombre»¹⁷.

Hablando del derecho inalienable de las personas, afirma en su discurso a los cardenales y preladados de la Curia romana:

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Al Centro Femenino Italiano (7/XII/1979).

«Hay problemas que nos interpelan con toda su gravedad; y la Iglesia tiene el derecho y el deber de intervenir, si quiere permanecer fiel a su misión, que, en Cristo nacido por nosotros, se dirige a la salvación de todo el hombre y de cada uno de los hombres»¹⁸.

En el mismo discurso denuncia Juan Pablo II diversas formas de estructuras pecaminosas, con sinceridad absoluta, porque constituyen graves «motivos de preocupación» para la Iglesia. Ante estos hechos,

«la Iglesia no puede eximirse de interponerse, de comprometerse, de implicarse a sí misma para ayudar a los hombres, para evitar el sufrimiento de los hombres. *Dondequiera sufre un hombre, allí está Cristo que ocupa su lugar* (Mt 25,31-46). *Dondequiera sufre un hombre, allí debe estar la Iglesia a su lado*»¹⁹.

La Iglesia tiene el derecho y el deber de intervenir:

- en los *conflictos terribles* de la humanidad: amenaza y situaciones de guerra, terrorismo, problema de los refugiados y en todas las zonas y formas de la violencia;
- donde surjan *el desequilibrio y el malestar*: lo que ofende la dignidad intrínseca del hombre, porque es humillado y herido y sufre por sí mismo o por sus seres queridos;
- donde existan *estridentes desigualdades sociales*, tanto a nivel de personas como de grupos o naciones. Mientras muchedumbres inmensas pasan hambre y mueren de hambre, algunos viven en la opulencia y malgastan sin consideración;
- donde existan *víctimas de la miseria y del subdesarrollo*, en situaciones infrahumanas: desnutrición, enfermedades endémicas, inactividad, miseria, desesperación;
- donde se carece *de lo necesario* para sobrevivir: los parados, los semiparados, los sin recursos, los sin hogar;

¹⁸ Discurso a los cardenales y prebostes de la Curia romana (22/XII/1979).

¹⁹ Ibid.

- en las *sociedades comerciales* que acumulan los aprovisionamientos para encarecerlos artificialmente, mientras los pobres pasan necesidad y penuria ²⁰.

La Iglesia tiene el *derecho y el deber* de intervenir, sobre todo, cuando se conculcan los «derechos humanos», que son inalienables e intransferibles:

- el derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de la persona;
- el derecho a los alimentos, al vestido, a la vivienda, a la salud, al descanso y al ocio;
- el derecho a la libertad de expresión, a la educación y a la cultura;
- el derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión, y el derecho a manifestar la propia religión individualmente o en común, tanto en privado como en público;
- el derecho a formar una familia y a todos los valores familiares: amor, entrega, sacrificio, castidad, respeto a la vida, trabajo, educación, serenidad, alegría;
- el derecho de participación en la vida pública y en la gestión del bien común;
- el derecho de la juventud a un trabajo remunerado, a una formación profesional y cultural que les capaciten para llevar una vida digna y no ser presas fáciles de la droga o de la delincuencia;
- el derecho a una información veraz y justa, contra la manipulación de los *mass-media*, la presión ideológica, la presentación parcial y torcida de la verdad, la pornografía;
- el derecho a asociarse libremente en sindicatos para defender los intereses propios de la profesión.

Y concluye Juan Pablo II con una ratificación de su «compromiso apostólico», de promoción humana del hombre «integral». De todo el hombre, en cuerpo y alma. De todos los hombres:

²⁰ Discurso a la Asamblea general de las Naciones Unidas, en la sede de la ONU (2/X/1979). Discurso a la Curia romana, en los años 1979, 1980, 1981 y 1982, que se citan con reiteración.

«Mirando al futuro, si no faltan los motivos de ansiedad, son más fuertes y preeminentes los de confianza y esperanza»²¹.

Estamos apesarados, Peregrino de Dios.

Estamos contristados precisamente por estos «motivos de ansiedad», que crean un ambiente de malestar y de dolorosa confusión con una interpretación falsa de la misma «naturaleza y misión de la Iglesia».

Apesarados, porque algunos establecen una separación inadmisibile entre Iglesia y Reino de Dios:

«Este, vaciado de su contenido total, es entendido en sentido más bien secularista: al Reino no se llegaría por la fe y la pertenencia a la Iglesia, sino por el mero cambio estructural y el compromiso socio-político. Donde hay un cierto tipo de compromiso y de praxis por la justicia, allí estaría ya presente el Reino. Se olvida de este modo que 'la Iglesia... recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos y constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino' (LG 5)»²².

Estamos contristados porque los nuevos libertadores no se inspiran en el Evangelio ni llevan la cruz sobre el pecho, sino peligrosas teorías y ambiguas ideologías sobre el compromiso temporal. Sustituyen la teología por la sociología y dejan al hombre, hecho a imagen de Dios, a la intemperie de planificaciones antropológicas. Y esto equivale a recortar el vuelo a la esperanza cristiana:

«Es un error afirmar que la liberación política, económica y social coincide con la salvación en Jesucristo; que el *Regnum Dei* se identifica con el *Regnum hominis*»²³.

Con esta cita de las «hermosas catequesis» de Juan Pablo I descalifica Juan Pablo II las teorías excesivamente «horizontalistas» de la liberación.

Estamos apesarados porque, en algunos casos, se genera una actitud de desconfianza hacia la Iglesia «institucional»,

²¹ Discurso a los cardenales y prelados de la Curia romana (22/XII/1979).

²² *En Puebla*.

²³ *Ibid.*

calificada como alienante, a la que se opondría otra Iglesia «popular», «que nace del pueblo» y se concreta en los pobres.

Juan Pablo II sale al paso de esta tergiversación dolorosa en el encuentro con el Consejo Episcopal Latino-Americano (CELAM), en Río de Janeiro:

«No es aceptable la contraposición que se hace a veces entre una Iglesia 'oficial', 'institucional', con la Iglesia-comunión. No son, no pueden ser realidades separadas. El verdadero creyente sabe que la Iglesia es pueblo de Dios en razón de la convocatoria en Cristo y que toda la vida de la Iglesia está determinada por la pertenencia al Señor. Es un 'pueblo' elegido, escogido por Dios»²⁴.

Estamos contristados por los «criterios» y «sistemas», por las «formas» y «medios» que falsifican el contenido evangélico de la verdadera liberación y ofrecen otras formas «distantes» y hasta «reñidas con el compromiso cristiano».

Las palabras del Papa son de una nitidez absoluta, porque se trata de dar una recta concepción cristiana de la liberación:

«La Iglesia no necesita, pues, recurrir a sistemas e ideologías para amar, defender y colaborar en la liberación del hombre».

«...La Iglesia defiende la liberación cristiana, que 'usa medios evangélicos' con su peculiar eficacia, pero descarta de plano la violencia, la dialéctica de la lucha de clases, la praxis y el análisis marxista, con lo cual concluye en un vaciamiento de la dimensión trascendental de la salvación cristiana»²⁵.

Estamos apesarados por las «herejías eclesiales, siempre viejas y siempre nuevas», que pretenden enfrentar temerariamente el Evangelio a la Iglesia jerárquica y a su autoridad, introduciendo divisiones y cismas. Pues, en el fondo, con el pretexto de retorno a los orígenes, se trata de imponer una interpretación subjetivista, algo así como un libre examen que destruye el sentido eclesial.

²⁴ Al Consejo Episcopal latino-americano, en Río de Janeiro (2/VII/1980).

²⁵ Ibid.

Dice el Papa en Radio Vaticana, con motivo del 800 aniversario del nacimiento de San Francisco de Asís:

«Pasando por alto, pues, toda crítica superficial, motivada frecuentemente sólo por la propia falta de compromiso, es necesario renovar en profundidad un afán responsable, que se configura en una doble vertiente»²⁶.

Y, a continuación, describe Juan Pablo II las dos vertientes de este afán. La primera consiste en un testimonio de docilidad y fidelidad a la Iglesia, que se expresa en la obediencia filial, en la colaboración desinteresada con los pastores y en la inserción, adecuada y fiel, en los programas de acción conjunta de la pastoral diocesana. La segunda vertiente consiste en el propósito de incrementar una «respuesta válida a las necesidades, a las aspiraciones y a los desafíos cruciales del prójimo más necesitado», que suponen un reto y una interpelación.

Estamos contristados por la falta de «sensibilidad histórica», por la cobardía e inhibición, por la falta de un compromiso coherente de participación en los problemas del pueblo, por la carencia de tenacidad en la acción, por la ausencia de verdadero talante evangélico y misionero, por la falta de dinamismo y vitalidad en algunos sectores de la Iglesia.

Juan Pablo II hace un diagnóstico agudo del fenómeno en Asís:

«Esta dimensión misionera *ad intra* se contraponen, por tanto, al *tradicionalismo* y al *inmovilismo*; choca con el diseño de la 'secularización' programada de la vida en los diversos sectores; y descubre, además, no solamente su 'ayer' sacro y cristiano, sino también el 'hoy' atormentado y fascinante, y el 'mañana' aún imprevisto e imprevisto»²⁷.

Estamos apesadados y contristados «porque no faltan motivos de ansiedad».

Pero miramos con optimismo al futuro, «porque son más fuertes y preeminentes (los motivos) de confianza y esperanza».

²⁶ Mensaje por Radio Vaticana en el 800 aniversario del nacimiento de San Francisco (3/X/1981).

²⁷ A los obispos italianos en asamblea extraordinaria, en Asís (12/III/1982).

EL HOMBRE

«Finalmente, el progreso de la cultura está unido, en definitiva, al crecimiento moral y espiritual del hombre. Porque es por medio de su espíritu como se realiza el hombre en cuanto tal. Para ello hay que tener una *visión del hombre integral*.

Por eso la Iglesia siente la responsabilidad de defender al hombre contra ideologías teóricas o prácticas que lo reducen a objeto de producción o de consumo; contra las corrientes fatalistas que paralizan los ánimos; contra el permisivismo moral que abandona al hombre al vacío del hedonismo; contra las ideologías agnósticas que tienden a desalojar a Dios de la cultura».

JUAN PABLO II, *Discurso a los universitarios y a los hombres de la cultura, de la investigación y el pensamiento, en la Universidad Complutense. Madrid.*

Cualquier programa que se defina «humanístico» tiene que dar razones válidas y aportar pruebas creíbles sobre el hombre «concreto», «histórico», irreplicable, que vive, actúa y va a realizarse en nuestro mundo. No se toleran las abstracciones, ni en las preguntas —se trata de ser o no ser hombre— ni en las respuestas. Se exigen respuestas claras, no ambigüedades o enigmas de esfinge que hay que adivinar.

Hay que responder a las preguntas clásicas de un modo convincente:

— ¿Qué es el hombre?

Dar una respuesta total a todos los interrogantes que preocupan a un hombre serio y sensato: origen —de dónde vengo—, destino —qué hago en la vida, que es preguntar en profundidad por el sentido de la vida, por la razón de ser última de la vida— y fin —adónde voy, qué me espera más allá de las fronteras del tiempo, en la eternidad.

— ¿Quién es el hombre?

Este hombre, en concreto, «cada» hombre, con su personalidad irreplicable, en su dimensión histórica existencial y con su destino trascendental.

— ¿Qué va a realizar este hombre?

Que es preguntar por su quehacer, por su misión en la vida, por los objetivos específicamente humanos a que debe dedicarse, por sus ideales, por sus metas.

— ¿Con qué medios?

Nos hallamos en una etapa de «maravillosos inventos de la ciencia y de la técnica que constituyen un avance, un reto y un riesgo. El progreso puede crear condiciones favorables para un mundo mejor, en todos los órdenes de la vida. Pero, al mismo tiempo, puede «alienar» al hombre y deshumanizarlo, si el progreso material, social, cultural no va acompañado de un progreso de los valores morales.

— ¿Para qué?

Para la formación integral del hombre en todas las dimensiones de su ser y de su quehacer, como ciudadano del mundo —como ser histórico— y como ciudadano de la eternidad, por su destino trascendente.

— ¿Cómo va a realizarse este hombre?

Hay que partir de planteamientos realistas para actuar con solidez, con acierto y con eficacia. Con un gran espíritu crítico y con discernimiento para no dejarse llevar por la «euforia» de los éxitos aparatosos del progreso. Para no embarcarse imprudentemente en aventuras o empresas que, bajo sus apariencias fascinantes, ocultan serios peligros para los valores «incuestionables» del hombre: la dignidad personal, los valores del espíritu, la inviolabilidad de la conciencia, Dios como valor absoluto, la fidelidad a los designios de Dios, etc.

— ¿Cuándo?

Hoy. En estos tiempos «difíciles» en que hacen crisis los más altos valores humanos y cristianos, en

el «hoy» atormentado y fascinante. En este hoy en el que nos hallamos por un designio especial de la Providencia divina. En este hoy contradictorio, pero esperanzador.

Está en juego, nada menos, la cuestión decisiva de salvar al hombre y su «talante humano y cristiano»:

«... En este momento de crisis de valores, de desorientación moral, pero también de ansiosa búsqueda de nuevas síntesis culturales, de tensión hacia una vida más conforme con las profundas aspiraciones del corazón humano, está llamada (la Iglesia) a participar activamente en la remodelación del entramado civil de la nación, fundado sobre los valores éticos del humanismo cristiano»¹.

Insiste Juan Pablo II en la responsabilidad que tiene contraída la Iglesia de salvar al hombre, amenazado por los sistemas e ideologías que actúan impulsados por humanismos «alienantes». Y afirma en Issy-les-Moulineaux que, en la etapa actual de la misión de la Iglesia *es necesaria una concentración particular sobre el hombre*², y pone de relieve «el hecho de que este acento antropológico tiene una raíz cristiana profunda y fuerte»³; y, por lo mismo, hay que «afrontar la problemática común del hombre como una parte integrante de su misión evangélica»⁴.

El sistema que trunque, margine, manipule o tergiverse estas cuestiones «decisivas» o que no pueda responderlas adecuadamente debe ser descartado de plano por simple sentido de honradez. Por desgracia, en nuestra época, las ideologías y los sistemas dan una visión «inadecuada» del hombre.

«Quizás una de las más vistosas debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es la época de las más hondas angustias del

¹ A los obispos italianos en asamblea extraordinaria, en Asís (12/III/1982).

² A la Conferencia episcopal de Francia, en Issy-les-Moulineaux (1/VI/1980).

³ Ibid.

⁴ Ibid.

hombre respecto a su identidad y su destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores conculcados como jamás lo fueron antes»⁵.

Esta enérgica afirmación de Juan Pablo II en Puebla esclarece la inconsistencia de los sistemas que descartan a Dios:

¿Cómo se explica esta paradoja? Podemos decir que es la paradoja inexorable del humanismo ateo. Es el drama del hombre amputado de una dimensión esencial de su ser —el absoluto— y puesto así frente a la peor reducción del mismo ser»⁶.

El humanismo ateo sobrepasa los límites del drama para convertirse en despiadada tragedia. Amputado el espacio del absoluto en la vida del hombre, no queda más que el túnel sin salida, un paisaje sin horizontes, una vida sin sentido. Es la paradoja del hombre endiosado que experimenta su propia fragilidad y pequeñez y llega a pensar que la vida es una pasión inútil, una fatalidad del destino o, simplemente, una «náusea». El humanismo ateo, cuando lo capitaliza un estado totalitario, es enemigo implacable de los derechos del hombre y una terrorífica amenaza contra su propia vida. La radiografía de Juan Pablo es impresionante:

«El ateísmo teórico y práctico que serpea ampliamente; la aceptación de una moral evolucionista desvinculada totalmente de los principios sólidos y universales de la moral natural y revelada, pero vinculada a las costumbres siempre variables de la historia; la insistente exaltación del hombre como autor autónomo del propio destino y, en el extremo opuesto, su deprimente humillación al rango de pasión inútil, de error cósmico, de peregrino absurdo de la nada en un universo desconocido y engañoso, han hecho perder a muchos el significado de la vida y han empujado a los más débiles y a los más sensibles hacia evasiones funestas y trágicas»⁷.

Nos enfrentamos a un fenómeno alucinante y trágico.

Ante una tentación «nueva», en cuya comparación palidecen las clásicas tentaciones del demonio, el mundo y la

⁵ Discurso de apertura de la III Conferencia general del Episcopado latino-americano, en Puebla (28/I/1980).

⁶ Ibid.

⁷ Homilía al Centro Italiano della Solidarietà (5/VIII/1979).

carne, es una «metatentación» que destruye radicalmente al hombre y lo sepulta en los fondos sombríos de la nada. El texto de Juan Pablo II es tajante:

«La tentación actual, sin embargo, va más lejos (casi se podría decir que es una 'metatentación'); va 'más allá' de todo cuanto, en el transcurso de la historia, ha constituido el tema de la tentación del hombre, y manifiesta, al mismo tiempo, se podría decir, el fondo mismo de toda tentación. *El hombre contemporáneo está sometido a la tentación del rechazo de Dios en nombre de su propia humanidad.*

Es una tentación especialmente profunda y especialmente amenazadora desde el punto de vista antropológico, si se considera que el mismo hombre no tiene otro sentido que el de imagen y semejanza de Dios»⁸.

Y lo más triste del caso —y lo lamenta el Papa— es que «estas formas modernas de la *tentación del hombre, que toma al hombre como absoluto*, afectan también a la comunidad de la Iglesia, convirtiéndose igualmente para ella en formas de tentación, y buscan así separarla de la autorrealización a que está llamada por el Espíritu de Verdad, precisamente a través del Concilio de nuestro siglo».

Es un hecho trágico, ante el cual es preciso reaccionar con discernimiento, con clarividencia, con valentía y a tiempo. Porque

«por una parte, nos encontramos frente a la amenaza de la ateización 'sistemática' y, en cierto modo, 'forzada' en nombre del progreso del hombre; pero, por otra parte, hay aquí también una amenaza, en el interior de la Iglesia: consiste en querer, de múltiples maneras, 'conformarse al mundo' en su aspecto actual 'de evolución'»⁹.

Esta visión del hombre contradice radicalmente las enseñanzas de Cristo y las constantes de la doctrina tradicional, ratificada por la Iglesia en nuestro tiempo. El hombre es imagen de Dios, ha sido elegido y llamado por su nombre para participar en el misterio salvador de Cristo, el Verbo encarnado. Es, por tanto,

⁸ *En Issy-les-Moulineaux.*

⁹ *Ibid.*

- irreductible a una simple parcela de la naturaleza,
- o a un elemento anónimo de la ciudad humana;
- no puede encerrarse en una visión estrictamente económica, biológica o psíquica,
- no es un ser sometido a los procesos económicos o políticos, sino que estos procesos están ordenados al hombre y sometidos a él ¹⁰.

La «radiografía» pontificia analiza otros síntomas preocupantes. Está bien el legítimo orgullo del hombre por sus conquistas. Pero, en el reverso de la medalla, nos encontramos con sus derrotas y fracasos, que infunden un pavor instintivo. De un lado, el progreso ha demostrado la «genialidad» del hombre. El desarrollo ha llegado a rebasar todas las fronteras imaginables en el descubrimiento de mundos nuevos, en la explotación a pleno rendimiento de las fuentes de producción, en la creación de nuevas riquezas. El hombre ha llegado a dominar la naturaleza y es difícil no descubrir en este progreso tan maravilloso auténticos signos de la grandeza del hombre en su «creatividad». Con todo, es peligroso dejarse llevar por la «euforia y por el entusiasmo unilateral de sus conquistas...»

Los fallos son excesivamente peligrosos, porque han acentuado en el hombre el concepto de la angustia vital, lo que podríamos llamar «psicosis de miedo». El hombre se siente amenazado, manipulado y explotado ante un presente injusto y un futuro incierto. Y se pregunta, atezado por el miedo, sobre las cuestiones fundamentales:

«Este progreso, cuyo autor y fautor es el hombre, ¿hace la vida del hombre sobre la tierra, en todos sus aspectos, 'más humana', la hace más 'digna del hombre'?» ¹¹

Y resulta que, en un balance objetivo, hay motivos serios para pensar que no: el humanismo sin Dios está lleno de vistosas contradicciones que provocan una situación interna de decepción y fracaso en el hombre mismo.

¹⁰ *En Puebla.*

¹¹ *Redemptor hominis.* También, *Discurso a la Presidencia del Parlamento Europeo (5/IV/1979).*

Las características del mundo actual no son precisamente tan positivas como para echar las campanas al vuelo en momentos de «euforia». La transformación en todos los órdenes —económico, cultural, científico, social— ha sido realmente «rápida y profunda». Un análisis sereno y objetivo de la realidad histórica debe detectar las luces y las sombras, los logros y los fracasos, los adelantos y los retrocesos, las ventajas y los riesgos.

En la transformación cultural,

«se hacen presentes —a veces alternativamente, otras veces confusamente— el entusiasmo y la ansiedad, la audacia y el miedo, la apertura hacia el futuro mirando con optimismo y la necesidad de reafirmar, cuando no de recuperar, los valores sólidos del pasado. Valores que no raras veces son sacrificados en momentos de euforia»¹².

El «secularismo» está asolando grandes zonas de la geografía internacional con síntomas peligrosos de descomposición y deshumanización:

- agnosticismo en los medios intelectuales, universitarios y amplios sectores de la juventud;
- una cierta concepción de la vida o un cierto humanismo sin Dios;
- graves problemas en el ambiente familiar, sobre todo en lo que respecta a la indisolubilidad del matrimonio;
- relajamiento de la conciencia moral y consiguiente relajación de las costumbres;
- conquista del bienestar material a todo precio y a cualquier precio¹³.

No. No todos son motivos de «euforia».

Resulta que el trabajo es una continua amenaza de «alienación». El hombre de hoy teme que los productos de la ciencia y de la técnica se conviertan en instrumentos de una autodestrucción catastrófica que haría palidecer a todas las hecatombes históricas.

La explotación de la tierra —«sin una planificación racional y honesta»— para fines no solamente industriales, sino también militares; el desarrollo de la técnica, no controlado

¹² A la Conferencia episcopal de Portugal, en Fátima (13/V/1982).

¹³ *Ibid.*

ni encuadrado en un plan a radio universal y auténticamente humanístico, «amenazan» el ambiente natural del hombre, lo «enajenan» en sus relaciones con la naturaleza y lo apartan de ella. El hombre parece no percibir otros valores que los inmediatos del uso y del consumo.

El cuadro de la civilización de consumo es radicalmente injusto, pues mientras unos disfrutan en exceso de los bienes necesarios y superfluos, amplios sectores de la sociedad mueren de hambre y desnutrición.

La economía de consumo se confiesa incapaz de resolver las injustas situaciones sociales heredadas del pasado y de enfrentarse a los desafíos y a las exigencias éticas.

Urge el remedio. Hay que proclamar las exigencias éticas y las normas objetivas del orden moral para salvar al hombre moderno de sus contradicciones y de sus frustraciones:

«Si la humanidad quiere controlar una evolución que se le escapa de la mano, si quiere sustraerse a la tentación materialista, que gana terreno en una huida desesperada hacia adelante; si quiere asegurar el desarrollo auténtico a los hombres y a los pueblos, debe revisar radicalmente los conceptos de progreso que, bajo sus diversos nombres, han dejado atrofiar los valores espirituales»¹⁴.

La gran paradoja de los «humanismos» es que fallan sus premisas aplicadas al hombre: no salvan su identidad específicamente humana, no trazan con claridad su vocación, su quehacer fundamental en la vida; no dan razones convincentes para que se realice como persona libre, responsable y creadora. El humanismo ateo, porque anula la más profunda realidad del hombre: su dependencia del absoluto, su metafísica relación de ser por otro y para otro, su fragilidad existencial, su radical contingencia. Los demás humanismos, sistemas o ideologías, porque padecen un «vistoso» error de perspectiva: nos presentan un hombre abstracto, autosuficiente, perfecto, desgajado de sus tendencias pecaminosas y de sus fallos reales.

Fallan las premisas y se distorsionan las conclusiones, porque el silogismo es formalmente falso. Y, en nombre del humanismo, se ha «deshumanizado» al hombre.

¹⁴ A los trabajadores, en Monterrey (31/I/1979).

La problemática del trabajo es «compleja y vital». Juan Pablo II ha explicado en Barcelona el «evangelio del trabajo», aclarando conceptos, abriendo horizontes, esclareciendo actitudes, estableciendo bases y normas.

- El trabajo no es un hecho accesorio, ni menos una maldición del cielo. Es una «bendición primordial» del Creador, una actividad que permite al individuo realizarse y ofrecer un servicio a la humanidad, servicio que merece un premio superior.
- El trabajo no es una necesidad biológica de subsistencia, sino un deber moral; es un acto de amor y se convierte en alegría: la alegría profunda de darse, por medio del trabajo, a la propia familia y a los demás; la alegría íntima de entregarse a Dios y de servirlo a los hermanos, aunque tal donación conlleva sacrificios. Por eso el trabajo cristiano tiene un sentido pascual.
- El evangelio del trabajo es un mensaje de salvación para todos los hombres, pero especialmente para los pobres y oprimidos.
- El trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo. No se llega al recto concepto del trabajo sino mediante un recto concepto del hombre.
- El trabajo y la laboriosidad constituyen un deber y un servicio a la célula familiar, a su vida, unidad, desarrollo y perfeccionamiento.
- El trabajo respeta las exigencias del bien común y transforma toda la actividad laboral en cooperación eficaz al bien de todos, enriqueciendo así el patrimonio de la familia humana.
- El trabajo no es primordialmente un problema coyuntural, económico o político. Es, ante todo, un problema ético que debe ser solucionado y tratado a la luz de las exigencias de la moral.
- El trabajo es, en una perspectiva evangélica, un medio para asemejarse a Dios Creador, un modo de perfeccionar el mundo por encomienda de Dios. Y un camino de perfección siguiendo a Cristo, que trabajó con sus manos...

De esa visión «manipulada» de los falsos humanismos provienen los fenómenos de verdadero cuadro clínico que presenta el hombre contemporáneo:

- esa sensación de miedo, porque el progreso lo aliena y la técnica lo desborda. El hombre se siente «instrumentalizado» por el sistema, en función de un rendimiento y de unos balances puramente financieros. Es como un *robot* dirigido y explotado al servicio de intereses materiales. Se olvida o se margina su condición de persona irrepetible y se conculcan sus derechos;
- la desproporción entre el progreso y el desarrollo de la civilización y el desarrollo de la moral y de la ética. Es un fenómeno de «gigantismo» que produce inquietud e invita a una reflexión seria: es un corpachón de atleta con una mentalidad infantil. Es como la estatua orgullosa de los pies de barro, que acaba por desmoronarse con estrépito;
- frente a tan claras declaraciones sobre los derechos humanos, la triste realidad de su conculcación a nivel personal y colectivo, con procedimientos que estremecen por su brutalidad y resentimiento:

«Esta dignidad es conculcada, a nivel individual, cuando no son debidamente tenidos en cuenta valores como la libertad, el derecho a profesar la religión, la integridad física y psíquica, el derecho a los bienes esenciales, a la vida... Es conculcada, a nivel social y político, cuando el hombre no puede ejercer su derecho de participación o es sujeto de injustas e ilegítimas coerciones, o sometido a torturas físicas o psíquicas, etc.»¹⁵

¹⁵ *En Puebla.*

«REDEMPTOR HOMINIS»

La antropología cristiana responde «adecuadamente» a todas las preguntas sobre el hombre, no en abstracto, sino en su dimensión concreta, «histórica» y personal. Es una visión realista sobre el origen del hombre: viene de Dios, por creación. Su ser «por Otro», su ser «creatura» identifica su personalidad para siempre. El hombre, en lo más profundo de su ser y en todas las vicisitudes de su existir, está religado ontológicamente al Dios-Creador. Dios es el principio fontal, el medio existencial y la razón última del ser creado. Como decía San Pablo: «En El nos movemos, existimos y somos».

Dios no se desentiende de su criatura.

Sigue influyendo en el hombre mediante una presencia esencial de poderosa fuerza y de amor. Esta presencia es actual e imprescindible y se ejerce mediante la conservación en el ser, que es una prolongación del poder creador de Dios.

El hombre, por tanto, no ha sido arrojado al mundo por el azar o por un destino fatalista, sino puesto «providencialmente» —paternalmente— por Dios en la tierra para dominarla, para formar la familia humana y para perfeccionar el mundo con su inteligencia, con su arte, con su trabajo, con su destreza. La vida en la tierra es una «peregrinación hacia el Señor» hasta la muerte. El hombre tiene un alma inmortal y está destinado a vivir eternamente. La muerte no es un túnel sin salida, sino que abre las puertas de la resurrección. La muerte no es «algo» que acontece, es alguien —Cristo resucitado— que viene, que nos sale al encuentro. El cristiano comparte el destino del Resucitado.

Son verdades incuestionables para un cristiano.

Son certezas de fe, fundadas sobre la roca incommovible de la palabra divina, que es decir garantizadas por el mismo Dios. La antropología cristiana se desenvuelve en el ámbito de Dios-Creador y recobra su plenitud en la encarnación del Verbo. La Iglesia posee, gracias al Evangelio, la verdad so-

bre el hombre y se siente obligada a proclamarla con convicción, con firmeza y con gozoso optimismo.

Y ¿cuál es la verdad del hombre?

Según el relato bíblico, el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. El hombre es

«uno, único e irrepetible..., alguien eternamente ideado y eternamente elegido, alguien llamado y denominado por su nombre»¹.

«La afirmación primordial de esta antropología (cristiana) es la del hombre como imagen de Dios, irreductible a una parcela de la naturaleza o a un elemento anónimo de la ciudad humana»².

«La dignidad humana es un valor evangélico que no puede ser despreciado sin grande ofensa al Creador»³.

«La Iglesia quiere estar siempre al servicio del hombre, de su promoción espiritual y humana, de su ser integral y en todas las circunstancias de su existencia...»⁴

Y frente a todos los «humanismos» empobrecedores, la Iglesia proclama sin temor ni dudas, con una confianza total en los caminos de Dios, que

«el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GS 22)⁵.

El hombre ha sido creado «a imagen» y «semejanza» de Dios.

El soplo creador infundió en la mente del hombre la chispa ardiente de la inteligencia, y en el pecho, el corazón, centro de la voluntad y los sentimientos.

Dios crea al hombre como «señor», para que domine la tierra. Para que este dominio sea efectivo, el hombre ha de mantenerse fiel a sí mismo, como señor. Se pierde este dominio cuando el hombre da prioridad a la técnica sobre la ética, cuando está sometido a condicionamientos económicos, políticos o ideológicos que lo empobrecen vitalmente como persona o a presiones de todo tipo que impiden su

¹ Discurso de apertura de la III Conferencia general del Episcopado latino-americano, en Puebla (28/I/1980).

² Ibid.

³ Ibid.

⁴ Ibid.

⁵ *Redemptor hominis* 8,13.

realización «como hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios». La primera pareja humana perdió este dominio por su actitud de «rebeldía» y por su fragilidad ante la tentación de endiosamiento.

Este fue el primer pecado —el pecado original— que dejó al hombre seriamente herido y con un lastre pesado como consecuencia. Los resultados del pecado original son tan «visibles» que hay que admitirlos por sentido elemental de realismo. La desintegración del hombre en todas sus formas pecaminosas radica en la «rebelión» contra los planes de Dios. El hombre «deshumanizado» y frágil, sometido a todos los ramalazos del instinto y a todas las torpezas que enumera San Pablo en su carta a los Romanos, es una consecuencia del pecado original.

Y, en el fondo, el temor, la turbación, la violencia, el sufrimiento, las injusticias —esa situación tensa de angustia y temor que analiza la *Redemptor hominis*— son el poso amargo que dejó en el paladar del hombre el fruto prohibido.

El pecado deformó la imagen divina en el hombre. Cortó el vínculo de amistad que lo unía a Dios. Fue una ruptura con Dios, de dimensiones catastróficas, que cambió el rumbo de la historia humana con una desorientación de base. El olvido, sobre todo culpable, del pecado original hace incomprensible la historia personal y colectiva de la humanidad. Adán nos dejó una herencia maldita y una deuda enorme que había que cancelar y redimir. Y el hombre, esclavizado por la culpa, era incapaz de hacerlo.

En las fuentes turbias del pecado original nacen todos los ríos del mal que surcan nuestro angustiado mundo. Los pecados personales y colectivos de hoy, de ayer y de mañana no son más que afluentes «contaminados» que engrosan su caudal hasta «salirse de madre». Con frecuencia, el hombre contemporáneo ha presenciado cómo las riadas se llevaban las cosechas e inundaban pueblos enteros.

Sí, el pecado original es demasiado evidente para negarlo.

Está ahí, agazapado bajo etiquetas, ideologías y modelos de sociedad de cara inocente e incluso de formas fascinantes. Está disfrazado en los humanismos, que nos dan «una visión del hombre estrictamente económica, biológica o psíquica; en las ideologías, que dan como fruto toda clase

«de dominaciones, esclavitudes, discriminaciones, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y contra la vida»; en el permisivismo moral, que se traga los camellos de la lujuria desordenada y de la injusticia despótica sin remordimientos de conciencia, porque ha llegado a matar las conciencias...

El pecado original está ahí: en los rostros avejentados prematuramente por la vida desordenada y viciosa. En los bajos fondos de la humanidad impotente y dolorida del sexo, las drogas, la violencia, la delincuencia. ¡Qué amargura la que se dibuja en esas caras sin ilusión, sin brillo, casi sin esperanza! El pecado original azuza las pasiones que llevan a los conflictos, a las guerras, a la sangre humana vertida en acciones de pesadilla. El pecado original está en el fondo de esa terrible tentación —de la «metatentación»— que rechaza a Dios en nombre del hombre.

Y ahí quedan sus frutos amargos. Dijo el Señor:

— *Ganarás el pan con el sudor de tu frente.*

Y el trabajo se ha convertido en una exigencia ruda y dura para subsistir. El trabajo quema la frente de sudor y de preocupaciones, de turbación y miedo, porque llega a esclavizar. La lucha por la vida reviste caracteres tan dramáticos, que amplias zonas y grandes sectores del mundo del trabajo viven en condiciones indignas de la persona humana, sin más horizonte que ir sobreviviendo. Y existen aún situaciones límites de marginación y precariedad que constituyen un revulsivo para los hombres rectos, como son el hambre, el analfabetismo, el colonialismo cultural, político y social y la «plaga» del paro.

Por otra parte, el hombre se siente «amenazado» por lo que produce, es decir,

«por el resultado del trabajo de sus manos, y más aún por el trabajo de su entendimiento, de las tendencias de su voluntad. Los frutos de esta múltiple actividad del hombre se traducen muy pronto y de manera a veces imprevisible en objeto de 'alienación'; es decir, son pura y simplemente arrebataados a quien los ha producido; pero, al menos parcialmente, en la línea indirecta de sus efectos, esos frutos se vuelven contra el mismo hombre; ellos están dirigidos o pueden ser dirigidos contra él. En

esto parece consistir el drama de la existencia humana contemporánea en su dimensión más amplia y universal»⁶.

Existencia dramática. Psicosis de miedo porque los frutos de la «genialidad» humana pueden convertirse en medios de destrucción y cataclismo.

La Iglesia está con los trabajadores para cumplir con su misión, recordando que, en definitiva, el hombre debe ser siempre el protagonista de la actividad humana en todas sus formas.

- El capital no es más que «un conjunto de cosas».
- Los aspectos técnicos y económicos están en función del hombre.
- La antinomia entre capital y trabajo es «innatural e ilógica».
- La lucha de clases, programada artificialmente, está reñida con la visión cristiana del trabajo.
- La empresa debe presentar un rostro cada vez más humano, mediante la implantación de relaciones justas de colaboración y solidaridad.
- El derecho al trabajo no es una concesión o privilegio que otorga la sociedad. Es un derecho natural, anterior a la misma sociedad.

Juan Pablo II concluye en plan de síntesis:

«Economía y técnica, en efecto, no tienen sentido si no son referidas al hombre, al que deben servir».

La técnica y la civilización deben ir acompañadas por un desarrollo «proporcional de la moral y de la ética». El progreso creador de nuestro tiempo «no puede menos de engendrar múltiples inquietudes», porque, con frecuencia, no ha hecho la vida de los hombres «más humana», ni «más digna del hombre», ni más conforme a los designios del Creador⁷.

El Papa se hace estos serios interrogantes

«en vista de una situación que continúa siendo alarmante»,

⁶ Ibid., 15.

⁷ Ibid.

y está afectiva y efectivamente

«con esas masas de población casi siempre abandonadas en un innoble nivel de vida y a veces tratadas y explotadas duramente...»⁸

y define los «campos de soledad» con un aguafuerte impresionista: «El mundo deprimido del campo, el trabajador que con su sudor riega también su desconsuelo...»⁹

CRISTO, REDENTOR

Cristo es el centro metafísico del universo.

Por Cristo, en Cristo, con Cristo y para Cristo han sido creadas todas las cosas. Sólo Cristo capacita para una comprensión entera y profunda del ser, y especialmente la intimidad del misterio del hombre redimido. Cristo es, pues, la razón de ser del hombre. Todo hombre gira estremecido en torno al Hijo de Dios vivo.

Cristo es el centro «histórico» del mundo y del hombre. No es solamente un punto de referencia: «antes de Cristo y después de Cristo». Es una fuerza transformadora que, con su dinamismo imparable, cambia el rumbo y el sentido de la historia humana. Cristo es el «ayer, el hoy y el siempre», porque, en última instancia, el mundo sin El no tendría razón de ser. Porque, desde El, la humanidad está recuperada para el hombre y para Dios.

Cristo es el centro «amoroso» de la humanidad. Porque fue con su doctrina y con su vida un continuo «revelador» de Dios, que se define como Amor: Dios es amor. Un amor más grande que todo lo creado, más grande que el pecado, que la debilidad, que la «vanidad de la creación»; más fuerte que la muerte. Un amor siempre dispuesto a perdonar, a ir al encuentro del hijo pródigo. Un amor infinitamente misericordioso. Jesucristo es, personalmente, la revelación y la expresión de ese amor que llega a dar la vida. El hombre redimido queda impresionado y esperanzado ante

⁸ *Dignidad del mundo agrícola*. Saludo a la población de Oaxaca y Chiapas, en Cuilapán (29/I/1979).

⁹ *Ibid.*

esta prueba definitiva que es dar la vida: «Me amó y se entregó a la muerte por mí».

El amor es el mejor guía y maestro para descubrir el misterio de la vida humana y el único camino válido para la comprensión del hombre. Es, al mismo tiempo, la única respuesta válida del cristiano al plan providencial de Dios.

Las reflexiones de Juan Pablo II son hermosísimas:

«El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es —si se puede expresar así— la dimensión humana del misterio de la redención»¹⁰.

Y en esta dimensión es donde el hombre vuelve a encontrar:

- la grandeza,
- la dignidad,
- el valor,
- la identidad,
- el descubrimiento,
- la comprensión plena

de lo que es el hombre, de su misión, de su destino.

El Verbo encarnado es el único que puede llevarnos a una comprensión abierta del hombre, porque es Hombre verdadero —¡EL HOMBRE!— Camino, Verdad y Vida. Lo expresa el Papa con bellos matices:

«El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo —no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes— debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en El con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la encarnación y de la redención para encontrarse a sí mismo»¹¹.

¹⁰ *Redemptor hominis* 10.

¹¹ *Ibid.*

Cristo da una respuesta adecuada a todos los interrogantes que perturban al hombre contemporáneo:

«En Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella, y al mismo tiempo, en Cristo y por Cristo, el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia»¹².

El hombre se arrodilla con reverencia y proclama con profundo agradecimiento su amorosa fe en la encarnación del Verbo, que viene a compartir la humanidad y el destino histórico de los hombres como redentor y salvador: *Et Verbum caro factum est*.

Lo recuerda Juan Pablo II en Roma, al explicar a los jóvenes el sentido de la Navidad:

«Jesús ha nacido para cada uno de nosotros, para cada hombre, para cada muchacho y muchacha, incluso aunque no lo sepan ni estén enterados; ha nacido para amarnos, para salvarnos, para enseñarnos el sentido verdadero de la vida. Por ello mantened siempre viva la alegría de la Navidad, que es una alegría inmensa, interior, sobrenatural. Esta es la alegría que os auguro para ahora y para siempre»¹³.

La actitud del cristiano ante el misterio conmovedor de la Encarnación es de ferviente acogida de la persona de Cristo y de su mensaje salvífico. En el mesón del corazón tiene siempre el creyente morada, hospedaje y comunión para Jesús bendito y una ofrenda para presentar al Niño-Dios:

«Aceptar el mensaje de Jesús como definitivo y decisivo porque es divino. Jesús es el Verbo encarnado, es la 'Palabra de Dios' hecha hombre para comunicar la Verdad, para revelar, para iluminar a la humanidad entera sobre sus designios eternos. Jesús es la luz; no se puede prescindir de El»¹⁴.

¹² Ibid.

¹³ *El verdadero sentido de la Navidad*. A los muchachos de Acción Católica (22/XII/1979).

¹⁴ Ibid.

Esta aceptación de la persona y del mensaje de Jesús cristaliza en un compromiso con el hombre, con todo hombre, con el misterio de todo hombre, que se esclarece a la luz del Verbo encarnado, ya que, como dice el Papa, citando una frase espléndida del Concilio, «mediante la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre». Cristo en su Navidad nos ha hermanado a todos los hombres del planeta en su singularidad irreplicable, en su historial personal y en su proyección comunitaria:

«El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y, a la vez, de su ser comunitario y social —en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación o pueblo (y posiblemente sólo aún del clan o tribu), en el ámbito de toda la humanidad—, este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión; él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención» ¹⁵.

El cristiano tiene que comprometerse por este hombre concreto, histórico, irreplicable, enfermo y pecador, que había perdido el sentido de su existencia, condicionado por falsos humanismos, por ideologías y sistemas que atentan contra la misma dignidad del hombre. Y este compromiso es gravísimo, porque Cristo se ha identificado con todo hombre, con cada hombre:

«Así, pues: ¿buscas a Dios? Encuéntralo en tu hermano, porque Cristo se ha como identificado ya en cada uno de los hombres. ¿Quieres amar a Cristo? Amalo en tu hermano, porque todo lo que haces a uno cualquiera de tus semejantes, Cristo lo considera hecho a El. Si te esfuerzas, pues, en abrirte con amor a tu prójimo, si tratas de establecer relaciones de paz con El, si quieres poner en común tus recursos con el prójimo para que tu alegría, al comunicarse, sea más verdadera, tendrás a tu lado a Cristo y con El podrás alcanzar la meta que sueña tu corazón: un mundo más justo y, por lo tanto, más humano» ¹⁶.

¹⁵ *Redemptor hominis* 14.

¹⁶ *Sentido de la Navidad*. Audiencia general (23/XII/1981).

Dentro de este proceso dinámico y teologal, el argumento más poderoso y convincente a favor de la grandeza y de la dignidad del hombre es que Cristo dio su vida por salvarlo. Exclama el papa Juan Pablo II:

«¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador si ha 'merecido tener tan grande Redentor', si 'Dios ha dado a su Hijo' a fin de que él, el hombre, 'no muera, sino que tenga la vida eterna'»¹⁷.

Las pruebas del amor de Dios al hombre, de su preocupación por el hombre histórico y concreto, son abrumadoras. Dios ha querido salvar al mundo y redimir al hombre con designios tan maravillosos y misteriosos, que producen verdadero «estupor». La prueba decisiva es la encarnación del Hijo-Verbo, que se hizo hombre y nació de la Virgen María:

«A través de la encarnación, Dios ha dado a la vida humana la dimensión que quería dar al hombre desde sus comienzos, y la ha dado de manera definitiva —de modo peculiar a él solo, según su eterno amor y misericordia, con toda la libertad divina— y, a la vez, con una magnificencia que, frente al pecado original y a toda la historia de los pecados de la humanidad, frente a los errores del entendimiento, de la voluntad y del corazón humano, nos permite repetir con estupor las palabras de la sagrada liturgia: *¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!*»¹⁸

Este estupor profundo ante la dignidad y el valor del hombre redimido se llama Evangelio. Cristo hace que el hombre se conozca a sí mismo, hasta lo más hondo de sí mismo, no sólo según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales y a veces superficiales e, incluso, meramente «aparentes». El hombre debe, con su vida y con su muerte, con la realización total de su destino, dejarse vivir y redimir por el Salvador. El hombre debe acercarse a Cristo

«con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte»¹⁹.

¹⁷ *Redemptor hominis* 10.

¹⁸ *Ibid.*, 1.

¹⁹ *Ibid.*, 10.

Este estupor se llama también cristianismo:

«Este estupor justifica la misión de la Iglesia en el mundo, incluso y quizá aún más, 'en el mundo contemporáneo'. Este estupor y al mismo tiempo persuasión y certeza, que en su raíz profunda es la certeza de la fe, pero que de modo escondido y misterioso vivifica todo aspecto del humanismo auténtico, está estrechamente vinculado con Cristo. El determina también su puesto, su —por así decirlo— particular derecho de ciudadanía en la historia del hombre y de la humanidad»²⁰.

²⁰ Ibid.

EVANGELIZACION Y SACRAMENTALIZACION

«Ejerced vuestras tareas ministeriales como otros tantos actos de vuestra consagración, convencidos de que todas ellas se resumen en una: reunir la comunidad que os será confiada en la alabanza de Dios Padre, por Jesucristo y en el Espíritu, para que sea la Iglesia de Cristo sacramento de salvación...

Por eso, haced de vuestra total disponibilidad a Dios una disponibilidad para vuestros fieles».

JUAN PABLO II, *Homilía durante la ceremonia de ordenación sacerdotal celebrada en el paseo de la Alameda, de Valencia.*

En el envío de los apóstoles constan estos dos momentos en la vida de la Iglesia: «Id y predicad el Evangelio a toda criatura, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Más que de dos «momentos», se podría hablar de dos funciones o, mejor aún, de la doble dimensión de un único servicio pastoral. La Iglesia no es una realidad plena hasta que se pone en marcha, con todo vigor, la vida sacramental.

El enfrentamiento polémico, el antagonismo entre evangelización-sacramentalización, es otro error de perspectiva que no tiene razón de ser en la vida eclesial. Palabra y bautismo, predicación y sacramento se entrecruzan, se complementan y se exigen en el dinamismo de la vocación cristiana. El hombre «nuevo», redimido por Cristo, se hace discípulo por la respuesta de fe a la llamada redentora, se fortalece con la confirmación para combatir y superar las pruebas, está unido al destino de Cristo por la gracia, queda rescatado por la sangre de Cristo, derramada en la cruz, y participa plenamente en la vida cristiana con la recepción de la Eucaristía.

El proyecto de vida cristiana trasciende los horizontes de todo humanismo al realizarse en-desde-por el «misterio de Cristo», que ha entrado en su vida de un modo irrepetible.

El cristiano está llamado a la santidad. Y para conseguirla tiene que seguir el mismo proceso que hemos delineado al hablar de la santidad sacerdotal.

Los puntos básicos de este proceso son los siguientes:

1. El cristiano ha sido llamado a la gracia de la fe en una epifanía de gracia. Dios lo predestinó y lo llamó para que se conforme a imagen de Cristo. Por el bautismo somos sumergidos en la muerte de Cristo para ser igualmente partícipes de su resurrección, como enseña el Apóstol. Esta fe es un don de Dios «en» la Iglesia.

2. Soy cristiano «por la gracia de Dios», que me llamó a participar de su propia vida divina. Por la gracia de Cristo, que se ha metido en mi vida, en mi historia, en mi destino de un modo misterioso, pero real, en su encarnación. Cristo me ha salido al encuentro y me ha dicho personalmente: «Sígueme». El seguimiento «pronto» de su invitación me ha hecho experimentar con una profundidad desconocida que Cristo es Camino, Verdad y Vida. La vocación cristiana es el fruto de un amor infinito, ya que Cristo «me amó y se entregó a la muerte por mí».

3. El dinamismo de la vocación cristiana exige una situación permanente de escucha, de consulta a Dios y una dócil entrega a su servicio: «Habla, Señor, que tu siervo escucha». Y una decisión de secundar sus planes con total fidelidad: «Señor, ¿qué quieres que haga?» El cristiano es el hombre de Cristo que está obligado a su santo servicio.

4. Todo lo que se dijo de la conversión al hablar del sacerdocio viene a cuento y debe exigírsele al cristiano, sin recortar en nada sus exigencias, sin rebajas en la dedicación.

El cristiano tiene que convertirse cada día, con una acogida leal y entusiasta de la llamada y un esfuerzo constante por realizar los designios de Dios.

Tiene que dedicarse a la oración, tiene que vivir en gracia, tiene que dar testimonio de su fe y presentarse siempre como testigo «creíble», tiene que ser víctima con Cristo en la cruz del deber conyugal, de la ejemplaridad en el trabajo, en la santificación del sufrimiento, en la preocupación por sus semejantes...

Porque, en definitiva, el cristiano está llamado a ser

«otro Cristo». Y este ideal hay que realizarlo en la oración, en la reflexión profunda del Evangelio, en la frecuentación de los sacramentos y, de un modo especial, en la participación frecuente en la Eucaristía.

Cambiando la identidad sacerdotal por la identidad «cristiana», el camino de santidad es Cristo para todos. Sí, hay que decir al cristiano, sin miedo —de un modo persuasivo y convincente— que tiene que ser santo porque Cristo le ha llamado para ser santo.

Hay que gritarle que Cristo es la suprema razón de

— su existencia,

— que se deje cautivar, apresar, arrastrar y «coger» por Cristo,

— que no tenga miedo a Cristo,

— que abra de par en par las puertas a Cristo.

Es un eslogan que el buen papa Juan Pablo II ha hecho popular y que repite con fruición y entusiasmo. Esta apertura a Cristo es hoy urgente para descubrir el verdadero sentido de la vida, para captar y acoger el proyecto de Dios en la propia historia personal, para proporcionar al hombre contemporáneo razones sólidas para vivir, para esperar y para realizarse en todo el ámbito de la persona, tanto a nivel individual como colectivo. Es una invitación estimulante: «abrid de par en par las puertas a Cristo».

Lo dijo el Papa en Puebla y lo ha vuelto a gritar hasta la saciedad:

«No me cansaré yo mismo de repetir, en cumplimiento de mi deber de evangelizador, a la humanidad entera: ¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora las puertas de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y el desarrollo»¹.

Así, pues, como decíamos, «evangelización-sacramentalización» van unidas.

¿Habrá mejor evangelización que comprometer al cristiano con la figura viva del hijo que se va a bautizar, con las imágenes plásticas de la luz, que es Cristo —luz que hay que poner en lo alto para que el cristiano brille por su ejem-

¹ *En Puebla* (28/I/1980).

plaridad—; con la vestidura blanca —gracia, veracidad, autenticidad, pureza, alegría—, que hay que presentar al Señor inmaculada; con las lecturas de la palabra divina, que señalan el camino e invitan a vivir santamente?

LA CONFESION

El sacramento de la penitencia —la confesión individual— es un espacio fuerte de «evangelización», ya que afecta al hombre en los centros más neurálgicos de su personalidad, en los focos más íntimos de su historia personal, en las raíces vitales de su existencia. El hombre se reconoce pecador y llora sus culpas con amargura, pero con esperanza. Está dispuesto a una ruptura drástica con su situación pecaminosa, después de una revisión de vida que ahonda hasta los bajos fondos de la conciencia. Es una situación límite de intensa vergüenza que decide el retorno a la casa paterna con la confesión de sus extravíos: «Me levantaré y volveré junto a mi Padre».

El sacramento de la penitencia —la confesión individual—, administrado con la dignidad exigible, sin prisas, con dedicación, puede convertirse en una catequesis extraordinaria de orientación cristiana, de reflexión profunda sobre el pecado, de formación de criterios y actitudes evangélicos. Es un ministerio de capital importancia en el proyecto de vida cristiana, porque supone un encuentro personal, en la más profunda realidad del ser humano, con Cristo, que perdona y exige la conversión, es decir, el cambio radical de vida.

Por otra parte, la confesión individual se caracteriza por su inmediatez. Es una evangelización de hombre a hombre, de alma a alma. Va directamente a la situación existencial y moral de «este» penitente, con sus problemas, con sus propios fallos, con sus pecados concretos, con sus luchas, con sus fracasos, con sus experiencias en los caminos del espíritu. Sobre la base de este conocimiento personal es mucho más fácil ir directamente a una terapéutica realista y concreta. Como decía con gracejo un misionero popular: «En la predicación se levanta la pieza; en el confesonario se cobra la pieza».

La evangelización «levanta la pieza»: hace surgir los buenos deseos de una vida cristiana ejemplar y santa. Pero este deseo de conversión se realiza cuando el hijo pródigo se encuentra con su Padre y le confiesa sus pecados, y celebran juntos el banquete de la reconciliación.

La confesión es un momento de especial intensidad.

El pecador se encuentra personalmente con Dios y le rinde cuentas:

- de sus fallos, en una ordenada jerarquía de valores: para con Dios, para con el prójimo, para consigo mismo,
- de su pereza en el servicio, del cansancio en sus obligaciones, de la cobardía en la lucha, de la rutina, de la tibieza, del «pasotismo»,
- de los pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión,
- de los fracasos en su proyecto de vida, que queda siempre a medio camino o en los comienzos,
- del pesimismo derrotista que lo invade y lo inutiliza para la acción,
- del egoísmo insolidario y empobrecedor, de las ambiciones terrenales, del desentendimiento, del desamor,
- de la infidelidad a la gracia del propio estado,
- de la mentalidad profana, de los juicios de valor inspirados en el ambiente pagano y permisivista,
- de la falta de testimonio y coherencia en la propia vida.

El papa Juan Pablo II recuerda que la Iglesia defiende con la confesión individual el «derecho del hombre a un encuentro más personal con el Cristo crucificado, que perdona», y del «derecho de Cristo a encontrarse con cada uno de nosotros en aquel momento clave de conversión y perdón»².

La práctica de la confesión individual es «multisecular» en la Iglesia y reviste una importancia capital en la vida cristiana. Por eso el Papa entona un canto vibrante a la confesión sacramental en el contexto de la fe y la conversión:

² *Eucaristía y confesión individual*. A un grupo de obispos de la India (26/IV/1979):

«Hermanos, no os canséis nunca de ensalzar el valor de la confesión individual»³.

Se adivina un acento de tristeza velada en la reflexión final:

«La experiencia de siglos confirma la importancia de dicho ministerio. Y si los sacerdotes comprendieran profundamente la estrecha colaboración que, mediante el sacramento de la penitencia, prestan al Salvador en el trabajo de la conversión, se entregarían con un celo cada día mayor a este ministerio. Otros trabajos pueden ser pospuestos e incluso abandonados por falta de tiempo; *pero no así el trabajo de la confesión*»⁴.

«Mienten» quienes dicen que es una «represión». En el fondo, es un encuentro «liberador» con Cristo y una fuente de sana alegría interior. Dice Juan Pablo II a los universitarios romanos:

«Purificad vuestros corazones en el sacramento de la penitencia. Mienten quienes acusan la invitación de la Iglesia como si proviniera de una mentalidad 'represiva'. La confesión sacramental no constituye una represión, sino una liberación. No hace surgir sentimientos de culpa, sino que borra la culpa, elimina el mal cometido y da la gracia del perdón. Las causas del mal no deben buscarse en el exterior del hombre, sino, sobre todo, en el interior del corazón. También su remedio parte del corazón. Por consiguiente, los cristianos, mediante la sinceridad de su propio empeño de conversión, deben revelarse frente al achatamiento del hombre, y proclamar con su propia vida la alegría de la verdadera liberación del pecado mediante el perdón de Cristo»⁵.

El Papa confiesa que el mejor regalo y la mayor alegría a su ida a Irlanda fue la preparación del pueblo mediante la confesión sacramental.

La práctica del sacramento de la penitencia sirve para conocerse a sí mismo y para plantearse, desde una plataforma evangélica, unas cuantas cuestiones decisivas e inaplazables: ¿Vivo con sinceridad y coherencia mi vocación cris-

³ Ibid.

⁴ Ibid.

⁵ *La cruz, cátedra de la verdad*. Homilía en San Pedro a los universitarios romanos (5/IV/1979).

tiana de discípulo del Crucificado? ¿Me dejo invadir por las enseñanzas del Crucificado?

Hay que poner de nuevo sobre el tapete las grandes palabras olvidadas, tan impopulares en nuestra sociedad «permisiva»: mortificación, penitencia, tentación, combate, «prueba», culpabilidad, pecado, «crucifixión». Hay que despertar y afinar la conciencia de pecado, por fidelidad al Redentor y a las promesas que le hemos hecho en el bautismo. Hay que «rasgar los corazones» como represalia contra el pecado. Es lo que nos recuerda el Papa con decisión y reiteración:

«El hombre contemporáneo experimenta la amenaza de una impasibilidad espiritual y hasta de la muerte de la conciencia; y esta muerte es algo más profundo que el pecado: es la eliminación del sentido del pecado. Concurren hoy muchos factores para matar la conciencia de los hombres de nuestro tiempo. Y esto corresponde a la realidad que Cristo ha llamado 'pecado contra el Espíritu Santo'. Este pecado comienza cuando al hombre no le dice ya nada la palabra de la cruz como el grito último de amor, que tiene el poder de rasgar los corazones»⁶.

La cruz es «locura» y «escándalo» para quienes recortan la vertical del hombre, cortando la comunicación con el Hijo de Dios. El humanismo vuela siempre a ras de tierra, porque la materia «ha tocado» sus alas. El relativismo, desde la miopía de sus perspectivas coyunturales y pragmáticas volubles, quita hierro a los valores absolutos y destruye el sentido del pecado. El hombre, ofuscado por la tentación fascinante de endiosamiento, se rebela contra su Señor en nombre de su total autonomía, que no admite más normas que su libertad absolutizada.

El cristiano, en cambio, reconoce todas sus limitaciones ontológicas y éticas con amorosa humildad. Sabe que es un ser contingente y pecador, pero se siente «re-ligado» a Dios como Creador y como Padre, y forma su conciencia con criterios rectos, ajustados a normas superiores que dimanan de Dios. La conciencia es la voz de Dios que habla desde dentro, desde lo más profundo del ser, hecho a imagen y semejanza de Dios.

El cristiano «conoce a Cristo, pobre y crucificado», y «se

⁶ *Rasgad vuestros corazones*. En el «Angelus» (1/IV/1979).

gloría solamente en la cruz de Cristo». Es una exigencia de fidelidad y de amor hablar de la cruz, llevarla con santo orgullo en pos de Jesús, completar en sus miembros lo que falta al «viacrucis» del Señor. Y esta crucifixión nos enseña «cuál debe ser la actividad generosa del cristiano para que se registre la primavera del espíritu, el reflorcer del bien, el resucitar a la vida nueva con Jesús y en Jesús».

La penitencia sacramental es un magnífico aprendizaje de la cruz. Porque implica un compromiso esforzado de renuncia y un propósito sincero de enmienda, de ruptura con la mala vida pasada y, en formulación positiva, levantarse y volver a la casa del Padre para celebrar el banquete de la reconciliación.

En rigor, es necesario retomar las grandes realidades olvidadas, sin miedo a la impopularidad, y proponer con fidelidad y audacia las líneas clásicas —es decir, eternas— del Evangelio y de la espiritualidad cristiana. Y proclamar la más bella verdad que está en la base del ser cristiano: somos los discípulos, los seguidores apasionados del Crucificado. La lógica —la divina lógica de la cruz— se impone:

«¿Qué renunciáis? Renuncia del 'yo', es decir, a tantos caprichos o aspiraciones malsanas; renuncia a los defectos propios, a la pasión impetuosa, a los deseos ilícitos. Ayuno es saber decir un 'no' tajante y decidido a cuanto viene sugerido o solicitado por el orgullo, el egoísmo, el vicio, escuchando a la propia conciencia, respetando el bien ajeno, manteniéndose fieles a la santa Ley de Dios. Ayuno significa poner un límite a tantos deseos, a veces buenos, para tener pleno dominio de sí, para aprender a regular los propios instintos, para entrenar la voluntad en el bien...»⁷

La confesión individual es evangelización y praxis de esta renuncia. Por eso hay que darle «la mayor importancia» a la hora de programar las actividades apostólicas. Después de insistir en la idea de la *Redemptor hominis* de que la confesión es un «derecho de Cristo a encontrarse con el hombre en ese momento 'clave' de la conversión y el perdón», afirma Juan Pablo II:

«Dad siempre prioridad a este papel específicamente sacerdotal de representar al Buen Pastor en el sacra-

⁷ *La mortificación del cristiano*. Audiencia con los jóvenes (21/III/1979).

mento de la penitencia. Y conforme vayáis testimoniando y alabando la maravillosa acción del Espíritu Santo en los corazones humanos, vosotros mismos os iréis sintiendo llamados a una mayor conversión y a un amor más profundo por Cristo y su rebaño»⁸.

La reiteración con que Juan Pablo II se refiere a la confesión nos pone sobre la pista de sus convicciones y de su expresa voluntad. No se trata de un tema más o menos importante: es decisivo en el ministerio de las almas, para cuya salvación ha querido el Señor la mediación de otras almas y de toda la Iglesia en su trabazón jerárquica. Es una dimensión «prioritaria» de la misión apostólica que exige dedicarle la vida entera. El Papa analiza y expone con su agudeza característica las razones de esta total dedicación:

- es una práctica multiseccular en la Iglesia,
- está vigente —y lo estará siempre en la Iglesia— la enseñanza del concilio Tridentino acerca de la necesidad de la confesión íntegra de los pecados mortales,
- está vigente —y lo estará siempre en la Iglesia— la norma paulina y eclesial en virtud de la cual, para la recepción digna de la Eucaristía, debe preceder la confesión de los pecados cuando uno es consciente de pecado mortal,
- la confesión es una fuerza de capital importancia para santificar a las almas.

En este contexto hay que situar su exhortación a los penitenciaros y a todos los sacerdotes del mundo:

«Deseo decir a los padres penitenciaros y, además, a todos los sacerdotes del mundo: dedicaos, a costa de cualquier sacrificio, a la administración del sacramento de la reconciliación, y tened la certeza de que él, más y mejor que cualquier recurso humano, que cualquier técnica psicológica, cualquier expediente didáctico y sociológico, construye las conciencias cristianas...»⁹

La confesión construye la conciencia cristiana eliminando

⁸ Homilía en la catedral de Cristo Rey, en Liverpool (31/V/1982).

⁹ *El sacramento de la reconciliación*. A la Sacra Penitenciaría Apostólica y a los penitenciaros de las basílicas patriarcales romanas (30/I/1981).

el pecado y sus raíces y fomentando el ejercicio «precioso» de la virtud en su variada riqueza de formas:

«Quisiera añadir también que el sacramento de la penitencia, por cuanto comporta el saludable ejercicio de humildad y sinceridad, por la fe que profesa 'in actu exercito' en la mediación de la Iglesia, por la esperanza que incluye, por el atento análisis de conciencia que exige, no sólo es instrumento directo para destruir el pecado —momento negativo—, sino ejercicio precioso de virtud, expiación él mismo, escuela insustituible de espiritualidad, profunda labor altamente positiva de regeneración en las almas del 'vir perfectus', 'in mensuram aetatis plenitudinis Christi' (Ef 4,13). En este sentido, la confesión bien llevada es ya, por sí misma, una forma altísima de dirección espiritual»¹⁰.

En una planificación correcta de la pastoral, la confesión individual ocupa un lugar «extremadamente importante». Por ello, debe ocupar igualmente los primeros planos en la atención y en la dedicación de los sacerdotes. Y en este sentido, Juan Pablo II felicita al clero de Enugu —Nigeria— por la formación de equipos sacerdotales que forman grupos de diez o de veinte para facilitar al pueblo la confesión sacramental en las fechas más oportunas para recibir el sacramento de la penitencia, como son Navidad y Adviento:

«Esto, queridos hermanos en el sacerdocio, es un modo excelente de cumplir la voluntad de Cristo de servir al pueblo. Vosotros de este modo dais a vuestros parroquianos una buena posibilidad de elegir confesor y también silencioso testimonio del único sacerdocio de Cristo y de vuestra solidaridad fraternal. El Papa se alegra de vuestra fidelidad a ese *ministerio sacramental extremadamente importante*, en que el perdón y el poder de salvación de Cristo llega a los corazones humanos»¹¹.

El sacramento de la penitencia —la confesión individual— reviste una excepcional importancia en la vida personal del sacerdote «en su dimensión de penitente». El sacerdote pasa también por horas de baja forma, pues lleva el

¹⁰ Ibid.

¹¹ *El ministerio sacerdotal*. A los sacerdotes y seminaristas en Enugu, Nigeria (13/II/1982).

gran tesoro en vasija de barro. En sus horas de Dios se reconoce miserable pecador. Es sacudido por la tentación y siente en su propia carne el aguijón de las pasiones. El sacerdote no está exento de ser tentado. Por eso, los sacerdotes celosos frecuentan la confesión con tanta humildad y confianza.

Juan Pablo II nos brinda un pasaje lleno de realismo y de sensibilidad espiritual. Emociona y reconforta el ánimo:

«Ningún estado de vida está exento de tentaciones, y vosotros sentiréis también las vuestras. Con la gracia de Dios y con un esfuerzo perseverante, debéis esforzaros en resistir a todo tipo de tentación que pueda sobrevenir: por ejemplo, el relajamiento de la disciplina, la pereza, la inconstancia, la no disponibilidad, viajar demasiado o disipar la energía apostólica. Confiando en la gracia, rechazaréis las tentaciones contra el celibato a base de vigilancia, oración y mortificación. Trataréis de no ser dominados por la atracción de las cosas materiales y no pondréis vuestra alegría en el dinero, en grandes coches ni en una alta posición social. Los partidos políticos no son para vosotros. Es el campo propio del apostolado laical. Muchos de vosotros sois consiliarios laicos que en materias políticas han de asumir su propia función distintiva (*Gaudium et spes* 43). En el fortalecimiento para la lucha contra la tentación, el sacramento de la penitencia tiene gran importancia para todo sacerdote. En él nosotros mismos, ministros de la reconciliación, encontramos para nuestra propia vida la acción salvadora y confortadora de Cristo, su perdón y su amor misericordioso»¹².

La dedicación al confesonario es enriquecedora y reconfortante.

El sacerdote vive a diario la experiencia de la gracia, del perdón y del grande y misericordioso amor de Dios. Agobiado por las intensas jornadas de confesonario, siente una intensa paz interior y una alegría incomparable por su sublime misión de perdonar, de repartir a manos llenas el perdón, la misericordia y la paz. Es estremecedor representar a Cristo para dar ánimo, infundir esperanza, estimular a la vida santa, dirigir a los hermanos por los caminos de Dios. El sacerdote «palpa» la acción divina en los demás.

¹² Ibid.

Por eso quiere disfrutar personalmente el perdón y la misericordia en sí mismo.

Por otra parte, el pueblo capta con emoción el testimonio de sus sacerdotes y misioneros que rompen filas en las celebraciones de la penitencia confesándose los primeros, para dar ejemplo. En las reuniones sacerdotales, la confesión mutua nos estimula, nos fortalece y nos reconforta. Es una práctica que hace creíbles nuestros gestos de renovación y de santidad.

Era necesario hablar con claridad. Y Juan Pablo II lo ha hecho con valentía y reiteración. La confesión individual es la tarea «prioritaria» del sacerdote, un servicio de capital importancia, un derecho inviolable del cristiano.

¿Qué valor tiene, entonces, la nueva planificación de la penitencia y las nuevas fórmulas de la absolución colectiva? El Papa lo dice con palabras bien claras:

«Al renovar esta enseñanza y estas recomendaciones, ciertamente no se quiere ignorar que la Iglesia, recientemente y por razones pastorales ‘graves’, y bajo normas ‘precisas e indispensables’, para facilitar el bien supremo de la gracia a muchas almas, ha ampliado el uso de la absolución colectiva. Pero quiero recordar la ‘escrupulosa observancia de las condiciones citadas’, reafirmar que, en caso de pecado mortal, también, después de una absolución colectiva, ‘persiste la obligación de una acusación específica sacramental del pecado’ y confirmar que, en cualquier caso, los fieles ‘tienen derecho a la confesión privada’»¹³.

La normativa penitencial exige una adhesión de la mente y una deliberada y fiel aceptación en la praxis. La arbitrariedad, el confusionismo y las posturas marginales crean un clima de turbiedad y turbación indigno del sacerdote. Por amorosa fidelidad a la Iglesia y por simple sentido del honor, hay que exponer las normas y cumplirlas con pulcritud y con claridad. Y las normas son tajantes:

- se ha ampliado el uso de la absolución colectiva, pero hay que observar escrupulosamente las condiciones prescritas;
- en caso de pecado mortal, persiste la obligación grave de la confesión sacramental;

¹³ *El sacramento de la reconciliación*. Cf. notas 9 y 10.

- el fiel tiene un derecho sacratísimo a la confesión privada, no sólo cuando está en pecado mortal, sino también cuando se confiesa «por devoción», como medio positivo de santificación;
- como la confesión es un ministerio que nos ha «confiado la Iglesia», es ella de un modo exclusivo la que tiene competencia para decirnos cómo lo tenemos que cumplir.

El Papa reconoce que la pastoral de la penitencia ha tenido un notable desarrollo en estos últimos años. No es el menor fruto de este esfuerzo el haber creado una «conciencia de los valores del sacramento». Con todo, debido a varios factores convergentes —el tema de fondo es muy complejo—, asistimos a una peligrosa crisis de la penitencia. Cabría enumerar la pérdida del concepto del pecado, el confusionismo en temas de ética y moral, la debilitación del mismo sentido de la moral y de los valores espirituales, la acentuación del sentido crítico, el relativismo, el permisivismo, la falta de confesores.

Es un hecho evidente: la gente se confiesa menos. Juan Pablo II afirma que las confesiones, ahora menos numerosas, «resultan sin duda más serias y más fervientes». Pero, en el mismo texto, recuerda que «hay serias razones para extrañarse y abrigar algún temor cuando, en ciertas regiones, se ve a tantos fieles recibir la Eucaristía, siendo así que muy pocos se han acercado al sacramento de la reconciliación».

Se impone, pues, un plan orgánico de catequesis sobre la confesión con fines muy concretos:

- que los fieles tengan una conciencia viva de su estado de pecadores;
- que comprendan la necesidad y el sentido de un proceso personal de reconciliación, con la forma específica del sacramento, como exigencia previa para recibir dignamente la Eucaristía;
- que el aspecto comunitario de la penitencia no deje en la penumbra el compromiso individual de un encuentro personal con Dios;
- que la confesión individual es un proceso liberador y educativo, ya que el hombre tiene com-

promisos personales con Dios en un encuentro en el que no puede ser sustituido por la comunidad.

Con estas premisas de orden dogmático y disciplinar podemos adentrarnos en el texto transparente y profundo de Juan Pablo II, que dirime para siempre polémicas sin sentido:

«Este aspecto de la confesión individual ante el sacerdote me lleva a mencionar ciertos problemas de pastoral litúrgica y sacramental relativos a las celebraciones penitenciales comunitarias. También en este campo, cuando se imparte en ellas la absolución individual, habéis podido vosotros mismos constatar los progresos; una catequesis bien hecha conduce entonces a los fieles a descubrir el sentido comunitario de sus actos y, más aún, de su estado de pecadores ante Dios y ante sus hermanos, y a dar gracias todos juntos. Se produce entonces la celebración del perdón. Esta es la auténtica gracia de este tiempo de Cuaresma: una profundización del sentido del pecado que nos tiene cautivos y, en la misma medida, un apremiante deseo de liberación y de vida nueva con Cristo, vida compartida en la alegría, el servicio y el amor fraterno»¹⁴.

El caso es distinto cuando se trata de las celebraciones penitenciales con absolución general. El «entusiasmo» que produce entre los fieles y, de un modo especial, en la juventud necesita una orientación clara:

«Como sabéis, no se puede recurrir a esta última más que en circunstancias excepcionales, que se producen, por imposibilidad física o moral, en casos de grave necesidad (*Normae pastorales...* n.3). No se puede, por tanto, recurrir a ella para renovar la pastoral ordinaria del sacramento de la penitencia. Además, la absolución colectiva no dispensa de la confesión individual y completa de las faltas. Esta debe tener lugar cada vez que hayan sido perdonados pecados graves por una absolución colectiva (*ibid.*, 7). El vínculo entre confesión y perdón, ya inscrito en la naturaleza de las cosas, pertenece, en efecto, a lo esencial del sacramento. Nunca insistiría lo bastante sobre la necesidad de

¹⁴ *Difundir las exigencias morales*. A los obispos franceses de la provincia del Este (1/IV/1982).

esta confesión personal de las faltas graves seguida de la absolución individual, que siendo primeramente una exigencia de orden dogmático, es también un proceso liberador y educador, puesto que permite a cada uno orientar concretamente de nuevo su vida hacia Dios. En efecto, el cristiano no existe solamente como miembro de la comunidad: es una persona individual, con sus tendencias y problemas, su ambiente y su psiquismo propios, sus tentaciones y sus caídas, su conciencia y su responsabilidad ante Dios y ante sus hermanos...»¹⁵

¹⁵ Ibid.

LA EUCARISTIA

«Se comprende por la fe que la sagrada Eucaristía constituye el don más grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a su Esposa. Es la raíz y cumbre de la vida cristiana y de toda la acción de la Iglesia. Es nuestro mayor tesoro que contiene 'todo el bien espiritual de la Iglesia' (*Presbyterorum ordinis* 5).

Ella debe cuidar celosamente cuanto se refiere a este misterio y afirmarlo en su integridad, *como punto central y prueba de aquella auténtica renovación espiritual propuesta por el último Concilio*».

JUAN PABLO II, *Alocución durante el acto eucarístico de la Adoración Nocturna Española, en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, de Madrid.*

Ya hemos dedicado un extenso capítulo a la Eucaristía como «razón de ser» de toda la existencia sacerdotal. La identidad sacerdotal se hace sustantiva por su configuración eucarística. La Eucaristía forma la estructura mental y el *ordo amoris* del sacerdote hasta los detalles más significativos.

Y como el amor es difusivo, el sacerdote tiene que hablar a los hermanos del más grande, puro y bello amor de su vida. Habría que repetir con San Agustín: «Dadme un amante y me entenderá».

Conviene recordar el contexto: seguimos la dinámica de la Redención. Se trata de forjar al hombre «nuevo», redimido por Cristo, de fortalecer las bases de la «construcción de la Iglesia», mediante el binomio evangelización-sacramentalización. En este proceso llegamos a la cumbre más alta: la Eucaristía. Todo se renueva, todo se hace «nuevo» por la Eucaristía: la Iglesia, el hombre redimido, la visión del mundo, la actividad pastoral.

El papa Juan Pablo comienza sus orientaciones con un toque de atención. Es un tema en el que se decide el ser o no ser del mismo Evangelio, porque afecta directamente al

misterio de Cristo, a la presencia real, verdadera y sustancial del Hijo de Dios vivo en la Eucaristía. «Era necesario» hacer esta llamada, porque dentro de la misma Iglesia —en algunos sectores, claro— se han silenciado o se han minusvalorado algunos aspectos vitales del misterio eucarístico.

La primera orientación es una llamada a volver a las fuentes de la pureza doctrinal sobre la Eucaristía:

«Convendrá que el Congreso ponga bien de relieve —dice el Papa en su carta al cardenal Knox—, ante todo, las bases de la doctrina eucarística, tal como ha sido recibida, meditada y vivida, desde los apóstoles, sin interrupción, por los mártires, los Padres de la Iglesia, la cristianidad medieval, los concilios, la piedad moderna, las legítimas investigaciones de nuestro tiempo...»¹

«...De esta manera aparecerá en la integridad de su misterio el sentido pleno del pan partido...»²

Era necesaria esta voz limpia, enérgica y autorizada para acabar con el confusionismo y las vaguedades sobre «tan alto sacramento».

Estamos apesadados, buen papa Juan Pablo,

- por las teorías «novedosas» que mutilaban el misterio eucarístico con una impostación humanista. La «fracción del pan» llegó a convertirse —en algunos ambientes— en un banquete de exaltación del compañerismo, en una mesa redonda que provoca la comunicación interpersonal, marginando el carácter del *sacrum convivium*;
- por el silenciamiento deliberado de la dimensión esencial de sacrificio para poner en primer plano el aspecto humano de fraternidad y de «comunicación de bienes»;
- por la campaña hostil contra quienes seguían predicando la enseñanza tradicional, de la más honda rai-gambre evangélica, apostólica y teologal, de la Eucaristía como sacrificio, como renovación de la pasión, incruenta, pero real; como adoración —sacrificio la-tréutico—; como gratitud y acción de gracias —sacri-

¹ Carta al cardenal J. R. Knox, con motivo del Congreso Eucarístico Internacional de Lourdes (11/I/1979).

² Ibid.

- ficio eucarístico—; como satisfacción «condigna» por los pecados de todos los hombres —sacrificio satisfactorio—;
- por el oscurecimiento de la verdad total del Pan y del Vino, por la interpretación horizontal del «comer y beber», por la atenuación de la presencia real, verdadera y sustancial de Cristo en la Eucaristía;
 - por la desvinculación dudosa entre el sacramento de la reconciliación y el de la Eucaristía;
 - porque, dentro de nuestro grupo, hubo quienes juzgaron «duras» las palabras del Maestro y lo abandonaron.

Y ahora «arde el corazón por dentro».

Hay que poner «bien de relieve» la doctrina verdadera en toda su integridad, la enseñada, meditada y vivida desde siempre en la Iglesia.

El Papa viene a «confirmarnos en la fe», dando relieve a la Eucaristía como sacrificio de Cristo, que ha entregado su cuerpo y derramado su sangre para quitar el pecado del mundo —todo pecado, la pecaminosidad en todas sus formas, el mal del mundo hostil a Cristo (Jn 1,29)—, y que está vinculada a la pasión y resurrección de Cristo. La Eucaristía no sólo «conmemora» y «celebra», sino que «renueva» el sacrificio de la cruz. «Renovar» quiere decir que este sacrificio se nos hace presente en cada acción eucarística»³.

«En efecto, en este sacramento se renueva continuamente, por voluntad de Cristo, el misterio del sacrificio que El hizo de sí mismo al Padre sobre el altar de la cruz: sacrificio que el Padre aceptó...

... Nos unimos a Cristo, pero nos unimos siempre por medio del acto redentor de su sacrificio, por medio del cual nos ha redimido, de tal forma que hemos sido 'comprados a precio'...»

«La Eucaristía la construye (a la Iglesia) y la regenera a base del sacrificio de Cristo mismo, porque conmemora su muerte en la cruz, con cuyo precio hemos sido redimidos por El. Por esto, en la Eucaristía tocamos en cierta manera el misterio mismo del cuerpo y de la sangre del Señor, como atestiguan las mismas palabras en el momento de la institución, las cuales, en virtud de ésta,

³ Ibid.

han llegado a ser las palabras de la celebración perenne de la Eucaristía por parte de los llamados a este ministerio en la Iglesia»⁴.

«... La fuerza de la acción redentora viene expresada y concretada por Cristo en forma sacramental, sobre todo en la Eucaristía...»⁵

«... La Eucaristía está vinculada... a la pasión y resurrección de Cristo»⁶.

Cristo mantiene con energía todo el contenido sacrificial de la Eucaristía, aun a riesgo de que los suyos lo abandonen y de que consideren tan «duras» sus palabras que no puedan resistirse. Y con razón, pues es precisamente esta dimensión sacrificial de la Eucaristía la que nos sumerge en el misterio del amor de Cristo y la que forma sobre bases ciertas almas de temple eucarístico, héroes y santos.

Este es el sentido de la reflexión intensa de Juan Pablo II:

«Jesús dice precisamente: ‘carne’ y ‘sangre’, ‘comer’ y ‘beber’, aun sabiendo que chocaba con la sensibilidad y la mentalidad de los judíos. Es decir, Jesús habla de su persona real, toda entera, no simbólica, y hace entender que la suya es una ofrenda ‘sacrificial’, que se realizará por vez primera en la ‘última cena’, anticipando místicamente el sacrificio de la cruz, y será retransmitido a todos los siglos mediante la santa misa»⁷.

Renovación del «mismo» sacrificio de la cruz, como consta expresamente en las palabras de la consagración:

«Tomad y comed todos de él,
porque esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros
y por todos los hombres para el perdón de los pecados».

«Tomad y bebed todos de él,
porque éste es el cáliz de mi sangre...,
que será derramada... por los pecadores».

Cristo es el Pan de vida. Quien come de este pan vivirá eternamente. La Eucaristía, renovación incruenta del sacrifi-

⁴ *Redemptor hominis* 20.

⁵ *Carta* al cardenal J. R. Knox.

⁶ *Ibid.*

⁷ *El sublime misterio eucarístico*. Homilía a universitarios (profesores y estudiantes) del Opus Dei (19/VIII/1979).

cio de la cruz, es una «prenda de la gloria futura», de la resurrección con Cristo:

«Pero no es necesario caer en el equívoco de la inmanencia histórica y terrena: es necesario pasar a través de la historia para alcanzar la vida eterna y gloriosa: paso fatigoso, difícil, ambiguo, porque debe ser meritorio. Jesús, pues, está vivo, presente en nuestro camino cotidiano, para ayudarnos a realizar nuestro verdadero destino, inmortal y feliz»⁸.

Por la Eucaristía, Cristo nos une a su destino, compartiendo nuestra suerte en la vida terrena y en la eternidad:

«Este cuerpo estuvo sometido a la pasión y a la muerte. Ha compartido la suerte terrena del hombre después del pecado original. Esta sangre fue derramada para sellar la Nueva Alianza de Dios con el hombre: la alianza de gracia y de amor, la alianza de santidad y de verdad»⁹.

Encarnación, pasión, cruz, Eucaristía son momentos clave en el misterio del Redentor que subyugan la mente del cristiano y deciden su destino temporal y eterno. La Eucaristía es la síntesis impresionante de todos ellos. Recordamos que este cuerpo verdadero ha nacido de María Virgen, que padeció y murió en la cruz por salvarnos, que nos amó hasta la muerte, que se entregó por nosotros, que entró en nuestra historia y en nuestra vida para redimirnos y darnos ejemplo de vida:

«La Eucaristía, sacramento del cuerpo y de la sangre, nos recuerda sobre todo esta muerte que Cristo sufrió en la cruz; la recuerda y, en cierto modo (es decir, incruento), renueva su realidad histórica. Lo testifican las palabras pronunciadas en el cenáculo separadamente sobre el pan y sobre el vino, las palabras que, en la institución de Cristo, realizan el sacramento de su cuerpo y de su sangre; el sacramento de la muerte, que fue sacrificio expiatorio»¹⁰.

⁸ Ibid.

⁹ *El Corpus Christi*. Homilía en la plaza de San Juan de Letrán (17/VI/1979).

¹⁰ *La sagrada Eucaristía*. Audiencia general (13/VI/1979).

La Eucaristía es, pues, el centro divino y humano del misterio redentor. Todo el orbe espiritual cristiano gira en torno al «Corpus» de Cristo. La Eucaristía es la fuente de la vitalidad, de la plena juventud, de la absoluta seguridad, de la floración de santidad dentro de la Iglesia. Es la forma de predicar el Evangelio en todo su contenido, en su prístina pureza, en su eficacia redentora. Es la cumbre, asimismo, de la vida sacramental de la Iglesia. Es su fuerza, su inspiración, su alimento, su esfuerzo y su ternura. La celebración de la misa y la recepción de la comunión están en la base y en la cima de la santidad cristiana. No hay mejor maridaje posible entre palabra y signo, evangelización y sacramentalización, conversión y vida santa.

Como dice muy bien Juan Pablo II, la Eucaristía se convierte en «programa de vida». ¿No hemos dicho que la identidad sacerdotal consiste en tomar en serio, con radicalismo evangélico —con coraje, con entusiasmo y con apasionamiento— la total transformación en Cristo? ¿No hemos afirmado que la santidad cristiana —propósito y meta de toda pastoral— es la imitación de Cristo hasta ser su «doble»?

Pues, ¡atentos!:

«Recibir la Eucaristía significa transformarse en Cristo, permanecer en El, vivir para El. El cristiano, en el fondo, debe tener una sola preocupación: vivir para Cristo, tratando de imitarlo en la obediencia suprema al Padre, en la aceptación de la vida y de la historia, en la total dedicación a la caridad, en la bondad comprensiva y, sin embargo, austera»¹¹.

La Eucaristía es el mejor «ejercicio de perfección y de virtudes cristianas». Sólo la Eucaristía nos capacita para el heroísmo de la santidad, que consiste en la práctica de virtudes que superan intrínsecamente las fuerzas del hombre natural: la caridad hasta el perdón de los enemigos, hasta el amor a quien nos hace sufrir, hasta el don de la propia vida por el prójimo; la castidad de ojos limpios y corazón alegre y sin fronteras; la fe que es sorpresa y aceptación gozosa de los planes de Dios, porque ve el mundo y la historia personal con los ojos de Dios; la paciencia, especialmente en el dolor y cuando se está desconcertado por el silencio de

¹¹ *El sublime misterio eucarístico* (19/VIII/1979).

Dios, sobre todo en los dramas de la historia o de la misma existencia propia.

La Eucaristía establece una «comuni3n» recíproca entre Cristo y sus fieles: comuni3n de ideas, de proyectos, de actitudes, de afanes y de actividades que se piensan y se realizan en un «intercambio» de amor. Aceptamos a Cristo —su persona y mensaje—, lo recibimos en el pan partido y compartido, lo sentamos a nuestra mesa, lo albergamos en nuestro mes3n, lo sacamos triunfalmente por las calles para aclamarlo y cantarlo «Dios presente». El, a su vez, nos acepta, nos «recibe», nos comunica sus deseos en confidencia de amigos y todo lo que le confi3 a El el Padre.

Esta aceptaci3n por parte de Cristo nos obliga a acercarnos siempre a El con la conciencia limpia, con la intenci3n recta, con el coraz3n purificado. Para recibir la Eucaristía hay que prepararse dignamente, en cuanto cabe, con santo temor y temblor, libre de toda mancha. Quien come el cuerpo de Cristo tiene que hacerlo con la máxíma responsabilidad y seriedad; lo que no obsta para que se haga con el coraz3n lleno de ternura y familiaridad.

De nuevo aparece, en primer plano, el lazo que une a la penitencia con la Eucaristía. El creyente tiene que «examinarse a sí mismo» antes de acercarse a la mesa a «comer» y «beber»:

«La Eucaristía es, en cierto sentido, un desafío constante para que el hombre trate de ser aceptado, para que adapte su conciencia a las exigencias de la santísima amistad divina»¹².

Por la Eucaristía se forma la «nueva criatura», el hombre «nuevo» en el misterio de la fe, nacido de Dios. El «Pan partido» es un signo de la verdadera fraternidad en Cristo, mucho más fuerte que la que engendran los lazos del parentesco o de la amistad. En efecto, en la Eucaristía aprende el sacerdote a comprometerse, a entregarse, a inmolarse, a expropiarse voluntariamente por sus hermanos.

En la Eucaristía se inspira y se robustece la vitalidad de la Iglesia. La Eucaristía es la fuerza para «sostener el gozoso compromiso de servir a la humanidad necesitada»¹³.

¹² Ibid.

¹³ *Eucaristía y confesi3n individual...* (26/IV/1979).

En la Eucaristía encuentra el cristiano el estilo de vida evangélica y la valentía para dar testimonio de Cristo.

La Eucaristía construye, «congrega» y lleva a la plenitud a la Iglesia. Es su fuente, su camino, su cima, su vértice.

La Eucaristía es el cumplimiento de la promesa de Cristo en su ascensión:

«Yo estaré con nosotros todos los días hasta el fin del mundo».

EL AÑO 2000, A LA VISTA

«La Iglesia espera hallar en los sacerdotes personas espirituales, es decir, que con su vida y conducta testimonien, de modo creíble y convincente, la presencia de Dios y de los valores del espíritu en nuestra sociedad; que, en gran parte, se caracteriza por el materialismo teórico o práctico, pero también por una inextinguible sed de Dios y de valores espirituales. Esto ha de vivirse ya desde los años del seminario. Se necesitan testigos de la experiencia de Dios».

JUAN PABLO II, *Mensaje a los seminaristas de España, firmado en Valencia.*

La Iglesia no puede «pararse», ni «retrasarse», ni «retroceder».

Porque es un organismo vivo y tiene que ejercer sus funciones vitales a pleno rendimiento: renovarse, que es hacerse «nueva»; madurar, que es hacerse robusta; perfeccionarse, que es hacerse santa.

Por ley de su propio dinamismo interior, la Iglesia tiene que ocupar siempre las posiciones de avanzada que va conquistando el hombre con su trabajo, su experiencia y su genio. No en vano es el mejor baluarte del hombre en su camino hacia Dios. La Encarnación obliga a la Iglesia a «encarnarse» y a vivir con el hombre, entre los hombres, para llenarlos de gracia y de verdad. El sacerdote tiene conciencia de que es un hombre, uno más entre tantos millones, y que ha sido escogido de entre los hombres y que ha sido enviado para servir a los hombres.

El sacerdote está siempre en misión de servicio.

No puede instalarse cómodamente en casa, porque, en cualquier momento, tiene que desplazarse en misiones de urgencia —el amor de Cristo es siempre urgente—, o ir en busca del hermano que necesita su presencia y su ministerio. No puede proyectar su vida al margen del servicio, porque se ha expropiado voluntariamente y ya no es dueño de su tiempo, ni de su inteligencia, ni de sus talentos. No puede

disponer de sí mismo, porque se ha comprometido a servir, a ir a donde lo manden, a relevar, a obedecer. Ir a predicar exige tener siempre las maletas hechas y el equipaje a punto.

¿Destino? El hombre «histórico», el hombre «concreto», el hombre de hoy, con sus circunstancias concretas y con sus problemas reales. El hombre de carne y hueso, enraizado en un país determinado, en un ambiente cultural, político, social y religioso que lo condiciona y, a veces, lo desborda. El hombre de la era espacial, de la civilización consumísta, de la proclamación de los «derechos humanos»...

El hombre contemporáneo «se ha enseñoreado de la tierra».

Las conquistas de la ciencia y de la técnica han sido prodigiosas.

Maravillosos los inventos. El hombre ha puesto los pies en la Luna, ha poblado el espacio de satélites artificiales, vuela por el espacio a velocidades ultrasónicas, explota industrialmente los tesoros de la tierra y del mar y ya está pensando en comercializar a gran escala la energía solar.

Y casi no hay lugar para la sorpresa.

La técnica y el progreso han sobrepasado las más atrevidas intuiciones e hipótesis de la ciencia ficción. El «superman» de las películas queda superado por el «superman» de la vida real. El hombre ha explorado los espacios desconocidos y los «fija» en las páginas de su «álbum» de fotos familiares. Las lejanas galaxias ya forman parte de las conversaciones de cafetería y de sobremesa. La cultura de la imagen ha acercado a la humanidad, acortando distancias y derribando fronteras. Las computadoras, con su cálculo de ciencia exacta, han reemplazado a la inteligencia humana.

El hombre de hoy se siente poderoso.

Ha inventado técnicas nuevas, formas increíbles para defender y alargar la vida: se trasplantan los órganos humanos, se hacen arriesgadísimas operaciones «a corazón abierto», se cambia el rostro de las personas con los métodos de la nueva estética.

En apariencia, el hombre conoce todos los secretos del árbol de la ciencia del bien y del mal. Se siente autónomo, libre y suficiente,

—¿Lo es de verdad?

—Paradójicamente, NO.

Porque ha tenido que pagar una factura excesiva por su saber y sus conquistas. Ha conseguido dominar el mundo, pero no sabe dominarse a sí mismo. Ha subido a la Luna y la ha «apresado» en potentes cámaras fotográficas, pero los niños no disponen de un mapa de la Tierra para aprender geografía. La macro-ciudad se hace inhabitable por la contaminación atmosférica. Los pobres campesinos —injustamente discriminados— inmigran a la ciudad y forman los «cordones de miseria» del suburbio, en condiciones inaguantables de penuria: no hay viviendas, no hay higiene, no hay servicios sanitarios, proliferan las ratas como en los capítulos estremecedores de *La peste*. Las zonas negras del suburbio sufren la fiebre de la inflación y la «plaga del paro», y surgen la tentación de la delincuencia juvenil e incluso infantil, la quiebra de la familia, la evasión engañosa de los estupefactos, la desintegración de la persona por la adicción a la droga. Surge, en algunos pueblos subdesarrollados, el fantasma sin alma del hambre, que siega con crueldad la vida de los niños...

En nombre de los «humanismos» se ha deshumanizado al hombre.

Amputada la dimensión de lo absoluto, el hombre busca otros valores que reemplacen a Dios, se siente desasosegado y vacío porque, sin Dios, no encuentra sentido para su vida. Dios es el único valor absoluto en la vida del hombre, y todo esfuerzo por desentenderse de El desemboca en la pérdida de los valores fundamentales del hombre mismo, empezando por la dignidad de la persona humana, principio y base de todos sus derechos y deberes.

El hombre contemporáneo vive una psicosis de inseguridad física y moral, porque la técnica lo ha desbordado y puede producirse el cataclismo por sorpresa por una avería en las centrales nucleares, por la ruptura de un pantano o por el recurso en un momento de nerviosismo o de locura a las potentísimas armas modernas de exterminio.

Por otra parte, el hombre de hoy carece de certezas fundamentales, porque se desentiende de las ciencias del espíritu, optando por una formación antimetafísica. Y este desentendimiento deliberado conduce al agnosticismo, que margina expresamente la perspectiva de Dios, de la misma existencia de Dios, de su presencia dinámica y creadora en la historia personal y colectiva de los pueblos, de sus leyes y mandamientos.

El hombre se desentende de Dios cuando, llevado de un relativismo fácil, se constituye a sí mismo en centro y norma del orden moral, con un concepto totalitario de su propia autonomía. No es sólo un desentendimiento teórico de Dios. Es una rebeldía trágica que rechaza a Dios y todo el ámbito del mundo del espíritu.

La técnica ha desbancado a la metafísica.

«Una cultura intencionadamente antimetafísica produce, lógicamente, una sociedad agnóstica y neopagana, a pesar de los esfuerzos encomiables de personas honestas y preocupadas por el destino de la humanidad. El cristiano se encuentra hoy en una lucha continua; también él se convierte en 'signo de contradicción' por las opciones que debe realizar»¹.

Esta sociedad «neopagana» es agresivamente materialista.

No se valora al hombre por lo que «es», sino por lo que tiene.

No se cotiza más que lo rentable en todos los órdenes de la vida.

El laboratorio, con sus datos de experiencia y sus resultados, ocupa el sitio de honor, reservado hasta hace poco a las ciencias del espíritu.

INTEGRISMO, PROGRESISMO

¿Cuál es la actitud de la Iglesia en este mundo maravilloso y contradictorio? ¿Cuáles son sus criterios de acción?

La Iglesia no puede retrasarse, porque va uncida al carro de la historia, y a éste le han nacido alas fuertes y poderosas que llevan la velocidad hasta el vértigo. La Iglesia tiene que pisar el acelerador para llegar a tiempo a esta «hora solemne» del mundo, para saber interpretar la vida en el lenguaje de hoy, para que los avances técnicos encuentren un contrapeso en el desarrollo de la conciencia moral del hombre, para dar un testimonio, fácilmente comprensible y sin-

¹ *La identidad del cristiano*. Homilía en Nuestra Señora de las Gracias (1/IX/1979).

ceramente «creíble», de los valores del espíritu. La Iglesia tiene que «emitir» y «sintonizar» por la longitud de onda que escucha el pueblo. Es una exigencia de su dinamismo interior y de su «adecuada» adaptación a los «signos de los tiempos».

Integrismo y progresismo son posturas extremas.

Presentan un rostro desdibujado por un «desenfoco» en la toma de posiciones. El integrismo «se retrasa», con el grave riesgo de perder el ritmo de la historia, que es dinámica y vital. El progresismo quema etapas de la historia, con peligro inminente de destruir tesoros valiosos de rico contenido ideológico y vital. Ambos extremos son inadmisibles.

Porque no se trata de enfrentar, sino de unir y complementar para dar una visión completa —objetiva y enriquecedora— de las ideas, de las personas y de los hechos. Entre los extremismos excluyentes hay un justo medio, que se afirma en el pasado para conservar y transmitir en toda su integridad el mensaje de la fe, y se proyecta hacia el futuro con un dinamismo lleno de vitalidad y de pujanza. No tienen razón ni los nostálgicos que se «inmovilizan» en el pasado, ni los aventureros que se lanzan imprudentemente al futuro con prisas alocadas.

Cristo es de ayer, de hoy y de siempre.

No puede ser capitalizado «en exclusiva» por ningún sistema, por ninguna ideología, por ningún grupo, porque los trasciende todos.

La Iglesia ha heredado del pasado un patrimonio «irrenunciable» de riquísimo contenido evangélico. Nos ha transmitido en toda su integridad el depósito revelado y una experiencia de valor incalculable. La tradición es maestra de la vida. La Iglesia es «experta en humanidad» a través de los siglos. Y quiere seguir siéndolo mediante una adaptación adecuada a los «signos de los tiempos» y a la situación existencial de sus destinatarios.

*La Iglesia, como Pueblo de Dios,
no puede romper jamás con el pasado, con la tradición.*

Por ningún concepto. En una valoración justa, la obra de la Iglesia a través de la historia se ha enriquecido intensiva y extensivamente, cuantitativa y cualitativamente, en un servicio ejemplar a la humanidad. ¿Qué otro organismo humano puede presentar una «hoja de servicios» tan brillante

y tan colmada? La teología, la filosofía, las humanidades viven todavía de las «rentas» del pasado. ¿Cómo puede renunciar la Iglesia al patrimonio cultural y artístico: ciencia, pintura, escultura, literatura, poesía y todas las formas del arte? ¿Quién se atreve a emular a San Buenaventura en su colosal intento de impregnar de Dios y de sentido trascendente todo el saber humano con su *De reductione artium ad theologiam*? Los maestros de la pastoral del pasado han sido un ejemplo de pastoral «adecuada» a las exigencias de su tiempo. El protagonismo de la Iglesia se ha debido a su competencia, a la adaptación a su tiempo, a sus experiencias renovadoras y audaces, a su presencia en los puestos de avanzada, a su dedicación a los humildes y marginados de la sociedad, a su celo y a su santidad.

La Iglesia debe ser, pues, *retro-oculata*.

Pero no puede contentarse con mirar al pasado por las razones ya expuestas. Por ley de su dinamismo interior y por las características de su misión tiene que «estar al día», para no perder las claves expresivas del lenguaje del hombre de hoy. El «inmovilismo» se parece mucho a la muerte. Y la Iglesia es abanderada de la resurrección y de la vida.

Por eso, la Iglesia mira siempre hacia el futuro, es *ante-oculata*.

¿Cómo podría «ir», que significa marchar hacia adelante, abrir caminos nuevos, «crear» iniciativas renovadoras, renovarse cada día..., con posturas a la defensiva o con una actitud de recelo y desconfianza? ¿Cómo podría cumplir su compromiso de evangelización y santificación si deja de ser el «camino del hombre», del hombre histórico, redimido por Cristo; si se inmoviliza en el pasado? La Iglesia peregrina no puede instalarse en el pasado, porque han cambiado «profundamente» las maneras de pensar y de sentir, y estos cambios afectan profundamente a la dimensión religiosa del hombre, que es el destinatario de su mensaje. No puede predicar al mundo entero, a todos los hombres, si ignora su lenguaje, su situación existencial, su problemática, su modo de pensar, de sentir, de comportarse y de vivir.

Y, ante todo, la Iglesia mira a Dios.

Es *supra-oculata*, por las razones que hemos expuesto al hablar del Redentor del hombre y de la misión específica de la Iglesia en el mundo. De lo alto, de El, vienen la inspiración, la fuerza, la renovación, el vigor, la valentía, el per-

dón y la santidad. ¿Cómo pueden permanecer inertes los miembros del Pueblo de Dios? ²

La misión de servicio al hombre debe tener siempre una dimensión concreta y, a la vez, universal. Esto exige un especial equilibrio a la hora de actuar. Dice Juan Pablo II:

«No se puede pretender el hacer retroceder —por así decirlo— a la Iglesia a lo largo de la historia de la humanidad. Pero tampoco se puede correr presuntuosamente hacia adelante, hacia formas de vivir, de entender y de predicar la verdad cristiana y, finalmente, hacia modos de ser cristianos, sacerdote, religioso y religiosa, que no tienen cobertura en la enseñanza integral del Concilio —'integral'—, es decir, entendido a la luz de toda la santa tradición y sobre la base del constante magisterio de la Iglesia misma» ³.

El tema es tan importante, que el Papa retorna a él con insistencia. Hablando en México de la fidelidad de María, pide una aceptación leal de la Iglesia. No hay —no puede haber— una «nueva iglesia», diversa u opuesta a la «vieja iglesia», sino la única Iglesia de Cristo:

«No serían fieles a este sentido quienes quedasen apegados a aspectos accidentales de la Iglesia, válidos en el pasado, pero ya superados. Ni serían tampoco fieles quienes, en nombre de un profetismo poco esclarecido, se lanzaran a la aventurada y utópica construcción de una iglesia así llamada del futuro, desencarnada del presente» ⁴.

En su encuentro con la Conferencia episcopal francesa, en Issy-les-Moulineaux, hace el Papa un análisis agudo del problema desde el punto de vista de sus premisas, sus bases, sus enfoques y su particular ideario, para denunciar ambos extremismos como una «tergiversación» del Magisterio auténtico, porque son interpretaciones que «no corresponden» a la interpretación justa del Concilio Vaticano II.

² *Evangelización en América*. Audiencia general (14/II/1979). *La formación cultural del sacerdote*. Discurso a los Institutos de Educación Católica de Roma (3/IV/1979).

³ *Ibid.*

⁴ *La fidelidad de María*. Homilía en la catedral de México, D.F. (27/I/1979).

Integristas y progresistas tienen otro fallo grave:

- son mentalidades «polémicas», que llevan al enfrentamiento, al antagonismo beligerante, a una toma «radicalizada» de posturas, a una agresividad «provocativa», que crea un clima de desazón y de escándalo. Esta situación de conflicto malgasta muchas energías que podrían ser muy útiles para una verdadera renovación;
- son mentalidades «extremas», que pecan por exceso o por defecto, jugando en la cuerda floja de la timidez o de la arrogancia, de la cobardía o de la temeridad, de la indecisión o del alucamiento, del inmovilismo o del aventurerismo peligroso;
- son mentalidades de clan ideológico, que mutilan la verdad por prejuicios de grupo, que desgajan los hechos de su contexto natural, que minusvaloran o desprecian la sabiduría y la experiencia multiseculares de la Iglesia. Dan tanto relieve a sus ideas-fuerza particularistas, que dejan en la penumbra contenidos esenciales del mensaje, a los que la Iglesia no puede renunciar jamás;
- son mentalidades carentes de «sentido histórico», por exceso o por defecto. No consideran la «totalidad de la historia» ni su «desarrollo legítimo», o no tienen suficientemente en cuenta el «sentido común de los fieles, que se sienten desorientados», o desprecian las normas necesarias para su fidelidad, su unidad, su universalidad ⁵.

La verdadera cuestión de fondo es la aceptación sincera de la auténtica interpretación del Concilio a base de generosidad, espíritu de fe y humildad, que «no falta a unos ni a otros».

El pasaje de Juan Pablo II es tan luminoso, tan denso, tan comprensivo y tan esclarecedor, que no me resisto a darlo completo:

«Nada de extraño el que, en esta etapa 'posconciliar', se hayan desarrollado también, con bastante intensidad,

⁵ A la Conferencia episcopal de Francia, en Issy-les-Moulineaux. (1/VI/1980). Cf., además, los textos citados en notas anteriores. Para un análisis más amplio del ideario, de sus programas, de sus conclusiones, cf. P. CALASANZ, *Razones para esperar*.

ciertas interpretaciones del Vaticano II que no corresponden a su magisterio auténtico. Me refiero con ello a las dos tendencias tan conocidas: el 'progresismo' y el 'integrismo'. Unos están siempre impacientes por adaptar incluso el contenido de la fe, la ética cristiana, la liturgia, la organización eclesial, a los cambios de mentalidades, a las exigencias del 'mundo', sin tener suficientemente en cuenta no sólo el sentido común de los fieles, que se sienten desorientados, sino lo esencial de la fe ya definida: las raíces de la Iglesia, su experiencia secular, las normas necesarias para su fidelidad, su unidad, su universalidad. Tienen la obsesión de 'avanzar', pero ¿hacia qué 'progreso', en definitiva?

Otros, haciendo notar determinados abusos que nosotros somos los primeros, evidentemente, en reprobar y corregir, endurecen su postura deteniéndose en un período determinado de la Iglesia, en un determinado plano de formulación teológica o de expresión litúrgica que consideran como absoluto, sin penetrar suficientemente en su profundo sentido, sin considerar la totalidad de la historia y su desarrollo legítimo, asustándose de las cuestiones nuevas, sin admitir en definitiva que el Espíritu de Dios sigue actuando hoy en la Iglesia, con sus pastores unidos al Sucesor de Pedro.

Estos hechos no deben extrañar si se piensa en los fenómenos análogos en la historia de la Iglesia. Pero no por ello deja de ser necesario concentrar todas las fuerzas en la *interpretación* justa, es decir, *auténtica*, del magisterio conciliar, como fundamento indispensable de la auto-realización ulterior de la Iglesia, para la cual ese magisterio es la fuente de inspiraciones y orientaciones justas. Las dos tendencias extremas que acabo de señalar traen consigo no sólo una oposición, sino una división descarada y perjudicial, como si se provocaran mutuamente, hasta el punto de crear desazón en todos, como un escándalo, y gastar en esa actitud y esta crítica recíproca muchas energías que serían tan útiles para una verdadera renovación.

Hay que esperar que los unos y los otros, a quienes no faltan la generosidad ni la fe, aprendan humildemente a superar, juntamente con sus pastores, esta oposición entre hermanos, para aceptar la interpretación auténtica del Concilio —porque ésta es la cuestión de fondo— y para afrontar juntos la misión de la Iglesia, en la diversidad de su sensibilidad pastoral. Ciertamente, la gran mayoría de los cristianos de vuestro país están dispuestos a manifestar su fidelidad y su disponibilidad para seguir a

la Iglesia; no comparten esas posiciones extremas y abusivas, pero no pocos de ellos flotan entre ambas o se sienten turbados, con el consiguiente problema, también, de que corren peligro de hacerse indiferentes y alejarse de la fe. El momento actual os obliga a ser, más que nunca, artífices de la unidad, vigilando a la vez las cuestiones de fondo que están en juego y las dificultades psicológicas que entorpecen la vida eclesial, en la verdad y en la caridad»⁶.

«Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura».

Las expresiones de Juan Pablo II dan forma plástica al dinamismo del apostolado en las proximidades del año 2000. Es un ajetreo continuo e incansable de colmena en plena producción, de ir y venir silencioso y práctico, de búsqueda incesante. De cuando en cuando nos habla de la «empresa apostólica» con los motores encendidos, los rostros sudorosos y la mano de obra rindiendo hasta el agotamiento. Otras veces nos ve soportando el peso del día y del calor, en un trabajo duro y apremiante. Se refiere a la multiplicidad de las actividades. Recuerda que el sacerdote tiene que dedicarse en cuerpo y alma al servicio pastoral. Dedicación al Evangelio *full-time* en intensidad, porque debe ser, ante todo, un «convencido», lo que diríamos hoy un «radical» de Dios. Dedicación en extensión: las tareas apostólicas son tan abrumadoras que no queda ni un minuto libre para otras ocupaciones.

No hay que pensar en el «pluriempleo» —un modo de llenar el tiempo libre con ayudas supletorias—, puesto que el mundo contemporáneo exige del sacerdote esfuerzos colosales, presencia inaplazable, maniobras de urgencia. La jornada intensiva no basta: hay que trabajar «a destajo».

El dinamismo pastoral mantiene en tensión al sacerdote.

Tiene que estar abierto en permanente misión de servicio, y advierte que formas válidas en otro tiempo no están al día, no sintonizan con la realidad del hombre de hoy. ¿Qué hacer? Con valentía, con optimismo, con la audacia de la esperanza, proyectar sin cansancio, adaptarse «adecuadamente» a los tiempos nuevos, poner en marcha «iniciativas nuevas», «innovaciones atrevidas», «gestos nuevos y

⁶ *En Issy-les-Moulineaux.*

audaces», servir a la Iglesia como ella quiere ser servida, amarla tanto que se esté dispuesto a renunciar a modos tradicionales de «pensar y de vivir» para servirla mejor, quemar la vida por ella.

Y en la base de este servicio, una vida que signifique por sí misma un testimonio de ejemplaridad: «liberarse de la propia situación de pecado y de las múltiples estructuras de pecado que pesan sobre la sociedad y los individuos».

En esta línea de pastoral dinámica —imaginación «creativa», actitud intrépida y audaz, trabajo «a destajo»—, el sacerdote tiene que dar testimonio de la verdad, aun a riesgo de ser incomprendido, mal interpretado o «tergiversado» por mantener la fidelidad a la Iglesia. Juan el Bautista nos da una lección de audacia y de coraje con su denuncia profética. La Iglesia tiene que decir la verdad, no por ansias de protagonismo, sino como un deber de «servicio profético», que intenta cumplir en los diversos contextos históricos.

Lo afirma Juan Pablo II con serena energía:

«Es necesario llamar por su nombre propio a la injusticia, a la explotación del hombre sobre el hombre, o bien a la explotación del hombre por parte del Estado, de las instituciones, de los mecanismos de sistemas y regímenes que actúan algunas veces sin sensibilidad. Es necesario llamar por su nombre a toda injusticia social, discriminación, violencia infligida al hombre contra el cuerpo o el espíritu, contra su conciencia y convicciones. Cristo nos enseña una sensibilidad especial particular hacia el hombre, hacia la dignidad de la persona humana, hacia la vida humana, hacia el espíritu y el cuerpo humano. Esta sensibilidad da testimonio del conocimiento de aquella 'verdad que nos hace libres' (Jn 8,32). No está permitido al hombre ocultar esta verdad ante sí mismo. Es necesario hablar de ella de un modo claro y sencillo. No le está permitido 'falsificarla'. No le está permitido hacer de ella un objeto de 'subasta'. Y no para 'condenar' a los hombres, sino para 'servir a la causa del hombre'. La liberación, también en el sentido social, comienza por el conocimiento de la verdad»⁷.

Es una convicción que el Papa lleva muy dentro. Esta es la razón de que insista tan frecuentemente sobre el tema. Es

⁷ *La verdad os hará libres* (21/II/1979). *La vida vencerá a la muerte*.

una exigencia de la misión profética de la Iglesia, como se dice expresamente en un pasaje del Concilio Vaticano II:

«Firmes en esta convicción, los padres conciliares no dudaron en condenar sin medias tintas todo cuanto atenta contra la vida —homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado—; cuanto viola la integridad de la vida humana, como, por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana» (GS n.27)⁸.

* En un gesto coherente, Juan Pablo II ha dicho un «no» rotundo, sin paliativos, al divorcio, al homosexualismo, a las relaciones pre y extramatrimoniales, a los totalitarismos de todo signo que degradan al hombre, al celibato opcional, a los anticonceptivos, al permisivismo moral, al humanismo sin Dios, al aborto.

Y ha dicho bien claro —lo ha gritado a los cuatro vientos— que lo hace para cumplir con su misión, porque no quiere «traicionar» su misión...

⁸ *La misión de la Iglesia*. Discurso de apertura de la III Conferencia general del Episcopado latino-americano, en Puebla (28/I/1979).

«YO, FRANCISCO, EL PEQUEÑO HERMANO VUESTRO...»

«Por eso, la vida de San Francisco se ha insertado de modo tan singular en la historia del Reino de Dios sobre la tierra. Después de ocho siglos, esta inserción parece tan actual, tan convincente, como en los siglos XII y XIII: este hombre, que amó a Dios sobre todas las cosas, a los hombres y a todas las criaturas a medida del bien que les es propio, nos habla incesantemente con la verdad interior de toda su existencia, de toda su vida y de su vocación».

JUAN PABLO II, en el «Angelus» (4-X-1981).

«Todos le queremos».

«No sé qué tiene San Francisco, pero lo cierto es que su figura te deja esponjado el corazón, es un hombre que inspira confianza y te da ánimos para seguir luchando por Dios y por las almas».

«En fin, lo que está claro es que lo que nos hace falta es un San Francisco. Todo esto lo arreglaba San Francisco...»

Es un fenómeno curioso y reconfortante.

Es el testimonio de un sacerdote con muchos años de vida sacerdotal y de gran experiencia pastoral. Se le veía gravemente preocupado por los problemas de estos tiempos difíciles. Estaban sobre el tapete las graves preguntas que se hacen hoy los sacerdotes responsables: la planificación del apostolado, las exigencias de nuestro tiempo, la revisión de vida, actitudes y comportamientos, identidad, etc.

Fue una salida espontánea: «Lo que nos hace falta es un San Francisco».

Estamos de acuerdo.

San Francisco significa la síntesis de nuestros ideales más consistentes y amados. San Francisco ha anticipado y vivido los valores que encuentran más sensibilizada la conciencia del hombre contemporáneo: la libertad, la igualdad, la fraternidad, la paz. Ha hecho una opción fundamental por el

Evangelio con un radicalismo estremecedor, en una apuesta incondicional: «sin glosa». Su opción por los pobres y marginados fue tan auténtica, que lo despojó de todos los bienes terrenos y lo expropió de toda ambición egoísta: se convirtió voluntariamente en «el Pobrecillo», en el «menor».

Estamos todos de acuerdo.

El buen papa Juan Pablo II peregrina a Asís, al «sepulcro glorioso de San Francisco»,

«porque aquí se respira una atmósfera única y de purísima fe cristiana y de altísimos valores humanos de civilización»¹.

El Papa profundiza hasta las raíces más hondas para encontrar las claves de comprensión de la figura de San Francisco. Peregrina a Asís para confirmar otra vez su «profunda veneración al santo Pobrecillo» y

«para meditar sobre esta dimensión (*de peregrinación y 'comunió'n'*), para reflexionar juntos sobre nuestras tareas y nuestros compromisos, y para gozarnos en ellos como en la perspectiva de nuestra misión y de nuestra comunidad»².

¿Por qué, precisamente, San Francisco?

Porque es una figura entrañablemente querida por todos.

Porque su mensaje, su vida y su estilo tienen un gran valor de convocatoria. Porque tiene en sus manos todas las claves de la renovación que necesita hoy la Iglesia para el fiel cumplimiento de su misión.

Dice el Papa:

«Francisco es una de esas raras personas que no es patrimonio exclusivo de una orden, ni siquiera de una iglesia, sino de la humanidad entera. Por eso ante la figura evangélica, entrañable, pacífica y poética del hermano universal, pocos podrán quedar indiferentes».

«La figura de Francisco, *pauper et humilis*, se impone todavía hoy por encima de los límites geográficos de esta tierra suya».

¹ *El mensaje de San Francisco*. Al pueblo de Asís (12/III/1982).

² *La Iglesia en nuestro tiempo y el ejemplo de San Francisco*. A los obispos italianos en asamblea extraordinaria, en Asís (12/III/1982).

«A ocho siglos de su nacimiento, el mundo —incluso el de los alejados o indiferentes a los valores religiosos— contempla con admiración a San Francisco»³.

En el Pontificio Ateneo «Antonianum», de Roma, Juan Pablo II afirma que Francisco ejerce aún una verdadera «fascinación» en la Iglesia y fuera de ella:

«Todos sabemos, por otra parte, lo que ha representado para la humanidad el nacimiento de San Francisco: con él —dice Dante— ‘nació un sol en el mundo’ (*Paraiso* IX 54). Muchos son los motivos por los que él ejerció y aún ejerce una fascinación tan importante en la Iglesia y aun fuera de ella...»⁴

Hablando de la dimensión de peregrinación y de sus «ritmos» en los diversos encuentros para «programar y animar» el futuro recorrido del apostolado, recurre a Francisco como modelo de «actitud» y como «luminoso apoyo» con su testimonio. Vuelve el Papa sobre el tema:

«El, por una parte, fue un hombre ‘de frontera’ —como se diría hoy—, por lo cual ejerce aún un fascinante atractivo, incluso entre los alejados...»⁵

Es un hecho: Francisco atrae, arrastra, «fascina».

Su figura rebasa las fronteras y está por encima de todas las ideologías. «Respecto a él, todo rígido esquema de colocación resulta inadecuado». Y se impone la pregunta que ya le hacía el compañero de *Las florecillas*: ¿Por qué a ti? ¿Cómo se explica esta aureola de universal simpatía, de veneración y de entusiasmo que rodea a San Francisco?

Kurt Waldheim, en su mensaje como secretario general de las Naciones Unidas, entroniza a Francisco como *símbolo de paz y amor*, y expresa su deseo de que sea para el mundo *una fuente de inspiración*. La sintonía con Francisco se funda en motivos «humanísticos» y se expresa en unos puntos programáticos concretos:

³ *Personas consagradas*. A los sacerdotes, religiosos y religiosas, en la catedral de Asís (12/III/1982).

⁴ *Ser predicadores de la verdad*. A los profesores y alumnos del Pontificio Ateneo «Antonianum», de Roma (16/I/1982).

⁵ *La Iglesia en nuestro tiempo...*

San Francisco, por su ejemplo y su enseñanza, se ha convertido en un símbolo de paz, de protección de la naturaleza y de amor hacia los pobres.

— *Encontramos su mensaje recogido en algunos de los más altos ideales de la Carta de las Naciones Unidas.*

El predica la paz entre los pueblos y exige a sus seguidores no llevar armas.

— *Hoy, las Naciones Unidas trabajan por la paz y el desarme entre todos los pueblos.*

El proclamó el amor y el respeto hacia la naturaleza y hacia todos los seres vivos.

— *Las Naciones Unidas trabajan por la defensa y protección de la naturaleza y del medio ambiente en todo el mundo.*

Francisco fue el santo de los pobres y de los marginados.

— *Las Naciones Unidas intentan eliminar los sufrimientos y las privaciones que padecen millones de seres humanos y tratan de defender a los indefensos de ser víctimas de la injusticia y de la discriminación.*

Kurt Waldheim termina su mensaje reconociendo con honestidad que queda mucho camino por andar, que el programa humanístico de la ONU no se ha realizado aún:

«Hay aún mucho que hacer antes de que se realice el proyecto de San Francisco de un mundo pacífico, justo y armonioso».

Pero el reconocimiento de estas limitaciones no es para perder el ánimo, sino para proseguir en el esfuerzo solidario para construir un mundo mejor, sin cansancio y con optimismo:

«Mientras conmemoramos su nacimiento, dediquémonos a unir todas nuestras fuerzas, nuestros espíritus y nuestros corazones en el camino trazado por él»⁶.

⁶ P. CALASANZ, *El Cántico del Hermano Sol* p.9-10. Y una breve glosa en *San Francisco, corazón de Evangelio* p.10.

¿Por qué a ti?

Juan Pablo II ha captado con especial intensidad la figura de El Pobrecillo, porque ha profundizado en las raíces múltiples de la psicología de Francisco, como hombre, en la línea del más transparente humanismo cristiano, y como santo, en la más genuina y limpia línea del Evangelio.

En el esclarecimiento de los «motivos» de esta vigencia fascinante, de su proyección y permanencia a través de los siglos, va implícito el compromiso de imitar sus actitudes, sus gestos y su modo de actuar en el contexto que nos toca vivir, aquí y ahora. Por eso la pregunta es «legítima» y obligada:

«¿Por qué? Es una pregunta legítima que podemos plantearnos todos, pero sobre todo vosotros que sois conciudadanos y paisanos. Y, siendo sacerdotes o, de todos modos, personas consagradas, procuráis descubrir en los repliegues de la respuesta los elementos y aspectos que caracterizan el *animus* de Francisco, y son en cuanto tales no sólo verdaderos y genuinos, sino también especialmente válidos e indicativos para vosotros y para las obras del ministerio sagrado»⁷.

En rigor, es una pregunta que «destempla» y compromete.

Pero hay que hacerla con valentía y generosidad para tomar decisiones comprometedoras para una renovación total en el modo de ser, de actuar y de vivir:

«¿Por qué a ti? No es para ponerte a prueba. Es para poner a prueba, mirándome en tu espejo, la autenticidad, la veracidad, la sinceridad de una visión de la vida, de una interpretación del hombre y de una fisonomía humana y espiritual que intenta imitar tu modelo y seguir tus pisadas»

«No es una prueba, es una 'recordación'. Para conformar la mente e informar hasta los mínimos detalles de la vida en un sentido específicamente franciscano de disponibilidad, de minoridad y de cortesía. Para que el trato con Dios, la convivencia fraterna, la comunicación con los hombres y la actitud ante todos los seres de la creación rezume Evangelio y fraternidad»⁸.

⁷ *Personas consagradas...*

⁸ P. CALASANZ. *San Francisco, corazón de Evangelio* p.14-15.

Y ¿cuáles son los elementos que caracterizan la figura de Francisco, cuáles los rasgos que definen su «humanidad», su «animus», su «talante»? Juan Pablo II enumera certeramente unos cuantos:

- su visión optimista de toda la creación, como epifanía de Dios y patria de Cristo, exaltada por él en el famosísimo *Cántico de las criaturas*⁹;
- su opción «radical y revolucionaria» por la pobreza, que tiene un profundo significado, también hoy, para la Iglesia en Italia y en el mundo¹⁰;
- su espíritu «integrador y pacificador», que descarta las tensiones y crea un clima de intensa paz incluso en la convivencia civil¹¹;
- su testimonio inalterable y contagioso de humana y trascendente esperanza¹²;
- su «aire», en que se respira una atmósfera única de «purísima fe cristiana y de altísimos valores humanos de civilización»¹³.
- su estilo transparente de «encarnación» entre los hombres de su tiempo y su carácter de *hombre de frontera* con un discernimiento evangélico de los «signos de los tiempos»¹⁴.

Estos son los elementos que configuran la fisonomía humana del «mínimo y dulce» Francisco de Asís: es un temperamento sensible, vehemente, comprensivo, fraternal, abierto, artista y apasionado. Es un riquísimo ejemplar de la tipología humana, superdotado por la naturaleza. Por eso, toda consideración parcial o excluyente supone una deformación desde la misma base. Pero la tergiversación más peligrosa es silenciar, marginar o desdeñar la dimensión esencial de su fisonomía: su santidad.

La fascinación más profunda y perdurable la ejerce Francisco por ser «San» Francisco. Por eso, Juan Pablo II, después de resaltar los valores humanos del Pobrecillo —que le han hecho popular, actual y necesario en nuestro mundo— apostilla con tino y agudeza:

«... pero sobre todo...»

⁹ En el Ateneo «Antoniano», de Roma.

¹⁰ *La Iglesia en nuestro tiempo...*

¹¹ *Ibid.*

¹² En el Ateneo «Antoniano», de Roma.

¹³ Al pueblo de Asís.

¹⁴ A los obispos italianos.

Sobre todo, el mundo admira a San Francisco
porque ve en él una copia auténtica, fiel y, por lo mismo, creíble de Cristo Jesús.

«He aquí el nudo de la respuesta. El es *alter Christus*, pero no de palabra ni *de iure* solamente (como lo sería en fin de cuentas quien se profese cristiano); él es tal también y sobre todo en la realidad de su vida.

En un determinado momento, como bien sabéis, cuando era un muchacho brillante de la Asís medieval pletórica de vitalidad, hizo una opción radical y generosa; se despojó de todo, renunció a la herencia paterna y, desnudo ya y marginado, decidió seguir total e irrevocablemente al Señor Jesús desde el nacimiento en la gruta de Belén hasta el Calvario. Y se mantuvo fiel a esta 'opción fundamental' poniendo en práctica un seguimiento efectivo *paso a paso* de las huellas del Redentor, hasta los estigmas del monte Alvernia, hasta la muerte en la tierra desnuda allá abajo, en la llanura al pie de la ciudad»¹⁵.

Esta «opción fundamental» por Cristo apasionadamente amado —fresca, ilusionada, continuamente renovada, irrevocable— es la característica más relevante de la identidad sacerdotal, como queda dicho en un largo capítulo de la primera parte (*El hombre de Dios*).

La identificación con Cristo es mucho más que una realidad jurídica o canónica. Es un hecho misterioso e inefable que configura toda la existencia sacerdotal. El sacerdote actúa *in persona Christi*. Es un alto e inmerecido honor, pero conlleva la máxima exigencia de responsabilidad. Hay que «doblar» a Cristo en el ser y en lo más entrañable de la propia vida. Y esto supone un reto para el sacerdote:

«¿Acaso no es también el sacerdote *alter Christus*? Lo es y debe serlo por el carácter sacramental impreso en su alma por la ordenación presbiteral; lo es y debe serlo por la función de representante legítimo de Cristo a que ha sido elevado; lo es y debe serlo por los contactos ininterrumpidos y diarios que en virtud de su ministerio man-

¹⁵ En la catedral de Asís. *Personas consagradas*.

tiene con Cristo presente y vivo en la Eucaristía, en el tesoro de su palabra, en la persona de los hermanos.

Ved, pues, cómo la respuesta rápida y esencial que nos da la medida de la grandeza de Francisco puede ser aplicada provechosamente a cada uno de vosotros como alto reclamo ideal y autorizada enseñanza de vida: *Sacerdos alter Christus: ut Franciscus, ita et tu!*¹⁶

El sacerdote es y debe ser «otro Cristo» —como Francisco.

Como Cristo, ha sido «enviado» al mundo, a todos los hombres, para que tengan vida. Y desde esta perspectiva se impone el planteamiento lógico del problema clásico que puede turbar la conciencia del sacerdote, como un día inquietó a Francisco de Asís: acción o contemplación. Francisco quiere saber lo que dispone el Señor sobre tan delicado tema: ¿deberá dedicarse totalmente a la oración —para la que se siente personalmente mejor dotado— o deberá «pasar la vida en medio de la gente» en las actividades apostólicas?

Francisco lo consulta con Dios y con sus hermanos.

Y el Señor le comunica, «por medio» de fray Silvestre y de Santa Clara, que no le ha escogido sólo para él mismo, sino para que predique el Evangelio a sus hermanos los hombres. Y desde entonces, Francisco divide el tiempo en dos mitades, escribe San Buenaventura: la primera mitad, para hablar con Dios; la segunda, para hablar a los hombres sobre Dios.

No tienen razón de ser las contraposiciones.

Es ilógica la dicotomía.

Si el sacerdote está «con Dios» cuando le habla de sus planes y experiencias pastorales en la oración pidiendo luz y acierto para sus trabajos, consultando a Dios para tomar decisiones serias, revisando sus experiencias apostólicas, debe estar igualmente con Dios a la hora de realizarlas. Contemplación y acción son dos momentos «complementarios» de un mismo quehacer: la misión evangélica.

Es el mismo Señor quien inspira los «proyectos» y quien ayuda a darles vida o, mejor aún, quien los realiza sirviéndose del sacerdote como instrumento.

No tiene razón de ser el planteamiento disyuntivo y ex-

¹⁶ Ibid.

cluyente: «acción o contemplación». El programa evangélico es integrador y armónico: «acción y contemplación», a ejemplo de Cristo y del seráfico Francisco. Son como las dos alas del halcón que despertaba a Francisco haciendo ruido con las ramas con la puntualidad de un reloj despertador, pero le dejaba dormir un poco más de tiempo cuando el santo estaba excesivamente fatigado o había pasado la noche en insomnio.

Francisco nos da la solución precisa con su propia vida.

No hay que dejar al Señor del trabajo por los trabajos del Señor.

Sencillamente, porque el Señor del trabajo «quiere» que yo me dedique a este trabajo. No dejo al Señor porque El va siempre conmigo. No dejo al Señor porque El me lleva de la mano o sobre los hombros como Buen Pastor.

El Pobrecillo nos enseña, además, una lección de discernimiento.

Se ha dicho: «Dime cómo oras y te diré cómo vives». En el fondo es una gran verdad que acreditan los hechos. Pero también es cierto que no hay mejor criterio para contrastar la pureza de la oración: su densidad, su intensidad, su calidad, que la misma vida. En este sentido se puede decir: «Dime cómo vives y te diré cómo oras». No hay —no debe haber— un divorcio entre las creencias y la conducta, entre las actitudes y el comportamiento, entre religión y vida. En conclusión: una vida sacerdotal de plena entrega al Señor y a los hermanos marca la temperatura exacta de la oración. Y una oración intensa y pura marca la temperatura de la calidad sacerdotal.

La mejor forma de no «matar el espíritu de la santa oración y devoción» es trabajar «fiel y devotamente», como quería Francisco.

Juan Pablo II anota expresamente que Francisco encontró la respuesta válida que decidió su opción, también «fundamental», por la vida apostólica, tras haber consultado a sus hermanos y «orado al Señor»:

«Como El había recorrido los pueblos de Palestina invitando a la penitencia y anunciando el Evangelio del Reino (Mc 1,14-15), igualmente harían Francisco y sus frailes desarrollando un ministerio itinerante de contactos, palabras y testimonio en la sociedad de su tiempo.

En una época de crisis generalizada por las grandes transformaciones que ya desde el año mil se habían verificado en las varias naciones de Europa y que no podían dejar de interesar a la Iglesia, la decisión bien pensada del Pobrecillo de Asís supuso una aportación determinante en la recuperación religioso-moral tan deseada. El y sus discípulos trabajaron denodadamente para hacer volver a Cristo a la sociedad, y lo realizaron no en oposición y polémica con la autoridad legítima de la Iglesia (como algunas sectas heréticas de su tiempo), sino en obediencia y cumplimiento perfecto de un mandato apostólico» (*Regula non bullata* 17; *Regula bullata* 9) ¹⁷.

Seguir a Cristo. Ser «otro Cristo».

Seguir el Evangelio como «forma y vida».

Estas son las bases del dinamismo apostólico de Francisco cuando se dedica a predicar a la gente, viviendo entre los campesinos, animando su fe y esperanza, enseñándoles a meter a Dios en su vida. Y esta actitud y este comportamiento del Pobrecillo son todavía hoy —quizá hoy como nunca— válidos, indispensables y eficaces. Así lo afirma el Papa en un texto luminoso que invita a la reflexión:

«Tiempo de crisis también hoy, se dice; tiempo de derrumbamiento de valores y de secularización generalizada. ¿Qué se ha de hacer, pues, para que vuelvan Jesucristo y su Evangelio a los hombres? Al final del siglo pasado, cuando al llegar la primera sociedad industrial se comenzaron a advertir algunos síntomas de crisis, se dijo que había llegado ya el momento de que los sacerdotes 'salieran de las sacristías' y fueran al encuentro de la gente. ¿Y hoy? Hoy todo parece imponerse con mayor urgencia y halla un significativo 'precedente' y un modelo emblemático en la conducta de San Francisco y de los suyos, que andaban por los caminos del mundo siguiendo el mandato programático de Jesús: 'Id, yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias... En cualquier casa que entréis, decid primero: La paz sea con esta casa...; en cualquier ciudad en la que entrareis y os recibieren..., curad a los enfermos que en ella hubiere y decidles: el Reino de Dios está cerca de vosotros' (Lc 10,3-8; 9,1-6; Mt 10,5.9-10; Mc 6,7-13)» ¹⁸.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Ibid.

El sacerdote es, ante todo y esencialmente, el «hombre de Dios».

Pero, al mismo tiempo, sin desmentir esta característica, es un hombre «constituido» para el bien de los hombres. Hay que mantener a toda costa la doble dimensión de la identidad del sacerdote en el planteamiento y en el ejercicio del ministerio. Hay que «sintonizar» con San Francisco, que fue —«conviene repetirlo»— espíritu apostólico y evangélico.

Con Francisco como «modelo emblemático de conducta» traza Juan Pablo el ideario y las directrices del programa apostólico para hoy. Es un pasaje bellísimo que constituye un reto a la capacidad de disponibilidad del sacerdote y a su celo pastoral. Hay que pensar, rumiar, saborear cada una de sus cláusulas para convertirlas en norma de acción, para que se conviertan en una «fuerza impulsiva» en las *tareas amplias y urgentes* que esperan al sacerdote, aquí y ahora:

«*Este es el estilo del operario evangélico: consiste en andar valientemente por los caminos del mundo, con desprendimiento total de las cosas de la tierra, portadores de paz y anunciadores de la venida del Reino. Hoy, todavía más que en el pasado, hay que ir a proclamar a los hombres la Buena Noticia del amor misericordioso de Dios, y con ella el deber de responder a este amor anterior y preveniente; ir a promover el bien integral de los hombres; ir sin contraponer la tarea del servicio a Dios y la del servicio a los hermanos; ir y más bien coordinar en síntesis equilibrada la llamada dimensión vertical hacia lo alto, hacia Dios, con la horizontal encaminada a los hombres*»¹⁹.

La figura de Francisco se ha labrado *en la Iglesia*.

Es un hijo fidelísimo que ama apasionadamente a la Iglesia.

En el frontispicio de sus dos *Reglas*, junto al compromiso de seguir el santo Evangelio como norma y vida, hay una proclamación de entrañable afecto y de lealtades sin fisura al Papa y a la Iglesia. Francisco «sintoniza» expresivamente con la Iglesia en actitudes, en sentimientos, en todo. Hasta los mínimos detalles de su vida están impregnados de estilo eclesial:

¹⁹ Ibid.

«El hermano Francisco promete *obediencia y reverencia*» al señor papa Honorio, y a sus sucesores y a la Iglesia romana».

Francisco va a Roma para que el Papa apruebe su forma de vida, en conformidad con el santo Evangelio.

Francisco va a Roma con sus hermanos para «consultar sus experiencias» con la Santa Madre Iglesia.

Francisco pide a la Iglesia un cardenal protector que se ocupe de los asuntos de la orden.

Francisco se declara amigo —pequeñuelo servidor, dice él— de su obispo Guido, a quien ama de todo corazón, y de los sacerdotes, porque «administran espíritu y vida».

Y la Iglesia y los obispos de Roma «aprobaron y estimularon el nuevo movimiento iniciado por el Pobrecillo. La Iglesia es la que, en definitiva, ha formado la figura inmensa de San Francisco y ha dado al franciscanismo continuidad, permanencia y eficacia. San Francisco es un hombre «todo católico y apostólico», como lo definió uno de sus biógrafos. ¡Qué alto ejemplo de docilidad, de obediencia y de ternura a la Iglesia en un hombre esencialmente carismático como Francisco! Francisco descubre por razones de la inteligencia y del corazón que el Evangelio y Cristo están «en» la Iglesia. Francisco es, pues, un «hombre de Iglesia».

Su gran amor a la Iglesia es un aspecto fundamental de su identidad:

«El hijo de Pietro Bernardone fue hombre de Iglesia, se entregó a la Iglesia y por la Iglesia, a la que jamás separó de Cristo Señor; comprometió, incluso en el dolor, hasta el más íntimo latido de su alma, confirmado en esto por la invitación del Crucificado en San Damián: 'Ve y repara mi casa'. Este amor caracterizó su vocación de reformador y, antes aún, la de convertido, de hombre nuevo»²⁰.

Francisco es temperamentalmente un «pacifista» en el mejor sentido de la expresión. Es un hombre integrador que busca la armonía y la comunión con todos los seres del planeta. Por eso, en el tiempo en que proliferan los movimientos conflictivos que se enfrentan frontalmente a la Igle-

²⁰ *San Francisco, un hombre de la Iglesia*. Mensaje por Radio Vaticana, en el 800 aniversario del nacimiento de San Francisco (3/X/1981).

sia como institución, el Pobrecillo «promete obediencia y reverencia» a la Santa Madre Iglesia. Es algo más que respeto y adhesión: es veneración y ternura. Y esta veneración pasa a ser una característica sustantiva de su fisonomía de renovador:

«Es bien sabido que en los tiempos en que comenzó su testimonio y el de su movimiento, prevalecieron herejías eclesiales, siempre viejas y siempre nuevas, las cuales, pretendiendo inspirarse en los orígenes, introducían divisiones y cismas, oponían el Evangelio a la Iglesia jerárquica y a su autoridad, y, apoyándose en una interpretación subjetiva de la Sagrada Escritura, instauraban un libre examen, al que recurrían ya antes de que se le conociese con este nombre preciso»²¹.

Evangelio e Iglesia son «inseparables». El Evangelio ha sido confiado a la Iglesia. Por ello, el testimonio vivo de Francisco conserva hoy toda su vigencia: lo vivió y encarnó «primaria y ejemplarmente» en la Iglesia y con el asentimiento y el apoyo de la Iglesia. Y éste es el testimonio que debe dar el sacerdote, aquí y ahora, superando la crítica fácil y superficial, motivada casi siempre por la falta del propio compromiso:

«Francisco fue, por tanto, hombre de Iglesia que vivió de lleno esta triple dimensión: conciencia del pasado, apertura a las exigencias del presente, proyección dinámica hacia las perspectivas del futuro; y todo ello en el contexto de una vivísima sensibilidad católica»²².

La actitud eclesial de San Francisco —luminosa, leal y comprometida— puede definirse con una frase que tipifica su personalidad y abarca todo el ámbito de su *ordo amoris*: Francisco llega a una comprensión profunda de la Iglesia porque la mira *con los ojos del amor*. Las características de esta actitud son múltiples. Por ejemplo:

- psicología de integración y comunión, que crea un clima de armonía y las condiciones favorables para una convivencia estimulante de colaboración, solidari-

²¹ Ibid.

²² *La Iglesia en nuestro tiempo...* A los obispos italianos.

- dad y cortesía. Es la puesta en marcha de la «fraternidad», que descarta todo lo que significa tensión, contraposición, enfrentamiento y conflicto, incluso en la convivencia civil ²³;
- sentido de misión y comunión para hacer presente a la Iglesia, con una presencia *dinámica e iluminada*, en la sociedad y en el ambiente de nuestro tiempo, para decir la palabra justa y para actuar, con serenidad, pero con firmeza, en la defensa del hombre y de sus valores morales ²⁴;
 - sentido de responsabilidad, que exige un esfuerzo diario para comprometerse con el Evangelio y vivirlo de un modo coherente y ejemplar. Este compromiso es ambicioso y estimulante: opción por los pobres y marginados, que son el tesoro de la Iglesia; sobriedad y ejemplaridad en el estilo de vida; fidelidad a las normas; disponibilidad a toda prueba, aun en lo pequeño, porque precisamente ¡lo *pequeño* es siempre cosa *grande*! ²⁵;
 - sentido misionero *ad extra*, que se manifiesta en la generosidad de quienes abandonan patria, familia, hogar para irse a misiones; y *ad intra*, que indica el dinamismo y la vitalidad de la Iglesia ²⁶;
 - discernimiento de los signos de los tiempos y adecuada renovación para incrementar «una respuesta válida a las necesidades, a las aspiraciones y a los desafíos cruciales con que la realidad del prójimo interpela la acción evangelizadora en nuestro tiempo ²⁷.

Francisco ha sido llamado para renovar la Iglesia. El Cristo de San Damián le recomienda la «reconstrucción» de su casa, que amenaza ruina. Un día, en sueños, el Papa verá a Francisco «sosteniendo» la Iglesia. Y Francisco cumplió el encargo, primero con piedras y luego —cuando comprendió el verdadero sentido del encargo y de la visión— con piedras vivas, con santos.

En la historia personal de Francisco no hay nada pare-

²³ Ibid.

²⁴ Ibid.

²⁵ Ibid.

²⁶ Ibid.

²⁷ Mensaje por Radio Vaticana.

cido a lo que se llama hoy «denuncia profética» contra la Iglesia. Los movimientos de su tiempo pasaron de la crítica acerba y de la «contestación» a la ruptura herética con la Iglesia jerárquica. La única reacción de Francisco es de «obediencia y reverencia». Mira a la Iglesia con ojos de amor y la sirve del único modo válido y constructivo: haciéndose santo.

Enviado por la Iglesia, Francisco «llenó el mundo de Evangelio».

Y ésta es precisamente la misión inaplazable de la Iglesia: renovar la faz de la tierra, dar o avivar el sentido de Dios en los hombres de nuestro tiempo, rescatar al hombre de sus servidumbres y pecados. Para llenar el mundo de Evangelio es preciso ir en una búsqueda constante, estar presente con el mensaje y con el testimonio.

«Toda la comunidad eclesial en Italia —los obispos, los sacerdotes, las almas consagradas y los laicos—, en este momento de crisis de valores, de desorientación moral, pero también de ansiosa búsqueda de nuevas síntesis culturales, de tensión hacia una vida más conforme con las profundas aspiraciones del corazón humano, está llamada a participar activamente en la remodelación del entramado civil de la nación, fundado sobre los valores éticos del humanismo cristiano.

Y esta misión histórica suya sólo la podrá realizar si cada vez toma más conciencia de su identidad, si se hace cada vez más obediente a la llamada al testimonio, si se convence cada vez más de la intrínseca e insustituible autenticidad y fuerza de los propios valores, si se hace cada vez más generosa en su compromiso de presencia y de participación y más coherente y tenaz en la acción, para que Italia descubra nuevamente y viva, con renovado fervor, su riqueza humana y su talante cristiano»²⁸.

Francisco de Asís crea el estilo nuevo del operario evangélico, en cuya base se encuentra el mensaje de la misericordia y del perdón:

«Hoy, todavía más que en el pasado, hay que ir a proclamar a los hombres la Buena Noticia del amor misericordioso de Dios, y con ella el deber de responder a este amor anterior y preveniente»²⁹.

²⁸ *La Iglesia en nuestro tiempo...* A los obispos italianos.

²⁹ *Personas consagradas...*

La misericordia es «el atributo más estupendo del Creador y Redentor».

Las páginas más bellas del Evangelio, las más conmovedoras escenas que protagoniza siempre el buen Dios, tienen como argumento la misericordia. ¡Cómo vibra el pueblo creyente ante el pregón de Dios, que es Amor; de Dios, que es Padre y, por lo mismo, *Dives in misericordia!* Es una experiencia entrañable y emocionante ver cómo se transfigura el hombre cuando se siente pobre y pecador y escucha la parábola del hijo pródigo o la parábola del Buen Pastor. El sermón de la misericordia deja una huella tan honda y tan fresca, que puede llamarse con propiedad el sermón de las conversiones. Así lo llamamos en las «misiones populares».

Y no es sólo la experiencia ajena.

Después de meditarlo y de predicarlo tantas veces, sentimos siempre una emoción nueva, porque advertimos que esa hermosa parábola es nuestra propia historia personal al vivo. Y lloramos de emoción y de gratitud cuando sentimos el abrazo del Padre Dios, que nos perdona. Decía un sacerdote ejemplar en unos ejercicios espirituales:

«Padre, no deje nunca el sermón de la misericordia de Dios. ¡Consuela tanto! Deja esponjado el corazón».

Todos necesitamos el perdón. En el fondo, todos estamos hambrientos de amor y misericordia. Todos, hasta los sacerdotes más celosos. El hermano Francisco, hecho ya otro Cristo, se confesaba el mayor pecador del mundo. Por eso subraya el Papa el mensaje específico que nos ofrece la Porciúncula y su indulgencia:

«Pues bien, ¿quién de nosotros puede decir en su corazón que no tiene necesidad de esa misericordia, o sea, que está en total sintonía con Dios, de forma que no necesita de El ninguna intervención purificadora? ¿Quién no tiene algo que hacerse perdonar por El y por su paternal magnanimidad? O, dicho en términos evangélicos, ¿quién de nosotros podría arrojar la primera piedra (Jn 8,7) sin mancharse de presunción o de irresponsabilidad? Sólo Jesucristo habría podido hacerlo, pero renunció a ello con un incomparable gesto de perdón, es decir, de amor, que revela a un tiempo una ilimitada generosidad y una constructiva confianza en el hombre. Todos los

días deberíamos reavivar en nosotros tanto la invocación, humilde y gozosa, de la gracia reconciliadora de Dios como el sentido de nuestra deuda para con El, que nos ha ofrecido 'de una vez para siempre' (Heb 9,12), y continuamente nos vuelve a ofrecer, con inmutable bondad, un perdón al que no tendríamos derecho, que nos restablece en la paz con El y con nosotros mismos, infundiéndonos una nueva alegría de vivir...»³⁰

Francisco quiere una indulgencia ilimitada: perdón total para todos los hombres que vayan contritos y llorosos a los pies de Nuestra Señora de los Angeles, en la Porciúncula, para siempre. No quiere años, quiere almas. Y el Papa, que le quiere como a un hijo, le concede la especial indulgencia de la Porciúncula.

Francisco ha conseguido reconciliar a los hombres con Dios.

No está satisfecho: quiere conseguir también la reconciliación entre los hombres. Todas sus predicaciones se dirigen a restablecer la paz entre los hombres. La paz se convierte para el Pobrecillo en un «ideario vivido». Lo recuerda el papa Juan Pablo II en Asís:

«Su intensa actividad de predicador itinerante lo llevó de región en región y de pueblo en pueblo a través de casi toda Italia. Su típico anuncio de 'Paz y bien', que le hizo ser definido como un 'nuevo evangelista' (TOMÁS DE CELANO, *Vita* I 89; II 107), resonaba en todos los grupos sociales, a menudo en lucha recíproca, como invitación a buscar el arreglo de sus conflictos mediante el encuentro y no el enfrentamiento, la dulzura de la comprensión fraterna y no el rencor o la violencia que divide»³¹.

El sacerdote debe tener psicología de «mandamiento nuevo».

Debe crear siempre a su paso por el mundo un clima de armonía, de bondad, de cordialidad. Debe dar un testimonio creíble de hombre de paz, descartando por convicción y carácter, hasta por instinto, las formas aristadas, las críticas implacables, las decisiones desintegradoras. El sacerdote debe ser siempre «modesto, manso, benigno y humilde»

³⁰ Al pueblo de Asís.

³¹ Ibid.

para actuar con garantías de eficacia contra la violencia en todas sus manifestaciones. Debe ser —por convicción y por carácter— un «instrumento de paz».

Como lo fue Francisco de Asís en su momento histórico.

Una de las estrofas más bellas, y más actuales, del *Cántico del Hermano Sol* proclama la excelencia del perdón, que es una expresión lógica del amor fraterno:

«Loado seas, mi Señor,
por aquellos que perdonan por tu amor».

La relectura que hace Juan Pablo II para nuestro tiempo es un ejemplo de exégesis, porque capta la intención y la actitud del Pobrecillo:

«Es éste un principio fundamental del cristianismo, que no significa pasividad o estéril resignación, sino que invita a afrontar todas las situaciones con serenidad interior, pero también con firmeza y con magnánima superioridad; que implica, sin embargo, un estricto juicio de valor y precisión de responsabilidades. Son bastante claros los reflejos de una actitud semejante también en el campo de la vida civil de las naciones. Allí donde los derechos humanos son pisoteados, bajo cualquier cielo, los cristianos no pueden adoptar las mismas armas del desprecio gratuito o de la violencia sanguinaria. Ellos tienen, en efecto, otras riquezas interiores y una dignidad que nadie puede atacar. Pero esto no significa ni conmiseración inútil ni cómplice asentimiento. El cristiano no puede nunca aceptar que la dignidad del hombre sea mutilada de una forma u otra, y por ello siempre e incansablemente levantará la voz para sugerir y favorecer una reconciliación mutua que salvaguarde y promueva la paz y el bien de toda la sociedad. Y lo hará con sumo respeto por el hombre, un respeto que bien puede llamarse *franciscano y, por tanto, evangélico*»³².

Estas son las reflexiones transparentes del hermano Francisco.

Juan Pablo II piensa que lo que nos hace falta en estos momentos difíciles es «un San Francisco». Por eso peregrina a Asís para pedir ayuda y protección al hermano universal.

La oración del Papa es hermosísima.

³² Ibid.

Hay que paladearla, saborearla y rezarla todos los días:

«Ayúdanos, San Francisco de Asís,
a acercar a Cristo a la Iglesia y al mundo de hoy.
Tú, que has llevado en tu corazón
las vicisitudes de tus contemporáneos,
ayúdanos, con el corazón cercano al corazón del Redentor,
a abrazar las vicisitudes de los hombres de nuestra época;
los difíciles problemas sociales, económicos, políticos;
los problemas de la cultura y de la civilización contemporánea,
todos los sufrimientos de los hombres de hoy, sus dudas,
sus negaciones, sus desbandadas, sus tensiones,
sus complejos, sus inquietudes...

Ayúdanos a traducir todo esto
a un lenguaje evangélico sencillo y provechoso.

Ayúdanos a resolver todo en clave evangélica,
para que Cristo mismo pueda ser 'Camino-Verdad-Vida'
para el hombre de nuestro tiempo»³³.

Y después de haber orado fervientemente sobre la
tumba de Francisco, ya podemos ir como él al mundo a pre-
dicar el Evangelio a la gente

«con palabra sencilla,
pero con corazón maravilloso»³⁴.

³³ Mensaje por Radio Vaticana.

³⁴ TOMAS DE CELANO, *Vita* I 23.

CON MARIA, LA MADRE

«María, por su parte, es ejemplo supremo de esta actitud (abrir de par en par las puertas a Cristo, sin temor). Al anuncio del ángel, responde con un sí incondicionado: 'He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra' (Lc 1,38). Ella se abre a la Palabra eterna y personal de Dios, que en sus entrañas tomará carne humana. Precisamente esta acogida la hace fecunda: Madre de Dios y Madre nuestra, porque es entonces cuando comienza su cooperación a la obra salvadora.

Esa fecundidad de María es signo de la fecundidad de la Iglesia (*Lumen gentium* 63s). Abriéndose a la palabra de Cristo, acogién-dole a El y su Evangelio, cada miembro de la Iglesia será también fecundo en su vida cris-tiana».

JUAN PABLO II, *Alocución en el acto mariano nacional celebrado en la plaza Eduardo Ibarra, de Zaragoza.*

Ardía nuestro corazón...

... Cuando el Peregrino de Dios y de la paz ponía la ofrenda de su devoción a los pies de la Virgen en Lourdes, de Guadalupe, de la Inmaculada Concepción de Zapopán, del Divino Amor, de Czestochowa, de Fátima, del Pilar de Zaragoza. Con la antorcha encendida en sus recias manos para acompañar en romería a la Señora, en la noche que resplandece como el día en honor de la Virgen, «vestida de sol», que ha fijado su morada en la montaña y en las grutas. Con la voz fuerte y vibrante que se aniña y se angeliza para cantar el saludo del arcángel: «Ave, María».

... Cuando acompaña «en espíritu», porque no puede hacerlo físicamente en persona, a los peregrinos y romeros de la Virgen en todos los santuarios marianos del mundo, que son «signos de Dios de su irrupción en la historia humana», en cuanto representan «un memorial del misterio de la Encarnación y de la Redención», en consonancia con esa «vocación tradicional y siempre actualísima de todos los santua-

rios de ser una antena permanente de la Buena Nueva de nuestra salvación»¹.

... Cuando repiquetean las campanas del *Angelus* y Juan Pablo II recuerda conmovido el misterio de la Anunciación y el mensaje inefable de la Encarnación.

... Cuando entona con voz vibrante las glorias de María, en un recorrido marial de la más rica y honda raigambre bíblica y tradicional, con una precisa formulación teológica de «maximalismo» franciscano que no teme excederse «magnificando» lo que Dios mismo hizo deliberadamente único: la maternidad divina de María, la Inmaculada, la perpetua virginidad, la Corredención, la Mediación universal, la Asunción, la Realeza de María.

... Cuando deja el discurso escrito y se exalta su pasión mariana para decir a la Madre las cosas más bellas, la glorificación más conmovida, la alabanza más justa, el panegírico más entrañable. Cuando siente que el corazón se convierte en limpia llamarada y brota las encendidas brasas de la emoción y la ternura para la Virgen de la Navidad, de la cruz, del cenáculo, de la resurrección, de Pentecostés...

«TOTUS TUUS»

Soy todo tuyo. Todo mi yo es tuyo. Enteramente tuyo.

La devoción a María es uno de los rasgos más significativos de la fisonomía de Juan Pablo II. Es un fenómeno característico de su psicología que define su personalidad por dentro y tiene mucho que ver con su semblanza ya fijada en la opinión pública. El *Totus tuus*, como lema y manifiesto programático, le ha captado una simpatía enorme en extensos sectores del pueblo cristiano, que sintoniza mental y sentimentalmente con el Papa en la onda luminosa del amor a la Virgen.

Lo cierto es que la devoción a María, la Madre, es un dato específico que hay que tener en cuenta si queremos lle-

¹ A los rectores de santuarios (22/I/1981). Alocución en el acto mariano nacional en la plaza de Eduardo Ibarra, de Zaragoza (España) (6/XI/1982). Discurso en el santuario de Nuestra Señora de Montserrat (España) (7/XI/1982). Homilía en Fátima (3/V/1982). El papa Juan Pablo II ha peregrinado, en sus viajes apostólicos, a los famosos santuarios de Guadalupe (Méjico y España), Jasna Gora, Knock, Nuestra Señora de Africa, Notre Dame, Altötting, La Aparecida, Luján, etc.

gar a una comprensión en profundidad de lo que es este hombre de Dios y de la empresa impresionante que está llevando a cabo en nuestro mundo, tan fascinante y problemático, y en nuestro tiempo, tan contradictorio y difícil.

La figura de María está presente en todos los momentos decisivos de la biografía de Juan Pablo II, con una presencia deliberada y estimulante: en su ideario luminoso y cálido, en su trayectoria espiritual, en sus actividades apostólicas, en su peregrinar incansable por todos los caminos del hombre. Es un hecho evidente del que existen pruebas «documentales».

Totalmente tuyo

Es un magnífico lema expresivo que inspira su consagración —su verdadera devoción a la Virgen— y da pleno sentido a su vida. Es un talante. Es un estilo. Es una situación espiritual y humana que conforma su estructura mental, su visión global de la existencia, su concepción cristocéntrica del universo, su misión pastoral en todo el ámbito del ser y del quehacer. Es, en síntesis, una forma de ser que configura su vida hasta en los detalles mínimos de la sensibilidad, del carácter, de la cotidiana convivencia. La Madre de Dios está siempre presente, atenta y desvelada, con ojos y corazón siempre maternos.

Soy todo tuyo. Todo lo mío es tuyo

¡Cómo se dilatan los espacios del amor con esta visión espléndida de la Señora! El Papa es de la Virgen. Pero también son de la Virgen las preocupaciones, los problemas, las bellas inquietudes, las experiencias, los deberes y obligaciones del Papa. Por eso recurre a Ella Juan Pablo II para «encomendarle», para «recomendarle», para «consagrarle» el futuro de la Iglesia y el porvenir del mundo.

Como «hermano mayor», quiere «recoger e interpretar lo que está en el corazón de todos». En primer lugar, nos recuerda el diagnóstico del Concilio sobre el mundo contemporáneo con pinceladas estremecedoras llenas de realismo:

- El mundo de hoy *padece* múltiples desequilibrios, y todos *están conectados con ese otro desequilibrio «fundamental» que hunde sus raíces en el corazón «humano».*

- «... Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. Por una parte, el hombre... experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos... Más aún, *como enfermo y pecador*, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo...»
- «Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tantas graves discordias provoca en la sociedad...»
- La vida de muchos «está impregnada de materialismo práctico...»
- Muchos «abrigan el convencimiento de que el futuro reino del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos los deseos».
- «Y no faltan, por otra parte, los que han dudado del sentido de la vida...» (*Gaudium et spes* 10).

Comenta el Papa que este cuadro se podría completar

«con diversos pormenores que demuestran la gran amenaza que pesa sobre el hombre y sobre el mundo. Estos detalles son suficientemente conocidos por todos los que están aquí reunidos»².

¿Qué hacer? Pues lo de siempre: encomendárselo a la Madre. Pedirle hasta la insistencia que nos cobije con su manto, que no nos deje de su mano, que vele por sus hijos, que haga el «milagro». La Madre lo comprende todo con su corazón maternal. El Corazón de la Madre está por encima de la pequeñez y de la fragilidad humana. Con la Madre presente, hay siempre razones para esperar amor, «aunque merezcamos tan poco este amor materno»³.

Por eso, Juan Pablo II consagra de nuevo al Corazón de la Madre el mundo entero, todo el género humano, como ya lo había hecho el papa Pío XII «en los horribles tiempos de la segunda guerra mundial». Esta consagración es *un grito*, una urgente llamada de socorro a la Virgen Madre:

«¡Madre de los hombres y de los pueblos!, tú conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas, tú sientes mater-

² ¡Muéstrate, Madre! Plegaria ante la Virgen Inmaculada (10/XII/1981).

³ Ibid.

nalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que sacuden el mundo. Acoge nuestro grito dirigido en el Espíritu Santo directamente a tu Corazón y abraza con el amor de la Madre y de la Esclava del Señor a los pueblos que más esperan este abrazo, y, al mismo tiempo, a aquellos cuya entrega tú también esperas de modo especial. Toma bajo tu protección materna a toda la familia humana, a la que con todo afecto a ti, Madre, confiamos. Que se acerque para todos el tiempo de la paz y de la libertad, el tiempo de la verdad, de la justicia y de la esperanza»⁴.

¡Cuídalos, Madre! Los dejo en tus manos. Juan Pablo II no se cansa de pedir a la Virgen por todos, por todo. Como el Pobrecillo de Asís, cuando se siente agobiado por su misión pastoral, allá va junto a la Señora para «descansar» y para renovar su celo apostólico. Pero no se contenta con las intenciones «generales»; quiere pedir también por intenciones particulares, como lo ha hecho en su hermosa «Plegaria a la Virgen del Pilar», que debiéramos rezar a diario todos los que amamos a María:

«¡Dios te salve, María, Madre de Cristo y de la Iglesia! ¡Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra! A tus cuidados confío esta tarde las necesidades de todas las familias de España, las alegrías de los niños, la ilusión de los jóvenes, los desvelos de los adultos, el dolor de los enfermos y el sereno atardecer de los ancianos.

Te encomiendo la fidelidad y abnegación de los ministros de tu Hijo, la esperanza de quienes se preparan para ese ministerio, la gozosa entrega de las vírgenes del claustro, la oración y solicitud de los religiosos y religiosas, la vida y empeño de cuantos trabajan por el reino de Cristo en estas tierras.

En tus manos pongo la fatiga y el sudor de quienes trabajan con las tuyas, la noble dedicación de los que transmiten su saber y el esfuerzo de los que aprenden; la hermosa vocación de quienes con su ciencia y servicio alivian el dolor ajeno; la tarea de quienes con su inteligencia buscan la verdad.

En tu corazón dejo los anhelos de quienes, mediante los quehaceres económicos, procuran honradamente la prosperidad de sus hermanos; de quienes, al servicio de la verdad, informan y forman rectamente la opinión pú-

⁴ *Plegaria a la Inmaculada.*

blica; de cuantos, en la política, en la milicia, en las labores sindicales o en el servicio del orden ciudadano, prestan su colaboración honesta en favor de una justa, pacífica y segura convivencia.

Virgen Santa del Pilar: aumenta nuestra fe, consolida nuestra esperanza, aviva nuestra caridad.

Socorre a los que padecen desgracias, a los que sufren soledad, ignorancia, hambre o falta de trabajo.

Fortalece a los débiles en la fe.

Fomenta en los jóvenes la disponibilidad para una entrega plena a Dios.

Protege a España entera y a sus pueblos, a sus hombres y mujeres. Y asiste maternalmente, ¡oh María!, a cuantos te invocan como Patrona de la Hispanidad. Así sea»⁵.

Todo tuyo

No es sólo una consagración personal, bellísima por cierto. Es la consagración de la misión, del oficio y una entera disponibilidad para quemar su vida por los hermanos en continua ofrenda de sacrificio, oración y celo. Pero siempre «por María, con María, en María y para María».

A JESUS POR MARIA

La consagración a María afecta y compromete todo el ser del hombre: los sentidos corporales y las facultades del alma, la inteligencia y la actividad, las actitudes y el comportamiento. Por eso exige la profundización constante en el propio conocimiento, la conversión continua, la purificación de los sentimientos y de las intenciones, la transformación gradual de la propia vida siguiendo las pisadas de la Madre.

Las fórmulas «populares» de esta consagración, que aprendimos y rezamos desde niños, son riquísimas en contenido humano y espiritual. Son formulaciones de gran concreción y plasticidad, que es el lenguaje realista que entiende el pueblo. La consagración de todo el ser cobra vida en dones muy concretos: «mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón». El cristiano devoto sabe que se compromete a no mirar, ni escuchar ni decir, ni pensar ni querer nada que

⁵ En el Pilar de Zaragoza.

pueda avergonzarle a los ojos de la Virgen. Y en plan positivo, a mirarlo todo, a escucharlo todo, a pensarlo todo con la pureza, la elevación y la grandeza exigibles a un verdadero hijo de María.

La verdadera devoción a María es esencialmente «cristocéntrica».

Todo dice una referencia expresa a Cristo Jesús. Todo está en función de Jesucristo. El devoto apasionado de la Virgen sabe por propia experiencia que, para encontrar a Jesús, hay que buscarlo en los brazos de María, en la casa de María, en el mundo de María. Los datos evangélicos y la más acreditada tradición teologal nos llevan a la convicción de que Jesús está siempre «con María». Los primeros adoradores que van a Belén encuentran a Jesús «con María, su Madre». En Caná, Jesús hace el milagro que inaugura su hora porque se lo pide su Madre. En Pentecostés, el Espíritu Santo renueva a los discípulos, que estaban orando «con María». Jesús, en la cruz, encomienda a la Virgen al discípulo amado y nos deja a María por Madre. María está «junto a la cruz de Jesús».

Es como una ley en la vida cristiana. Si queremos encontrar a Jesús, hay que buscarlo «por» y «en» y «con» María. Sencillamente —en una perspectiva de criterio sobrenatural—, María es el camino más recto, más corto y más seguro para encontrar a Jesucristo.

Este es el estado de la cuestión, expuesto con precisión y rigor:

«En la Virgen María, todo es referido a Cristo y todo depende de El» (*Marialis cultus*, de Pablo VI).

Lo recuerda bellamente Juan Pablo II, en Zaragoza:

«*Todos los motivos* que encontramos en María para tributarle culto son don de Cristo, privilegios depositados en Ella por Dios, para que fuera la Madre del Verbo. Y *todo el culto* que le ofrecemos redundará en gloria de Cristo, a la vez que el culto mismo a María nos conduce a Cristo».

... «Como es obvio, estas relaciones reales existentes entre Cristo y María hacen que el culto mariano tenga a Cristo como objeto último»⁶.

⁶ Ibid.

La misión de María es «mostrarnos a Jesús, fruto bendito de su vientre». Y es lo que hace a través de sus imágenes: mostrarnos al Niño Jesús que tiene en sus brazos y al Crucificado que sostiene en su regazo o en sus manos. Como es lógico, esta representación que la imaginería ha elevado a cotas de impresionante belleza, no es más que la expresión plástica de una realidad misteriosa: María nos descubre a Jesús, su perdón, su amistad, su misericordia cuando «vuelve a nosotros esos sus ojos misericordiosos».

María está siempre atenta. Nada escapa a sus ojos misericordiosos: sabe, porque lo ve o se lo dice su gran corazón, que «falta el vino» en las bodas, que nuestro Señor está «muy ofendido», que los discípulos han huido a la desbandada llenos de temor y cobardía, que sus hijos «duermen» mientras el Maestro lucha en la hora del mal y las tinieblas, que los hombres rezan poco... Todo lo ve el corazón de la Madre.

Por eso nos suplica: «Haced lo que El os diga».

La devoción a María es una situación de entera disponibilidad para renovar a cada instante la firme decisión de aceptar lo que Dios quiera y cumplir con entera fidelidad todo lo que el Señor diga.

Exactamente, lo que María hizo con absoluta fidelidad.

Y hemos llegado a otro momento «fuerte» de la verdadera devoción a la Virgen: la «imitación». El devoto de la Virgen tiende por una ley de mimetismo psicológico a ser como Ella, a parecerse a Ella, a copiar sus gestos hasta en el último detalle característico, a imitar sus expresiones, a tener «la misma cara» de la Madre. Y este parecido, este «aire de familia» no es posible en la vida espiritual más que por la imitación perfecta, dentro de las humanas limitaciones, del «modelo» que protagoniza la Virgen María.

La Virgen es «modelo», «ejemplar», «espejo».

Es el «molde» que va a dar forma a la personalidad del cristiano a tono con el modo de ser y el modo de vivir de María. Es el «modelo» a quien debe ajustar el devoto toda su existencia en las directrices y en la escuela de la Madre, con todas las exigencias de la consagración. Es el «espejo» en que ha de mirarse el creyente para verse con total sinceridad, para purificarse de toda culpa que empañe o desdibuje la transparencia del original, para revestirse de las virtudes características de la fisonomía de la Señora.

En esta línea de imitación mariana, la piedad ha acuñado una frase muy significativa: el devoto de la Virgen es —debe esforzarse por llegar a serlo— «altera María», que admite dos traducciones o interpretaciones: «otra María» o también, «otra vez María». «Otra María» en el sentido análogo que hemos dado al sacerdote como «otro Cristo», o María «otra vez», la prolongación de María en nuestro momento histórico, como si María estuviera aquí «de nuevo».

María es un modelo perfecto del sacerdote por múltiples razones.

- Ha sabido «captar» como nadie el «proyecto de vida» providencialmente querido por Dios. Y al descubrir su vocación, en el diálogo y en la explicación del arcángel, ha «aceptado» incondicionalmente la maternidad divina con todas sus consecuencias, con todos sus compromisos, con todos sus riesgos con un espíritu ejemplarísimo de fe y donación total.

Luego, a lo largo de la vida, no ha hecho más que ratificar el «sí». No sólo capta y acepta el mensaje que decide el destino de su vida, sino que acoge libremente la llamada a la maternidad y «realiza» su misión con absoluta fidelidad ⁷.

- En la perspectiva de Dios, María va descubriendo de un modo progresivo, a través de momentos difíciles de tinieblas, los designios de Dios sobre su vida mediante una actitud de fe profunda y de escucha y obediencia a la palabra de Dios ⁸.
- María «colabora» activamente con Dios, que pide su libre consentimiento para que sea la Madre del Verbo. El *fiat* de María es una respuesta que brota de la fe. Y el Verbo se hizo hombre en las entrañas de María y en el corazón creyente de María ⁹.
- El *fiat* de María es un «sí» irrevocable a los designios de Dios, que se renueva incesantemente en formas innumerables de generosa disponibilidad. María consiente libremente y acepta gozosamente participar en la obra de salvación que Jesús venía a realizar ¹⁰.
- El «sí» de María la convierte en la Madre del Verbo hecho hombre, uno de los nuestros, de nuestra estirpe humana, vástago de la humanidad, que forma parte de

⁷ Homilía en la casa de la Virgen, en Efeso (30/XI/1979).

⁸ Ibid.

⁹ Ibid.

¹⁰ Ibid.

nuestra historia. Pero además, al pronunciar su *fiat*, María se convierte en Madre del Cristo total, de la Iglesia, en nuestra verdadera Madre espiritual. Es decir, como Madre nos transmite su propia semejanza y nos incorpora a Cristo, que es nuestro Hermano mayor ¹¹.

— Como Madre vela por nosotros con inmensa ternura, porque Jesús nos ha encomendado a su maternal corazón en la cruz, que es su divino testamento. La Madre no puede *callar sobre todo lo que mina las bases de la salvación*, sobre la «programada cancelación de Dios del mundo, del pensamiento humano». Por eso, el mensaje de la Virgen en Fátima, «tan maternal, es, a la vez, tan vigoroso y decidido. Parece severo... Invita a la penitencia, advierte. Llama a la oración. Recomienda el rezo del rosario» ¹².

— María es la «Estrella de la evangelización» y la Reina de los Apóstoles, porque nos lleva a Jesús, nos pone en comunicación directa con El, nos exhorta permanentemente a que hagamos «lo que El nos diga», nos reconcilia con su Hijo, nos lleva de la mano junto a la cruz de Cristo para participar en los frutos de la redención. Y es, además, Madre de la evangelización por su solicitud y desvelo por la salvación de los hombres, de todos los hombres, porque

«el cuidado de una madre alcanza al mundo entero» ¹³.

— María ha sido redimida «de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo» (*Lumen gentium* 53). Ha sido «preservada» inmune de toda culpa, del pecado original y de toda mancha o sombra de pecado a lo largo de su historia personal. En virtud de los méritos «previstos» de su Hijo es la Inmaculada, la Purísima, la Virgen, la Llena de gracia. Todos estos nombres luminosos son como nombres propios de la Señora. Es la Virgen «antes del parto, en el parto y perpetuamente después del parto»:

«Por lo tanto, María se presenta a todo creyente como la criatura toda pura, toda hermosa, toda santa, capaz de 'ser Iglesia' como ninguna criatura lo será nunca aquí abajo» ¹⁴.

— «María conservaba todas estas cosas en su corazón». Profundizaba en el misterio «rumiándolo» en su corazón, y

¹¹ Ibid.

¹² Homilía en Fátima (13/V/1982).

¹³ Ibid.

¹⁴ *La Inmaculada Concepción*. En el «Angelus» (8/XII/1979). En *Efeso. En Fátima*. Reflexiones bellísimas sobre el Corazón de María.

ante cada acontecimiento de la historia de Jesús y de su propia vida, María renovaba su «sí» en una entrega incondicional a los «planes de Dios»:

«He aquí la esclava del Señor.

Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

- María está siempre dispuesta a cumplir la voluntad de Dios, con todas las puertas abiertas para recibir al Señor. María sabe que Dios tiene siempre la razón, y su vida tiene pleno sentido haciendo siempre lo que Dios quiere, cuando Dios quiere y como Dios quiere...¹⁵

Este discípulo «pobrecillo» siente con la Iglesia sin ningún esfuerzo por razones de inteligencia y de corazón. Acepta gozosamente la gracia de la fe y la llamada de Cristo. Ama con toda el alma al Papa, como quería Francisco de Asís. Pero en este punto «clave» que es María, «sintoniza» con Juan Pablo II en la longitud de onda, en la frecuencia, en la letra, en la música, en los efectos sonoros y en los matices más hondos de la expresión y el sentimiento.

La madre lo entiendo todo. La madre lo comprende todo.

De acuerdo con la citada canción popular, no sólo en la dimensión del corazón, que hace a la madre irremplazable en el ámbito del sentimiento y del corazón; no sólo en la dimensión de la belleza, cuyo perfil más puro es la maternidad, sino también en la dimensión del pensamiento, ya que la madre profundiza con inusitada intensidad en la comprensión de la vida, en su sentido más cabal y perfecto.

La madre lo entiende todo. Sorprende cómo una mujer aldeana puede comprender con tanta hondura las cosas de Dios y las cosas de los hombres. Sorprende igualmente la maestría con que expresa el sentido evangélico de la vida, el dominio de la imagen plástica para interesar la atención del hijo pequeño y meterle en el alma la presencia de Dios, la historia sagrada, la vida de Jesús, la amistad con Dios, la devoción a María...

Tiene razón su egregio interlocutor romano, buen papa Juan Pablo.

La madre, además de la vida, da todo lo que constituye el fundamento y la estructura del espíritu. Emociona pensar

¹⁵ Homilía en Belén (8/VII/1980).

la transparencia, la sabiduría y la seguridad con que una madre va preparando a su hijo para la vida. Y esta emoción cobra un nuevo relieve cuando adviertes con cuánto acierto te ha preparado para Dios...

Transcurren los años. Te curte la vida con un misterioso sartal de gozo y tristeza, con alternativas de valor y cobardías, con horas altas de euforia y horas bajas de pesimismo. Llegas a la edad madura y te vas llenando de experiencia. Te crees ya «todo un hombre». Y... de pronto, retornas a la infancia, repasas tu vida y tienes que reconocer con gratitud y con sinceridad que todo se lo debes a esa mujer bendita que te dio la vida:

- que ella te enseñó a dar los primeros pasos,
- que ella te enseñó a descubrir el sentido de la vida,
- que ella te enseñó el santo temor y amor de Dios,
- que ella te descubrió a Jesucristo,
- que ella te enseñó a ver a Cristo en los hermanos,
- que ella te enseñó a «distinguir» la voz de Jesús y a seguir su llamada...¹⁶

¿La mejor catequesis?

La de la madre, que te limpia el alma y te afina el espíritu para que confieses «todos» los pecados que disgustan a Jesús; que te presenta a Jesús para que te bese y te abrace y convierta tu corazón en un copón vivo de Jesús en la primera comunión; que te tiene largas horas embebido con los pasajes de la historia sagrada: José vendido por sus hermanos; Abrahán que va a sacrificar a su hijo porque cree contra toda esperanza humana; Esaú que vende su primogenitura por un plato de lentejas...; que te narra y te canta la Navidad, la oración del huerto, la última cena, la pasión de nuestro Señor, las «lágrimas de San Pedro», la resurrección...

La madre no sólo te ha formado la «estructura del espíritu». Te ha labrado también la estructura de la sensibilidad y el *ordo amoris* del corazón. La mejor cátedra del mundo

¹⁶ *Tras las huellas de Francisco Javier*. Discurso a los misioneros y misioneras en Javier (Navarra-España) (6/XI/1982).

no es la universidad, ni la biblioteca, ni la experiencia de la vida. Es esa mujer bendita —la madre— que graba a sangre y fuego en tu alma la imagen de nuestro Padre Dios y la imagen de Jesús, Salvador y amigo.

Y lo hace con tanta naturalidad, que se nota que le brota de dentro, que es una vivencia entrañable, que está plenamente convencida. La madre sencilla desconoce la técnica de la cultura de la imagen, pero conoce a la perfección el mundo expresivo de su hijo y le habla con comparaciones, con figuras vivas, con todas las formas plásticas del universo infantil. Como sus palabras tienen una cobertura concreta en la ejemplaridad de vida cristiana, la madre lo consigue todo.

La madre va podando los fallos humanos y de carácter con madurez y gracia. Detecta la mentira en los ojos y en el timbre de la voz. El «detector» electrónico puede fallar en su cálculo matemático. La madre no falla nunca con el «detector» de su intuición y de su mirada. La madre «adivina» con el corazón que el hijo sufre, que está avergonzado, que es puro de conciencia, que es limpio de corazón, que necesita, alternativamente, la represión, la disciplina, la ternura. Y el niño, que sintoniza con su madre, por simple sentido de mimetismo, quiere ser veraz, generoso, honrado, compasivo y bondadoso... como ella.

La madre «imprime» el aire, el tono, la «marca» de familia.

Inconscientemente, el niño habla, sonrío, adopta posturas ante la vida y actúa como su madre. Quiere parecerse a ella, porque para el pequeño no hay cosa tan maravillosa en el mundo ¡como su madre!

Y en este clima de atracción y de simpatía, la madre posee todos los resortes del estímulo, del deseo de superación, de la moral del triunfo. La madre aspira siempre a que su hijo sea más, sea mejor en todos los niveles de la vida. Como Jesús, el niño cristiano crece en edad, en sabiduría y gracia, porque la presencia de la madre le «avergüenza» de su mediocridad y le espolea a perfeccionarse en la docilidad, en el estudio, en el trabajo, en la apertura a los demás.

Una simple mirada de la madre tiene más fuerza para el niño que todo el poder del mundo, que los alicientes de la escuela, los castigos del profesor, las costumbres de sus compañeros. Puede más una madre con su ternura o con su

«disgusto» que todos los ejércitos del mundo. No hay argumento más sólido en su mundo que la lógica incuestionable del niño cuando afirma: «Porque sí», porque lo ha dicho mi madre. Lógica que se convierte en un compromiso inquebrantable de fidelidad a la promesa hecha a la madre: «No puedo, se lo he prometido a mi madre», y que perdura como un aglutinante entre los hijos para siempre: «Recor- dad que lo quería así nuestra madre...»

La madre es una presencia viva que explica y provoca las grandes empresas de los hombres: la fidelidad, la compasión, el esfuerzo, el heroísmo, la santidad. Por eso es tan grande e insustituible en la configuración de la existencia y de la vocación.

En la línea del corazón, que es donde ejerce la mujer su papel «comprensivo y maternal», la madre lima aristas, evita o disminuye los conflictos, ordena los sentimientos, flexibiliza y madura el carácter, suaviza los antagonismos, convoca a la paz y a la concordia. Es instrumento de paz serenando, intermediando, creando las condiciones favorables para una convivencia respetuosa y fecunda. La madre es quien enciende la llama, atiza el fuego y revuelve la brasa del hogar para que dé calor y lumbre. La madre es quien crea la familia y el ambiente de hogar.

Sí, es cierto: la madre lo entiende todo y con su corazón abraza a todos. Nada tan suave como una madre ajetreada en las labores domésticas mientras canta bellas canciones. Nada tan fuerte como una madre velando a su hijo enfermo. Nada tan perfecto como una madre con su hijo en los brazos. Nadie tan sabio como una madre enseñando, corrigiendo o animando a su pequeño. Nadie tan seguro como el hijo con su madre.

Y esto lo hace con naturalidad. Sin afán de protagonismo. Como quien no hace más que lo que tiene que hacer ¹⁷.

TODAS estas funciones femeninas y maternas las ejerce María con todos sus hijos, pero de un modo especial con su hijo sacerdote. Es el molde perfecto para el sacerdote, tanto en el plano de su identidad sacerdotal personal como en la realización de su ministerio en clave de actividad apostólica. La identificación de María con Cristo es tan perfecta, que

¹⁷ *En Belén.*

define hasta los rasgos físicos. Tiene el mismo aire de familia, puesto que son Madre e Hijo: la carne de Cristo es la carne de María.

El sacerdote debe encarnar a Cristo. Y nadie puede enseñárselo tan a ciencia y conciencia como María, que lo tuvo en sus entrañas. Cada etapa de un nuevo alumbramiento espiritual viene presidida y originada por la Virgen María, que llama, urge y anima con su propio ejemplo, como hemos visto al hablar de la Virgen como modelo, molde y espejo.

Lo quiere «nuestra Madre».

En mi caso, si volviera María «de nuevo», ¿cómo actuaría?, ¿cómo reaccionaría?, ¿qué actitud tomaría? La presencia de la Madre será como una luz que penetra toda la vida sacerdotal, que inspira y esclarece el «proyecto de vida», que robustece la fidelidad, que madura la personalidad. Se combate con más ardor cuando se oye la voz de la Madre que da ánimos e invita a vencer; cuando los ojos de María se te clavan en el espíritu y aprueban tu comportamiento; cuando notas —¿no habéis advertido esa sensación casi física y sensible?— que te coge de la mano y te obliga dulcemente a continuar el camino con valor ¹⁸.

La devoción a María es incompatible con la tibieza, con la rutina, con la mediocridad espiritual. Porque el devoto mariano se encuentra siempre en tensión para descubrir lo que Dios quiere aquí y ahora; para escuchar una voz conocida, pero siempre «nueva», que explica lo que quiere a cada instante. Esta llamada, esta voz, hace que el alma pregunte, consulte, indague qué quiere Dios en cada instante. Y después de cada llamada, la renovación generosa, original e ilusionada de la misma respuesta: «Señor, ¿qué queréis que haga?»

El sacerdote devoto de María alcanza pronto una madurez superior a sus años, porque —como Ella— «lo conserva todo en su corazón para meditarlo». No improvisa la respuesta, no se deja llevar de la prisa alocada, no se embarca en empresas temerarias. Antes de tomar una decisión, va al encuentro de María para preguntarle: «¿Cómo actuarías tú en mi lugar?» Cuando se mama la devoción a María desde la más tierna infancia, llega a hacerse tan connatural, que el

¹⁸ Ibid.

comportamiento de la Virgen se impone al espíritu con toda la fuerza y frescura de lo espontáneo.

El Niño Jesús crecía... El devoto de María no se resigna jamás al estancamiento en su vida espiritual, porque se sabe siempre a mitad de camino en su formación, en sus virtudes, en el vencimiento propio. Siempre está insatisfecho de sí mismo y se avergüenza ante su Madre. Pero es una vergüenza «creadora» que se esfuerza hasta el heroísmo por ser como Ella.

La Virgen María «configura» la personalidad de sus sacerdotes devotos. Les da el último retoque femenino y materno. ¿No os sorprende la capacidad de solicitud, de entrega y de ternura de los hombres de Dios? Son quizá temperamentalmente fuertes. La penitencia los ha hecho robustos como el roble del bosque. Son tremendamente duros consigo mismos. Son santamente audaces cuando entra por medio la defensa de los intereses de Dios, la integridad transparente del credo, los derechos humanos conculcados. Dicen la verdad —toda la verdad— aun a riesgo de su vida.

Pero, entre sus hermanos, ¡cuánta cortesía, cuánta bondad, cuánta comprensión! Tienen el corazón a flor de piel y lo van repartiendo a pedazos entre los más necesitados. Son el ángel de los pobres, de los enfermos, de los tristes, de los derrotados. Van sembrando la esperanza a manos llenas, urgidos por el amor. Son efusivos en la acogida, pacientes en la escucha, amigos en la prueba, compasivos en la adversidad. Una sonrisa abierta y un corazón abierto de par en par definen la fisonomía de los enamorados de María...

En la línea materna del amor, María forma el corazón de sus devotos. El sacerdote devoto de María es un hombre de mirada limpia, de pensamientos puros, de deseos castos. Conserva incontaminadas todas las fuentes del sentimiento como si fuera un niño. Es un hombre de gran corazón que ha superado todas las pruebas y eliminado todos los antagonismos de una malconfiguración del amor, gracias a su amor a María. La castidad no le hace arisco, retraído, acomplejado o resentido. Todo lo contrario: le hace más humano, más disponible, más simpático, más luminoso. La castidad ha ensanchado hasta el infinito los espacios del amor, de la mano virginal de María. No hay corazón como el suyo.

Se dilatan los espacios del amor, y el hombre de Dios persigue el «más difícil todavía» en las formas de honrar y

enaltecer a su Señora. El amor es difusivo y creador. Por eso el devoto de María contagia con su luz y con su fuego a sus semejantes. Se transfigura cuando habla de Ella, porque la lleva dentro, en la fibra más sensible del corazón. Se transforma cuando le reza, porque la ama intensamente. Es un convencido y un apasionado. Y en esta situación mental y emocional sobran los planteamientos cuadrículados, porque se impone —por razones de caballerosidad, de alto honor, de sensibilidad— la norma exquisita del detalle delicado, la ofrenda emocionada de la flor, la mística de la luz y del fuego. Cuando se trata de María no sirve la prosa ni en el estilo literario ni en el estilo de la vida. Hay que recurrir al poema, es decir, a la creación de palabras que chorrean frescura, a la creación de formas de vida que rezuman transparencia, emoción y coraje.

Para hablar, escribir o predicar de María hay que estar, como los ángeles mensajeros de la Navidad, «envueltos en la luz» y dar la Buena Noticia como un pregón de festival, que se transmite cantando porque es un mensaje de gozo y alegría para todo el pueblo. Como los ángeles de Nochebuena, el predicador de María tiene que transmitir el mensaje «de parte de Dios», con palabras de Dios, con la entonación de Dios. Cualquier pregunta o aclaración tiene que ser respondida desde las razones de Dios.

Sólo desde esta «envoltura en la luz de Dios» es capaz el sacerdote de hablar dignamente de María. En esta nueva luz, la palabra es, de verdad, una hiriente espada de dos filos, una brasa encendida en los labios, un anuncio sobrecolector de salvación. La comprensión de María es imperfecta sin esta luz sobrenatural que orienta en el camino y quema dulcemente en el alma.

El itinerario existencial de María incita al verso. La teología de María rompe todos los moldes del silogismo y no puede ser dicha más que en el lenguaje poético y en el canto. Se construye con los elementos más bellos de la creación en plena irradiación de vitalidad, de pujanza, de hermosura. Es un mensaje con figuras vivas, un retablo animado, en que la misma creación, limpia de mancha y de pecado, proclama las glorias de María. Hablamos de teología, no de sentimentalismos. Y nos inspiramos en la misma palabra de Dios ¹⁹.

¹⁹ Sobre todo cuando interpreta Juan Pablo II los textos bíblicos y litúrgicos, pletóricos de símbolos y metáforas.

Las metáforas más atrevidas, los símbolos más significantes, la alegoría o la hipérbole son los silogismos originales de la genial teología mariana. No se olvide que nos encontramos en el mundo único de la Madre.

La luz, el sol, las estrellas, el tallo rebrotado, la luna y la rosa, la gacela y la paloma, la primavera y el cordero están siempre en la base para «probar» o, mejor aún, para pregonar que María «es» la Llena de gracia, la Inmaculada, la Purísima, la Virgen, la Madre de Dios. En realidad, la maternidad divina hace luminoso todo el destino de María.

No basta presentar la verdad «objetiva», hay que darle nervatura, claridad y animación. En las vidrieras de la catedral se «representan» los misterios de la *Vida de María* con fidelidad «histórica»: Navidad, Adoración de los Reyes Magos, la Presentación en el templo, la huida a Egipto, las bodas de Caná, etc. Para poner la vidriera en acción y animar el conjunto con movimientos de figuras vivientes hace falta el rayo de sol. El sol pone a plena luz el misterio.

María no se descubre en su plenitud más que en el amor, en el diálogo apasionado de Madre a hijo, en la luz de la intención recta, de la conciencia pura, de la veracidad y de la autenticidad del corazón.

Para comprender a María no hay otro camino que ponerse en sus brazos, mirar sus ojos «misericordiosos», imitar su fidelidad hasta en el gesto y recostar con ternura la cabeza sobre su corazón para escuchar sus latidos...

Quédate con nosotros, Madre ²⁰.

Madre, quédate con nosotros

- para que nuestro *Angelus* tenga la entonación limpia y gozosa del arcángel Gabriel y el «compromiso» irrevocable de tu «sí» a todo lo que quiera y mande el Señor. Queremos que oigas el sonoro repicar de nuestros campanarios y el toque a volteo de nuestras plegarias;
- para que nos enseñes a prolongar vitalmente los misterios de gozo, penas y esperanzas que tú viviste y nos dejaste como herencia. Que completemos la alegría, la pasión de Cristo bendito y su

²⁰ *Plegaria a la Virgen Inmaculada*. En la Piazza di Spagna (8/XII/79). Homilía en Santa María la Mayor (8/XII/1979).

- resurrección en nuestra propia carne. Que sepamos con el rosario en las manos vivir la Navidad, llevar la cruz y esperar la resurrección;
- para que proclamemos en el *Magnificat* toda la gratitud a Dios porque hizo en ti cosas grandes —todo y mucho más de lo que aquí hemos escrito— y por habernos dado a los pobres pecadores el regalo más hermoso: su propia Madre como Madre nuestra;
 - para que nos muestres siempre a Jesús, fruto bendito de tu vientre, y para que nos mires siempre con «esos tus ojos misericordiosos...»

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN «SACER-
DOTES PARA EL AÑO 2000» EL DÍA 14 DE DI-
CIEMBRE DE 1984, FESTIVIDAD DE SAN
JUAN DE LA CRUZ, PRESBITERO Y
DOCTOR DE LA IGLESIA, EN LOS
TALLERES DE LA IM-
PRENTA FARESO, S. A.
PASEO DE LA DI-
RECCION, 5,
MADRID

